

BRUJA EXTRAVIADA



LOS VAMPIROS DE EMBERBURY ° LIBRO 1
EVA ALTON

BRUJA EXTRAVIADA



LOS VAMPIROS DE EMBERBURY ° LIBRO 1
EVA ALTON

BRUJA EXTRAVIADA

Eva Alton



TÍTULO ORIGINAL: *Stray Witch*

© 2020 Eva Alton

© 2022 Eva Alton, por la traducción

Corrección: Ana Vacarasu

Todos los derechos reservados

ISBN: 9798846065703

Publicación independiente. *Independently published.*

Está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia. Agradecemos a todos los artistas que han creado los tipos de letra y las imágenes incluidas en este libro y su portada.

Otros libros de esta serie

Los Vampiros de Emberbury

- **Libro 1 - Bruja Extraviada**
- **Libro 2 - Espejo de Bruja**
- **Libro 3 - Mascarada de Brujas**
- **Libro 4 - Elementos de Bruja**

- **La Ayudante del Vampiro**
- **El Beso Azul Cobalto**



NOTA DE LA AUTORA

*Esta novela es el primer volumen de la serie **Los Vampiros de Emberbury**. Puedes leerla también como una historia independiente.*

Otros libros de esta serie

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epilogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

*«Ese es un camino sin retorno.
Pues ya el Amor y su fuerza te arrastran
y de ahora en adelante para siempre
no volverás a conocer la alegría sin el dolor (...).
En esa copa no has bebido solo amor,
sino el amor y la muerte juntos».*



Brangania

*El Romance de Tristán e Isolda
de M. Joseph Bédier*



Prólogo

Clarence

Una de las escasas ventajas de ser una criatura de la oscuridad era la capacidad de contemplar la ciudad desde las alturas, con sus edificios brillando bajo el sol como diamantes ensartados en un collar. Si desplegaba mis alas, podía elevarme por encima de las calles plateadas y estudiar los hábitos de los ocupados y distraídos humanos, siempre volcados en sus quehaceres diarios con la despreocupación propia de los insensatos.

Mucho tiempo atrás, yo había sido uno de ellos.

Por desgracia, no guardaba muchos recuerdos agradables de aquellos días, y volar mantenía mi mente lo suficientemente ocupada como para olvidar, al menos durante la breve duración de cada viaje, las desgracias y depravaciones de mi pasado. Mucha sangre fue derramada para alimentar a los monstruos... A los monstruos como nosotros.

La búsqueda me había permitido muchos años de perfecta distracción, pues no era tarea sencilla: algunos en El Claustro decían que no quedaban ya brujas extraviadas, y me advertían a menudo de que mi indagación sería en vano. Pero yo poseía la paciencia de los inmortales, y perseguí mi objetivo hasta que un día el viento me trajo el amargo aroma de la sangre de bruja. Un sentimiento de ambivalencia inundó mi pecho cuando me di cuenta de que mi labor concluiría pronto.

Ahí estaba...

Ahí estaba ella, tan encantadora en su humilde sencillez. Tan ordinaria, tan frágil. *No por mucho tiempo*, me dije.

Volví a El Claustro para transmitir mis noticias a los demás. Se sentirían aliviados al enterarse. Pero... ¿y yo? No tanto. La emoción de una buena búsqueda me mantenía vivo, además de que odiaba la indolencia.

Cuando llamé a su puerta, la reina ya me estaba esperando.

—La encontré —dije con una ligera reverencia.

Elizabeth asintió y comenzó a prepararlo todo para la llegada de nuestra invitada.

—Tenemos que actuar rápido —respondió—. Antes de que alguien más la encuentre.



Capítulo 1

Alba

—Quiero el divorcio —dijo Mark, alisando la corbata de seda que asomaba por su americana de confección a medida—. Acabo de presentar los papeles esta mañana.

A pesar de la cálida mañana de verano, sentí algo convirtiéndose en hielo en el centro de mi pecho. Mark había mencionado una separación muchas veces antes, pero no había esperado que fuera a actuar sin decírmelo primero.

En general, Mark solía utilizar las amenazas de divorcio como último recurso para salirse con la suya. Pero él era abogado, al fin y al cabo, y disolver matrimonios era una parte natural e intrínseca de su existencia: un tema de conversación típico de aquellos que se paseaban por los pasillos de los juzgados con café en vasitos de papel y relojes que costaban más que el coche de la mayoría de la gente.

Aun así, me tomó por sorpresa, porque en los últimos tiempos la tensión había disminuido, después de esforzarme lo máximo por complacerle, renunciando a mis propios deseos y creyendo ingenuamente que podríamos llegar a una tregua y volver a ser felices *otra vez*.

Aunque decir *otra vez* era casi exagerar. No podía recordar ni un solo día de dicha en esta condenada unión nuestra. Y de alguna manera, me sentía culpable por ello: nunca fui la criatura atractiva y paciente que él había esperado. Lo había embaucado con mi efímera juventud y despreocupación, para luego no ser ni lo uno ni lo otro, tal y como me recordaba cada día.

Mark salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado. *Las cosas* había que tratarlas con respeto, solía decir.

Una corriente de aire fresco recorrió la habitación al tiempo que se marchaba. Trajo un olor a madera recién cortada y hierro oxidado. Mientras Mark hablaba, un cuervo se había posado en una rama del magnolio del jardín. Cerré la ventana, sintiendo frío, pero además porque me sentía espiada por el

silencioso pájaro negro, por inverosímil que sonara. Lo había visto antes y tenía unos ojos muy extraños. Demasiado profundos y brillantes para un simple pájaro: tanto que me acordé de las historias de mi abuela sobre fantasmas y demonios que habitaban cuerpos ajenos.

Me sobresalté al tropezar con una Barbie desnuda y sin piernas y acto seguido me agaché para recogerla, pensando en lo mucho que Mark odiaba encontrar juguetes tirados en el suelo. Si esto ocurría, invariablemente se ponía nervioso y levantaba la voz... y también cosas peores. Una buena manera de mantener nuestra frágil y hogareña armonía era encontrar todas las molestias potenciales antes de que él lo hiciera.

Suspiré. *Así que aquí terminaba todo.* Mark me había lanzado finalmente la temida bomba D, sin importarle que mientras tanto me encontrase frente a una tabla de planchar y sosteniendo una de sus lujosas camisas de alta costura francesa: la que llevaría esa noche para impresionar a su jefe. Mi mano se detuvo sobre la plancha durante un par de segundos de más y un satisfactorio olor a tela quemada llenó la habitación, mientras una marca triangular de color marrón se formaba en el reverso de la prenda. Tenía unas bonitas y simétricas hileras de puntos a cada lado, casi decorativas. Ojalá pudiera tirar fuego como un dragón y quemar todo su vestuario de un soplido, obligándole a presentarse ante sus colegas vestido con una bolsa de papel grasiento. Las yemas de mis dedos empezaron a cosquillar de excitación ante la idea, como solían hacer también cuando contenía mi enfado durante demasiado tiempo. A mis veintimuchos años, era casi demasiado joven para tener canas, pero, aun así, tenía unas cuantas; testimonio mudo de los cientos de discusiones que me había costado mantener la cordura en compañía de mi media naranja.

Podía imaginar su furia cuando se enterara del destino de su camisa y mi pulso se aceleró, anticipando su airada reacción.

Respira, Alba, respira.

Es solo un hombre. Una persona normal y corriente, como tú. La ley no le permite hacerte daño. Y sabes que la ley es su único y verdadero amor.

Conté hasta ocho con cada exhalación.

Había ciertas formas de tortura que no dejaban marcas y mi querido esposo era un experto en todas ellas.

—Saldré de esta —me dije.

Me senté en la cama y cogí el teléfono, pero lo tiré entre las almohadas en cuanto recordé que no tenía a nadie a quien llamar. Estaba a punto de divorciarme de un abogado capaz de arruinar mi vida. Mis peores pesadillas parecían cuentos de hadas en comparación con el daño que él podía causarme.

Y no era que mis pesadillas no me hubieran advertido sobre Mark, una y otra vez. Pero siempre fui versada en ignorar mis sueños, aunque a la larga no me sirviera de mucho.

Mientras abría un cajón en busca de un pañuelo de papel para sonarme la nariz —no porque estuviera llorando, sino porque las magnolias estaban en plena floración y esparcían polen por todo Emberbury—, mi hija de cinco años, Katie, entró en la habitación. Cargaba con los restos de un libro roto y la seguía un gato negro que ella y su hermana habían encontrado hacía un par de semanas vagando por el jardín.

El animal tenía los ojos de color morado con motas doradas, un rasgo poco común. Supuse que debía de ser una raza de gato muy rara y cara —como aquella bestia sin pelo que mi vecina May le había comprado a su hijo por el precio de un fin de semana de spa en Bali—, y que alguien debía de estar buscándola frenéticamente por nuestro barrio de gente bien.

—Mami, Iris me ha roto la tapa de mi libro preferido. ¿Me la puedes pegar?

—A ver, déjame ver —dije, acariciando la cabeza de la niña mientras me limpiaba discretamente la nariz, para justo después limpiársela a ella con el mismo pañuelo.

El libro era una monstruosidad de tapas duras cubiertas de purpurina, con ilustraciones en rosa de brujas y hadas. Encontré un poco de pegamento en un cajón, junté las piezas y las presioné firmemente.

—Ahora esperamos a que se seque, ¿vale?

Miré al gato negro, que había saltado sobre las camisas de Mark y estaba ronroneando y amasándolas con las uñas. Con suerte, dejaría marcas de garras sobre el costoso algodón egipcio.

—¿Ya le has puesto nombre? —pregunté, diciéndome a mí misma que teníamos que adoptar a ese animal, aunque solo fuera para molestar a Mark.

—¡Sí, mami! Ahora es Miss Jilly. Como la bruja de mi libro.

—¡Buen nombre!

—¡Gracias, mami! —dijo Katie, besando mi mejilla—. Sabes... Yo creo que te pareces a Miss Jilly. La bruja, no la gata. —Señaló al animal, que ahora estaba intentando arrancar un botón de la camisa con los dientes. Consideré la posibilidad de detenerla, pero estaba disfrutando demasiado del espectáculo.

—Ah, ¿sí? —Sonreí ante la ocurrencia. Todavía tenían que crecerme verrugas en la nariz y necesitaría conseguir una escoba voladora, pero... ¿por qué no? *Al menos no le recordaba a un hipogrifo.*

—Sí, porque siempre lo arreglas todo, como ella. Te quiero, mamá.

Luego me abrazó y se fue, alegre, con su libro a cuestas.

Hice un esfuerzo prodigioso para no ponerme a llorar como una magdalena delante de mi hija y su escurridizo gato; al menos no hasta que se perdieron de vista.

—*Casi todo* —añadí en un susurro, soñando con ser Miss Jilly y poder arreglar mi vida con un toque de mi varita—. Pero, por desgracia, las varitas mágicas no existen en el mundo real —murmuré.

Me puse en pie de un salto cuando el cuervo del magnolio graznó en respuesta. Habría jurado que intentaba decirme que no estaba de acuerdo con mi opinión.



Capítulo 2

Alba

—A ver, Sra. Andersson, cuénteme acerca de su experiencia laboral...

La mujer vestía un traje caro y traqueteaba nerviosamente con su bolígrafo, que llevaba grabada la rúbrica *MSTDA Engineering*. Yo debía de ser la quinta candidata que entrevistaba ese día y se veía que estaba ya harta de preguntarle lo mismo a todo el mundo.

Tragué saliva, rastrillando mi mente en busca de una respuesta elegante. Tenía un título de ingeniería, pero mi currículum estaba más vacío que el corazón de mi esposo. En aquella época en la que todavía creía que yo le importaba, Mark me había sugerido buscar una carrera más *femenina* —sus palabras, no las mías—, lejos del barro, el hormigón... y los obreros descamisados. Tal vez trabajar desde casa, para poder cuidar de las niñas. A lo largo de los años, pasé por muchos intentos fallidos de vender todo tipo de cosas inútiles a mis escasos y lejanos parientes. Ahora mis padres habían fallecido, aunque yo seguía teniendo el garaje lleno de aceites esenciales, ropa deportiva y cosméticos que probablemente se hubieran vuelto ya rancios.

—Soy ingeniera civil —musité, con los ojos fijos en la mesa. Mi falda de tubo, superviviente de mis remotos días de oficinista, me apretaba demasiado después de tener dos hijas; me esforcé por respirar lo menos posible, no fuera a reventar la cremallera y sacarle un ojo a la entrevistadora.

—Perdone la indiscreción, pero... ¿tiene hijos? —me preguntó, sin parecer arrepentida en lo más mínimo.

—No pasa nada. —Suspiré—. Tengo dos. Una de tres y otra de cinco.

Asintió con la cabeza, frunciendo los labios en una fina línea mientras escribía algo en su expediente.

Ya estamos otra vez. Los niños siempre están poniéndose enfermos y las madres faltan al trabajo por ello. En particular, las madres a punto de

divorciarse eran una especie muy temida entre los contratantes.

—De acuerdo, gracias —continuó con desgana—. Y dígame, señora Andersson, ¿por qué quiere este puesto?

Una simple pregunta a la que no tenía ganas de responder, francamente.

Porque mi futuro exmarido es un abogado de élite que me está amenazando con utilizar todos sus conocimientos y conexiones para despojarme de todo lo que amo y poseo.

La verdad sonaba un poco cruda, así que la endulcé un poco:

—Llevo demasiado tiempo sin hacer nada y echo de menos sentirme útil a la sociedad. Antes trabajaba para Reismann y Reismann y disfrutaba mucho con mi trabajo.

La mujer levantó una ceja.

—¿Se refiere a la Reismann y Reismann que cerró hace cinco años?

—La misma —respondí con resignación.

—¿Y después?

Permanecí en silencio. ¿Qué iba a decirle? ¿Que vendí aceites esenciales en un sitio web que ni Dios conocía? ¿Que incomodé a todos mis vecinos para que me compraran crema hidratante?

—Era ama de casa —dije encogiéndome de hombros. Era consciente del efecto repelente que esta respuesta solía tener en los entrevistadores. No era mi primera entrevista después de la notificación de divorcio de Mark y ni siquiera la peor.

Eché un vistazo a la estéril oficina con grandes ventanales de suelo a techo, que daban al modesto distrito comercial de Emberbury. Mi estómago rugió, recordándome que no había comido nada desde la cena, aparte de unas cuantas cucharadas de cereales reblandecidos que las niñas se habían dejado del desayuno. Después de dar instrucciones a la niñera, me había pasado una hora probándome ropa que, o bien me estaba pequeña, o había pasado de moda, o le faltaban botones. A continuación, había tomado un taxi a toda prisa y... todo eso para que me hicieran esperar cuarenta y cinco minutos y me preguntaran cuántos hijos tenía y por qué la única empresa para la que había trabajado llevaba más de cinco años cerrada.

A la entrevistadora le sonó el móvil y esta se excusó para contestar. Entretanto, me levanté y admiré la vista de la ciudad: estábamos en el decimotavo piso y para alguien como yo, que pasaba mis días en un chalet en las afueras, mirar por aquellos ventanales era casi como viajar en avión. Los altos rascacielos de cristal reflejaban el sol cegador de la mañana y muchos

metros más abajo, la gente caminaba, todos con prisa y centrados en sus propios asuntos.

Todos... excepto dos.

Había dos hombres vestidos de negro justo delante de la entrada de *MSTDA Engineering*, y ambos estaban mirando en mi dirección. Retrocedí, sintiendo un extraño zumbido en la nuca. Me sonaba haberlos visto antes en alguna parte, pero, ¿dónde? Sacudí la cabeza: era imposible que me estuvieran observando a través del cristal reflectante y menos aún desde una distancia tan grande. La situación con Mark me afectaba demasiado, y había empezado a imaginar peligros incluso donde no los había.

Cuando la entrevistadora regresó, me hizo un par de preguntas más y tras consultar su reloj, se levantó a toda prisa fingiendo sorpresa.

—Nos hemos quedado sin tiempo, pero gracias por venir, señora Andersson —dijo, abriéndome la puerta—. Le comunicaremos nuestra decisión en breve.

Sí, pensé. Seguramente en lo que se tarda en escribir la palabra «rechazada».



AL SALIR A LA CALLE, me esforcé por distraerme observando los semáforos y al resto de peatones, aunque iba tambaleándome como un avestruz borracho. El problema era que solo podía pensar en una cosa: ¿cómo iba a conservar a mis hijas si Mark estaba decidido a utilizar todos sus poderes para quitármelas?

Tras descubrir el percance sufrido por su camisa favorita, Mark se había mostrado extrañamente tranquilo. Yo esperaba una tormenta, pero él había aceptado mi audacia con una simple sonrisa.

—Que sepas que voy a pedir la custodia de las niñas —me dijo, abrochándose los gemelos—. Esos historiales médicos de depresión posparto... Y la manera en que les gritas a veces... Yo creo que estarían mejor quedándose conmigo tres semanas de cada cuatro... o, mejor aún, de forma permanente, ¿no crees? Así tendrías tiempo de poner en orden tu desastre de vida... *y de pelo.*

Siempre tenía un comentario agradable que dedicarme.

Mark nunca había expresado mucho interés en la crianza de las niñas, así que su sugerencia solo podía tener una explicación: me odiaba tanto que había decidido hundirme. Pero... ¿por qué? Cuando nos conocimos, había sido puro encanto y atenciones. Pero poco a poco, su carismática fachada se había ido

derrumbando y, de puertas adentro, se había convertido en poco menos que un monstruo.

¿Cómo iba a luchar contra alguien como él? Si ni siquiera tenía un trabajo para cubrir los gastos judiciales.

El sonido de un claxon me devolvió a la realidad: acababa de cruzar por delante de un autobús en marcha. El conductor me gritaba, con los ojos saliéndole de las órbitas. No le culpé, estaba tan distraída que ni siquiera me había dado cuenta de que me había bajado de la acera.

Tenía que centrarme.

Lo primero era encontrar una fuente de ingresos; y tal vez un apartamento, en caso de que también me echara de la casa, como había insinuado. Cualquier cosa serviría para empezar a rellenar ese vergonzoso currículum en blanco. Después me conseguiría un buen abogado —y a ser posible uno que no fuera colega de Mark— que me ayudase a luchar por la custodia de las niñas.

Él contaba con que iba a rendirme, como siempre.

Mientras estaba absorta en darme ánimos a mí misma, un gran pájaro negro me bloqueó el camino.

¡Otra vez ese cuervo! Era difícil olvidarse de aquellos ojos lustrosos e inteligentes. Sin duda era el mismo que solía merodear cerca de nuestro magnolio.

Intenté espantarlo haciendo aspavientos, pero me ignoró, sentado en medio de la acera. Ni siquiera pestañeó. ¿Los cuervos pestañeaban? ¿No se suponía que debían tenerles miedo a los espantapájaros?

Al ver que la criatura no tenía intención de moverse, decidí rodearla, sacudiendo la cabeza ante su atrevimiento.

Estaba a punto de proseguir hacia la parada de autobús cuando me di cuenta de que el pájaro llevaba algo brillante en el pico: parecía un anillo de compromiso de buen tamaño.

Un momento... ¡Era *mi* anillo de compromiso!

—¡Eh, tú! —grité, volviéndome hacia el cuervo. Pero el pájaro desplegó las alas y se fue volando hacia un parque cercano.

—¡Espera! ¡Devuélveme eso!

Corrí tras él, apartando a todo el que se interpuso en mi camino e ignorando las miradas críticas de la gente. Ese pájaro acababa de robar mi anillo de compromiso, y yo había planeado empeñarlo para conseguir algo de dinero extra. De ninguna manera iba a permitir que se saliera con la suya.



EL CUERVO CRUZÓ LA calle y desapareció en una arboleda, y yo salté sobre el tocón de un árbol para evitar tropezarme con él. El pájaro era más rápido que yo, pero la sola idea de perder aquel anillo era suficiente para hacerme galopar. No iba a permitir que ese estúpido animal con afición por las cosas brillantes se lo llevase.

—¡Para! —grité. No esperaba que el pájaro me entendiese, pero, curiosamente, se detuvo y me esperó—. ¡Ladrón! Devuélveme mi anillo.

Blandí el puño con rabia. Aquello era increíble... En mi situación, no podía arriesgar ni un solo céntimo.

De pronto, mis pies se hundieron en el suelo. Al pisar un montón de hojarasca, el suelo cedió y un agujero invisible hizo que la tierra me tragara.

Caí, gritando hasta que mis pulmones se vaciaron de aire.

Al fin, sentí mi cuerpo estrellarse contra el frío y duro suelo.

La oscuridad del agujero me engulló y perdí la conciencia.



Capítulo 3

Alba

Cuando volví en mí, la cabeza me latía con fuerza y mi visión daba vueltas. Recordé la caída y la oscuridad subsiguiente. Alguien me había cubierto con una sábana de terciopelo, incluso me habían quitado los zapatos y los habían colocado junto a mí, ordenadamente. Sin embargo, no podía ver a nadie.

Las paredes del agujero —o, mejor dicho, cueva— eran de cristal rojizo repleto de burbujas diminutas que brillaban con luz propia. El espacio subterráneo al que me había precipitado desprendía un aura inquietante de misterio y hechicería. A medida que mis ojos se aclimataron a la escasa luz, pude divisar bóvedas nervadas en lo alto y arcadas talladas a lo largo de las paredes de cristal color cereza. El lugar me recordó vagamente a la arquitectura religiosa europea que había visitado de niña.

Flexioné mis extremidades tímidamente, comprobando que no tenía lesiones. Me dolía la cabeza por el golpe, pero aparte de eso me encontraba bien. Me levanté y caminé con precaución hacia las paredes de la cueva, buscando la abertura por la que había caído. No había nada, solo oscuridad.

Completamente quieta, escuché los sonidos del entorno, en busca de pistas.

Un goteo.

El zumbido lejano del tráfico en el exterior.

Y... ¿pasos? Pasos ligeros y elegantes.

—¿Hola? —susurré, sin saber si prefería que alguien contestara... o mejor no.

Un brillante resplandor anaranjado apareció en el extremo más alejado de la cueva, que era ancha y larga: debía de ser una vela, o una pequeña hoguera. Me dirigí con cuidado hacia allí y mis pasos resonaron en el espacio vacío,

como si se tratara de una catedral antigua. Olía a mohó, a tierra húmeda y a algo más que me resultaba familiar, pero que no era capaz de definir.

Pasos...

Ya no había duda: alguien se acercaba.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté con voz queda, frotándome los brazos. Hacía frío. Exploré la cueva en busca de una salida o, al menos un escondrijo, pero no encontré ni lo uno ni lo otro. Solo aquel pasillo del que provenía el resplandor anaranjado; el mismo lugar del que provenían los pasos.

Fuera quien fuese, iba a tener que enfrentarlo.

Me quedé inmóvil y una profunda sensación de pánico me inundó. En un impulso, cogí un zapato y lo sujeté con el tacón hacia fuera. No era una pistola, pero a falta de pan...

—El ámbar rojo de Emberbury es cautivador, ¿no le parece? —dijo una voz grave con acento inglés—. Y hay quien dice que tiene propiedades mágicas. ¿Usted cree en esas cosas?

El terror me paralizó al ver la figura del hombre llenando el pasillo. Estaba de pie frente a mí, alto y enigmático. Quise gritar, pero se me cerró la garganta.

Lo primero que me llamó la atención fue su aspecto peculiar... y deslumbrante.

Lo segundo fue la certeza de que no escaparía viva de aquel inesperado encuentro.



EL HOMBRE POSEÍA RASGOS finamente cincelados, pero su rostro era extrañamente pálido, *más pálido que la muerte*, fue mi primer pensamiento. Sostenía un candelabro de bronce en la mano y llevaba un chaleco de seda y una camisa blanca de encaje, que parecían salidos de una novela victoriana; ambas prendas ajustaban a la perfección sobre sus anchos hombros. Supuse que tendría unos treinta y tantos años, a juzgar por los mechones plateados que salpicaban su pelo, por lo demás tan negro como el cuervo del parque; lo llevaba un poco largo, cortado a la antigua.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? —pregunté con voz temblorosa, reculando hacia la pared de cristal rojo.

Por muy apuesto que fuera aquel desconocido, su presencia en la cueva era aterradora. Tal vez fuera la forma en que no dejaba de mirarme el cuello, o el aroma que lo había seguido al entrar: un perfume amaderado y familiar, que olía a paseos otoñales por el bosque y... y a sangre.

Huir estaba descartado: no había salida ni nadie cerca para ayudarme. Me escondí el zapato detrás de la espalda, acariciando su afilado tacón con el pulgar.

Piensa, Alba, piensa. ¿Sería buena idea gritar? ¿O eso haría que me matara más rápido?

—Disculpe. Debí presentarme. —Me hizo una media reverencia—. Mi nombre es Clarence Auberon, y esta es... mi humilde morada. —Me observó con la cabeza ladeada—. Y usted debe de ser doña Alba Lumin.

—Andersson. Alba Andersson —le corregí, sintiéndome automáticamente como una idiota. Había que ser estúpida para ofrecer voluntariamente mi apellido a un desconocido potencialmente peligroso. Pero me había llamado por el nombre de mi abuela y eso me había desconcertado.

—Como desee —dijo crípticamente—. Siento que hayamos tenido que conocernos de esta forma tan incómoda, pero le aseguro que intenté dar con una forma mejor, sin éxito. —Sacudió la cabeza y su voz se suavizó—. Por favor, no tema. No voy a hacerle daño.

Inspiré profundamente, reacia a creer sus palabras. Sin embargo, percibí que estaba diciendo la verdad: no, no estaba allí para matarme. Al menos, *todavía no*.

—La reina está esperándola. Sígame y la llevaré a la sala de conferencias —dijo.

El hombre me tendió la mano y esperó a que la tomara, pero yo di un paso atrás y la rechacé. Él asintió con comprensión. A falta de un plan mejor, empecé a caminar junto a él, sujetando mis zapatos de tacón como único medio de autodefensa.

Me pregunté si el cuervo al que había estado persiguiendo podría estar asociado con este hombre. No parecía sorprendido de encontrarme en la cueva, así que no era totalmente implausible.

Mientras avanzábamos por un oscuro pasillo de piedra, mantuvo la distancia entre nosotros, como si quisiera demostrar sus buenas intenciones. El suelo estaba lleno de guijarros invisibles, pero afilados, que se clavaban dolorosamente en las plantas de mis pies descalzos.

—¿Quizás preferiría ponerse los zapatos? —comentó el hombre, mirando con simpatía mi ridícula *arma*—. Tenemos un pavimento adecuado en las áreas principales, pero he tenido que traerla por la puerta trasera. No quisiera que se lastimara los pies por mi culpa.

—Estoy bien, gracias —le espeté, tambaleándome un poco y frotándome la sien.

—Siento mucho lo de su caída —dijo, observando mi creciente chichón—. Ojalá hubiera podido agarrarla a tiempo, pero se me escurrió entre los dedos.

¿Qué?

Si pensaba un poco, podía recordar que algo —o... ¿alguien?— había amortiguado mi caída; alguien que había desaparecido después, pero que tuvo la amabilidad de cubrirme con una sábana.

—Estaba persiguiendo a un pajaraco negro cuando caí en un hoyo —dije lentamente, esperando que pudiera darme una explicación.

—Un cuervo. —Asintió, estudiándome con curiosidad.

Estaba claro que no iba a decir nada más. A sabiendas de que no tenía forma de escapar, me rendí a mi suerte y lo seguí. Tal vez, al final de aquel pasillo encontrara una puerta por la que escapar.

—Puedo oler tu miedo —comentó—, pero te prometo que nadie te va a hacer daño.

Caminamos durante varios minutos más por el oscuro y estrecho pasillo. La única iluminación era el candelabro que llevaba en la mano. Al cabo de un rato, el rústico suelo de piedra se convirtió en entarimado y, finalmente, una enorme puerta de madera tallada apareció delante de nosotros. El hombre llamó y esta se abrió sola con un fuerte chirrido.

—Bienvenida a El Claustro —me dijo, sosteniendo la puerta con anticuada caballerosidad.



Capítulo 4

Alba

Lo primero que me llamó la atención al entrar fue la majestuosa lámpara de araña con velones de cera, que colgaba de un techo tan alto como las bóvedas de una catedral. Las paredes estaban cubiertas de suntuosos tapices de damasco rojo y dorado, y en el centro de la sala había una pesada mesa de roble macizo, rodeada de diez butacones de color burdeos. Solo cinco de ellos estaban ocupados y los asistentes a la pequeña reunión que acabábamos de interrumpir iban vestidos como si estuviéramos en el año 1850.

—Os presento a Alba Andersson, de las brujas Lumin —dijo el hombre al entrar, aclarándose la garganta para llamar su atención.

Todos se levantaron y nos saludaron con una inclinación de cabeza. Había dos hombres y tres mujeres, con edades comprendidas entre los veinte y cincuenta años más o menos; aunque de apariencias muy distintas, todos tenían en común una piel perfectamente tersa y un cabello exuberante.

—Ya era hora —dijo una de las mujeres, con un resoplido. Era una señora de mediana edad y tez canela, con el cabello recogido en cientos de trenzas diminutas, en un peinado que me recordó a un nido de serpientes.

Me temblaron las rodillas, amenazando con hacerme caer. Aquel lugar parecía un club secreto para fans de la era victoriana. Todas las mujeres vestían corsés y enaguas y los hombres lucían pañuelos de seda a modo de corbata. Mi falda y mi blusa, ambas muy sencillas, me hicieron sentir fuera de lugar; más aún porque seguía descalza.

—Mi nombre es Elizabeth Swamp —se presentó la mujer con el recogido de trenzas—. Soy la reina de los vampiros de Emberbury... y le doy las gracias por su presencia. También me disculpo por el arduo viaje. Por favor, comprenda que somos criaturas de la oscuridad, lo cual nos dificulta establecer contacto con humanos durante las horas de luz.

Me estremecí. ¿De qué demonios estaba hablando esa mujer? ¿La reina de los *vampiros*? Hablaba como si se creyera todo lo que estaba diciendo... y ninguno de los otros se había inmutado ante su explicación.

Al notar el miedo y la duda en mis ojos, Elizabeth miró al hombre que me había llevado hasta allí. Este seguía callado, detrás de mí, en una postura casi protectora.

—Supongo que Clarence ya se lo habrá explicado todo —dijo la *reina*.

Sacudí la cabeza y tragué saliva, sin atreverme a contradecirla en voz alta.

—Elizabeth, lo siento mucho —dijo el hombre—. Tuve un pequeño percance. No me dio tiempo... Hagámoslo juntos, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Tome asiento —dijo Elizabeth, señalando una butaca a su izquierda—. Este será el suyo a partir de ahora.

—Eh... perdone... —tartamudeé, retorciéndome sobre mí misma y reticente a aceptar el asiento ofrecido. *Mi* asiento—. Esto debe ser un malentendido. No tengo ni idea de qué está pasando aquí.

Elizabeth sonrió sin alegría alguna. Cuando enseñó los dientes, me di cuenta de que eran brillantes y ligeramente irregulares. Y no solo eso, por un segundo, me pareció que sus colmillos eran inusualmente largos y puntiagudos. Sin embargo, cuando volví a mirar ya no estaban. *Oh, el poder del miedo y la sugestión*. Tenía que salir de allí cuanto antes, o acabaría tan loca como esa gente.

—Por el amor de Dios, Clarence, ¿cómo has podido traerme a esta bruja sin darle antes nociones básicas de El Claustro? —Se volvió hacia el hombre que estaba detrás de mí, poniendo los ojos en blanco, y este se encogió de hombros con incomodidad.

Todavía de pie, me froté la nuca, intentando reunir el suficiente aplomo para formar una frase coherente.

—Lo siento, señora Swamp —logré decir, tragando saliva—. No puedo quedarme. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—¿Cree usted en los vampiros, señora Andersson? —me preguntó la mujer, cruzando los brazos con actitud desafiante.

La miré fijamente, con la boca abierta, sin saber qué responder. Por supuesto que no creía en ellos... pero, al parecer, ella sí.

Los colmillos. Esta vez no hubo duda. Se alargaron lentamente, perfectamente blancos y brillantes y ella no hizo esfuerzo alguno por ocultarlos.

—Los escépticos me agotan. —Exhaló con irritación—. Pero, si es necesario, puedo probar mi seriedad. —Un brillo amenazante inundó sus ojos

y me mordí el labio con nerviosismo.

—Vamos, por favor, Elizabeth —la regañó Clarence, poniéndome una mano helada en el hombro—. ¡La estás asustando! —Cuando bajó la mirada hacia mí, sus ojos brillaban con un raro tinte granate que nunca había visto antes—. Señora Andersson, ¿sería tan amable de sentarse y escuchar lo que tenemos que decirle, por favor?

Rindiéndome, obedecí en silencio y me senté. Me pasé los dedos por el pelo con frustración, consciente de que no iba a poder salir de aquel lugar si ellos no querían.

Entonces, el hombre me miró y dijo, entre compasivo y divertido:

—No se preocupe, señora Andersson, no mordemos.

Tras su comentario siguió una estruendosa risotada, que se extendió entre los asistentes como un incendio en el bosque.

—¡Silencio! —ordenó Elizabeth, golpeando la mesa. Una vez que los demás se recompusieron, señaló a Clarence, que se había sentado a mi lado.

—Muy bien, Clarence —dijo—, abramos esta sesión con un resumen de cómo encontraste a esta pobre vagabunda. —A continuación, me señaló a mí y yo abrí los ojos ante el término insultante—. Y continuemos con una estrategia para poder alcanzar un trato ventajoso para ambas partes.



Capítulo 5

Clarence

La bruja extraviada estaba tan aterrorizada que podía saborear su miedo en mis labios. Me sentí extrañamente apenado por su miseria; tal vez por la forma en que la había arrastrado a El Claustro, que no había sido la más cortés posible. Hubiera preferido una conversación a solas frente una taza de té, o lo que fuera que se bebiese en este siglo, en lugar de exponerla a la impaciencia de Elizabeth desde el principio. Pero la luz del día dificultaba las cosas, como siempre. Otra razón más por la que necesitábamos una bruja cuanto antes.

—Ha llegado a nuestros oídos que está buscando trabajo, señora Andersson —dijo Elizabeth. Yo me había pasado meses investigando a la nueva candidata, y le había proporcionado a Elizabeth un completo dossier, que estaba hojeando en ese mismo momento.

—Sí, bueno... —respondió la bruja. No parecía saber nada de sus raíces. *Igual que Julia*. Qué lástima, tanto potencial desaprovechado.... Pero quizás tuviera remedio.

—He oído que tiene hijos, señora Andersson. Una hija, ¿es así? —continuó Elizabeth.

La bruja frunció el ceño con una mueca defensiva.

—Disculpe. Eso es información privada.

—La señora Andersson tiene dos hijas —las interrumpí y ella me miró con furia.

Lo siento, bruja —intenté decirle en silencio—, *este es nuestro pequeño santuario. Tenía que asegurarme de que eras quien creíamos que eras antes de traerte aquí.*

—Eso no puede ser —dijo Elizabeth en tono alarmado—. Todo el mundo sabe que las verdaderas brujas solo pueden tener un descendiente. Si es niño, su linaje termina; si es niña, la magia se transmite a esta.

—¿Y si tienen dos? —preguntó Lillian desde el fondo con un bostezo, apartando un mechón rojo tras el hombro.

Oh, Lillian. Esa sí que vivía en su propio mundo.

—Una segunda hija moriría al nacer, así como la madre. Así que, si esta mujer fuera una bruja, como afirma Clarence, debería estar muerta —explicó Elizabeth, secamente.

—¿Por qué no paran de llamarme bruja? —dijo la señora Andersson con voz cansada, cruzando los brazos—. No soy ninguna bruja... No sé quién les ha dicho eso, pero es absurdo.

—Fui yo —dije—, y no hay duda de que es cierto.

—Entonces, ¿tiene una hija o dos, señora Andersson? —preguntó Elizabeth, poniendo los ojos en blanco.

—Dos —contestó la bruja con impaciencia—. Su *espía* tiene razón. —Me miró con recelo, y yo sonreí ante la palabra *espía*. Era mucho más divertida que la mayoría de las cosas que me habían llamado a lo largo de las décadas—. Así que, aparentemente, esto demuestra que no soy una bruja y puedo marcharme, ¿no? —Hizo ademán de levantarse—. Las brujas no existen, de todos modos.

—¿Comprobaste bien sus informes de antecedentes, Clarence? —preguntó Elizabeth, señalándome con un dedo acusador.

—Por supuesto —repliqué—. Es la bisnieta de una bruja. ¿Acaso no puedes... olerla?

La señora Andersson sacudió la cabeza. Bajo su miedo borboteaba una creciente ira contenida.

—Esto es ridículo. —Suspiró.

—La señora dice que tiene dos hijas. —Elizabeth cerró el expediente—. Esta reunión fue una insensatez. No puede ser una bruja, porque habría muerto al dar a luz. Ninguna bruja en sus cabales se arriesgaría a tener un segundo hijo.

En ese momento, la señora Andersson se quedó muy callada, perdida en sus pensamientos. Tenía la cabeza inclinada, llevaba media camisa por fuera y unas ondas castañas de pelo despeinado le caían sobre el hombro izquierdo. Tenía el aspecto de alguien que acabara de levantarse de la cama y su desaliño me enterneció. Ofrecía una imagen encantadora, a pesar del desorden causado por la caída. No, en realidad, a *causa de este*. En mi existencia inmortal, rodeado de eterna perfección, no podía dejar de apreciar la gota de pintura caída accidentalmente en un lienzo. *O en un nido secreto de vampiros.*

Sacudí aquellos pensamientos, recordando lo que ella era. Necesitaba centrarme, o Elizabeth se disgustaría... más aún de lo que ya lo estaba.

—¿Hay algo que desee compartir con nosotros, señora Andersson? —le dije lo más amablemente que pude, intentando tranquilizarla—. ¿Algo que explique por qué sigue viva, a pesar de tener dos hijas?

Al principio, parecía paralizada por el shock, pero luego, para mi sorpresa, empezó a hablar.

—Bueno, es curioso... — Su voz no era más que un susurro, como si estuviera hablando consigo misma—. Pero casi muero al dar a luz a mi segunda hija. En realidad, estoy viva gracias a la ciencia.

Lo sabía. Tenía que haber una explicación.

Respiré con alivio.

—¿Lo ves? —le dije a Elizabeth—. ¡Tres hurras por la ciencia, entonces! —Aplaudí y traté de disipar la sombría atmósfera que había caído sobre la habitación—. ¡Te lo dije, es la nieta de una bruja!

Elizabeth frunció el ceño.

—La ciencia nunca es motivo de celebración, Clarence. —La aversión de Elizabeth por la ciencia era bien conocida en El Claustro y no del todo infundada—. Aun así —continuó—, voy a aceptar por ahora que tiene sangre de bruja, si no por otra cosa, por el hedor.

Yo también podía sentirlo. Quizás *hedor* no fuera la mejor descripción, pero era un olor completamente distinto al de los humanos corrientes. Estos solían tener un sabor almibarado, como a fresas o dátiles, mientras que las brujas sabían más bien amargas, a una mezcla de lima y jengibre, con un toque de pimienta cayena. No era algo que la mayoría de los vampiros hubieran bebido de buena gana, aunque podrían haberlo hecho en caso de necesidad.

—Tenemos una propuesta para usted, Sra. Andersson. —Los ojos de Elizabeth brillaron.

La bruja frunció el ceño y se echó hacia atrás en la butaca, observándonos de uno en uno con desconfianza.

Crucé los dedos y recé por que dijera que sí. Sin duda, los demás estarían haciendo lo mismo por debajo de la mesa.

—Supongo que hoy salió en busca de un empleo —dije, ya que la había seguido hasta aquel edificio de oficinas; si lo que quería era un trabajo, nosotros podíamos proporcionárselo. Y, además, uno mucho mejor.

—¿Un empleo? —pareció desconcertada, pero alzó la mirada con interés.

—Sí. ¿No acudió a una entrevista en una empresa de ingeniería? —le pregunté.

—¿Cómo sabe eso? —sonó escandalizada.

—Soy... el *investigador* del clan. —Me encogí de hombros—. Mi labor era encontrarla y traerla hasta aquí para discutir la propuesta.

—Vayamos al grano —dijo Elizabeth con exasperación. Sostenía su pluma favorita y una gota de tinta roja salpicó el expediente—. ¿Cuánto le ofrecieron allí?

La señora Andersson se quedó mirando a Elizabeth sin comprender.

—¿Qué? —murmuró la bruja—. ¿Dónde?

Me dio la sensación de que Elizabeth no estaba familiarizada con los métodos modernos de contratación de personal.

—A nuestra querida Elizabeth le gustaría saber cuál es el salario que le ofrecen en MSTDA Engineering —expliqué.

La señora Andersson parpadeó un par de veces y finalmente habló, como despertando de un sueño.

—Bueno... mi esperanza era cuatro, quizá cinco mil dólares al mes...

—Bien —respondió Elizabeth—. Duplicamos su oferta.

Los ojos de la señora Andersson se abrieron de par en par.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Para trabajar... *de qué?* —En lugar de alegrarse, parecía más aterrorizada que nunca.

—Necesitamos una ayudante —dijo Elizabeth, y yo asentí como confirmación—. Nuestra maldición no nos permite salir durante las horas de sol. Podemos transformarnos en cuervos durante el día, pero es muy poco práctico. Y es por eso que usted, señora Andersson, nos sería muy útil.



Capítulo 6

Alba

Eso tenía que ser una secta. O una estafa. O un poco de cada. Por alguna extraña razón, esa gente pensaba que MSTDA Engineering iba a contratarme y acababan de hacerme una contraoferta. ¿Pero sería cierto? Las circunstancias en que los había conocido no eran precisamente tranquilizadoras. ¿Por qué estaban dispuestos a ofrecerme un salario tan elevado? ¡Probablemente era más de lo que Mark ganaba en un mes! Si había aprendido algo en la vida —aparte de que no hay que creerse los e-mails de herederas rusas desterradas y que es mala idea casarse a los veintiuno—, era que, en general, si algo parecía demasiado bueno para ser cierto... probablemente lo fuese.

¿A lo mejor querían contratarme para matar a alguien? Eso podría ser. Pero no estaba *tan* desesperada por encontrar trabajo, *todavía*.

—Vale —dije, respirando hondo—, y... ¿qué tendría que hacer exactamente?

Seis pares de ojos seguían cada uno de mis movimientos. Esta gente me recordaba a los leones de un zoo, solo que yo no era un visitante al otro lado de la valla, sino un ratón arrojado involuntariamente en su jaula.

—Es sencillísimo —dijo Clarence—. Comenzaría con cosas muy fáciles, como ir al banco, contabilizar documentos, formalizar compraventas, reunirse con nuestros clientes... —Según hablaba, iba extendiendo uno por uno sus dedos larguísimos para enumerar cada tarea. Sus manos eran anchas, pero sorprendentemente delicadas para un hombre tan alto; las manos de un pianista, o de un artista—. Como puede ver, se trata de tareas administrativas ordinarias que uno esperaría de una... —hizo una pausa y se lamió los labios — ...de una empresa de vampiros normal y corriente.

Gruñí con desesperación ante la mención recurrente de la palabra *vampiro*. Luego levanté la cabeza y escudriñé sus ojos, buscando pistas sobre sus

verdaderas intenciones. Parpadeó solo una vez en todo el tiempo que lo miré fijamente.

—Reconozco que toda esta cháchara sobre brujas y vampiros es desconcertante, pero... ¿la idea de cobrar miles de dólares por *ir a correos*...? No se ofendan, pero... es difícil de creer... Con todo el dolor de mi corazón, voy a tener que rechazar su oferta.

—Increíble —bufó Elizabeth.

—Sra. Swamp, por favor, compréndame. Necesito volver a casa. Mi familia estará esperándome.

Tímidamente, me levanté de la mesa y observé su reacción: ¿intentarían detenerme? Empujé la silla contra la mesa, sosteniendo la mirada de Clarence. De entre toda esa gente, él parecía ser el menos intimidante. Se quedaron quietos, acechándome, y yo di dos pasos lentos hacia atrás. Luego esperé a ver qué hacían. Me alisé la blusa y me di cuenta de que había perdido el botón del medio; colgaba abierta de forma muy poco elegante, así que estiré de los lados para taparme el sujetador. Mientras tanto, me puse los zapatos con toda la dignidad que pude reunir. Retrocedí un poco más y me detuve junto a la entrada, con una mano en la pesada manilla. Para mi sorpresa, todos se quedaron sentados, aunque observándome como halcones.

Elizabeth entornó los ojos a través de sus gruesas pestañas negras.

—Bien —dijo—, si insiste, no la mantendremos aquí contra su voluntad. —Chasqueó los dedos y con una mirada misteriosa dirigida al hombre de pelo oscuro, añadió—: Clarence, ¿podrías acompañar a la señora Andersson a la salida?



CLARENCE PARECÍA PERDIDO en sus pensamientos mientras me guiaba por el laberinto de pasillos subterráneos. Al principio recorrimos pasillos más amplios, profusamente decorados con cuadros y candelabros en las paredes, pero a medida que avanzábamos, las superficies se volvieron más humildes. Todos los pasillos estaban en semioscuridad, lo que hacía difícil no tropezar con las profundas grietas de los ajados adoquines.

Al cabo de un rato, apareció ante nosotros un largo tramo de escaleras de piedra y por encima de nuestras cabezas, una tranquilizadora rendija de luz.

El mundo exterior. Aleluya.

—Esta es la salida principal —dijo Clarence, mostrándome una llave, que colgó en un gancho de la pared, a mi alcance—. Dejo la llave aquí. Alcanza, ¿verdad? No la retendremos si no desea quedarse. Saldré con usted, sólo deme un segundo para... *cambiarme.*

—¿Cambiar-se?

¿Tal vez se refería a *cambiarse* esa ropa tan estafalaria por algo más normal?

—Quiero decir que no me interesa convertirme en vampiro a la parrilla y... por alguna inexplicable razón, transformarme en un *pajarraco negro* me ayuda a evitarlo. —Se encogió de hombros con inocencia—. No se preocupe, vuelvo enseguida. El único inconveniente es que, una vez que lo haga, no podré hablar con usted. Sólo... graznar.

Me quedé mirando sin comprender.

Pobre hombre. Totalmente majareta.

Qué desperdicio, siendo tan guapo.

—Sigue sin creerse nada, ¿verdad? —dijo Clarence con complicidad—. Cree que los vampiros y las brujas solo existen en los cuentos de hadas. Cree que todos aquí estamos locos.

Algo en la forma cordial en que me habló, junto con la cercanía de la salida, me dio el valor suficiente para responder.

—Tendrá que disculparme —dije lentamente—, pero la última vez que miré, no había ningún castillo sobre mis matas de habichuelas.

—Por supuesto. —Se dio una teatral palmada en la frente—. Es usted ingeniera, ¿no es así? Qué interesante elección profesional para la nieta de una bruja. Uno habría esperado que se convirtiera en herbolaria o vidente. ¿Tal vez comadrona? Pero... ¿ingeniera? Es usted una criatura interesante, Alba Andersson, si se me permite decirlo... y me imagino que la vida aún le tiene reservadas muchas sorpresas. ¿Por qué le cuesta tanto tener un poco de fe?

—La fe —repetí, sosteniendo su mirada y sorprendida por mi repentino deseo de continuar la conversación—, es algo que perdí hace mucho tiempo. Desde entonces, me rijo por el principio de «*si no lo veo, no lo creo*».

Suspiró y las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente.

—¿Puede ver un átomo?

—Supongo que podría, con un buen microscopio. —Me crucé de brazos, aceptando el reto.

—¿Puede ver el amor?

Su inesperada pregunta casi me hizo atragantarme. Estaba totalmente fuera de lugar.

—¿Me lo está preguntando en serio, Sr. Auberon?

Pero insistió.

—¿Puede ver lo que sea que diferencia a una persona viva de una muerta?

Parpadeé, sintiéndome personalmente atacada por la dirección que estaba tomando la discusión.

—Lo siento, señor Auberon. No estoy de humor para discutir la naturaleza del amor con alguien a quien acabo de conocer, ni menos aún para hablar de *gente muerta*. ¿Qué está tratando de decirme?

La sirena de una ambulancia resonó en el exterior y Clarence esperó a que parase antes de continuar.

—No podemos ver un alma humana, pero sabemos que está ahí. Lo sabemos porque, en cuanto desaparece, la persona sigue teniendo un cuerpo, pero deja de estar viva. Solo intento demostrarle que, a veces, hay mucho más de lo que el ojo puede ver... A veces es necesario un salto de fe. Y yo solo le pido que considere la posibilidad, eso es todo.

Su voz era cálida y embaucadora y despertó una parte rebelde de mí, que había permanecido dormida durante muchos años.

—No voy a dar ningún tipo de *salto*, a no ser que me saque de este agujero en el que estoy metida —protesté, pero mi voz salió más débil de lo esperado.

—Muy bien, Sra. Andersson. —Sonrió ante mi terquedad—. En ese caso, solo una cosa más, antes de que nos abandone para siempre. —Miró a ambos lados con preocupación—. Si está pensando en ir a la policía y hablarles de este lugar, le ruego que no lo haga. Lamento que cayera en aquel pozo, pero comprenda que aquí en El Claustro nos esforzamos por vivir en clandestinidad.

Eso era exactamente lo primero que había pensado hacer. Me pregunté si era capaz de leer mi mente o si simplemente yo era tan predecible.

—Ser descubiertos sería muy problemático para nosotros... La privacidad es lo que más apreciamos los vampiros... aparte de la sangre, pero eso es otra historia. —Se rio de su propio chiste malo, hasta que hice una mueca y paró—. Mire, comprendo que es mucho lo que le pido —continuó, inclinándose hacia mí y bajando el tono—. Pero puede que tardemos diez años o más en encontrar a otra descendiente de brujas dispuesta a trabajar aquí. Nuestros negocios no sobrevivirán para siempre, si dejamos de lado ciertas tareas básicas. Elizabeth la necesita. *Todos nosotros* la necesitamos.

No estaba acostumbrada a que nadie me pidiera nada con tal amabilidad, con tal humildad. Por excéntrico que pareciese, el hombre se volvía menos amenazador a cada minuto que pasaba. Pensativa, tomé la enorme llave de hierro y la sopesé en la mano. Estaba fría y su tacto —junto con la posibilidad de escape que ofrecía— me tranquilizó.

—¿Entonces, está completamente segura de que quiere rechazar esta oportunidad única de empezar una nueva vida? —Enarcó las cejas—. Me pregunto si hay alguna manera de ganarme su confianza y hacer que se quede...

—Es difícil confiar en alguien que no para de hablar de beber sangre y que sabe absolutamente demasiado de mi vida —dije, sorprendiéndome a mí misma con mi atrevimiento—. ¿Cómo sabía lo de mis hijas? ¿Y el apellido de mi abuela, la fecha de mi entrevista de trabajo? Es casi como si me hubiera estado espiando.

—*Nooo* —dijo divertido—, eso no era *espionaje*, solo... *análisis de mercado*. —Se apoyó en la pared de piedra y cruzó una pierna sobre la otra—. Necesitábamos asegurarnos de que era la candidata adecuada. Claramente, no podemos poner un anuncio en el periódico, ¿se imagina eso? «*Se necesita asistente de vampiros para ayudar con trámites de oficina. La sangre de bruja es un requisito de seguridad. Experiencia con falsificación de documentos deseable*».

Iba a reírme, pero entonces...

—Espere un segundo —dije, levantando un dedo—. ¿Acaba de admitir abiertamente que me ha estado espiando? ¿Y, además, por qué la sangre de bruja es un requisito *de seguridad*?

Clarence se rascó la nuca con una mueca de infantil inocencia.

—La sangre de bruja tiene un sabor espantoso —dijo y casi sonó como una disculpa—. Ayudará a mantenerla vivita y coleando entre nosotros. Y, además, las brujas también tienen otras ventajas secundarias.

—¿Oh? —Parpadeé—. Interesante. ¿Y lo del espionaje?

Me lanzó otra larga mirada cargada de culpabilidad y permaneció en completo silencio.

—¿Qué más sabe de mí? —pregunté, apretando la llave contra mi pecho—. No me diga que sabe dónde vivo.

—¿Quizás?

—¡Por Dios! Espeluznante.

—¡Solo habría llamado a su puerta si no me hubiera quedado más remedio!

—Pues menos mal que no lo intentó, porque no le habría abierto. Odio hablar con extraños.

—Lo he notado. —Sonrió con sorna.

—Espero que, a partir de ahora, usted y sus amigos dejen de acosarme. —Dejé escapar un profundo suspiro y empecé a subir las escaleras.

—¿Mis amigos? —Levantó la cabeza y me observó, confundido—. ¿A qué amigos se refiere?

Todavía con la llave en la mano, me apoyé en la pared de piedra y le miré. Al hacerlo, se me humedeció la parte de atrás de la blusa y me arrepentí demasiado tarde.

—Dos hombres me han estado siguiendo. Los vi por la ventana esta mañana, durante la entrevista. Pensaba que eran espías enviados por usted.

Clarence frunció el ceño.

—No. Yo no envié a nadie.

—Qué raro. Bueno, a lo mejor fueron imaginaciones mías. He estado muy estresada últimamente.

En vez de contestar, me escudriño de una manera sumamente inquietante. Parecía como si quisiera añadir algo, pero no estuviese seguro de si revelarlo o no.

—¿Sí? —lo animé a continuar.

—Sra. Andersson, hay mucho que aún no puedo contarle, pero confíe en que sé cosas sobre usted que ni usted misma sabe. Podríamos hacer tanto por usted...

—Venga ya —dije con frustración—. Eso lo dice por alardear y para sonar misterioso.

—Por supuesto. —Meneó una ceja—. Me encanta presumir siempre que puedo. Y, además, dejar pasar esta oportunidad va a ser el peor error de su vida. Pero la entiendo. Yo tampoco creía en vampiros cuando tenía su edad.

—¿Y eso cuándo era? ¿Hace tres años?

Clarence soltó una carcajada genuina y vibrante. Si hubiera juzgado por su aspecto, era sin duda el epítome de un vampiro: pálido, atractivo y enigmático. Pero, para empezar, los vampiros no se reían así: ni siquiera tenían sentido del humor, que yo supiera. En las novelas, siempre eran trágicos y melancólicos... y este no parecía nada de eso.

—Usted no es ningún vampiro —dije, cruzando los brazos—. No es más que un friki vestido de victoriano con colmillos postizos.

Curiosamente, mi comentario pareció divertirle.

—A ver... —dijo en tono reflexivo—, se me ocurren varias maneras de refutar su hipótesis. Podría morderle, por supuesto, pero sería de mala educación, más aún, siendo nuestra invitada de honor. Pero, aun así, estoy seguro de que los *frikis vestidos de victorianos*, como usted me llama... —al hablar, me mostró sus colmillos, definitivamente más largos que los de una persona normal—, no pueden convertirse en majestuosos cuervos a voluntad.

La cabeza me daba vueltas. Si estaba mintiendo, había una forma muy rápida de verificarlo.

—Vale. Demuéstrémelo.

Una media sonrisa dejó un hoyuelo en un lado de su barbilla.

—Lo haré, Sra. Andersson. —Hizo una teatral reverencia—. Con mucho gusto, además.

Chasqueó los dedos y el sonido resonó en las paredes de piedra.

Durante un par de segundos, se limitó a mirarme a los ojos con aire juguetón, sin que ocurriese nada más. Estaba a punto de marcharme, aburrída de esperar, cuando una nube gris lo envolvió, haciéndose más densa y oscura, para después contraerse en una pequeña bola de vapor negro. Cuando el vapor se esfumó, no quedaba rastro alguno del hombre. Un cuervo negro salió de él y voló en círculos sobre mi cabeza, elevándose hacia la parte superior de la escalera, mientras yo lo observaba paralizada por el asombro.

—Ese sí que es un buen truco —jadeé, mirando por todas partes para ver dónde se había escondido. Pero no había rincones ni esquinas, solo paredes rectas de piedra y el tramo de escaleras que llevaba al exterior—. ¿Hola? Sr. Auberon, ¿dónde está? Ya puede salir. Ha estado muy bien. Muy realista.

El cuervo planeó con pericia y descendió hasta mi brazo, que había apoyado contra la barandilla. Me estremecí, esperando sentir las afiladas garras hundiéndose en mi piel, pero el ave se posó con sumo cuidado. Finalmente, con un grácil salto, el cuervo desapareció en otra nube negra, de la que emergió de nuevo Clarence, alisándose el traje.

Solté un aullido de sorpresa, atónita.

—Y ahora, ¿me cree? —Dio un salto vertical imposible, que lo catapultó al centro de la escalera como un cohete.

Tragué saliva. Intenté hablar, pero solo podía abrir y cerrar la boca sin emitir sonidos. La conmoción duró un par de minutos, hasta que el hombre, o lo que fuera aquella criatura, se acercó a mí y empezó a estudiar mis pupilas con preocupación.

—No puede ser —dije, saliéndome un gallo.

—¿Está usted bien? —preguntó, olfateando el aire a mi alrededor—. La veo un poco perturbada.

De nuevo, mis cuerdas vocales perdieron la conexión con mi cerebro. Tras lo que pareció una eternidad, rompí en una carcajada histérica que sacudió mi cuerpo entero. Cacareé como una loca y él permaneció a mi lado con aire paciente, hasta que se me pasó. Entonces hizo aparecer un pañuelo de encaje y me ayudó a limpiarme los ojos con él.

—¿Y bien? —dijo, asintiendo.

—No sé qué decirle —contesté, mirando alternativamente al hombre y a la salida.

—Está fascinada. Confiéselo.

—Podría ser.

—Quédese —dijo con firmeza—. Quédese y escuche la oferta de Elizabeth hasta el final. No se arrepentirá. Se lo prometo.

—No puedo pensar con claridad ahora mismo.

—Está bien, tómese su tiempo. Lo entiendo.

Clarence se sentó en la escalera y juntó las puntas de los dedos. Al cabo de un rato, mi cerebro se reinició y una avalancha de preguntas me inundó, empezando con cuestiones de pura supervivencia.

—¿Cómo puedo saber con certeza que no están intentando matarme, o secuestrarme, o utilizarme para cualquier culto satánico que estén llevando a cabo aquí?

—No, no, nada satánico. —Extendió la palma de la mano con solemnidad, como haciendo un juramento—. Y si quisiera matarla, o secuestrarla, o cualquiera de esas cosas... créame, podría haberlo hecho ya. Pero usted es un activo demasiado valioso, señora Andersson... y es en nuestro interés mantenerla viva. No somos más que un grupo de individuos eternamente malditos, esforzándonos por mantener nuestros negocios a flote en un mundo gobernado por... *humanos*.

Tragué lentamente, tratando de aclarar mi mente. Una parte de mí había quedado totalmente embelesada por lo que acababa de presenciar. Mi abuela solía contarme historias sobre el mundo de lo sobrenatural y yo siempre las había escuchado con deleite. De repente sentí un inexorable ataque de curiosidad que, con un poco de suerte, no me costaría la vida.

—De acuerdo —dije, dando un paso vacilante de regreso al pasillo por el que habíamos venido. Por si acaso, me metí la llave en el bolso—. Hablaré con la señora Swamp.

—¡Me alegra tanto que haya cambiado de opinión! —Se enderezó con un suspiro de alivio—. Porque, de lo contrario, Elizabeth no me habría permitido dejarla salir de aquí con sus recuerdos intactos.

—¿A qué se refiere?

—Significa que... Nada, *olvide* lo que acabo de decirle —respondió con una risita, como si acabara de contar un chiste buenísimo. Después me tomó del brazo con cortesía y me llevó de vuelta a la sala por los oscuros pasillos de El Claustro.



Capítulo 7

Alba

Tras la charla con Elizabeth me permitieron irme a casa. El cuervo me acompañó a la salida y después desapareció tras el mausoleo de mármol negro de Saint Anne.

Por fin sola —y libre—, intenté poner en orden mis pensamientos haciendo un recuento de mi situación.

En primer lugar, seguía viva. En segundo lugar, llevaba *los dos* zapatos puestos. En tercer lugar, sostenía una tarjeta de visita amarillenta con el emblema de un cuervo, una espada y una rosa, con el siguiente texto en el reverso:

*Sr. Clarence Auberon
Westside Avenue 13
Emberbury, MA, 05545*

No incluía ni teléfono ni correo electrónico. Al parecer, la única forma de contactar con estas personas era enviarles cartas por correo ordinario.

La segunda parte de mi conversación con Elizabeth había ido un poco mejor que la primera. Estos supuestos vampiros se habían construido un palacio bajo el cementerio de Saint Anne y, al parecer, vivían ahí de verdad. Me ofrecían una suma de dinero impresionante, aparte de la posibilidad de alojarme allí junto a mis hijas, a cambio de que les ayudase con sus trámites administrativos. La única pega era que debería mantener todas mis actividades en el más absoluto secreto.

Durante los primeros diez minutos sopesé la idea de aceptar el puesto.

Pero, poco a poco, el sentido común se impuso y me di cuenta de que ninguna madre en su sano juicio arrastraría a sus hijas a un lugar como ese. El Claustro y sus habitantes habían despertado mi curiosidad, sin duda —ver a un hombre convertirse en cuervo y dar un salto de tres metros no era una ocurrencia muy común, que digamos—, pero todo lo relacionado con El

Claustro parecía turbio y arriesgado y no podía correr riesgos si mis hijas estaban involucradas.

No, tenía que comportarme con sensatez. Sin pensarlo más, saqué del bolso la tarjeta de visita de Clarence Auberon y la arrojé a la papelería más cercana. Así evitaría hacer algo de lo que podría arrepentirme más tarde.

Si no lo veo, no lo creo.

Perfecto. Sin la tarjeta, la tentación también desaparecía.

Me detuve en el banco para sacar dinero para un taxi. De pie frente al cajero automático, introduje mi número PIN y esperé a que apareciera la habitual pantalla de bienvenida. En lugar de eso, recibí un mensaje de error:

PIN incorrecto.

Intentos restantes: 2

Bueno, olvidarse de un PIN era algo bastante común y absolutamente razonable, más aún para alguien que estaba pasando por un divorcio y una frenética búsqueda de alojamiento y trabajo. Saqué la cartera y busqué el papelito en el que guardaba todas mis contraseñas: una costumbre temeraria, sí, pero me daba más miedo quedarme tirada sin dinero que encontrarme con un ratero capaz de descifrar mi letra. Emberbury era una ciudad relativamente segura, de tamaño medio, donde no había ocurrido nada digno de mención desde el cierre de las minas de ámbar rojo en el siglo XIX.

Confundida, miré mi lista e introduje el número dos veces más, esta vez con mucho cuidado. El mensaje de error persistió. La tercera vez, el cajero se tragó mi tarjeta y la pantalla se bloqueó.

Maldiciendo como un bucanero, empecé a rebuscar en mi bolso y encontré un par de monedas, lo justo para un billete de autobús. Odiaba ir en autobús y además llegaba tardísimo, pero no me quedó más remedio.

Cuando me bajé en mi parada, un escalofrío me recorrió la espalda. Detrás de mí vislumbré dos figuras negras muy familiares, que se escurrieron sigilosamente por un camino lateral. Habría jurado que eran los mismos hombres que había visto desde la ventana de la oficina de ingeniería.

Al llegar a mi calle, mi vecina May me saludó desde el porche. Estaba otra vez fumando a escondidas, lo cual significaba que su marido no había vuelto todavía.

—¡Hola, May! —grité con una sonrisa forzada. Ninguno de mis vecinos sabía nada de mis problemas con Mark. Él me había pedido que fuésemos lo más discretos posible, y al menos en eso estábamos de acuerdo.

—¿Te vienes luego al gimnasio? —me preguntó May, e inhaló otra bocanada de humo como si el mundo estuviera a punto de acabarse.

Ir al gimnasio era un eufemismo de las madres de los suburbios, que en realidad significaba *cotillear en la cafetería del gimnasio, con un chándal puesto*. Nadie esperaba que levantas peso alguno, aparte del de tus hijos cuando berreaban demasiado fuerte. El gimnasio, como local, tenía muchas ventajas, incluyendo una zona de juegos recubierta de espuma, donde los niños podían dar cabezazos sin romperse la crisma. El chándal era práctico en caso de que se aferrasen a tu ropa con los dedos pringados de chocolate.

—¡No sé! ¡Estoy un poco cansada! —respondí, gritando para que pudiera oírme desde el otro lado del jardín.

—Ir de compras agota, ¿eh? —Debía de pensar que me había pasado la mañana en un centro comercial, e ilustró su comentario con un bailecito de felicidad. Su envidiable melena de azabache asiático se agitó tras ella, lanzándome una ráfaga con olor a champú de incienso.

—Sí, sí... —dije. En cualquier caso, ir de compras habría sido igualmente agotador. Sin duda, estaba hecha polvo después de mi periplo por las catacumbas de Saint Anne.

May quedó satisfecha con mi respuesta y se volvió hacia su móvil con despreocupación, para después añadir:

—Si cambias de opinión, nos quedaremos en la cafetería hasta un poco más tarde esta noche, porque es mi cumpleaños. Dile a Mark que se quede con las niñas y les haga la cena... y te vienes.

Asentí con la cabeza, como si Mark fuera capaz de cocinar algo que no fuese pizza para llevar, y me metí en mi casa.

—Llegas con dos horas de retraso —gruñó la niñera en cuanto me vio.

Solía llegar siempre tarde a todas partes, pero este era mi récord hasta el momento. Le pagué y se marchó, enfurecida. Después me senté en el sofá con Katie e Iris y abrí mi portátil, decidida a averiguar qué había pasado con mi tarjeta de crédito. Al intentar meterme en mi banco online, recibí otro mensaje de error.

Alguien había cambiado esa contraseña también.

Y empezaba a sospechar quién podía ser ese *alguien*.

Abrumada por una repentina oleada de aprensión, registré toda la casa en busca de objetos de valor. Ni siquiera me sorprendí al constatar que todo había desaparecido, incluyendo el dinero de reserva escondido en un frasco de pepinillos. No quedaba ni rastro de ninguna de mis joyas, ni de mi tiara de boda, ni de lo poco que había heredado de mi familia. Lo único que se había librado del saqueo de Mark era el broche de mi abuela, y eso solo porque me lo había olvidado en el cuarto de baño. Se trataba de una joya de latón en

forma de rosa, tipo Art Nouveau, salpicada de diminutas cuentas de ámbar color cereza, moldeadas como pétalos de flores. Sintiéndome derrotada, lo recogí y me lo puse en el pelo. Mark acababa de declararme la guerra y, por desgracia para mí, jugaba con la ventaja de la experiencia.



CUANDO MARK LLEGÓ POR fin a casa, eran más de las diez de la noche y las niñas ya estaban durmiendo. El sonido de sus pasos en el pasillo me hizo temblar las manos y se me resbaló el plato que estaba fregando. El agua jabonosa me salpicó en los ojos y me los limpié con una toalla.

—Ya se han dormido —dije desde la cocina—. Estaban esperándote para ver una película juntos.

Mark dejó su maletín de cuero negro en el suelo y se quitó la americana sin siquiera mirarme.

—¿Y yo cómo iba a saberlo? —dijo con un bufido—. Acabo de enterarme.

Se habría enterado, si alguna vez escuchase lo que le decía. Pero no estaba sorprendida en absoluto.

—¿Qué tal el día? —pregunté, más por costumbre que por cortesía. Mientras durase el proceso tendríamos que vivir juntos, y minimizar los conflictos era una cuestión de supervivencia. Al menos había una habitación libre, así que no teníamos que compartir la cama.

—¿Hay algo de comer? —preguntó ignorándome, mientras escrutaba la cocina como un lobo hambriento.

—Si quieres te hago un bocadillo. Habría hecho más sopa, pero me dijiste que habías quedado con Robert.

—Yo jamás dije eso.

—Sí que lo dijiste.

—Sería maravilloso si dejases de inventarte cosas. No llevo ni diez minutos en casa y ya estás intentando cabrearme.

¿Cabrearle? Me acordé de mis tarjetas de crédito bloqueadas y di un portazo con el armario sin querer.

—¿Sabías que alguien me ha quitado el acceso a nuestra cuenta bancaria? —dije, frotando el fregadero con tenacidad.

Mark resopló, sirviéndose una cerveza de la nevera.

—¡No me digas! —exclamó, divertido.

—Sí, como lo oyes. Fuiste tú, ¿no?

—Soy inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Se bebió un trago enorme de cerveza y eructó ruidosamente. Me dieron ganas de grabarlo y enviar el vídeo a todo su despacho. Mark Andersson era considerado un ejemplo de profesionalidad, aplomo y elegancia en los círculos jurídicos de Emberbury. Pero eso era porque nadie conocía su lado secreto de Mr. Hyde. Ni siquiera yo había notado esa faceta suya diez años antes, porque era un experto ocultándola.

—No puedes llevártelo todo y dejarme con las manos vacías. ¿Cómo voy a sobrevivir hasta que el divorcio sea oficial?

—No sé —se burló—. Pregúntale a tu abogado.

Ni siquiera me miraba, sino que estaba enfrascado en su móvil, como si yo fuera un mosquito molesto del que quería deshacerse. Sabía perfectamente que yo no tenía ningún abogado y me iba a ser difícil conseguir uno, sin dinero.

Noté un olor a agrio y me di cuenta de que probablemente hubiera ido a tomar copas después del trabajo. Eso explicaba que estuviese todavía más insufrible de lo normal.

—A veces eres un auténtico canalla —murmuré, conteniéndome para no estrangularlo con el cable de la batidora.

—Te diré solo tres palabras: *separación de bienes*. ¿Has trabajado mucho últimamente? ¿No? Me lo imaginaba. Es una pena que la casa también esté a mi nombre. Pero no te preocupes, no te voy a echar todavía. Necesito encontrar a alguien que cuide a las niñas de momento. Porque se quedan conmigo, ¿te lo había dicho?

Fue entonces cuando perdí la compostura. Cargué contra él con ambas manos, chocando contra su pecho de acero y sintiéndome como si acabara de rebotar contra una pared. Sorprendentemente, no me devolvió el golpe, sino que se rio, bloqueó mis avances con un brazo y se hizo un selfi en el que parecía que lo estaba apaleando.

—Gracias por esta encantadora prueba, cariño —dijo, agitando el teléfono con complacencia—. La violencia doméstica vende bien en los tribunales.

Gruñí ante su desvergüenza y salí disparada de la cocina, antes de que me entrasen ganas de echar mano del bloque de cuchillos.

—¿Mamá? —La pequeña Katie estaba de pie en medio del salón, con el pijama puesto—. No puedo dormir... —se interrumpió en seco al darse cuenta de que Mark estaba detrás de mí y corrió hacia él—. ¡Papá! ¡Has vuelto!

—Lleva el pijama al revés. —Mark ignoró los brazos abiertos de la niña y señaló la etiqueta que asomaba bajo su barbilla.

—Papá, ¿puedes leerme un cuento? Es que no tengo sueño —dijo Katie, mientras yo me retiraba a un rincón y los observaba en silencio.

—Lo siento, Katie. Estoy muy cansado. Tal vez mañana —respondió Mark con un tono carente de emoción.

—Pero, papá... —Katie echó a llorar y se aferró a sus impecables pantalones—. Solo uno cortito, ¿vale?

—He dicho que no.

—¡Pero quiero un cuento *ahora!* —Katie se limpió los mocos en sus pantalones.

—Pero ¿qué haces? ¡Acabas de estropear mis mejores pantalones de vestir, mocosa malcriada! —Apartó a la niña de un empujón y empezó a frotarse la ropa, sin darse cuenta de que el golpe la había enviado de bruces sobre la alfombra.

Mark subió furioso las escaleras, ofuscado en salvar sus pantalones nuevos y la puerta del dormitorio principal se cerró con un fuerte portazo. Katie yacía llorando en el suelo, ignorada por su padre y me apresuré a cogerla en brazos. La acuné suavemente, sintiéndome culpable por no haber intervenido antes.

—*Shh*, chiquitina, mami te leerá un cuento. solo dime cuál quieres, ¿vale?

Tardé un buen rato en calmarla y cuando por fin se durmió, el vacío en el centro de mi corazón estaba a punto de asfixiarme. Sabía que me iba a pasar la noche mirando al techo, esperando a que sonara la alarma. No era demasiado tentador, así que cogí el bolso y salí a la calle.

—¿May? —Marqué el número de mi vecina, y esta contestó al primer timbrado, sonando alegre y animada.

—¡Hey, *Albs!* ¡Te estamos esperando! ¡Ven, ven, que esta noche pago yo las bebidas!

—Sí, ¿dónde estáis?

—*Saturn Fitness*, como siempre. Pero cierran en una hora. ¡Tendrás que saciar tu sed rapidito!

—No te preocupes, May. Se me va a dar de maravilla.



Capítulo 8

Clarence

Todo el clan, excepto Francesca y yo, abandonó El Claustro para ir de caza.

Tras la partida de Alba Andersson comenzó una acalorada discusión, con la mitad de los miembros votando por hacerla olvidar inmediatamente y la otra mitad dispuesta a esperar a que tomara una decisión. Elizabeth, cuya existencia clandestina la había vuelto ajena a las costumbres modernas, estaba horrorizada por el comportamiento de la señora Andersson, a quien había tachado de ingrata e insolente. Sobre todo, teniendo en cuenta las ventajas que le había ofrecido. Me había instado a seguirla y borrar su memoria cuanto antes, pero, con un poco de diplomacia, le había conseguido una breve tregua a la bruja.

Había tardado años en encontrarla y no iba a dejarla ir tan fácilmente. Debíamos darle al menos unos días para responder. Elizabeth había aceptado de mala gana, con la condición de que mantuviera a la bruja bajo estricta vigilancia. Para haber experimentado la esclavitud en sus propias carnes, Elizabeth tenía una peculiar tendencia a ser sumamente estricta e impaciente con su personal.

Seguí el sonido del piano hasta llegar a la sala de música, donde Francesca estaba tocando las Variaciones Goldberg de Bach. Sobre el teclado reposaba un vaso de fondo grueso lleno de un líquido dorado, su superficie temblando al son de las notas. Francesca era la única en El Claustro que se negaba a alimentarse de humanos, pero lo compensaba con galones de whisky y misteriosos viajes al bosque. Por mucho que admirara su moralidad, nunca había podido imitarla.

Me habría quedado a escucharla durante el resto de la noche, pero tenía demasiada sed. Normalmente intentaba mantener el ansia de sangre a raya durante el máximo tiempo posible, y a veces conseguía sobrevivir muchas

semanas hasta que se volvía insoportable. De vez en cuando tenía la suerte de atrapar a un delincuente del que alimentarme sin culpa, pero en general solía terminar en los brazos de alguna encantadora señorita que no recordaba nada a la mañana siguiente.

Solo de pensarlo, me empezó a picar la garganta y solté un gruñido involuntario.

—Volverá —murmuró Francesca, malinterpretando mi malestar. Siguió tocando, su voz casi inaudible bajo la cadencia metálica de las notas. Parecían brotar de sus dedos sin esfuerzo, pero en realidad eran el resultado de siglos de práctica constante.

Se refería a la Sra. Andersson, por supuesto.

—Eso espero —dije, balanceando la cabeza al ritmo de la música—. Quedan muy pocas brujas extraviadas.

—Y esta, además, es agradable a la vista, ¿no?

A Francesca le encantaba burlarse de mí, pero esa noche estaba muerto de hambre, lo cual me impidió ingeniar la respuesta sagaz que probablemente esperaba le diera.

—Efectivamente —respondí con frialdad. Y a continuación salí de la habitación, tratando de decidir a dónde dirigirme.



PRIMERO DECIDÍ BUSCAR algo para comer y me aventuré en la noche. En lugar de volar, me decanté por disfrutar la rara posibilidad de recorrer las calles como un mortal más. Si cerraba los ojos, podía imaginarme transitando por esos mismos caminos durante el día, con los rayos del sol calentando mi rostro, que nunca jamás volvería a sentir su calidez. Podía recordar cada guijarro, la sombra de cada brizna de hierba, tal y como los veía día tras día desde el cielo. Conocía de memoria cada recoveco, hasta el punto de que podría haberlo reproducido en un lienzo, si hubiera tenido la voluntad de hacerlo. Era una paradoja este anhelo, después de pasar mi vida mortal en una oscuridad autoimpuesta, demasiado absorto en la vida nocturna de Londres y sus muchas tentaciones, para prestar atención al insignificante placer de caminar bajo la luz... el placer de estar vivo.

Me metí las manos en los bolsillos y dejé que la aleación nocturna de olores abrumara mis fosas nasales: era una mezcla de hierba húmeda, polen, desperdicios... y, por supuesto, el dulce aroma de la sangre humana latiendo en las arterias de cientos de desconocidos. Mi dedo meñique se enganchó en un pequeño objeto olvidado en el fondo del bolsillo. Era redondo y suave, con una piedra punzante en el centro.

Ah, por supuesto. El anillo de Andersson.

¿Cómo pude haberme olvidado de devolvérselo? *Muy poco caballeroso por mi parte.* A esas alturas, ella debía de estar pensando que no era mejor que un vulgar ladrón.

Sin dudarlo un instante giré sobre mis pasos, busqué refugio en Saint Anne y allí tomé una forma capaz de viajar de una manera más rápida y discreta: una forma cubierta de plumas.

En fin. La cena tendría que esperar.

Una vez en el aire, me dirigí hacia el sur, impresionado como siempre por el brillo de las luces de la ciudad, que se fueron haciendo más escasas a medida que me acercaba a los suburbios.

La casa de la Sra. Andersson era la última en una ordenada calle sin salida, llena de aburridas construcciones de clase media-alta: el equivalente arquitectónico de una anodina —aunque cara— rebanada de pan tostado. Los frontones blancos, los tejados grises puntiagudos y las buhardillas simétricas hacían que las casas apenas se distinguieran unas de otras.

Vi que las luces estaban encendidas en el piso de arriba y consideré la idea de llamar a su ventana. Pero era viernes por la noche y no quería ser visto por otros miembros de su familia. Quizás no apreciaran la visita de un vampiro más viejo que su barrio, que, para colmo, resultaba ser un ladrón accidental de joyas.

Decidí regresar a El Claustro y volver en otra ocasión. Estaba ya a punto de marcharme, cuando divisé una pequeña figura de pelo largo doblando bruscamente la esquina. El agrídulce aroma de la sangre de bruja casi me dejó inconsciente. A pesar de no ser apreciada por la mayoría de los vampiros, yo siempre la había encontrado fascinante. Al igual que el aroma a cilantro, era odiado por algunos y amado por otros: un tema fabuloso para romper el hielo en cualquier velada vampírica, aunque ya no había muchas de esas desde que los cazadores de vampiros habían diezmando nuestra población en el siglo XIX, obligándonos a aislarnos para sobrevivir.

Oí a dos hombres acercarse antes de verlos. Estaban hablando en voz baja detrás de unos arbustos y capté el nombre de Andersson en su conversación. Estaban demasiado lejos para que ella los oyera, pero no para mis agudos oídos de vampiro. Se encontraban al final de la calle en una zona sin construcciones, alejada del resto de viviendas. Cuando la mujer pasó por su lado, ambos hombres se abalanzaron sobre ella e inmovilizaron su delgado cuerpo contra el suelo.

Estaba clínicamente demostrado que mi sangre estaba siempre a temperatura ambiente, pero al observar aquella escena habría jurado que la sentí hervir. No me había pasado años rastreando a una de las últimas brujas extraviadas del planeta, solo para que dos repulsivos matones la aniquilaran delante de mis propios ojos.

Además, seguía teniendo hambre.

Me lancé en picado, volviendo a adoptar una forma humana más presentable, y medio sonreí al ver que la mujer se estaba defendiendo relativamente bien. Había usado sus llaves para arañarles la cara a los rufianes, pero por muy dolorosas que fueran las heridas, estaba claro que no iban a ser suficiente para disuadirlos.

Nadie más que yo podía oír las llamadas de auxilio de Alba Andersson.

Mejor así, me dije, porque lo que estaba a punto de hacer no era algo que hubiera deseado llevar a cabo frente a un público humano.



Capítulo 9

Alba

Después de la discusión con Mark, la rabia y el arrepentimiento bullían en mis entrañas, convirtiéndose en una oscura e incómoda masa informe. Caminé por nuestra calle y luego atravesé el parque de camino al gimnasio, para reunirme con las vecinas.

Oí pasos y automáticamente saqué las llaves del bolsillo, sujetándolas como las garras de un hombre lobo. Una técnica defensiva bastante fútil, pero que solía aliviar mi ansiedad. Mi barrio era un lugar tranquilo y sabía que, en el fondo, no había motivo de preocupación.

Pero esta vez me equivocaba. Dos hombres aparecieron y me bloquearon el paso, uno por cada lado.

De repente, uno me tiró al suelo y el otro me sujetó. Luché, raspándoles la cara con las llaves, mis manos guiadas por el puro instinto de supervivencia. Conseguí hacerles sangre, pero no cedieron.

Grité pidiendo auxilio, pero una mano basta me cubrió la boca y la nariz, permitiéndome apenas respirar. Apestaba a gasolina y a patatas fritas rancias. Cuando empezaron a arrastrarme hacia los árboles cercanos, mordí la mano con desesperación. A cambio, el hombre me dio un puñetazo en la cara que casi me hizo desmayarme.

Pronto quedó claro que no tenía ninguna posibilidad de ganar esta inesperada lucha. Pensé en mis hijas, solas en casa con su rencoroso padre y eso me dio nuevas fuerzas para debatirme contra los desconocidos.

Me golpearon de nuevo y esa vez el dolor me dejó sin fuerzas. El terror se apoderó de mí mientras barajaba todas las formas horribles en que aquello podía terminar.

Justo entonces, una voz apareció de la nada.

—Soltadla —ordenó con firmeza—. Inmediatamente.

Había escuchado esa voz antes, aunque por la mañana había sonado completamente diferente.

Un elegante par de zapatos anticuados hizo su aparición ante mi nariz y supe que solo podían pertenecer a un hombre. Un hombre llamado Clarence Auberon.

Los dos atacantes lo observaron divertidos y carcajearon, estudiando su extraño atuendo.

—¡Oye, tío —gritó uno—, no es por nada, pero Halloween fue hace seis meses!

—No sé tú, *tío* —la última palabra la pronunció en tono burlón y sonó casi cómica con su acento inglés—, pero la Noche de los Muertos es todas las noches, para mí —respondió Clarence, impasible—. Y ahora, si me disculpan, me gustaría acompañar a esta dama a su casa. O a dondequiera que fuese encaminada antes de que la molestasen. ¿Les importaría apartarse, por favor?

La segunda vez que los hombres empezaron a reírse, su risa terminó abruptamente en un jadeo ahogado por un gorgoteo. Las uñas de Clarence se hundieron sin piedad en su clavícula. Los hombres forcejearon e intentaron atacarle con largas navajas, pero él se limitó a sonreír y los desarmó con admirable eficacia. Las navajas volaron por los aires, mientras Clarence tomaba los brazos de los matones y se los retorció tras la espalda para inmovilizarlos en el suelo. Hecho esto, los lanzó uno sobre el otro en una pila ordenada.

Me puse de rodillas y me alejé a gatas de la pelea. Entretanto, Clarence plantó su pulido zapato encima de los hombres y se volvió hacia mí con una mirada grave.

—Señora Andersson, ¿le importaría esperarme detrás de ese vehículo? — Señaló un monovolumen aparcado al otro lado de la calle.

Me froté los ojos y me esforcé por levantarme.

—¿Qué? No. ¿Por qué?

—Porque me sentiría más cómodo si no tuviera que ver lo que estoy a punto a hacer.

Vale. Tragué con fuerza y, de mala gana, hice lo que me pedía. Me apoyé en el coche, de espaldas a él y sentí que mis piernas se paralizaban por el shock.

Mientras tanto, los gritos desgarradores de los hombres se hicieron insoportables y me quedé congelada en el sitio.

—¿Quién os envía? —les preguntó Clarence.

No hubo respuesta.

Tampoco hubo golpes, solo un inquietante sonido de carne desgarrada, seguido de gritos espeluznantes.

Horrorizada, asomé un poco la cabeza y miré a los tres hombres, con un solo ojo, el que no se me había hinchado por el golpe.

Los dos que me habían asaltado estaban tirados en el suelo, con la cara y el cuello lacerados y cubiertos de sangre. Clarence estaba de pie junto a ellos, con la camisa salpicada de gotas color burdeos. Los miró fijamente a los ojos y murmuró unas palabras ininteligibles. Después, ambos hombres dejaron de gritar y se desmayaron. Clarence les registró los bolsillos con experimentada habilidad y, finalmente, los arrojó detrás de los arbustos.

—Disculpe el desbarajuste —me dijo con cara de arrepentimiento, mientras sacaba un pañuelo blanco del bolsillo de su chaleco y se limpiaba las manos con una mueca de disgusto.

Yo tenía la boca completamente seca, pero conseguí pronunciar tres palabras:

—¿No los habrá...?

—¿Matado? —dijo sin emoción—. No. No hizo falta. Simplemente se despertarán sin recuerdo alguno de esta noche.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —tartamudeé.

Sacudió la cabeza y me ofreció su codo.

Lo miré y dudé.

¿Podía confiar en él?

Por alguna razón inexplicable —quizá pura desesperación—, realmente *quería* hacerlo. En ese momento, todo en mi vida se había vuelto inestable. Y, curiosamente, lo más estable que veía a mi alrededor era aquel hombre que se hacía llamar vampiro y que acababa de aparecer de la nada, para ofrecerme un codo en el que apoyarme.

—Por favor, permítame —dijo, dejándome apoyarme en él. A continuación, escrutó mi rostro, con el ceño fruncido—. ¿Está herida? ¿La llevo a un hospital?

Las cadenas invisibles que me mantenían paralizada empezaron a derretirse y dejé escapar una respiración entrecortada.

—Estoy bien, gracias —mentí, acomodándome torpemente contra su robusto costado—. Solo necesito llegar a casa y ponerme una bolsa de hielo en el ojo. Ha sido demasiado para un solo día.

—¿Había visto antes a estos hombres? —dijo Clarence, guiándome hacia el lugar donde los había dejado. Yacían inconscientes detrás de los arbustos y observé con alivio que me había dicho la verdad y aún respiraban.

Asentí lentamente.

—Creo que sí. Creo que son los mismos que me siguieron por la mañana. No tengo ni idea de quiénes son ni de qué pueden querer de mí. Probablemente ladrones comunes.

—*Hmm...* —musitó Clarence, rascándose la barbilla—. Es difícil de saber. Hablaré con Elizabeth al respecto, puede que ella sepa algo. Al menos no la seguirán durante un tiempo.

—¿Por qué está tan seguro? ¿Qué pasará cuando se despierten?

—No recordarán nada de los últimos días. Al menos, nada relacionado con ninguno de nosotros.

Enarqué las cejas, mirándolo con incredulidad.

—¿Qué diablos...?

—Digamos que tengo un talento especial para hacer que la gente olvide las cosas —dijo misteriosamente.

—¿Puede... hipnotizar a la gente? —Me detuve en medio de la acera—. ¿Obligarlos a hacer lo que usted quiera?

Después de todo lo que había visto en las últimas horas, ya nada parecía imposible.

—Ah, ojalá pudiera... —Sonrió—. Solo borro sus recuerdos a corto plazo, eso es todo. Para algo más sofisticado, tendría que contratar a una bruja.

—Una bruja, ¿eh? —Intenté arquear una ceja, pero toda mi cara palpitaba tras el golpe.

—Los llevaré a otro lugar más tarde, para que no se despierten tan cerca de tu casa. Será más seguro así.

Caminamos del brazo hasta el final de la calle, sintiéndome extrañamente tranquilizada por su alta y silenciosa presencia. Me pregunté si no debería estar horrorizada por lo que le había visto hacer, aunque hubiera sido para ayudarme.

Mi casa apareció en la distancia, mientras reflexionaba sobre lo que le diría a Mark a la mañana siguiente, cuando me preguntase por mi ojo amoratado. Seguramente le diría que me había golpeado con la esquina de un armario.

—Esta es su casa, ¿correcto? —me preguntó Clarence, y yo asentí. Se llevó una mano al bolsillo y sacó de él un pequeño objeto—. Antes de que se me olvide... —empezó a decir, pero mi torpeza no le permitió terminar. Tropecé con el bordillo y me estrellé contra su costado, haciendo que el objeto saliera volando de su mano.

—¡Uy, perdón! —Me agarré a él para recuperar el equilibrio—. ¿Qué era? Deje que le ayude a buscarlo.

—No es necesario —respondió, haciéndome un gesto para que me apartase.

Después, Clarence se agachó y escudriñó el césped como un águila. Tardó menos de un minuto en reconocer el pequeño objeto entre las crecidas briznas de hierba, sin que la oscuridad lo molestase en absoluto. Todavía de rodillas, abrió la mano y me mostró la pequeña banda de oro que brillaba suavemente sobre su palma.

—Por favor, acepte mis disculpas —dijo, deslizando mi anillo de compromiso de vuelta a su lugar. Me quedé mirándolo, confundida, pero él se limitó a asentir—. Hay cosas que nacieron para estar juntas, ¿no le parece?

Aparté la mano de él, frotándomela enérgicamente para eliminar las huellas invisibles que sus dedos helados habían dejado en mi piel.

—Eso ha sonado raro —comenté, mientras él se levantaba de su posición arrodillada y comenzaba a reírse abiertamente, disipando un poco la tensión del día.

—Quizá un poquito —admitió, observándome con benevolencia—. ¿Fue demasiado prematuro para su gusto? —añadió, señalando el anillo con la barbilla.

—Definitivamente —dije, con una mueca incómoda.

—No se preocupe —dijo, recuperando la compostura—. En mi opinión, la eternidad dura demasiado para este tipo de compromisos, así que está a salvo conmigo.

—Pues qué alivio...

—Sin embargo, hay una propuesta que sí que espero que considere —añadió con total seriedad—. No la mía, la de Elizabeth. ¿Me hará el favor?

Miré hacia mi casa. Una luz se apagó en el dormitorio principal, seguida del parpadeo azul de un televisor. Mark debía estar viendo una película en la cama. Los recuerdos de nuestra conversación en la cocina regresaron, junto con la constatación de que había tirado la tarjeta de visita de Clarence a la papelera y no tenía forma de contactarlo.

Una repentina claridad iluminó mi mente.

—Yo... perdí su tarjeta de visita —murmuré—, pero creo que ya me he decidido.

—¿De verdad? —Los ojos de Clarence relampaguearon con un par de destellos rojos... ¿o era solo mi imaginación?—. ¿Y bien? ¿Qué ha decidido?

—Me encantaría trabajar con usted —dije, esperando no arrepentirme de mi precipitada decisión a la mañana siguiente.

—Tal vez debería consultarlo primero con la almohada, por si acaso —dijo con un guiño casi imperceptible—. Volveré mañana por la tarde, si le parece bien.

—Mañana es sábado. Mark estará en casa todo el día —dije, retorciéndome un mechón de pelo con el dedo. Elizabeth había dejado claro que no podía revelar nada de este trabajo a nadie, y eso incluía a Mark—. ¿Podría ser el lunes por la mañana? ¿A las once?

—Por supuesto.

Esperé a que Clarence se alejara, pero se quedó de pie junto al camino que llevaba a la casa, mirándome fijamente, completamente inmóvil.

¿Esperaba que hiciera una reverencia o algo así? No estaba muy versada en la etiqueta histórica.

—¿Buenas noches? —dije con una inclinación de cabeza.

—¿Me permitiría acompañarla hasta su puerta, o eso molestaría al Sr. Andersson? —preguntó solemnemente.

Se me escapó una risita nerviosa.

—Al señor Andersson le da absolutamente igual —dije alejándome de él—. Pero márchese. Son solo unos pasos y este es un barrio seguro. —Levantó una ceja, dando a entender que los últimos acontecimientos contradecían mis palabras—. Vale, al menos la mayor parte del tiempo.

Me hizo una pequeña reverencia.

—Buenas noches, Sra. Andersson.

Crucé el porche, abrí la puerta y entré en la casa a oscuras. Cuando me di la vuelta para cerrarla de nuevo, Clarence seguía de pie bajo el magnolio, cuyas flores púrpuras llenaban el jardín con su empalagoso y dulce aroma, mareándome.

—¿Sr. Auberón? —susurré, sin estar segura de que me oyera desde esa distancia.

—¿Sí?

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Parecía intrigado, así que continué—. ¿Puedo preguntarle... qué les hizo a esos hombres para que gritaran así?

Se cruzó de brazos y dejó escapar un profundo suspiro.

—¿De verdad quiere que responda a eso?

¿Quería?

Sacudí la cabeza.

—Tiene razón —dije a través de la rendija de la puerta—. Buenas noches, Sr. Auberon.



Capítulo 10

Alba

El fin de semana se alargó a paso de tortuga, y eso que estuve todo menos ociosa durante esos dos días. Mark se pasó el sábado jugando al golf con clientes y la mayor parte del domingo en la oficina, *supuestamente* preparando un juicio importante. En las pocas horas que pasó en casa, se las arregló para pegarle un bofetón a Katie y gritarle a Iris en tres ocasiones diferentes.

Para mi alivio, no se molestó en preguntar por qué la mitad de mi cara cambiaba de color y me aseguré de no salir de casa para evitar las miradas inquisidoras de los vecinos.

Hice muchas listas, pero no hice la maleta todavía. No quería decirle a Mark nada sobre mi nuevo trabajo, por si acaso no salía bien. Le dejaría una nota diciendo que me iba de vacaciones y que volvería para firmar el divorcio. Él trabajaba hasta tan tarde todos los días, que apenas notaría mi ausencia, de todos modos.

El domingo por la mañana le llevé un café y me gritó por derramarlo sobre el platillo, pero yo no dije nada; solo me quedé callada, fantaseando con el momento en que nunca más pudiera encontrarme.

Todo el fin de semana, mientras hacía tareas domésticas, reviví en mi mente la visita a El Claustro. Mis pensamientos siempre acababan redirigiéndose hacia Clarence Auberon y lo extrañamente serena que me había sentido en su presencia. Hacía años que no había mantenido una conversación normal con otro adulto: sobre todo, discusiones que no girasen en torno a los niños y que no acabasen en ataques de gritos irracionales.

Pero por las noches, las pesadillas y el insomnio me perseguían, como siempre que pasaba por periodos de estrés, lo que parecía ser todo el tiempo, últimamente. Los malos sueños me mantenían despierta hasta el amanecer, escuchando cosas que en realidad no existían. A veces me parecía que Miss

Jilly, la gata, me miraba desde el alféizar de la ventana, pero siempre que me levantaba para comprobarlo, no estaba ahí. Solía caer en un sueño inquieto justo antes del amanecer, siempre lleno de horribles visiones de mis seres queridos sufriendo. Era agotador, aunque estaba acostumbrada a ello, después de tantos años.

El lunes por la mañana, en cuanto Mark se fue a la oficina, llamé a la niñera y salí corriendo a hacer unos recados. Encontré algo de dinero en efectivo que Mark había olvidado en el jarrón chino del salón y utilicé la mitad para comprar medicinas de emergencia para las niñas, cosméticos y algunas otras cosas básicas. Cuando cobrase mi primer sueldo, las cosas serían mucho más fáciles.

A las once en punto, un gran cuervo apareció sentado en la rama más alta del magnolio y extendió sus alas en un saludo silencioso mientras yo giraba la esquina de mi calle, de regreso de hacer mis compras.

Entré en casa, seguida por mi inusual escolta emplumada, solo para encontrar a la niñera paseándose furiosamente por la cocina.

—¡Te he llamado veinte veces! —gritó esta, ignorando al pájaro, que se posó pacientemente en el respaldo del sofá. La chica llevaba al menos ocho tatuajes de flechas y delfines en el brazo izquierdo y yo no era capaz de recordar si se llamaba Hopper o Harper—. ¡Me he perdido la clase de química por tu culpa!

Miré el reloj sin comprender. Había querido estar de vuelta a las diez, para poder hacer las maletas antes de que llegara Clarence, pero había estado haciendo cola en la farmacia durante más tiempo del esperado.

—Lo siento mucho... —No me atreví a decir el nombre de la chica por si me equivocaba. No quería arriesgarme a perder otra niñera, así que fui a buscar el jarrón Yongzheng de Mark, una rara antigüedad que le había regalado un cliente satisfecho después de haber ganado un caso casi imposible. Intenté meter la mano en la larga y estrecha boca del jarrón, pero no lo conseguí. Al final, derramé todo su contenido sobre el aparador del salón y arrojé los billetes que encontré dentro en las manos de la asombrada niñera.

—¡Ahí tienes! —dije alegremente. Era por lo menos diez veces más que sus honorarios normales, pero se lo merecía, de todos modos—. Considéralo mi disculpa. ¡Ahora vuelve a la universidad antes de que te pierdas más clases!

Harper-Hopper se metió el dinero en la mochila y salió a trompicones de la casa, tartamudeando un torpe *gracias*. Por la expresión de su cara, esta niñera estaría encantada de volver.

—Las buenas niñeras son difícilísimas de encontrar —le expliqué al cuervo, que seguía esperando tranquilamente en el sofá—. Estoy pasando por una fase muy delicada y la voy a necesitar...

Iris y Katie estaban apilando bloques tranquilamente en su habitación. Cuando me agaché junto a ellas, fingieron que era invisible, así que consideré que era seguro ir a hacer el equipaje.

—Necesito coger mi maleta del sótano —le dije al cuervo—. ¿Quiere venir conmigo? Quizá podamos hablar ahí abajo. Está *oscuro*.

El pájaro movió la cabeza de arriba abajo y me siguió, soltando un breve graznido que se pareció vagamente a un sí.

—Sí, a eso me refería —dije, haciendo un gesto en su dirección—, cuando habla así no le entiendo.

El sótano no tenía ventanas y el Sr. Auberon aprovechó la oportunidad para volver a convertirse en vampiro. Su presencia se sentía extraña en aquella casa; tener un invitado de género masculino y, además, en secreto, era como hacer algo prohibido a espaldas de Mark, aunque esta visita fuera estrictamente de negocios.

—Me alegra saber que acepta nuestra oferta —dijo Clarence, saliendo de la niebla gris con una sonrisa de satisfacción—. ¡No se arrepentirá!

—Eso espero —dije, mientras el fino humo se desvanecía. ¿Me acostumbraría a eso algún día? ¿O estaba a punto de despertarme, con mi marido gritando porque se había quedado sin papel higiénico? Repasé mentalmente la lista de cosas que iba a necesitar e intenté recordar dónde guardábamos las bolsas de viaje. Hacía más de diez años que no viajaba a ninguna parte.

—¿Se alegra de dejar atrás este lugar?

Por la forma en que lo dijo, quedó claro que había husmeado demasiado en mi vida privada durante sus investigaciones.

—Preferiría no hablar de asuntos personales —le espeté, cogiendo la maleta de Mark por el lado equivocado. El equipaje se abrió y de él salió un montón de juguetes para adultos que yo no había visto en mi vida. Un par de esposas de felpa con rayas de tigre me cayeron en el pie y murmuré una maldición.

—Tiene usted aficiones interesantes —comentó Clarence, levantando un extraño objeto que se parecía a una pelota de tenis—. ¿Para qué sirve esto?

—¡No lo sé! ¡No es mío! —chillé, pateando un artículo particularmente asqueroso bajo una tabla de snowboard—. ¡Pregúntele a Mark!

—Está bien, está bien, no se sofoque —se rio y extendió las manos, indicándome que me calmara—, no la estoy juzgando. Todos tenemos trapos sucios.

—Hoy está de buen humor —observé con brusquedad mientras recogía rápidamente el resto de los juguetes de Mark y los arrojaba detrás de una pila de neumáticos viejos.

—Creo que echaba de menos hablar con mortales. Ha pasado mucho tiempo.

—¿No habla con ellos antes de morderles? —bufé, subiéndome a un taburete para alcanzar una maleta más pequeña.

—Intento mantener el mínimo contacto. —Se encogió de hombros.

—Qué horror —dije, mirándolo desde arriba, ya que era más alta que él, subida al taburete—. ¿Cómo puede vivir así? ¿Matando gente todos los días?

Clarence me miró como si acabara de hacerle una llave de judo a su buen humor.

—Eso es algo que yo también me pregunto a menudo —respondió con un suspiro—, aunque no es *todos los días* y rara vez los mato, si eso le hace sentir mejor.

—Me pregunto... ¿si acepto trabajar para ustedes, eso me convierte también en una persona horrible? —Jadeé, asaltada por un repentino sentimiento de culpa.

—No lo sé. ¿Para qué tipo de gente trabaja su marido?

—Buena observación.

Salté del taburete, recordando con amargura cómo Mark y sus socios abogados eran conocidos en los círculos locales como *Los Vampiros de Emberbury*. Si supieran que tenían competencia...

—Espere un momento. Mi sangre huele mal, por eso usted y sus amigos no intentarán morderme. ¿Pero qué pasa con mis hijas? No puedo arriesgarme a llevarlas a un agujero lleno de vampiros hambrientos. —¿Cómo había podido pasar por alto un detalle tan importante?

—Oh, no, no creo que haya problema —dijo con un giro de la mano—. Siendo hijas tuyas, deberían tener también sangre de bruja, porque se transmite de madres a hijas. Espere un segundo... —levantó el dedo índice y olfateó el aire con los ojos cerrados—. Sí, no hay duda. Puedo olerlas desde aquí.

—¡Pero si las bañé ayer!

Clarence sonrió y señaló una pila de maletas en el suelo.

—¿Puedo sentarme?

—Siéntase como en casa.

Se acomodó sobre una de las maletas de Mark, con sus piernas ridículamente largas dobladas en una posición visiblemente difícil: las rodillas casi le tocaban la cara.

—No se preocupe por las niñas. Estarán a salvo con nosotros. Le doy mi palabra.

Quise preguntar cuánto valía la palabra de un vampiro, pero me mordí la lengua. Después de todo, ya me había sacado de un apuro en una ocasión.

—Hay una cosa más —dije, frunciendo los labios—: ¿qué voy a hacer con las niñas mientras trabajo? ¿Puedo llevarme a la niñera a su... claustro?

—No, no puede compartir con nadie la existencia de El Claustro, pero resulta que tenemos una institutriz excelente entre nosotros. —Recogió un trozo de papel viejo del suelo y empezó a doblarlo distraídamente.

—Eso está bien. Aunque algún día tendrán que ir a la escuela, cuando sean más mayores.

—No vamos a mantenerlas encerradas. Pueden ir a donde quieran mientras nadie las siga o las vea entrar.

—¿Y si alguien nos ve? —pregunté.

—Tenemos formas de ayudarles a olvidar. —Chasqueó los dedos y el trozo de papel doblado se convirtió en una impresionante rosa de origami.

—Veo que tiene respuestas para todo. —Me senté a su lado, cautivada por el truco de la rosa de papel. Mi rodilla rozó la suya e hice una mueca. Me corrí a un lado, dejando más distancia entre nosotros—. ¿Su anterior asistente también tenía hijos?

—No. Esto es nuevo para nosotros. Pero Elizabeth estará encantada. Si todo va bien, una de sus hijas podría sucederle cuando... —Cerró la boca y miró hacia otro lado.

—Qué práctico —gruñí, adivinando lo que quería decir—. Veo que a los vampiros se les da bien planificar para el futuro.

—Nada dura para siempre —dijo con repentina tristeza—. Pero algunas cosas duran más que otras. Debemos aceptar las leyes de la naturaleza.

Hice una mueca; tenía razón.

—Por cierto, ¿qué pasó con su anterior asistente? ¿Cómo es que no la convirtieron en uno de los suyos?

—Se llamaba Julia y falleció en los años ochenta. No pudimos convertirla en vampiro por dos razones. Primero, porque otro vampiro ya no hubiera sido útil para nuestros propósitos. Y segundo, porque hay reglas que lo prohíben.

—¿Reglas? ¿Qué reglas?

—Las reglas de Elizabeth. Las reglas de El Claustro, por las que todos nos regimos. No se nos permite propagar la maldición; hacerlo conllevaría el destierro, y el mundo exterior es muy duro para un vampiro solo. Uno de los nuestros no puede sobrevivir mucho tiempo entre humanos, en el mundo moderno.

Exhalé, tratando de procesar toda la nueva información.

—Un momento... ¿esto quiere decir que hay décadas de trabajo abandonado esperándome?

—Hemos intentado resolver lo más urgente, pero sí, muchas cosas se quedaron estancadas después de perder a Julia. Como le dijimos, las brujas extraviadas se están extinguiendo. O bien se mueren de manera natural, o su línea de sangre termina si tienen descendencia masculina. Muchas tienen trabajo y familia y no están interesadas en trabajar para nosotros. Así que imagínese cuánto tiempo nos costó encontrar una sucesora...

Sonaba a mucho trabajo.

En un lugar muy, muy extraño.

—¿En dónde me estoy metiendo? —Gemí, sujetándome la cabeza entre las manos.

—Todo irá bien —dijo, palmeando mi rodilla amablemente—. Ya le di mi palabra.

Estudí sus atractivos rasgos y sus sienes apenas encanecidas. No parecía mucho mayor que yo, pero sus ojos contradecían su aspecto.

—¿Puedo preguntar cuántos años tiene?

—¿Yo? —El vampiro rio con amargura—. Treinta y cinco. Para siempre treinta y cinco.

—No, me refería a su *verdadera* edad.

—No hay alegría alguna en contar los años, cuando son todos tan parecidos entre sí. Un día, un mes, una década... ¿Importa, acaso, cuando todo es lo mismo y estás condenado a pasar la eternidad encerrado en una catacumba? —Suspiró—. Puedo recordar el incendio y la reconstrucción del Palacio de Westminster en Londres... y estuve allí cuando la Estatua de la Libertad desembarcó en el puerto de Nueva York. ¿Sabe cuándo fue eso?

Sacudí la cabeza y estudié su expresión, buscando una pista. ¿Un siglo y medio, quizás? No tenía ni idea. Mis padres y yo habíamos pasado unos meses en Londres cuando era niña, pero mis recuerdos de la ciudad eran muy limitados.

Una voz infantil me llamó desde el piso de arriba, sacándome de mi ensoñación.

—Tengo que volver con las niñas y terminar de hacer la maleta —dije, poniéndome de pie y teniendo mucho cuidado de no tocarle al hacerlo—. Quédese aquí si quiere y le llamaré cuando llegue el taxi.



—¡AH, DEL CASTILLO! —GRITÓ May desde su porche, casi invisible tras una espesa bocanada de humo de cigarrillo. Yo salía de mi casa con una maleta y dos niñas pequeñas a cuestas, y un gran cuervo acababa de volar discretamente por mi ventana—. ¡Dicen que va a llover! ¿Adónde vais?

—¡Luego te llamo! —Me despedí, llevándome la mano a la oreja para ilustrar mi frase. No había hablado con ella desde el viernes por la noche.

—¡Pasadlo bien! —Me guiñó un ojo, observando cómo subíamos al taxi.

—¿Adónde vamos, mami? —preguntó Katie, frotándose los ojos mientras la abrochaba en su asiento infantil.

Miré al taxista, reacia a hablar delante de un desconocido.

—Vamos a conocer a unos... *amigos* —dije usando la típica voz de falsa emoción que todas las madres conocemos. A pesar de mi tono alegre, tenía un nudo en el estómago. La seductora idea de encontrar refugio lejos de Mark me había cegado durante el fin de semana, pero ahora que las cosas estaban en marcha, no podía evitar preguntarme si me estaba comportando de forma irracional al arrastrar a mis hijas a un lugar así.

—Vamos a contar coches rojos —dije, tratando de hacer el viaje más entretenido para ellas.

—Uno... —dijo Katie, señalando por la ventana.

—¡Dos, tres... trece, siete! —Iris aplaudió triunfante.

—¡Iris está haciendo trampas otra vez! —protestó Katie, frunciendo su rosada frente.

Eran tan adorables que casi quería llorar. El domingo, en un arrebato de ira, Mark había jurado quitarme a las niñas para siempre. Con suerte, lo había dicho solo para hacerme enfadar, pero dado su historial de ganar todo tipo de casos para sus clientes, no podía estar segura. Sin duda, lucharía con todas sus fuerzas por defender sus propios intereses.

—Pare aquí —le dije al conductor, señalando las puertas del parque de Saint Anne—. Hemos quedado aquí con nuestro transfer.

El taxista se encogió de hombros, haciéndome sentir estúpida por mentir innecesariamente. Le importaba un pepino la continuación de mi viaje, siempre y cuando yo pagara su tarifa.

Cuando salimos del coche, el cuervo ya nos estaba esperando en la rama de un árbol.

—Seguidme —les dije a las niñas, trotando tras el veloz pájaro negro como un malabarista medieval; Iris, de tres años, se había acurrucado en mi brazo derecho; entretanto, yo arrastraba la maleta por el camino de hierba y guiaba a Katie con la mano izquierda. También llevaba dos mochilas, una a la espalda y otra delante. Por suerte, había acumulado mucha experiencia como porteadora durante las prolongadas ausencias de Mark.

Un gato negro se cruzó en nuestro camino y traté de recordar si eso era un buen o un mal presagio.

—¡Miss Jilly! —chilló Iris, mirando los peculiares ojos morados del animal.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Katie—. Ha desaparecido... *¡puff!*

—¿Qué? —Me di la vuelta, pero el gato ya no estaba—. Habrá saltado entre los arbustos.

Atravesamos el parque y nos detuvimos en el cementerio de Saint Anne, que estaba justo al final. El cementerio era muy antiguo y llevaba mucho tiempo abandonado. La puerta principal estaba cerrada, pero el cuervo nos esperaba sobre la verja y dejó caer a mis pies una pesada llave de hierro.

—¿Qué es esto? ¿Un museo? —Katie señaló las esculturas funerarias, en su mayoría santos y cruces de piedra.

—Más o menos —respondí, abriendo la trampilla oculta a los pies de dos ángeles negros, unidos para siempre en un abrazo de despedida—. Ahora vamos a bajar unas escaleras súper divertidas y veremos nuestra nueva habitación —dije con fingido entusiasmo, esperando que las niñas no se pusieran a llorar al ver lo oscuro que estaba al otro lado.

Sorprendentemente, se asomaron y no hubo quejas, e incluso Iris pidió bajar las escaleras ella sola. Esperé a que el cuervo entrara y dejé que la trampilla se cerrara detrás de nosotros con un estruendo metálico. Pero, en cuanto la oscuridad nos rodeó, Iris empezó a gimotear a pleno pulmón.

—Ya está, ya está... no llores —dijo Clarence en voz baja y, tras unos clics, una vela iluminó el espacio con su suave resplandor amarillo. Clarence estaba de pie en el rellano de la escalera, con expresión afligida. Se agachó junto a mi hija pequeña y conjuró una expresión encantadora en su rostro—. No está tan oscuro cuando te acostumbras, te lo prometo. Y hay una sorpresa en tu habitación. ¿Quieres que te diga lo que es?

Iris asintió con la cabeza, todavía haciendo pucheros.

—¡No se lo digas a nadie, pero tu habitación tiene una claraboya! —dijo en tono de conspiración.

—¿Qué es eso? —preguntó Iris, tirando de los faldones de la anticuada levita del vampiro.

—Es un tragaluz. Una ventana en el techo.

Los ojos de Iris se abrieron de par en par y Katie chilló de alegría.

—¿Podremos ver las estrellas? —preguntó Katie, cautivada.

—¡Por supuesto! —respondió, dibujando espirales en el aire con la punta del dedo—. ¡Y el sol también!

—Fabuloso —dije a media voz, mientras mi móvil sonaba por enésima vez y me contorsionaba para sacarlo del bolsillo de los vaqueros. No había podido contestarle a May con las manos llenas de niñas y equipaje y para entonces ya debía de estar inventándose historias en las que yo abandonaba a Mark para desaparecer en el Triángulo de las Bermudas.

—Permítame ayudarle —dijo Clarence, levantando mi maleta y arrancándome las mochilas con un único movimiento fugaz.

—Puedo llevar mis propias cosas, gracias —protesté, arrebatándole mis cosas de las manos e ignorando el fuerte crujido de los huesos de mi espalda.

—No quise insinuar que no sea capaz, pero como puede ver, lo único que llevo es una vela. —Parpadeó y me mostró la palmatoria, confundido.

—Pues sujétela bien —le espeté, sin entender mi mal humor ni yo misma.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Katie con curiosidad.

—Mi nombre es Clarence... y tú debes ser Katie, la pequeña bruja...

—Por supuesto que no —resopló Katie, cruzando sus cortos y delgados brazos, ofendida. Después señaló a Iris, de tres años, cuya nariz estaba roja de tanto llorar—. *Ella* es la bruja pequeña. Yo soy *la mayor*.

Mientras hablaban me incliné sobre la pantalla del teléfono, tratando de responderle a May para que el aparato dejara de zumbar de una vez por todas. Por desgracia, el teléfono pereció entre mis manos con un leve gemido eléctrico.

—¿Dónde puedo cargar mi móvil? —pregunté al pasar por un candelabro de aspecto medieval cubierto de telarañas.

—Oh. Eso podría resultar un poco... problemático —dijo Clarence, mirando al suelo con desánimo.

—No me diga que no tienen electricidad...

—Bueno, a Julia nunca pareció importarle. ¿Para qué la necesita?

—Pues no sé... ¿para todo?



Capítulo 11

Alba

En cuanto Clarence abrió la puerta de nuestra futura habitación, una ráfaga de aire viciado con olor a pulimento, a tierra húmeda y a moho, inundó mis fosas nasales.

—Bienvenidas a casa, mis queridas damas —exclamó, haciéndonos pasar con fingido entusiasmo.

El espacio era grande, presidido por la cama con dosel más ancha que había visto en mi vida: en torno a ella colgaban telarañas tan gruesas que se habían vuelto indistinguibles de las cortinas. También había un armario tallado de caoba que otrora debió de tener espejos, aunque alguien los había arrancado dejando solo dos feas marcas de pegamento. Junto a él había un escritorio tipo buró, con una cerradura y llave. En general, el lugar habría tenido un aire romántico, si no hubiera sido por el olor a moho. Todas las superficies se veían carcomidas y cubiertas por una gruesa capa de polvo y pesadas cortinas negras y doradas colgaban como formas fantasmales en sus barras torcidas, tapando ventanas inexistentes.

—Esta era la habitación de Julia —dijo Clarence con una sonrisa nerviosa—. Encantadora, ¿no les parece?

—Bueno... tiene potencial... —respondí, repasando mentalmente todo lo que necesitaba una actualización. No es que fuera quisquillosa, pero el lugar tenía un aspecto siniestro, aparte de estar terriblemente mugriento—. ¿Qué es esa trampilla metálica en el techo? —pregunté, señalando un rectángulo gris sobre nuestras cabezas.

—Esa es la claraboya que mencioné antes —explicó Clarence y me mostró el mecanismo que la abría, sin llegar a girar la manivela—. Se abre bajo una cripta hueca de Saint Anne. Puede usarla cuando quiera, pero recuerde siempre apagar las velas por la noche para que nadie las vea desde fuera. —A continuación, me entregó un pequeño cartel rectangular que colgaba de una

cadena de plata—. Puede colgar este cartel de advertencia en el pomo de la puerta, para que ningún vampiro entre durante el día. Así evitaremos accidentes.

—¿De qué tipo de accidentes estamos hablando? ¿Vampiros explotando en una llamarada? —Solté una carcajada, pero él me miró sombríamente—. Oh, ¡perdón! —me disculpé, llevándome una mano al pecho, con vergüenza—. No sé mucho de tradiciones vampíricas... No pensé que pudiera ser cierto.

—Está bien, no se preocupe —dijo agitando la mano.

—Sabe... hace una semana, los habría tomado por un grupo de actores interpretando un papel.

—¿Y ahora? —Clarence inclinó la cabeza con interés.

—A decir verdad, ya no estoy segura... Para ser una actuación, parece bastante real —Giré la llave del buró de caoba y pasé los dedos por su desgastada superficie—. Todavía estoy esperando a despertar y descubrir que todo fue un sueño... o una pesadilla.

—Llevo esperando lo mismo cada noche desde hace doscientos años, más o menos —murmuró Clarence, sacando un montón de papeles amarillentos de uno de los cajones—. Pero... ¿importa, acaso? Al final, «*El mundo entero es un teatro y todos nosotros, simples comediantes*».

—*Como gustéis*. —Sonreí, reconociendo el origen de la cita.

—Creía que los ingenieros solo sabían leer números. —Asintió, satisfecho de que hubiera captado la referencia Shakespeariana—. ¿Cenamos juntos esta noche? —dijo de improviso. Abrí la boca, sin saber qué responder a su inesperada invitación—. Quiero decir que, en algún momento, tendrá que comer algo, ¿no es así? Conozco un sitio cerca... ¡Y puede que tengan enchufes! —Señaló mi teléfono y mi ordenador portátil, completamente fuera de lugar en aquella anticuada habitación.

—Oh, es muy amable de su parte —dije, insegura—. Pero no puedo dejar a las niñas solas.

—¡Tenemos a Francesca! —Se sentó junto a Iris y Katie y empezó a hacer trucos con una pluma estilográfica, haciéndola aparecer y desaparecer por el borde de su manga. Las niñas se rieron y aplaudieron con alegría—. En otros tiempos fue la institutriz de una familia adinerada. Le habría encantado tener hijos propios, si no hubiera... —hizo una pausa y después añadió—: Bueno, ya sabe.

Me miró fijamente, esperando una respuesta, y su gesto ilusionado lo hizo parecer engañosamente inocente.

—De acuerdo entonces —asentí—. Una cena rápida.

—Solo una cena rápida —repitió Clarence lentamente, saboreando cada palabra. Luego extendió un dedo para llamar mi atención—. Por cierto, cuando termine de deshacer el equipaje, Elizabeth desearía hablar con usted. Iré ahora a avisarla de que han llegado.

En cuanto se fue, cogí un trapo del cuarto de baño y empecé a quitar el polvo de todas las superficies, con la esperanza de erradicar el aura de casa embrujada que invadía la habitación. Una vez hecho esto, abrí la claraboya y una lluvia de polvo y musgo me cayó en el pelo. Aun así, agradecí el aire fresco y los rayos de sol le dieron un poco de vida a los desgastados muebles antiguos.

Sintiéndome revitalizada por el aroma a verano que se filtraba por la ventana, me puse a colgar nuestras escasas pertenencias en el armario. Entretanto, las niñas se pusieron a jugar con unas muñecas que se habían traído de casa. La mayoría de las puertas y cajones estaban atascados debido a la humedad y a la falta de uso y tuve que abrirlos a golpes. Cuando por fin guardé la última prenda de ropa en ellos, dejé escapar un profundo suspiro y me felicité por mi hazaña: nos habíamos mudado oficialmente, estábamos fuera del alcance de Mark y teníamos una nueva vida por delante.

Lo único que esperaba era no acabar lamentando mi decisión, como siempre me había arrepentido de todas mis decisiones hasta entonces.



—NUESTRA ÚLTIMA ASISTENTE nos dejó hace años, así que hágase a la idea de que al principio va a tener bastante trabajo —dijo Elizabeth en cuanto entré en la sala de conferencias, seguida de mis hijas. La reina olfateó el aire y arrugó la nariz con disgusto.

Puse a Iris en mi regazo, plantando a Katie en la silla de al lado con un libro de pegatinas. Con suerte, eso la mantendría en silencio durante doce minutos seguidos.

—Solo podemos acceder a las distintas oficinas gubernamentales entre noviembre y febrero —continuó Elizabeth, yendo directamente al grano. Aquella tarde llevaba un vestido verde esmeralda hasta el suelo, más apropiado para un baile de gala que para una reunión de empresa—. Esto se debe a que el resto del año no tienen horas de apertura en horas de oscuridad.

—Comprendo —respondí, imaginando la cara de un empleado de correos si hubiera entrado un cuervo a recoger un paquete.

—Por supuesto, tendrá que firmar un contrato. —Elizabeth me escrutó con desconfianza—. En él definiré todas sus tareas.

—Suenan bien —dije—. ¿Cómo se llama su empresa?

—¿Cuál de ellas? —respondió Elizabeth con desgana.

—Oh, ¿tienen más de una? —Enarqué una ceja y Clarence se rio en voz baja mientras entraba en la habitación, pero nadie me contestó—. Bien, no importa. Prepare los documentos y les echaré un vistazo.

—Debo advertirle, sin embargo —dijo Elizabeth, recostándose en su sillón—, que el contrato será de por vida.

—¿Qué?

—Lo que oye —repitió con hastío—. *Hasta que la muerte nos separe*. Una vez firmado, no habrá vuelta atrás.

—¿Y si cambio de idea? —Arqueé una ceja con incredulidad. *¿Dónde me estaba metiendo?*

—Esperemos que no tengamos que llegar a tanto —Elizabeth se encogió de hombros.

—Elizabeth siempre exagera un poco —dijo Clarence, tomando asiento junto a Katie y haciendo aparecer una moneda de detrás de su oreja—. ¿Por qué iba a querer dejarnos? Tenemos una biblioteca, una sala de música y hasta libros de brujería. Es imposible aburrirse.

—Ah, sí, eso me recuerda que quería enseñarle una cosa. —Elizabeth se puso de pie y se dirigió a una amplia cómoda de castaño. Sacó un viejo cuaderno encuadernado en cuero, decorado con una corona de espino en verde y dorado—. El diario de Julia —dijo, entregándomelo—. Nunca tuvo mucho talento como bruja, pero puede que encuentre algunos pasajes interesantes en él.

Cogí el diario con cuidado, temiendo que se desintegrara entre mis manos.

—Gracias —dije, sintiendo el cálido cuero bajo las yemas de los dedos.

—Si tiene preguntas, dígaselo a Clarence —continuó Elizabeth—. Jean-Pierre le enseñará la biblioteca mañana. Nos veremos por la mañana para repasar nuestra lista de empresas, activos e inversiones, y elaboraremos un plan de acción. También necesitaré que me compre algunas cosas en el exterior. —Me plantó una larguísima lista enfrente de la nariz—. Para empezar, consígame estos libros.

—Son todos libros de derecho —comenté, fijándome en los aburridos y solemnes títulos. Me recordaron a Mark y no pude evitar un escalofrío. Pronto regresaría del trabajo y el infierno se desataría en cuanto se diese cuenta de que me había fugado con las niñas.

—A Elizabeth le encantan los manuales de derecho —dijo Clarence, casi con malicia—. Pregúntele lo que quiera, lo sabe todo. Cada artículo, cada

enmienda... Pero, lamentablemente, también tiene debilidad por los libreros, lo cual es un gran inconveniente.

Elizabeth gruñó en voz baja, pero Clarence se limitó a reírse, sin preocuparle en lo más mínimo su reacción.

—Sería sencillísimo comprarlos por Internet, y no tendría que hablar con ningún librero —dije, pensando en voz alta—. Ni siquiera tendría que salir de las catacumbas.

Elizabeth enarcó una ceja con escepticismo.

—¿Y cómo funciona eso exactamente?

—Libros electrónicos. E-books. —El modo en que frunció los labios me hizo sospechar que no estaba muy familiarizada con la tecnología actual—. Ya sabe... libros sin páginas. Están hechos de... puntitos que se reorganizan al apretar un botón y forman letras. Los conecta a un enchufe y... ¡tachán! Aparecen frases.

—Suen a brujería —gruñó Elizabeth—. No. Quiero libros con páginas. Y olvídense de la electricidad. Es un peligro moderno que acabaría exponiéndonos. Vaya a una librería y compre libros de verdad, sin puntos danzantes, ¿entendido?

Hundí los hombros con un suspiro.

—Por supuesto. Como quiera.



FRANCESCA, LA INSTITUTRIZ, llegó a las ocho de la tarde, poco después del anochecer. Cuando abrí la puerta, me quedé con la boca abierta al encontrarme a la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Delante de mí —o, mejor dicho, *debajo de mí*, porque era una cabeza más baja que yo— había una impresionante vampiresa en la veintena. Largos mechones de pelo rubio girasol le caían en cascada hasta la cintura, parcialmente recogidos en una pulcra cola de caballo. Tenía los ojos azul cobalto y su piel era tan clara que ni siquiera parecía real. Vestía una falda negra y larga y una blusa con un broche de perlas en el cuello.

—Buenas noches —dijo amablemente, estudiándome de pies a cabeza con una mirada crítica—. Me llamo Francesca Belak y tú debes de ser... ¿Alba? —Un suave acento italiano hizo que sus palabras tintinearan suavemente como gotas de lluvia.

Parpadeé, deslumbrada por su distinguidísimo porte. En presencia de semejante perfección me sentía más grotesca que un troll del bosque, lo cual me deprimió un poco.

—¿Puedo tocarte el pelo? —preguntó Katie con alborozo. La institutriz, contra todo pronóstico, se sentó en la cama y les ofreció sus mechones ondulados. Ambas niñas la peinaron con los dedos, suspirando de felicidad.

—Hola, niñas —dijo Francesca, con voz severa, aunque cálida—. Soy la profesora Belak, pero podéis llamarme Francesca. Os he traído comida del exterior. ¿Cuál es vuestro parecer acerca de los bocadillos de queso?

Katie e Iris la miraron confundidas y sin entender, aunque se alegraron de oír la palabra *queso*.

—¿Por qué llevas perlas en el pelo? —preguntó Iris, tirando de las brillantes esferas blancas que adornaban la cabeza de Francesca.

—Para sentirme como una sirena —respondió ella con total seriedad. Iris casi se desmayó de emoción.

—¿Cuando sea mayor, quiero ser como Francesca! —gritó Katie con entusiasmo.

Recé en silencio para que su deseo no se cumpliera nunca.

—He oído que eres bruja —dijo Francesca, mirándome con gran interés—. ¿Puedes transformarte en gato?

—¿En gato? Claro que no, ¿por qué?

—Dicen que algunas brujas pueden hacerlo.

—Como ves, soy una bruja un poco rara. Para empezar, ni siquiera sabía que lo era, hasta hace cinco minutos.

—Sí, he oído que eres una extraviada. —Otra vez ese desagradable término—. Deberías hablar con Jean-Pierre. Encontró un par de cosas que podrían serte útiles.

—Me lo dijo Elizabeth. Se supone que me reuniré con él mañana. También me dieron el diario de Julia.

Al mencionar a Julia, el semblante sereno de Francesca se descompuso por un instante.

—Julia. Sí. Era una amiga muy querida —susurró. Respiró y se recompuso rápidamente—. Casi de la familia.

—Te acompaño en el sentimiento.

—Hace ya mucho que la perdimos, pero gracias. Ojalá que sus diarios te ayuden, aunque lo dudo. Seguramente tendrás que hurgar más hondo para recuperar la magia de tus ancestros.

Francesca se sentó en el suelo junto a las niñas, reacomodando los pliegues de su falda de institutriz en una elipse casi perfecta a su alrededor.

—Necesitaremos una alfombra —señaló—. A mí no me molesta, pero creo que este suelo está demasiado frío para niños mortales.

—Si pudieras conseguir una, te lo agradecería —dije, metiéndome el cargador en el bolso. Dejar a mis hijas con un vampiro sonaba terrible, pero la idea de que Mark me llamara, furioso, y se encontrara con mi teléfono apagado, sonaba casi peor—. Me han dicho que tienes experiencia con niños —titubeé.

—Tengo una amplia experiencia como institutriz. Mis cualificaciones son excelentes —Francesca sonrió, mostrando una hilera de dientes rectos e impecables, pero sin dejar ver sus colmillos.

—¿De verdad? —Me incliné hacia Iris y acaricié su sedoso cabello, reacia a marcharme.

—Rara vez bebo sangre humana, si eso es lo que te preocupa —Sus ojos relampaguearon, dejando entrever un agudo intelecto, pero también un sinfín de secretos. Su voz se redujo a un susurro que solo yo pude oír—: y moriría mil veces antes que beber la sangre de un niño.

—Qué tranquilizador —dije, tragando saliva con un escalofrío.

—Esa era mi intención. —Francesca me sostuvo la mirada—. Tus hijas huelen a bruja, lo cual reduce críticamente las probabilidades de que algún vampiro las moleste. Aun así, si se diera una situación extrema, yo sería el único vampiro en El Claustro —y posiblemente en todo el mundo—, a quien podrías confiarles sus vidas ciegamente. —Me empujó suavemente hacia la puerta—. Vete tranquila, Alba Andersson. Están a salvo conmigo.

—Hay otro vampiro aquí que me aseguró lo mismo —dije, recordando la promesa de Clarence de proteger a mis hijas—. ¿A cuál de los dos debería creer?

—Me imagino quién pudo ser y la respuesta es que solo deberías confiar *en mí* —dijo, asintiendo con conocimiento de causa—. Por cierto, Clarence te está esperando en el salón de conferencias. —Hizo una pausa, con su tez de mármol ligeramente fruncida—. Lleva allí una hora, de hecho. Parece muy interesado en llevarte a cenar.

—Interesante —dije, observando cómo rebuscaba en una bolsa de niñera victoriana y sacaba de ella un antiguo libro del abecedario. Casi había esperado ver salir una percha, o una lámpara.

Estaba a punto de irme cuando Francesca batió sus imposiblemente largas pestañas y me miró con una expresión críptica.

—Creo que le gustas —dijo al fin, su voz poco más que un susurro.

—¿A quién, a Clarence? —balbuceé, preguntándome a qué venía aquello—. Qué va... si nos conocimos hace apenas unos días. Solo está tratando de ser amable.

—No, dudo que sea eso —Francesca alzó la mirada al techo con impaciencia—. Pero no te dejes engañar por su fachada jovial. Clarence Auberón tiene un lado oscuro que muy poca gente conoce.

—¿Y tú lo conoces?

¿Podrías hablarme de él?

Estaba intrigada.

Se encogió de hombros, con la espalda recta como una vara.

—No es mi historia para contarla —dijo—. Pronto aprenderás que aquí todo el mundo tiene secretos. Guardarlos nos mantiene vivos.

—Lo tendré en cuenta —dijo lentamente y besé las mejillas de mis hijas, antes de salir de la habitación.



Capítulo 12

Clarence

Cuando Alba Andersson alcanzó el final del pasillo, las comisuras de su boca se curvaron en una diminuta sonrisa de sorpresa que duró solo el breve instante en que nuestras miradas se cruzaron. Llevaba puesto uno de esos vestiditos negros tan de moda en esta época y se venía alisando con la mano la miriada de arrugas causadas por el transporte. La vestimenta de este siglo nunca fue de mi agrado, pero agradecía la generosa longitud de pierna ofrecida por estas humildes prendas de *prêt-à-porter*. Además, *cenar* se volvía más fácil.

Mientras se acercaba a mí con timidez, me recordé a mí mismo que aquella era nuestra nueva bruja, no un simple refrigerio nocturno. Caminaba con el bolso apretado contra el pecho, como si temiera a algo, a alguien, o posiblemente al mundo entero. Su pelo castaño danzaba tras ella, cayendo en deliciosos y desaliñados bucles y volviéndose caoba al captar la suave luz de las velas. Al entrar, llenó la sala con aroma a pomelo y lavanda y, sobre todo, la embriagadora dulzura de la sangre caliente.

—Está usted espléndida —le dije, porque era cierto. La tomé de una mano, y la hice girar sobre sí misma. Ella soltó una risita—. Absolutamente sublime.

Ella se sonrojó, dejando claro que no se creía el cumplido y luego lo devolvió; otra desconcertante costumbre de las mujeres modernas:

—U... usted también —tartamudeó.

En realidad, había hecho un esfuerzo *por no esforzarme* con mi vestuario y me había puesto unos pantalones de pana y una simple camisa abotonada. Todo tan siglo XXI... y tan insulso.

—¿Lista? —pregunté, deliberando si debía ofrecerle mi brazo, o volvería a molestarle. Lo intenté de todos modos y, contra todo pronóstico, lo aceptó. Suspiré aliviado.

Los mortales modernos podían tener comportamientos completamente desconcertantes y agotadores. Cuanto más tiempo pasaba rondando su mundo, más misteriosas me parecían sus costumbres. Las normas de Elizabeth, aunque mucho más laxas que las de la mayoría de los aquelarres de vampiros, eran claras: no mezclarse con ellos y no matarlos, a menos que fuera estrictamente necesario. Las brujas eran una excepción a esta regla y las pobres extraviadas tenían la ventaja de ser ajenas a las rencillas históricas entre nuestras especies. Había también otras razones por las que Elizabeth solo alistaba brujas extraviadas para que nos sirvieran: eran menos problemáticas, más impresionables y carecían de los proverbiales prejuicios contra los vampiros, que sus hermanas instruidas sí poseían.

—Sí, vamos —dijo Alba—. Me estoy muriendo de hambre.

—Y yo también —respondí con amargura, tratando de mantener los colmillos bien guardados, a poder ser durante toda la velada. Las brujas no eran un gran manjar, pero esta parecía inusualmente tentadora.

Salimos a paso ligero del cementerio, inhalando el aroma a hierba caliente y hormigón húmedo mientras cruzamos el parque. Mi madre solía decir que *las cosas buenas se hacen esperar*, pero demasiados años de experiencia me habían demostrado que aquel dicho era una absoluta falacia. Sin embargo, podía aplicarse a las noches de verano, que nos atormentaban a nosotros, criaturas de la oscuridad... y nos obligaban a permanecer a resguardo durante muchas más horas que en invierno. Pero una vez que el crepúsculo hacía su misericordiosa aparición, estas mismas noches estivales se convertían en un precioso regalo, cargado de vertiginosos aromas y un aire dulce y balsámico, capaz de calentarnos las venas y hacernos olvidar por un segundo nuestra naturaleza desalmada y la frialdad de nuestra sangre.

—Las puertas del parque están cerradas por las noches, así que hay que usar esta salida lateral —le expliqué a Alba.

Desbloqueé la pequeña puerta metálica y me aseguré de que nadie nos observaba antes de salir con sigilo a la acera. Caminamos en silencio y observé con curiosidad que no paraba de meter la mano en el bolso, cogía su teléfono y lo volvía a dejar caer dentro con aprensión.

—Es ahí —le dije al ver el anticuado letrero del bistró *El Búho de Medianoche*—. Me conocen, es un sitio agradable.

Una vez dentro, Fiadh, la linda pero inhóspita camarera irlandesa, nos saludó con su característica mirada de acero y nos ofreció una mesa en un rincón apartado.

—Creo que a su amiga no le caigo bien —comentó Alba cuando Fiadh le lanzó el menú desde una distancia de dos yardas.

—¿Fiadh? ¡No se preocupe, no le cae bien nadie! Estoy seguro de que no es nada personal.

En realidad, podría haber sido un poquito personal, pero dudaba que Fiadh recordara exactamente *cómo* de personal. Se le habría quedado en el subconsciente.

Señalé el menú.

—¿Qué va a tomar?

—Ni idea, ¿qué me recomienda?

—Dudo mucho que compartamos gustos —dije y se me escapó una risilla sin querer. A ella no le gustó la broma, así que cambié de tema—. Pero he oído que la lubina es excelente. ¿Le gustaría probarla?

—Vale —dijo, echándome una mirada intrigada—. ¿Va a comer algo?

—Podemos compartir el postre, si le parece bien. —Tal vez para entonces se hubiera olvidado del asunto—. ¿Vino? ¿Hidromiel? ¿Agua?

—Vino, sí —dijo, extendiendo la servilleta sobre sus rodillas y luego me miró, traviesa—. Porque hidromiel suena un poco medieval.

—Iré a ver qué tienen. —Señalé el brillante aparato negro bajo la palma de su mano—. ¿Quiere que les pida que lo recarguen? —Asintió con avidez y me lo entregó. Estaba caliente por su tacto, y sostenerlo era extrañamente reconfortante, casi como ir de la mano de un mortal.

Fiadh me proporcionó una botella de vino tinto y dos vasos relativamente limpios y me dijo que los llevara yo mismo a la mesa. Le lancé un beso al aire y volví a la mesa, donde los limpié bien con una servilleta antes de llenarlos. Alba probó el suyo con los ojos cerrados y esperó a que la imitara.

—Pruébelo y dígame qué le parece —me dijo—. Yo lo encuentro fabuloso... Parece italiano.

—Quizá más tarde —respondí, haciendo girar el vino en círculos y observando cómo captaba la luz.

—¿Es que no le gusta el vino? —preguntó ella, inclinándose hacia mí.

—De hecho, sí. Me gusta.

—¿Y aun así no quiere probarlo?

—No. Hoy no. —*Nunca*—. Solo quise hacerle compañía, porque a la mayoría de la gente no le gusta beber sola. No quisiera que mis manías le arruinasen la velada.

—¿La gente como usted come o bebe algo? —susurró intrigada.

—A veces. De hecho, algunos se aficionan bastante al alcohol y pueden beber grandes cantidades, sin efectos secundarios. —*Mi queridísima Francesca, por ejemplo*—. Yo prefiero no hacerlo, pero se trata solo de una elección personal.

—Una decisión inteligente. Así vivirá más años —dijo, reprimiendo una risa.

Sonreí.

—Mi secreto, desvelado.

Fiadh volvió con el pescado y una ensalada y ni siquiera se molestó en dejar de caminar mientras se lo lanzaba a Alba. El pescado casi estuvo a punto de salir volando del plato y a duras penas logré atraparlo en el aire antes de que cayera al suelo.

—Qué buenos reflejos —dijo Alba, asintiendo con admiración.

—Sí, es un requisito esencial para todo cliente de *El Búho de Medianoche*. El estilo de servicio es muy particular. Podemos practicar en casa si quiere. Lo necesitará cuando vuelva aquí sola.

—No estoy segura de que vaya a volver, y menos aún sola. Tengo la sensación de que a Fiadh no le importaría envenenarme.

—Es usted bruja, podría envenenarla primero.

—Y usted es vampiro. Podría al menos dejar de fingir que nunca tuvo una aventura con la camarera.

Resoplé.

—Qué jovencita tan perspicaz. ¿Acaso es tan obvio?

—Sí.

¿Había un matiz de celos en su voz?

—Es guapa —dijo Alba, encogiéndose de hombros—. Y, de todos modos, no es asunto mío, puede morder a quien quiera, o lo que sea que haga con ellos. Es solo que me siento un poco estúpida cuando me mienten.

—¿Cómo podría mentirle si ni siquiera me había preguntado? Y, además, es como si nunca hubiera ocurrido, porque ella no se acuerda —murmuré, sin saber por qué me sentía obligado a compartir esa información con Alba. *¿Para hacerla sentir mejor? ¿Para que me odiase más?*

—¿Lo mismo que hizo con aquellos hombres en la calle? —Posó el vaso sobre la mesa con algo más de fuerza de la necesaria. Casi podía oír su cerebro elucubrando—. ¿Es eso lo que hace? ¿Seducir a las mujeres y después hacer que se olviden de todo?

Se le cayó el tenedor al suelo y el ruido atrajo la atención de otros comensales. Lo recogí y esperé a que se calmara antes de responder.

—Puede que suene horrible a los oídos de un mortal. —Me mordí el labio e intenté ser cordial—. Bien, tal vez *sea* un poco horrible. Pero si lo miramos desde una perspectiva más amplia, es una opción mejor que matarlos, ¿no le parece?

—¿Supongo? —Bufó—. Así que sabe hacer *lo del olvido* y *lo del pájaro*. ¿Qué otros trucos sabe?

Pude sentir el rechazo en su voz como una puñalada en el corazón. Todavía me tenía miedo y la idea de hacerle olvidar esta parte de nuestra conversación se me pasó por la cabeza durante un segundo. Enseguida me di cuenta de que era una estupidez. Si iba a vivir entre nosotros, tendría que saber cómo funcionaban las cosas. Cuanto antes, mejor.

—Solo esto y *lo del pájaro*, como usted lo llama —dije, tratando de sonar tranquilo—. Nada más.

Asintió con la cabeza. Se limpió la boca con la servilleta antes de tomar otro sorbo de vino. Su mano izquierda se detuvo sobre el mantel blanco mientras reflexionaba sobre mis palabras. Fingiendo alisar la tela, rocé mis dedos contra los suyos tan rápido que ni siquiera registró el contacto y le robé otra vez el anillo. Luego, con una floritura, le mostré la banda de oro reluciendo en la palma de mi mano.

—Bueno, aparte de *este* tipo de trucos, por supuesto. —Le ofrecí el anillo por segunda vez en el transcurso de cuatro días y ella me lo arrebató, boquiabierta.

—Un día tendrá que explicarme cómo lo hace —dijo, volviéndoselo a poner—. Se le pega todo a los dedos, ¿eh?

Había conseguido hacerla sonreír de nuevo, así que me recosté en la silla, aliviado.

—Debe de ser por la pintura —dije, devolviéndole la sonrisa.

—¿Qué pintura?

—¿No se lo había dicho? En otra vida fui artista. Hace mucho, mucho tiempo. —Una oleada de melancolía me golpeó al abrir de nuevo la puerta a aquel tropel de recuerdos.

—¿Y ahora ya no?

Sacudí la cabeza.

—Perdí el interés, supongo —dije sin más—. Pero sigo utilizando mis talentos para ayudar a Elizabeth a falsificar firmas y documentos. A veces hago esbozos, si estoy de buen humor. Pero dejé la pintura al óleo.

Su rostro se suavizó y busqué en mis bolsillos algo lo suficientemente respetable como para mostrárselo. Encontré un boceto que había estado

dibujando mientras la esperaba en la sala de conferencias y lo desplegué sobre la mesa para que pudiera estudiarlo.

—Tiene usted talento —dijo, escudriñando el papel con admiración. Pasó los dedos por encima de mi tosca representación de un hombre y una mujer yaciendo juntos tras la muerte, sus tumbas unidas eternamente por ramas de espino—. Se le da bien dibujar rostros. Por cierto, ¿quiénes son? ¿Esta es... Francesca?

Me reí, preguntándome cómo había llegado a aquella descabellada conclusión.

—No, claro que no. Es Isolda, yaciendo con Tristán después de su muerte. ¿Conoce la historia? También hay una ópera de Wagner. Quizás la haya visto.

Negó con la cabeza y no pude evitar pensar en lo bonita que era, con sus labios tan redondeados y las mejillas sonrojadas por el vino y su ataque de ira un rato antes.

—La música clásica no es mi fuerte, la verdad. Nunca he ido a la ópera. Pero creo recordar algo sobre Tristán e Isolda. ¿No era una especie de Romeo y Julieta?

—Cuenta la historia del caballero Tristán, que se enamoró de la esposa de un rey. Si nunca ha ido, sería un placer llevarla a la ópera por primera vez. Además, es mi favorita.

—¿Termina bien?

—La verdad es que no. Es un romance medieval. En general, no son famosos por los finales felices.

—Entonces no sé si quiero verla. Ya tengo suficiente drama con mi vida.

—Exhaló, pareciendo muy cansada de pronto.

—Pero hay una poción mágica en la historia. Pensé que podría interesarle. Como bruja en ciernes.

—Buena observación. —El color regresó de nuevo a sus mejillas—. Tal vez tenga razón. Podría ser divertido.

—*Divertido...* no es justo la palabra que utilizaría para describir las obras de Richard Wagner, pero, aun así, sería mi honor ser el primero en acompañarla.

—Cuénteme la parte de la poción —dijo con candidez.

Sonreí, porque era difícil no dejarse llevar por el tono inocente de su pregunta.

—Resulta que el caballero Tristán fue contratado para entregar a Isolda a su tío, el rey Mark, con quien debía casarse. Isolda, y en algunas historias su madre, elaboró una poción de amor, que bebería junto al rey Mark. Así se

enamorarían y vivirían felices para siempre. Pero, al final, fueron Tristán e Isolda quienes se bebieron el filtro y, como puede imaginar, todo terminó en tragedia. Fin.

Alba suspiró, perdida en sus pensamientos. Casi esperaba que me pidiera la receta de la poción, pero en vez de eso dijo:

—Y... el rey Mark... ¿era buena persona?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Solté una carcajada—. La verdad, no lo sé. Su sobrino y su esposa lo traicionaron. ¿Supongo que tenía derecho a estar un poco enfadado?

Se encogió de hombros.

—Me parece que la mayoría de los Marks no lo son.

—Perdone que la contradiga, pero algunos Marks son personas maravillosas. ¡Mire por ejemplo a Mark Twain!

—Su verdadero nombre era Sam, así que no, no cuenta. Y ahora entiendo por qué usted evita beber vino. —Me sostuvo la mirada con intensidad—. Especialmente en compañía de una bruja.

Dijo *bruja* en tono de burla; claramente, aún no se lo creía. Extendí una mano hacia ella y, rápidamente cubrió su anillo de compromiso, esperando que se lo robara una vez más. Me hizo sonreír por enésima vez esa misma noche.

—Definitivamente, ese no es el motivo. Si hubiera de beber un filtro de amor, cosa que dudo que haga jamás, no me importaría compartirlo con alguien como usted. Hay opciones mucho peores ahí fuera, créame. —Incliné la cabeza significativamente hacia Fiadh, que frunció el ceño desde la barra al ver mi mano sobre la de Alba.

—Ah... ¿gracias? —Alba enarcó las cejas, entre divertida y agraviada—. Sin embargo, no sé si yo compartiría la poción con usted.

Por supuesto que no lo haría. Retiré mi mano y le hice un gesto a Fiadh para que trajera la cuenta.

—Tu amiga ya ha pagado —gruñó la camarera, curvando el labio con disgusto mientras señalaba a Alba. La astuta brujita debió de haber pagado cuando fue al servicio: qué fenómeno tan fascinante. Lo achaqué a los tiempos modernos, llenos de costumbres que no acababa de entender.

Cuando salimos del bistró, Alba estaba muy callada. Sospeché que estaba meditando sobre su propio *rey Mark*.

Un camarero —que, afortunadamente, no era Fiadh— salió corriendo del restaurante, con un teléfono móvil en la mano.

—¡Se olvida de esto, señora! —la llamó. Era bien parecido y tenía una estupenda vena azul latiendo en el lado izquierdo del cuello.

—¡Oh, gracias! —contestó Alba, lanzándole al camarero una dulce sonrisa y recogiendo el aparato, que parpadeaba con todos los colores del arcoíris.

En cuanto encendió la pantalla, maldijo y luego se tapó la boca con prudencia, como si temiera mi reacción.

—No se preocupe, no he oído absolutamente nada. —Levanté los brazos con inocencia y reprimí una risita.

—Lo siento. Mi marido debe de haber llegado a casa y estará preocupado porque me he llevado a las niñas. Tengo que llamarle.

Asentí con la cabeza y me alejé para darle un poco de privacidad.

—Tómese el tiempo que necesite. La esperaré ahí, en ese banco.

Crucé la calle, tratando de no escuchar su conversación a pesar de mi oído exasperantemente fino. Mientras hablaba, su cuerpo se contorsionó en agonía: tenía los nudillos blancos y los párpados fruncidos. La había visto discutir con Mark un par de veces, mientras la estudiaba para el expediente de Elizabeth, sentado en el magnolio de su jardín. Sin saber por qué, me sentí furioso al recordar la forma denigrante en que aquel hombre la trataba: como si no fuera más que un mueble, un objeto más que podía pagar y reemplazar.

Me aparté de la escena y eché a caminar: aquella no era mi batalla por luchar. Mi trabajo había sido averiguar los antecedentes de la señora Andersson y hacerla llegar a El Claustro. Trabajaría con ella y haría lo que Elizabeth me pidiera. Pero la vida privada de Alba Andersson no era de mi incumbencia. Ya no hacía falta espiar sus conversaciones: había completado el informe.

«Sin embargo, no sé si yo compartiría la poción con usted».

Sus palabras seguían resonando en mi cabeza cuando dejó de hablar por teléfono y se acercó a mí con los hombros caídos. Y, por mucho que quise no preocuparme por ella, la opresión en mi pecho permanecía allí, reacia a marcharse, recordándome el lugar en el que una vez, mucho tiempo atrás, mi corazón, al igual que el de ella, había latido y amado más de lo debido.



Capítulo 13

Alba

La voz enfurecida de Mark rugió a través del micrófono y me apoyé en la fachada del bistró para evitar que se me doblaran las rodillas.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —bramó. Casi podía ver su cara lívida de ira y el corazón comenzó a retumbarme en los oídos. Debía de estar en la cocina, porque escuché el pitido del microondas al fondo.

—Las niñas y yo hemos ido de excursión fuera de la ciudad —dije, esperando que no notara la vacilación en mi voz. *Mierda. Me va a matar*—. Te dejé una nota. Volveremos... a primeros de mes. —No había planeado aún el regreso, pero me lo inventé todo sobre la marcha. Incluso yo, que no tenía ni idea de leyes, sabía que no era posible llevarme a las niñas indefinidamente, aun siendo su madre. Mi única intención era mantenerlas a salvo mientras conseguía dinero para conseguirme un abogado y, de paso, evitar sucumbir a la manipulación mental de Mark y no acabar firmando algún acuerdo horrible.

—Las quiero de vuelta *ahora mismo* —rugió—. Y a ti también. Deberías haberme pedido *permiso*.

—No podemos volver ahora. Estamos demasiado lejos.

Mantener la calma cuando Mark estaba alterado requería un esfuerzo sobrehumano, pero la distancia física entre nosotros ayudaba. Al menos sabía que desde donde estaba no podía tocarme. A decir verdad, podría haber estado de vuelta en veinte minutos, pero él no tenía por qué saberlo.

—Alba, espero que estés disfrutando de estos días con las niñas, porque es sin duda la última vez que las tendrás más de un día seguido —siseó—. En cuanto vuelvas a asomar las narices por casa, tendrás preparado un convenio para firmar, y estoy seguro de que estarás encantada con los arreglos parentales que he previsto personalmente para nosotros.

Quería gritar, pero me mordí el labio, crispando los dedos en torno al teléfono. Por suerte no era el cuello de Mark, porque habría terminado estrangulado.

—Gracias, Mark. Yo también te deseo que tengas una feliz semana —dije con un hilo de voz. Era consciente de su mala costumbre de grabar las conversaciones y hacer que sus amigos las editaran para servir a sus propósitos. No iba a arriesgarme a entregarle pruebas en bandeja de plata una vez más.

—Recuerda mis palabras —dijo—. Escribiré un acuerdo para que lo firmes. Y créeme, lo harás. Nos vemos en el juzgado, *cariño*.

Colgué con un sollozo, incapaz de comprender por qué me odiaba tanto. Al conocerlo, justo después de volver a Estados Unidos tras pasar mis primeros años en Europa, me había cegado con su innato carisma. Pero poco después de nuestra boda, su mal carácter había comenzado a salir a flote, aunque solo en mi presencia. Para el mundo exterior, Mark siempre siguió siendo el perfecto abogado y hombre de familia. Mientras tanto, yo me pasé los mejores años de mi vida criando a sus hijas y desempeñando mi papel de esposa sumisa. Tras el nacimiento de Katie, todo se fue en picado, hasta el punto de llegar al estado actual.

Ojeé la acera opuesta, buscando a Clarence. Me esperaba bajo una farola parpadeante y cuando se me acercó, su pelo negro y piel blanca lo hicieron parecer un fantasma emergiendo de un destello de luz. Miré a ambos lados y crucé la calle, deseosa de regresar junto a Katie e Iris, aunque no de dormir: dormir significaba pesadillas y esa noche no tenía energía para lidiar con ellas.

—Solo dígame si tengo que ir a morder a alguien —dijo Clarence, sonriendo maliciosamente.

Sacudí la cabeza y sonreí, tensa.

—Todo bajo control —mentí despreocupadamente, acurrucándome contra su firme brazo—. Vayámonos.



MIS SUEÑOS FUERON TAN horribles como esperaba, salpicados de pesadillas sobre mi propia muerte. Me pasé la mitad de la noche dando vueltas en la cama, apretujada entre dos niñas que no tenían respeto alguno por el espacio personal. Cuando amaneció, ya hacía horas que me había dado por vencida y había renunciado a luchar contra sus involuntarios manotazos y patadas. Me arrastré a dormitar un rato en el sillón, dando cabezadas y leyendo a ratos las noticias en mi teléfono.

Me desperté cuando Francesca llamó suavemente a la puerta, devolviéndome a la triste realidad de un cuello dolorido. Katie e Iris yacían en una madeja de piernas y sábanas en el centro de la cama y se agitaron dulcemente al escuchar la musical voz de Francesca.

—Buenos días —dijo esta, ignorando mi aspecto desaliñado. Se veía fresca como una rosa, con el cutis tan sereno e impecable como el día anterior—. Nos espera un gran día, niñas. Y a vuestra madre también, por supuesto. —Francesca llevaba una pila de libros y una bandeja con el desayuno. Todas esas cosas combinadas debían de pesar tanto como ella misma, pero no había signo alguno de tensión en su rostro. Lo dejó todo con cuidado sobre el escritorio y empezó a servir zumo de naranja en dos delicados vasos de cristal de Bohemia. Me dije que no habrían sido mi primera elección para dos niñas de preescolar, pero la dejé hacer—. Encontrarás a Jean-Pierre en la biblioteca. ¿Sabes cómo llegar?

Refunfuñé, tratando de disipar la niebla que inundaba mi cerebro.

—Primero necesito una ducha. Y café. Mucho café.

Me dirigí a lo que había sido el baño de Julia. Se trataba de un espacio minúsculo e irregular con una bañera verde aguacate, un inodoro y un lavabo de porcelana agrietado. Observar aquellos grifos, azulejos y muebles era como teletransportarse a los años sesenta; ¿quién dijo que viajar en el tiempo era imposible?

Tras una breve inspección de las instalaciones, descubrí que el agua corriente procedía de un depósito de agua de lluvia escondido en un mausoleo sobre nuestras cabezas y como consecuencia, estaba mucho más fría de lo deseable. Ducharse en El Claustro iba a requerir más autocontrol que un entrenamiento samurái. Al abrir el grifo, el agua helada me salpicó la espalda y reprimí un grito.

Cuando creía que las cosas no podían ir peor, un trozo de musgo se escurrió por la tubería y se me pegó al pelo, haciéndome sentir como si el canal principal de alcantarillado de Emberbury acabara de ser vertido sobre mi cuerpo desnudo. Maldije en voz baja. Aquel baño era un peligro para la salud y necesitaba una reforma desesperadamente. ¿Cómo íbamos a sobrevivir el invierno sin una gota de agua caliente? Peor aún, tenía serias dudas sobre la eficacia del depósito de agua una vez que las temperaturas cayeran bajo cero.

Mi cerebro de ingeniera se puso inmediatamente en marcha. Empecé a imaginar un calentador de agua, filtros, tuberías nuevas y aislamiento, hasta que algo verde y viscoso me cayó en la nariz, sacándome de mi ensoñación y

avisándome de que ya era hora de abandonar aquella cámara de tortura y vestirme.

Al salir, observé algo que se me había escapado la noche anterior al entrar de puntillas en la habitación, demasiado alterada tras hablar con Mark: no había ningún espejo sobre el lavabo. Lavarse los dientes mirando una pared desnuda era una experiencia peculiar y no particularmente agradable. Al final terminé por mirarme en la cámara del móvil. No era ideal, pero al menos conseguí hacerme una coleta y salir de mi habitación sin pegotes de pasta de dientes en la barbilla.

Entretanto, Francesca había servido el desayuno a las niñas. Incluso me había reservado un poco de pan y mermelada. Me pregunté de dónde lo había sacado todo, porque no había visto ninguna cocina en El Claustro, ni mucho menos una nevera o un horno.

—¿Francesca...? —pregunté, aún dándole vueltas al asunto—. ¿Hay algún espejo en El Claustro?

Ella negó con la cabeza, una débil sonrisa adornando su rostro.

—Pensé que lo sabías —dijo—. No, Elizabeth no permite colgar espejos en El Claustro. Es una de las cinco reglas. Pero te acostumbrarás, tranquila. Yo puedo peinarme perfectamente sin ellos.

Sí, yo también podía hacerlo a los diecinueve años, o cualquiera que fuese la edad a la que su imponente figura había quedado congelada en el tiempo. Además, ella tenía siglos de práctica y yo no.

—¿Crees que me permitiría tener al menos uno en mi baño? —pregunté, sintiendo una repentina oleada de odio hacia Elizabeth por emitir un decreto tan absurdo e inútil.

Francesca se encogió de hombros.

—Puedes intentarlo. Pero no te hagas ilusiones. Es probable que se niegue.

—¿A qué viene esa regla tan rara?

—Supongo que los espejos le recuerdan su verdadera naturaleza y eso le disgusta —respondió Francesca con indiferencia.

—¿Y las otras reglas? ¿Cuáles son?

—Oh, nada del otro mundo. Se pueden resumir en: mantenlo todo en secreto y trata de no matar a nadie a no ser que sea realmente necesario.

Por la forma en que lo dijo, podría haber estado hablando de su mermelada favorita.

—¿También tiene normas sobre los enchufes?

Seguía decepcionada por no poder enchufar el teléfono o el secador de pelo y estaba empezando a ver espejismos de cafeteras.

Francesca reflexionó un momento antes de responder, mientras yo me preguntaba si Elizabeth estaba de verdad tan loca como para prohibir los electrodomésticos. Al final sacudió la cabeza, mientras limpiaba un poco de mantequilla de la barbilla de Katie con su pañuelo de encaje.

—No, no creo. Pero nunca conseguirás que permita a los electricistas entrar aquí. Tendrás que encontrar otra forma de satisfacer tus necesidades.

Sí. *Como cambiar mi ordenador por un ábaco, por ejemplo.*

—Vale —dije, intentando no poner los ojos en blanco—. Veré como puedo apañarme. Me voy a la biblioteca, estaré allí, si necesitas cualquier cosa.



LA BIBLIOTECA DE UN clan de vampiros. La sola idea evocaba todo tipo de fantasías, algunas nacidas de mi propia imaginación y otras de las novelas que había leído durante mi adolescencia.

Clarence, fiel a su costumbre, me esperaba en la puerta, manteniéndola abierta desde mucho antes de que yo llegara. Todavía no había averiguado cómo lo hacía; no estaba segura de si podía oír mis pasos en la distancia o simplemente permanecía así durante horas, sujetando pomos de puertas hasta que yo hacía mi aparición. De alguna manera, me inclinaba por la primera opción, pero no descartaba la segunda.

—Buenos días, señora Andersson —me saludó con una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza. Volvía a ir vestido al estilo Regencia, que esta mañana consistía en una levita color pino ajustada hasta las pantorrillas, unos pantalones grises y un exquisito chaleco de seda. Todavía no podía quitarme de encima la sensación de que andaba disfrazado, aunque, en cualquier caso, su aspecto causaba impresión.

—¿Volvemos a los apellidos esta mañana? —pregunté, estudiándolo con los ojos entrecerrados y preguntándome qué había pasado con la familiaridad de la noche anterior.

—También podría llamarla *bruja*, si así lo prefiere —dijo en tono burlón.

—¿Y mi verdadero nombre, *señor Auberón*?

—¿Qué le hace estar tan malhumorada esta mañana, señora mía?

—Café. O más bien, la falta de este.

—Por desgracia, no puedo proporcionarle ninguna bebida caliente en este momento, pero fray Mercier se ha propuesto alegrarle la mañana con su bibliofilia.

—¿Con su *qué*?

—Entre de una vez —dijo Clarence, tomándome suavemente de la mano y arrastrándome al interior—. Me siento como si llevara un cuarto de hora

sujetando esta puerta. —Su frío tacto se extendió por mi brazo como hormiguitas marchando hasta mi codo—. Bienvenida a nuestra humilde biblioteca.

No pude evitar un suspiro al entrar en la maravilla gótica que se desplegó ante mis ojos. La zona frontal estaba ocupada por sillones de brocado que parecían salidos de un palacio parisino. Tras ellos, hileras e hileras de estanterías de madera tallada y armarios ornamentados albergaban cientos de libros antiguos. La sala se ramificaba en varios pasillos a cada lado, dos de ellos más largos y profundos y todos ellos cubiertos por bóvedas puntiagudas, al igual que el resto de los espacios principales de El Claustro. La planta de la biblioteca era como una versión en miniatura de la catedral de Colonia y al hombre sentado en la amplia mesa del centro solo le faltaba una túnica con cinturón para completar el aspecto eclesiástico.

—¿Ha terminado con sus oraciones matutinas, hermano Mercier? —preguntó Clarence con una sonrisa, sujetándome mientras tropezaba con mis propios pies de pura estupefacción.

El hombre se rio desde detrás de una enorme pila de libros y se levantó para saludarme. Debía de haberse convertido en vampiro a una edad más madura, porque la mayor parte de su cabello era blanco nieve y se extendía en una barba corta y un bigote, ambos cuidadosamente recortados. Su ropa era similar a la de Clarence, con la única diferencia de que vestía de negro de pies a cabeza.

—*Enchanté*, Madame Lumin —dijo con acento francés—. Me llamo Jean-Pierre y soy... el bibliotecario, supongo. —Me besó ambas mejillas, aprovechando para olisquearme el cuello. Clarence se aclaró la garganta y me tiró del brazo con nerviosismo, alejándome del bibliotecario huelecuellos.

—¿Qué fue de tus votos de castidad, Mercier? —musitó Clarence, cruzándose de brazos.

—Ah, se esfumaron con la Revolución Francesa, como el feudalismo —respondió amablemente el otro vampiro—. Anglosajones, siempre tan rígidos...

Ambos hombres intercambiaron una mirada burlona, revelando una camaradería que se remontaba a cientos de años atrás.

—Tiene usted un apellido inusual, Madame Lumin —comentó Jean-Pierre, arrebatándome del lado de Clarence y llevándome hacia el fondo de la biblioteca. El inglés nos siguió de cerca, con el ceño exageradamente fruncido.

—Mi apellido real es Andersson —dije—, aunque bueno, ese es el de mi marido, quiero decir, exmarido... Lumin es el apellido de mi abuela, aunque por algún motivo, todos aquí se empeñan en llamarme así. Creo que su familia era originaria de Portugal.

—Qué país tan bonito —dijo Jean-Pierre con nostalgia—, ¿ha estado alguna vez allí?

—Sí. Solíamos mudarnos muy a menudo cuando era niña, porque mi padre era diplomático. De hecho, pasé la mitad de mi infancia en Oporto, antes de trasladarnos a Inglaterra y más tarde a Alemania.

—Fascinante. ¿Y cómo una dama tan cosmopolita como usted terminó en un lugar como Emberbury?

—Podría hacerle la misma pregunta, ¿no cree? Parece usted francés.

Se rio.

—*Touché* —dijo—. En mi caso, supongo que influyó la capacidad de persuasión del señor Auberon, como siempre.

—¡Oh, cállate, Mercier! —protestó Clarence, poniendo los ojos en blanco.

Sonreí. Era la primera vez que me sentía tan relajada desde... desde que me alcanzaba la memoria. Me dejé impregnar por el aura casi mágica de la biblioteca; era como si todos esos libros reposando en las estanterías hubieran filtrado sus historias en el aire espeso de aquel espacio en forma de cruz. Quizás podría asimilar todas esas palabras tan solo con respirar hondo bajo las bóvedas de los archivos de El Claustro. Me sentía extrañamente segura y a gusto.

—Por favor, cuéntenos su historia —me pidió Jean-Pierre, desempolvando una pila de libros—. Siempre me alegra escuchar una buena historia.

—¿La mía? No es muy emocionante, la verdad —le advertí—. Mis padres eran originarios de Boston, pero mi abuela vivía aquí, en Emberbury. Volví de Alemania a los dieciocho años y viví en su casa mientras iba a la universidad. Luego conocí a mi marido en una fiesta y... creo que le parecí... interesante. Siempre le han gustado las novedades y yo tenía muchas anécdotas que contar sobre mis años en el extranjero. No es que él las escuchara con mucho interés, pero sus amigos sí, y él disfrutaba de la atención. Lamentablemente, el exotismo no duró para siempre. —Me encogí de hombros—. Así que aquí estoy, empezando una nueva vida, supongo.

—Los nuevos comienzos son buenos —dijo Jean-Pierre con aprobación—. ¿Y la otra señora Lumin, qué fue de ella? —preguntó. Me fijé en lo increíblemente blanco que era su pelo, casi reflectante.

—Era muy buena persona. Murió hace cinco años.

—¿Y también era bruja?

—No, que yo sepa. —Me reí—. Aunque le encantaban las historias de fantasmas. Y las hierbas, si eso cuenta.

—Es una pena que no llegásemos a conocerla. Podría haber sido buena amiga de nuestra Julia. —Jean-Pierre trepó con agilidad por una escalerilla y se colgó del borde con una sola mano, lo que lo hizo asemejarse a una cabaretera con barba—. A todo eso, supongo que está aquí por los libros de Julia, ¿no?

Asentí con la cabeza, apretando los ojos mientras él saltaba al siguiente peldaño con un solo pie y yo anticipaba su caída. Por supuesto, poseía la misma presteza que el resto de los vampiros y se limitó a reírse de mi expresión de preocupación. Tomó un par de volúmenes de tapa dura del estante más alto y me los lanzó, como si fueran una pelota de baloncesto. Apenas los atrapé, antes de que se estrellaran contra el suelo, lo que habría sido una auténtica desgracia.

—*Memorias de Viorel el Mago* y *Las Artes Oscuras de la Magia*, por Catalina Kodrinova —leí del lomo, parpadeando con incredulidad—. Vaya. ¿Son libros de brujería de verdad?

—No lo sé —dijo Jean-Pierre, saltando desde lo alto de la escalera y aterrizando en el suelo de piedra sin el más mínimo rumor—. Creo recordar que Julia no estaba del todo satisfecha con ellos, pero... quién sabe. Tal vez usted sea capaz de ver algo que a ella se le escapó.

—Bueno, muchas gracias de todos modos. —Apreté los libros contra mi pecho y luché contra el impulso de abrazar también al bibliotecario en agradecimiento. A decir verdad, tampoco tuve que luchar demasiado, porque al momento me plantó enfrente su mejilla, dándose golpecitos en ella con el dedo índice como solía hacer mi abuelo.

—*Merci, Mercier* —se dijo a sí mismo y yo le di un beso en la áspera barba, reprimiendo una risa—. Muy bien —dijo entonces, satisfecho—, se ha ganado la última pieza del puzle.

—¿*Mercier*? —ladró Clarence, que estaba sentado en uno de los sillones con el tobillo en la rodilla, golpeando el pomo de su bastón y notablemente ansioso, mientras observaba mi intercambio con el bibliotecario.

—¿*Oui*? —dijo el francés, divertido por la actitud de Clarence.

—Encuentra ya ese *papiro*, ¿quieres? Tenemos trabajo *de verdad* y, además, sabes que no me gustan los duelos tras el amanecer.

—Disculpe a mi amigo. No es madrugador. —Jean-Pierre me guiñó un ojo—. Nadie aquí lo es, para ser sinceros.

El bibliotecario caminó de un lado a otro de la biblioteca, abriendo y cerrando cajones y armarios y al cabo de un rato empezó a rascarse la barbilla con desconcierto.

—Es extraño —dijo al rato—. Estoy seguro de que vi ese documento hace apenas unas semanas. Debo de haberlo traspapelado... Pero no se preocupe, Madame Andersson, le prometo que lo encontraré. —Sonrió y se formaron arruguitas en torno a sus ojos azul agua—. Tiene suficiente material de lectura para un par de semanas, de todos modos. —Luego, me tomó la mano y la besó, sosteniendo la mirada de Clarence con picardía mientras decía—: *A bientôt, belle Alba, et bon courage!*

¡Hasta pronto, bella Alba, suerte y valentía!

—Gracias, Monsieur Jean-Pierre —dije, y Clarence me rodeó la cintura con el brazo, sacándome casi a rastras de la sala. Cuando abandonamos la biblioteca, Clarence dejó escapar un audible suspiro de alivio. No pude evitar sonreír y sentirme completamente feliz bajo el peso de mis nuevos libros, que olían a misterios sin revelar y a la nueva y emocionante vida que me esperaba.



Capítulo 14

Alba

Pasé el resto de la mañana escuchando a Elizabeth hablar sobre formas creativas de obtener certificados falsos de nacimiento y defunción, así como mecanismos de gestión de depósitos bancarios, inversión en bolsa y muchas otras cosas que yo nunca había hecho antes o ni siquiera sabía que existían. Cualquier referencia a la magia volvió a brillar por su ausencia en nuestro debate. Empezaba a pensar que solo quería tener una bruja para aprovecharse de nuestro olor desagradable: no comerse a los ayudantes sin duda servía para conservarlos durante más tiempo.

Mientras ella hablaba, yo acariciaba los libros de Julia a escondidas, soñando con los secretos que podían ocultarse entre aquellas páginas amarillentas.

Clarence estaba sentado al otro lado de la mesa, apuntando conceptos importantes, entregándome papeles para que los metiera en mi abultada carpeta y... lo más preocupante de todo: lanzándome largas miradas con esos hipnóticos ojos de color *cabernet sauvignon* que tenía. Lo hizo tantas veces, que empecé a preguntarme si aún me quedaban restos de moho en el pelo, cortesía de la lujosa instalación de fontanería de El Claustro.

Cuando por fin se me permitió retirarme a mi habitación, la cabeza me daba vueltas y había añadido una pesada carpeta de anillas a mis apuntes.

Al entrar, lo primero que noté fue que Francesca había convertido el dormitorio de Julia en una sala de juegos durante mi ausencia. Había conseguido una alfombra persa con flecos e incluso una estantería tallada repleta de libros infantiles anticuados, muñecas de porcelana de aspecto inquietante —incluyendo un cochecito digno de una película de terror— y hasta un lujoso ajedrez de ónice y lapislázuli, con vetas de oro.

—¡Mamá! —gritó Katie, brincando a mis brazos con una enorme sonrisa—. ¡Francesca nos ha leído un cuento muy chulo!

—Ah, ¿sí? —Sonreí a Francesca, tan inmaculada como de costumbre con su traje de niñera Victoriana, incluso después de cuidar de dos niñas durante cinco horas. Ninguna de las Harper y Hopper mortales habría sido capaz de lograr semejante hazaña. Pensé en silencio cómo los servicios de guardería veinticuatro horas —en interiores— eran un nicho en el que las niñeras vampiro sobresaldrían con creces, si no fuera por su tendencia a devorar a los alumnos. Las niñas estaban literalmente *radiantes* después del tiempo que habían pasado junto a ella.

Dejando mis libros sobre la colcha, me senté junto a ellas tres y les revolví el pelo a las niñas, admirando las intrincadas trenzas que Francesca había conseguido hacerles; otra cosa que le salía mejor que a mí. Me di una palmadita en la espalda mentalmente, pensando que, tal vez, traer a las niñas al Claustro no había sido tan imprudente, después de todo. Francesca tenía todo el tiempo del mundo y se le daba muy bien cuidar niños, incluso sin dibujos animados, tabletas ni videojuegos. Además, después del trabajo podría pasarme la tarde correteando con las niñas en el parque, que estaba justo encima de nuestras cabezas.

—¿Cuál era el título de ese libro que leísteis? —pregunté, intrigada.

—No me acuerdo —respondió Katie—, ¡pero hicimos un dibujo sobre él!

Mientras Katie buscaba su dibujo, me senté más cerca de Francesca por si se sentía inclinada a compartir alguno de sus secretos conmigo.

—Parece que es cierto que eres muy buena institutriz —dije, deslumbrada—. ¿Cómo eran las cosas en tu época?

—Por aquel entonces enseñaba italiano, música e historia a una preciosa niña, no muy diferente de las tuyas.

—¿Te gustaba tu trabajo?

La oscuridad veló sus ojos durante un segundo y sus delicados nudillos se pusieron blancos alrededor del bloque de madera que sostenía, pero recuperó el aplomo inmediatamente y respondió con su acostumbrada frialdad:

—Disfrutaba de las horas que pasaba enseñando —dijo, en lo que me pareció una frase inacabada.

Katie había estado rebuscando en las abarrotadas estanterías y regresó con un par de papeles amarillentos.

—¡Mira, mami! ¡Mi dibujo sobre la historia de Francesca! —dijo, entregándome una hoja.

En el papel, dibujado en el estilo simplificado e irregular típico de una niña de cinco años, había un hombre de ojos rojos tumbado en un... *un momento*. ¿Eso era un ataúd? Otro muñeco de palo, una mujer, descansaba

junto a él en el suelo, con sus extremidades extendidas sobre una mancha de...
¿tinta roja?

—¿Francesca? —Mi voz sonó varias octavas más alta de lo que hubiera querido—. No les habrás leído *Drácula* a mis hijas, ¿verdad?

Francesca parpadeó a cámara lenta con sus imposiblemente largas pestañas.

—Pensé que te gustaría que las niñas conocieran nuestra cultura —explicó con absoluta inocencia—. Los cuentos ayudan a los niños a enfrentarse a los retos de la vida real.

Sus argumentos eran difíciles de rebatir.

—¿Te importaría consultarme primero, antes de elegir la próxima historia? —dije, sosteniendo su hipnotizante mirada azul.

—Desde luego, Alba —contestó con refinamiento y luego señaló un papel doblado en el suelo.

—Se te ha caído eso de la carpeta, por cierto.

El papel tenía mi nombre escrito en negro con pluma y tintero y en su interior me esperaba un breve mensaje, con la caligrafía más delicada que había visto jamás:

Mi querida Isolda,

Me voy de la ciudad por dos días, pero, ¿me acompañaría a cenar de nuevo el jueves por la noche?

Disfrute hoy de la velada junto a sus encantadoras hijas.

P.D.: Hoy lo ha hecho de maravilla en la reunión.

Las letras eran intrincadas y redondas, con trazos alargados que se enroscaban alrededor de las palabras como tallos de hiedra. No pude evitar imaginar al hombre que las había escrito, tomándose el tiempo suficiente para formar cada línea con cuidado y paciencia extintos hoy día. Sintiéndome un poco pueril, volví a doblar el papel bajo el estoico escrutinio de Francesca y me lo metí en el bolsillo, consciente del rubor en mis mejillas. Francesca había leído la nota por encima de mi hombro y probablemente reconoció una letra tan singular, que solo podía pertenecer a cierto seductor vampiro de ojos granates.

La vampiresa suspiró y sacudió la cabeza.

—Esto va a terminar mal —musitó, poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta—. Luego no digas que no te lo advertí.



LAS NIÑAS Y YO CENAMOS pizza para llevar que había conseguido durante el único descanso que Elizabeth me permitió en toda la mañana.

También aproveché para comprar bocadillos y pan para el desayuno del día siguiente.

A la hora de dormir les leí el libro menos traumático que pude encontrar entre la selección de Francesca, que acabó siendo *Hansel y Gretel*. Me dije que al menos esa historia no tenía ataúdes, solo para constatar demasiado tarde por qué no: la bruja de ese cuento no los necesitaba, ya que se comía a los niños enteros tras engordarlos con caramelos. Ni siquiera tenía restos que enterrar. Tal vez Francesca había traído ese libro para burlarse de mis raíces de bruja, o tal vez el concepto de canibalismo fuera totalmente foráneo para criaturas como ella.

Katie e Iris quedaron satisfechas con nuestra nueva rutina nocturna y terminaron durmiéndose acurrucadas como gatitos a mi lado. En los pasillos, fuera del dormitorio, escuché pasos de vampiros camino de la salida de El Claustro. Respiré hondo y decidí no pensar a dónde irían.

Cubrí a las niñas con una ligera sábana de algodón y me senté en mi buró de caoba con el diario de Julia, ansiosa por descubrir lo que la anterior asistente había descubierto. ¿Habría conseguido ser una bruja de verdad? ¿Sería posible?

El diario comenzaba en julio de 1946. Las primeras páginas habían sido arrancadas, al igual que muchas otras en la mitad y hacia el final. Parecía como si Julia hubiera cambiado de opinión muchas veces mientras lo escribía, o que hubiera querido ocultar de las miradas indiscretas algunos de sus recuerdos.

Lady Elizabeth tuvo la amabilidad de entregarme este diario para poder inmortalizar mis recuerdos y experiencias mientras trabajo en El Claustro. Utilizó esa palabra: «inmortalizar», lo cual me hizo reflexionar, ya que ésta podría ser mi única posibilidad real de alcanzar la vida eterna. Voy a escribir sobre el trabajo y lo que pueda descubrir sobre mis antepasados brujos. Como viuda de guerra que soy, estaré eternamente agradecida por esta oportunidad que me ha dado Lady Elizabeth, de empezar una nueva vida con su clan. La honraré y seguiré sus consejos siempre. Es una mujer extraordinaria y la admiro profundamente, a pesar de su maldición.

No era de extrañar que Elizabeth estuviera tan ansiosa por darme ese diario, cuando Julia solo tenía palabras de elogio para ella.

Me salté un montón de páginas en las que Julia hablaba de su marido, al que no había visto desde que se había marchado al frente. También había muchos relatos aburridos acerca de visitas a bancos y tiendas y la gente que iba conociendo en esos sitios. Por fin, encontré algo interesante:

13 de febrero de 1948

Hoy me he resbalado en el hielo de la acera y me he estropeado el abrigo. No solo eso, un hombre ha hecho un comentario desagradable sobre la postura en la que he caído. Me he enfadado tanto que lo habría estrangulado si hubiera podido, pero, por supuesto, la decencia y la ley no me lo permitían. He murmurado una maldición improvisada y ha ocurrido algo inesperado: el hombre se ha resbalado en el hielo y creo que se ha roto un brazo, mientras que la nieve se ha derretido a mi alrededor. No estoy segura de si ha sido todo por casualidad, o si fueron mis palabras las que lo causaron. Tendré que volver a intentarlo.

Fascinante. Tenía sueño, así que dejé de leer, aunque no antes de buscar las palabras que Julia había espetado al irrespetuoso transeúnte:

«Maldito seas y ojalá que los gusanos devoren tu carne putrefacta».

Por primera vez en meses, me dormí y tuve dulces sueños en los que Mark era devorado por hordas de gusanos. A la mañana siguiente me desperté totalmente renovada y muriéndome de ganas de afrontar un nuevo día de aprendizaje.



Capítulo 15

Alba

El miércoles fue un torbellino de papeleo e informaciones nuevas, mientras Elizabeth me ponía al corriente del resto de mis obligaciones y yo me iba familiarizando con mi nueva vida en El Claustro.

Disfruté de la tarde jugando al escondite en el parque de Saint Anne con mis niñas y me quedé dormida hojeando las *Memorias de Viorel el Mago*. Por muy prometedor que fuera el título, pronto quedó claro que no se trataba de un tratado de magia, sino más bien de la biografía romantizada de un cortesano medieval que había servido a los príncipes de Moldavia en el siglo XVI, escrita tras su muerte, por una persona distinta.

El jueves por la mañana, Elizabeth declaró que estaba demasiado ocupada para acomodar nuestra acostumbrada reunión en su agenda. Decidí salir a la calle y acudir a la librería especializada para conseguirle aquellos libros de derecho con páginas de papel que ella tanto anhelaba.

Me tomé un café en un local encantador con sofás extravagantes, mientras esperaba a que mi teléfono se cargara y leía mis correos electrónicos disfrutando de la gloriosa paz del lugar. Tenía al menos cinco mensajes de Mark, todos llenos de amenazas veladas, insinuando que si averiguaba dónde estaba iba a matarme. Obviamente, era demasiado astuto para incriminarse, pero había frases *cariñosas* en las que hablaba de enviarme flores; el truco era que las fotos que las acompañaban no eran de ramos normales y corrientes, sino de coronas funerarias. Pero, por mucho miedo que le tuviera, sus amenazas eran mucho menos perturbadoras ahora, cuando tenía un lugar seguro donde esconderme.

Después de desayunar, me paseé hasta la librería de derecho mientras pensaba en Francesca, quien me había prometido pasarse la mañana enseñando a mis hijas a jugar al ajedrez. Quedamos en que no les contaría ningún cuento, por si acaso.

Emberbury relucía bajo el sol esa mañana y yo me sentí una persona diferente de la Alba Andersson que había recorrido esas mismas calles poco tiempo atrás, de camino a otra entrevista de trabajo fallida. Los breves días que había pasado alejada de la sombra de Mark habían sido como despojarme de un abrigo de lana pesadísimo. De pronto, podía vislumbrar a qué sabía la libertad. A qué sabía estar viva de nuevo.

La librería olía a papel impreso y a ambientador de abeto. Anduve por los estrechos pasillos, con la lista de Elizabeth en la mano. Era la primera vez que entraba en una librería dedicada exclusivamente a manuales de derecho y me quedé atónita ante la cantidad y el grosor medio de los volúmenes. Solo con mirarlos, me pregunté qué clase de sociedad necesitaba tantas normas para seguir funcionando y cómo demonios era posible que alguien se aprendiera todas esas leyes, de memoria. Que yo supiera, en El Claustro solo tenían cinco normas y no parecía irles mal.

Busqué la letra *B* en la sección de Derecho Tributario y la encontré sobre una estantería metálica, justo debajo de un tubo fluorescente parpadeante, a punto de exhalar su último aliento. Me puse de puntillas para alcanzar el libro, pero no llegaba, así que busqué un taburete al que subirme. Sin embargo, la mano de un desconocido apareció por detrás de mí y alcanzó el libro, colocándolo amablemente en mis manos.

—Gracias —dije distraída, leyendo el título y verificando si era el correcto: lo era. Entonces me di la vuelta para dar las gracias al dependiente y mi corazón casi se detuvo.

No era un librero.

Mi futuro exmarido, Mark, estaba de pie junto a mí, formidable, con su ancha figura vestida con un traje azul marino a medida y el pelo rubio oscuro peinado hacia atrás con gomina. Su mandíbula mostraba el gesto más amenazante que jamás había visto en un ser humano.

Mark parecía tan sorprendido de verme como yo, aunque mucho más satisfecho.

—Maldita zorra escurridiza —murmuró entre dientes, en voz tan baja que tuve que leer sus labios para distinguir las palabras. Me agarró la muñeca con fuerza y yo retorcí el brazo, tratando de soltarme—. No te vas a ninguna parte hasta que me digas dónde escondes a las niñas —dijo y supe por su tono que hablaba totalmente en serio.



ATERRORIZADA, ME DI la vuelta y le mordí la mano, dejando una marca junto a su exclusivo reloj. Lo pillé desprevenido y me soltó, y yo

aproveché para salir corriendo de la librería. Lancé el libro de derecho sobre un mostrador para evitar que saltara la alarma antirrobo y Mark salió corriendo detrás de mí. Estaba segura de que me atraparía antes de que pudiera decir «*novia a la fuga*». Mientras que yo me había pasado la última década acunando bebés y recalentando biberones, él no se había saltado ni un día de gimnasio. Eso, unido a sus magníficos genes, sería suficiente para salvar los pocos metros que nos separaban en cuestión de segundos.

Esquivé un camión de reparto e intenté recordar la maldición de Julia. Con suerte, me funcionaría a mí también.

—¡Gusano! ¡Que te devoren los gusanos! —grité, incapaz de recordar las palabras exactas de Julia. No pasó absolutamente nada. Es decir, aparte de que Mark se enfureció aún más y yo malgasté un par de preciadas respiraciones que podría haber invertido en correr más rápido.

No conocía bien ese barrio de Emberbury, así que seguí corriendo a ciegas, sin saber a dónde iba. Giré un par de calles, con la esperanza de encontrar un escondite antes de que Mark me atrapara. Tal vez un restaurante, aunque era perfectamente capaz de acorralarme en un lugar público. Avancé como pude, empujando a la gente y disculpándome, pero Mark estaba cada vez más cerca.

—¿Dónde están? —me gritó. Con el brazo extendido ya casi podía alcanzarme.

—¡Déjame en paz! ¡Nunca te importaron!

Mark me agarró por la parte trasera de la blusa, pero conseguí zafarme. Giré bruscamente a la izquierda, pero me encontré atrapada en un callejón sin salida.

Me rodeaban unos cuantos coches aparcados, un par de cubos de basura y dos puertas metálicas sin manivela. No había ningún lugar por el que huir y Mark bloqueaba la salida. Se me escapó una respiración entrecortada. Era consciente de lo que Mark podía hacerme en un arrebato de furia.

En cuanto se dio cuenta de que me había atrapado yo sola, Mark dejó de correr y se paseó tranquilamente en mi dirección, con una sonrisa de satisfacción dibujándose en sus labios. La presa estaba asegurada y ahora podía saborear su victoria.

—Mark, por favor, hablemoslo de forma civilizada —le supliqué, tambaleándome hacia la pared de detrás de mí, sin quitarle los ojos de encima. Tanteé el hormigón con las palmas de las manos, buscando una muesca, una ventana o cualquier cosa que me sirviera para escapar de él—. Para empezar, podrías dejar de enviar fotos de coronas funerarias, ¿vale? Me da muy mal rollo —dije, intentando ganar tiempo.

—¿Cómo te atreviste a marcharte así? —rugió, apretando los puños.

—Presentaste la demanda de divorcio hace semanas... Disculpa si pensé que iba en serio.

—Pues claro que iba en serio. No pienso desperdiciar mi vida con alguien como tú.

—Pero... ¿por qué, Mark? ¿Por qué me tratas así? Pensé que me querías. Hice todo lo que pude para hacerte feliz. ¿Qué fue lo que hice mal?

—¿Por qué no me preguntas qué fue *lo que no hiciste mal*, Alba? —Estaba tan cerca que podía oler su aliento a café—. Eres una mentirosa. Y una perdedora. ¿Y sabes lo que les pasa a los perdedores? Que lo pierden todo.

—Estaré en casa el uno de julio, tal y como te prometí. Llevaré a las niñas de vuelta y entonces podemos acordar un horario... —seguí balbuciendo cosas sin sentido, solo para distraerlo—. Yo puedo tenerlas de lunes a viernes y tú los fines de semana, si te parece bien. Lo digo porque entre semana trabajas hasta tarde...

Mark me escuchaba. Tal vez podría negociar con él... Mantenerlo entretenido hasta que alguien viniera a ayudarme.

—Dime qué opinas —continué—. Podemos hablar, ¿vale? Solo... solo déjame salir de aquí, por favor. Me estás haciendo sentir incómoda.

Mark se rio.

—Me importa un bledo cómo te sientas, ahora jugamos según mis reglas. ¿Puedes permitirte un abogado? ¿O esperas que sea yo quien te rescate? —Me agarró por la parte de atrás del pelo y enredó sus dedos en él, obligándome a mirarlo—. Porque, esta vez, el bueno de Mark no va a estar ahí para salvarte.

—¿Lo estuvo alguna vez? —dije, sonando más confiada de lo que me sentía y él estiró más fuerte—. No te preocupes por eso, Mark. Eso es problema mío. Ya me las arreglaré.

En cuanto Elizabeth me pagara mi primer sueldo iba a encontrar a alguien capaz de aplastar a ese maldito bajo el peso de la ley. Mark no era el único abogado de toda la ciudad.

Intenté zafarme de nuevo, pero esta vez él se lo esperaba y me sujetó el cuello con una mano y los brazos con la otra.

Tragué saliva.

—Mira, Mark, tengo que irme. Me están esperando...

Decir eso fue una idea terrible. Pensé que me dejaría ir si le decía que alguien me estaba buscando. Sin embargo, fue pronunciar aquellas palabras y Mark se volvió completamente loco.

—¿Quién te está esperando? ¿Tu amante? —vociferó, mirando a izquierda y derecha como si esperara que un hombre apareciera de la nada.

—Pero ¿qué dices? —Me arrastré hacia un lado. Si agachaba la cabeza lo suficientemente rápido, quizás podría escabullirme por debajo de su brazo.

—Te vi con alguien. Tuviste la desvergüenza de traerlo hasta nuestra puerta el viernes por la noche. Ya sé a dónde ibas cuando me decías que te ibas a charlar con la vecina... —Dejó escapar una amarga carcajada. ¿Mark estaba celoso? ¿Por qué? Si era obvio que no me quería—. Sé que tienes una aventura. ¿Desde cuándo? ¿Estás viviendo en su casa ahora?

—¡Mark! ¡No! ¡Era la primera vez en mi vida que veía a ese hombre!

Técnicamente, la segunda. Pero, aun así, sus acusaciones eran falsas. Si hubiera sido por Mark, esa noche me habrían atracado y quién sabe qué más.

—Unos ladrones me asaltaron. Ese hombre pasaba por ahí y me ayudó. Luego me acompañó a casa para asegurarse de que estaba bien. En cambio, tú ni siquiera me preguntaste por qué tenía un ojo morado.

—Supuse que te lo habrías merecido.

—Basta ya, Mark —dijo, extendiendo el cuello sobre su imponente figura en busca de un objeto contundente con el que golpearle—. ¿Qué quieres de mí? No, no tengo ninguna aventura, si eso es lo que piensas. Y aunque la tuviera, ¿qué más daría a estas alturas? ¡Estamos a punto de divorciarnos! Me he llevado a las niñas de vacaciones, tú tienes que trabajar y nos vemos en julio, ¿vale? ¡Ahora déjame en paz!

—Te pones tan sexy cuando te enfadas —dijo, escupiendo una de sus frases machistas favoritas. Noté con disgusto el creciente y duro bulto en sus pantalones mientras empezaba a frotarse contra mí. Aunque llevábamos mucho tiempo casados, me dieron ganas de vomitar.

Estábamos solos en esa calle sin salida. Completamente solos e invisibles. Recé para que apareciera alguien, pero no funcionó.

—Mark, suéltame —grité, intentando quitármelo de encima.

Cuando me ignoró y trató de besarme, le mordí el labio tan fuerte que le hice sangre.

—¡Oh! —dijo sorprendido, dándome una bofetada tan fuerte que me rebotó la cabeza contra la pared de atrás—. ¿Esto también te lo ha enseñado el nuevo?

—¡He dicho que me sueltes!

—Legalmente, sigo siendo tu marido, hasta que el tribunal de Emberbury dictamine lo contrario. Así que puedo hacer lo que me dé la gana. Puedo tomar lo que es legítimamente mío, cuando quiera y como quiera.

—¡No, no puedes! —grité horrorizada—. ¡*Incluso yo sé que eso no es cierto!*

—¿Y cómo vas a demostrarlo? —se rio, metiendo una mano bajo mi falda.

No era la primera vez que ocurría, pero sin duda, iba a ser la más humillante. Estábamos en medio de la calle, a plena luz del día y acababa de decirle claramente que me dejase en paz.

La furia y el odio hirvieron en mi interior y comenzaron a correr por mis venas. Sentí un cosquilleo en las manos, como pequeñas descargas eléctricas. Las había sentido cientos de veces antes, pero nunca les había prestado atención. No había duda: era la energía que Julia había descrito en su diario.

—Maldito gusano —grité, dándole a Mark una patada en la entrepierna tan fuerte como pude. No hubo magia alguna en ello, pero lo hizo agacharse y retorcerse de dolor, dándome el tiempo justo para saltar lejos de su alcance.

Rodeé una camioneta que bloqueaba la salida, pero entonces sentí dos manos de acero en mi espalda. Mark se abalanzó sobre mí con un gruñido, inmovilizándome contra el ardiente capó del vehículo.

Esta vez la chispa irracional en sus ojos me dijo que no iba a repetir su error anterior. Esta vez no iba a dejarme escapar hasta que hubiese terminado conmigo.



Capítulo 16

Clarence

Descendí bruscamente sobre Emberbury, sintiendo el viento revolver mi plumaje. Me embriagaba la habitual mezcla de remordimiento y éxtasis que solía suceder a una caza exitosa. En otros tiempos había alcanzado un estado comparable sucumbiendo al dulce sopor de los opiáceos y a los encantos de mujeres más o menos desconocidas. Por aquel entonces solo buscaba consuelo; mi único objetivo era olvidarme por una noche de mi torturada realidad. Hoy día, el mundo había cambiado y yo con él. Sin embargo, mi agonía interior seguía intacta. Había cambiado de nombre, pero seguía sabiendo tan amarga como la primera vez.

El parque de Saint Anne brillaba como una esmeralda bajo mis alas abiertas y me planteé volver a casa. Pero hacía un día de verano delicioso, de esos que rara vez, o posiblemente nunca, había experimentado durante mi juventud en el brumoso Londres. Tampoco ayudaba mucho el hecho de haberme pasado la mayor parte de mi vida mortal inhalando vapores de pintura al óleo o, todavía más a menudo, frecuentando los bajos fondos donde conocí a Anne. No había pensado en ella desde hacía mucho tiempo, pero la cena con Alba y, aún más, nuestra conversación en torno a aquella copa de vino, habían reavivado los inquietantes recuerdos de una amante que llevaba siglos convertida en cenizas. *Oh, Anne...* Mi ruina, mi camino a la perdición. Algunos días aún la sentía, más viva que nunca.

«En esa copa no has bebido solo el amor, sino el amor y la muerte juntos», le dijo Brangania a Tristán.

Pero podría habérmelo dicho a mí también.

Al sobrevolar el distrito del arroyo, mis ojos de cuervo, atraídos por todo objeto brillante, divisaron una cuenta de ámbar rojo sangre centelleando en la distancia. Le devolví la sonrisa a la Dama Fortuna al reconocer el broche vintage de Alba desde las alturas. Sin embargo, esta sonrisa no duró mucho,

porque un hombre alto de pelo claro la había apresado contra el capó de un vehículo. Los dedos del hombre se clavaron en sus pechos mientras su boca le dejaba una marca en el cuello, provocando oleadas de indignación en mi alma de vampiro. La vi retorcerse bajo su peso, pero no gritó: se había rendido. Se había rendido, igual que Rose Auberon dos siglos atrás.

Ya había visto a ese hombre antes y no me agradaba.

En absoluto.

Para colmo, me sentía particularmente vengativo esa mañana, por razones totalmente ajenas a los Andersson, y Mark Andersson tenía la mala suerte de recordarme a otra persona.

Las palabras de mi padre resonaban en mi mente; el recuerdo de sus nudillos contra la piel de mi madre, tan fresco como las memorias de Anne Zugrbescu desnuda sobre sábanas de satén empapadas de alcohol.

Víctor Auberon había hecho llorar a su mujer tantas veces, que el pequeño Clancy se había pasado días enteros acurrucado en un armario, rezando al Señor tal y como le había explicado el cura: rogándole que los hiciera invisibles a ambos, que se los llevara a él y a su madre a un lugar seguro donde Víctor nunca los encontrara. Sin embargo, el Señor nunca había prestado demasiada atención a las plegarias del pequeño Clancy.

«Esposas, sométanse a sus esposos, como conviene en el Señor».

El lema de Víctor Auberon, repetido una y otra vez mientras los golpes magullaban la delicada piel de Rose, siempre en los lugares más discretos.

Qué bendición inesperada que Dios y yo —el mismo Clancy, pero ya adulto— ya no estuviéramos en los mejores términos, sobre todo desde mi caída en picado al infierno. Con suerte, a *Él* no le importaría mi intromisión en los asuntos de los Andersson. La escena que se estaba desarrollando bajo mis alas había comenzado a enfurecerme. *Sobremano*. Y estaba a punto de cometer una imprudencia.

En mi turbulenta mente, las visiones de mi madre, Rose, se fundieron con las de Alba. La agresividad del Sr. Andersson lo convirtió mágicamente en mi propio padre, tantos años atrás. Por aquel entonces me había visto obligado a contemplar toda aquella violencia con la pasividad forzada de un niño pequeño. Pero yo ya no era el pequeño Clancy y estaba en mis manos detener aquella injusticia.

Me abalancé sobre él, concentrado en sus ojos pequeños y redondos.

El Sr. Andersson gritó la primera vez que hiqué mi pico en su carne. Podría haberlo cegado, mutilado para siempre, y de hecho estuve a punto de hacerlo, pero entonces, un breve destello en su pelo me hizo detenerme en

seco. Su mata de pelo rubio era tan igual a la de sus hijas. Con un giro brusco, me centré en el cuello y los hombros del hombre, obligándolo a inclinarse hacia atrás y soltar a su prisionera. Grazné, incapaz de pronunciar palabra alguna. Alba se apartó de la camioneta contra la que había quedado atrapada y corrió hacia la salida del callejón.

Seguí masacrando la piel del hombre con mi pico, disfrutando de su sangre y lamiéndola sigilosamente mientras él gritaba bajo mis garras.

Cuando Alba se alejó lo suficiente, dejé al hombre y volé tras ella, alcanzándola en un par de segundos y descendiendo para que pudiera verme.

—¿Clarence? —gritó ella, lanzándome una mirada dudosa mientras cruzaba corriendo la calle.

Giré la cabeza y grazné, esperando que entendiera mi respuesta. Debió de hacerlo, porque me siguió.

El hombre ya se había recuperado de mis picotazos y su alta figura azul marino se abrió paso entre los peatones.

Me detuve junto al edificio de ladrillos rojos en el número 13 de Westside Avenue. Dando un salto me encaramé en el borde de una jardinera de cemento blanco junto a la puerta y esperé a que Alba me alcanzara.

Corre, Alba.

Más rápido...

Por favor, más rápido...

Por fin apareció, jadeante, y forcejeó con la puerta cerrada. Su marido estaba cada vez más cerca. Escarbé en la tierra con el pico y le mostré un pequeño objeto plateado escondido entre los rosales: una llave.

La cogió con manos temblorosas y abrió la puerta. Esperó un segundo a que la siguiera, y luego la cerró de golpe.

Por fin se hizo la oscuridad. Conjuré la niebla y esperé a que mi cuerpo se transformase.

Cuando volví a sentir mis pies contra el suelo, me acerqué a ella en la penumbra, asegurándome de no tocarla. En ese momento, lo último que necesitaba eran las manos de otro hombre sobre ella. Estaba temblando y sentía dolor con solo mirarla.

—¿Está usted bien? —le pregunté, manteniendo unos palmos de distancia entre nosotros para no asustarla aún más.

—Ahora sí —respondió ella, pero sus rodillas cedieron y se deslizó hasta el suelo, deshaciéndose en lágrimas.



Capítulo 17

Alba

El interior de la casa, situada en el centro histórico de Emberbury, estaba completamente oscuro. Todas las persianas estaban bajadas y gruesas cortinas cubrían las ventanas. Me apoyé en una pared tapizada, dejando que mi respiración se calmase y que mis ojos se adaptasen a las sombras.

No podía verlo, pero podía sentir su presencia tranquilizadora cerca.

—Clarence —dije, y mi voz sonó hueca.

—¿*Hmm?* —murmuró.

—¿Está ahí?

—Sí.

A pesar de su inusual parquedad, un suspiro de alivio escapó de mis labios. Escuché su ropa rozando contra el suelo, pero permaneció en silencio. La casa estaba húmeda y fría, como si el verano no hubiera podido entrar en ella. Me estremecí y me volví hacia el lugar donde debía de estar él.

—¿Puede acercarse más? No veo nada.

Quería saber si se quedaría conmigo hasta que pasara el peligro. Quería escucharle decir que Mark no podría encontrarme.

Clarence se movía tan sigiloso que me sobresalté cuando su manga rozó mi hombro.

—Espere aquí —susurró—. Voy a buscar una vela.

Al cabo de un rato escuché el chasquido de una cerilla y pronto nos rodeó el suave resplandor de las velas.

—Lo odio —mascullé.

Clarence asintió lentamente desde el otro lado de la habitación, con los brazos cruzados y las cejas fruncidas mientras me escudriñaba, pensativo.

Mi ropa estaba salpicada de sangre, pero no era mía. Debía de ser de Mark, lo cual me puso de mejor humor. Me levanté y me dirigí hacia

Clarence, pero este alzó la palma de la mano y me detuvo cuando estaba apenas a un paso de él.

—No, por favor. No se acerque más —dijo. Su tono era más frío que de costumbre y me pregunté si lo habría ofendido de alguna manera. Debí de darme cuenta, porque añadió en un tono más amable—: Es el olor a sangre. La de él.

—Ah. —*Así que era eso.*

Me desplomé en el suelo junto a él y puse la cabeza entre las rodillas, abrazándomelas. Recordando su advertencia, tuve cuidado de evitar tocarle. Mi sangre apestaba, ya me lo habían dicho mil veces, sin embargo, la de Mark era mucho más tentadora. Mark siempre tuvo que ser mejor en todo. *Incluso en eso.*

Un gran espejo antiguo con un marco de bronce colgaba de la pared frente a nosotros. Cuando me miré en él, me vi a mí misma y a la vela, pero no a Clarence. Parpadeé, me froté los ojos y volví a mirar.

—¿Qué le pasa a ese espejo? —pregunté.

Clarence dio un respingo y apagó la vela, dejándonos de nuevo en la más absoluta oscuridad.

—La maldición —dijo, con la voz ronca y compungida—. Los espejos no pueden reflejar la imagen de una criatura sin alma.

—Si eso fuera cierto, los cortes de afeitado habrían matado a Mark hace mucho tiempo —repliqué.

Clarence rio suavemente y las puntas de sus dedos rozaron mi mano, dejando un frío cosquilleo a su paso.

—Ojalá funcionara así.

Mis pensamientos regresaron a Mark y me pregunté durante cuánto tiempo seguiría buscándome.

—¿Le ha hecho daño a Mark? —pregunté, tratando de vislumbrar la cara de Clarence en la oscuridad. Mis ojos se fueron acostumbrando a la escasa luz y logré distinguir el ángulo de su mandíbula contra la tenue claridad que escapaba de las persianas.

—¿Le ha hecho daño él a usted? —fue su única respuesta.

Sacudí la cabeza. No, Mark no me había hecho daño alguno. Al menos no físicamente, no ese día... Pensándolo bien, me había hecho cosas mucho peores en ocasiones anteriores.

—Estupendo. Porque estuve a punto de arrancarle los ojos —dijo Clarence con voz desgarrada.

—*Auch*. —Mi vívida imaginación me presentó una imagen muy realista de Mark sin ojos —. No fue un marido ejemplar, pero eso habría sido un poco... extremo —dije conmovida.

—Le dije que era una criatura sin alma —murmuró con indiferencia—. Es lo que hacemos.

—No me lo creo.

—Es muy amable de su parte, pero me conoce desde hace apenas una semana —respondió con amargura—. Demasiado pronto para formar un juicio, ¿no cree?

—No sería la primera vez que me equivoco, lo reconozco. —Asentí, cansada. Recordé cómo había pensado que Mark y yo estaríamos juntos por siempre. Todos mis colegas de la universidad me habían envidiado cuando aquel antiguo conocido de la infancia se había convertido en mi flamante novio de Harvard. Por aquel entonces, mi vida parecía un cuento de hadas a punto de alcanzar el *felices para siempre*—. Pero es la segunda vez que me saca de un apuro. Tiene el talento de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, ¿no es así, Clarence? ¿O es que todavía me sigue las veinticuatro horas del día, por orden de Elizabeth?

—Me atraen las cosas brillantes —dijo en un tono más animado, mientras me acariciaba el pelo—. No puedo evitar perseguirlas. Debe de ser mi parte de cuervo.

Una risa sin humor se me escapó de los labios y me apoyé ligeramente en la mano que me acariciaba la cabeza, dejando que su reconfortante tacto se extendiera por todo mi cuerpo.

—Intentaré recordarlo. ¿Significa esto que debo llevar siempre baratijas en el pelo si me aventuro por zonas peligrosas?

—Diría que es justo lo que ha estado haciendo hasta ahora. —Tiró levemente del broche de ámbar de cereza, olvidado detrás de mi oreja.

Incliné la cabeza hacia su hombro, siguiendo su mano alejarse. En cuanto la apartó de mí me di cuenta de lo mucho que echaba de menos su tacto.

—Gracias por quitármelo de encima —dije—. Le debo una. En realidad, dos.

—¿Está segura? No le recomiendo endeudarse con un vampiro —respondió muy serio. Al entornar los ojos en la penumbra me pareció distinguir una sonrisa traviesa en su rostro—. Se nos conoce por una amplia gama de pecados y vendría un día a cobrar mi deuda, tarde o temprano.

—Oh, vaya... ¿y si le pagase con arandelas y cuentas de cristal? ¿Eso valdría?

Resopló y me lanzó una mirada larga y profunda, mientras sus dedos encontraban los míos.

—¿Tiene frío? —preguntó, estrujando mi mano como tratando de averiguar si la temperatura era aceptable para un mortal o no. Yo tiritaba, a pesar del calor sofocante que hacía fuera. Cuando asentí, se quitó la levita y me la puso sobre los hombros. Olía a óxido y a bosques viejos, como él.

—¿Cómo lo hace? —pregunté, mientras intentaba abrocharme la rígida prenda y no parecer un domador de circo.

—¿Hacer qué?

—¿Simplemente cambia de forma y su ropa aparece y desaparece? ¿Sin más?

Se encogió de hombros y volvió a encender la vela.

—No lo sé. Simplemente... sucede.

—¿Y qué hay de las cosas en sus bolsillos? ¿El bastón... el sombrero?

—Me esperan en una especie de limbo, supongo. —Recogió su bastón como si acabara de recordar que aún lo tenía.

—¡Eso no tiene ningún sentido!

—¿Por qué las almas pueden quedarse en el limbo, pero mis llaves no? —Sonó molesto y divertido a un tiempo.

—¡Porque nadie en su sano juicio se creería tal cosa!

—Usted se casó voluntariamente con el Sr. Andersson. Eso también es difícil de creer.

—Las personas cometemos errores. —Me apoyé en la pared, exhausta.

—Por favor, disculpe mi insolencia —se excusó—. No debería haber dicho eso.

—No pasa nada. Tiene razón, de todos modos.

—¿Él siempre fue así? —preguntó.

—No. O tal vez yo estaba demasiado ciega para verlo.

Nuestras manos tantearon el suelo, titubeando antes de encontrarse de nuevo. Deslicé la palma de la mano hacia él hasta que pude sentir el frío de su piel y entrelacé mis dedos con los suyos. A pesar de lo frío que estaba, su tacto era tranquilizador y extrañamente familiar. Suspiré. En ese momento no necesitaba nada más. Temí que se apartase de nuevo, pero esta vez no lo hizo. Tan solo inhaló profundamente con los ojos cerrados y apretó mi mano con fuerza.

—Echo tanto de menos caminar a plena luz del día —murmuró, jugueteando con mi anillo y volteándolo a uno y otro lado.

—Pero volar parece muy emocionante. Ojalá pudiera probar.

—Pierde el encanto tras un tiempo, créame. —Me quitó el anillo, distraído, como si sus dedos tunantes estuvieran controlados por una parte diferente de su cerebro. Le dirigí una mirada de reprimenda y me lo volvió a poner enseguida, con una mueca de disculpa. Se puso serio de nuevo—. No es una mala vida, pero te pierdes cosas hermosas que otros ni siquiera aprecian.

Froté mi anillo con el pulgar, alegrándome de encontrarme con su dedo índice por el camino.

—Así es la vida —dije—, nunca se puede tener todo.

—A veces me da la sensación de que no tengo nada que merezca la pena —murmuró con nostalgia y el silencio cayó sobre nosotros como un manto de hierro.



TRAS UN PAR DE HORAS de abrumadora quietud, Clarence se ofreció a salir volando de la casa y comprobar que no había exmaridos locos en la contornada.

Una vez que me dio el visto bueno, regresé a la librería y compré los libros de Elizabeth. La dependienta me informó de que algunos títulos solo estaban disponibles bajo pedido y tardarían unos días en llegar. Le dije que no hacía falta y decidí descargar la copia electrónica en mi portátil para enseñárselos a Elizabeth. A lo mejor, si los veía con sus propios ojos, dejaría de pensar que los e-books eran brujerías. Sacudí la cabeza ante la contradicción de la matriarca vampiro, una criatura capaz de transformarse en cuervo y vivir eternamente, que tenía miedo de una pantalla llena de letras.

Una vez solucionado el asunto de los libros, me detuve en el supermercado para comprar comida para las niñas. Cada vez me resultaba más difícil encontrar alimentos sanos y variados que no requirieran ni cocinar ni refrigerar; casi tan difícil como conseguir que se ducharan con agua fría por las noches. La vida de Julia en El Claustro debió de ser dura, pero al menos había lidiado con los inconvenientes ella sola, sin la carga adicional de un par de niñas melindrosas acostumbradas a comer crepes recién hechos para desayunar y darse largos baños de agua caliente antes de irse a la cama.

La oscura ave rapaz me siguió en silencio a todas partes, como una sombra silenciosa y omnipresente. Esperaba fuera de las tiendas posado en un semáforo o en un árbol, con sus ojos brillantes y atentos a cada uno de mis movimientos y todo lo que nos rodeaba. Cuando terminé mis recados, había gruesas gotas de sudor resbalándome por la frente, no solo por el calor, sino también por el terror de volver a cruzarme con Mark.

Fue un alivio volver a la seguridad de El Claustro y en cuanto la compuerta bajo el mausoleo se cerró con un ruido seco, Clarence se materializó a mi lado en una bocanada de humo. Me envolvió en un tímido abrazo en el rellano de la escalera, pillándome por sorpresa. Yo me quedé congelada en el sitio, sujetando mis pesadas bolsas de la compra mientras sus manos dudaban a un centímetro de mi espalda, sin atreverse a tocarme. Su aroma a sangre y a pino me abrumó y su frente se inclinó ligeramente hacia la mía.

—Qué día tan espantoso —murmuró, sacudiendo la cabeza y mirándome a los ojos.

—Clarence.

La severa voz femenina llegó desde el pasillo, subrayada por un reprochador chasquido de lengua. Francesca debía de haber estado observándonos desde el piso de abajo, oculta en la oscuridad de los pasillos subterráneos. Clarence me soltó y se tambaleó hacia atrás, como un niño al que hubieran pillado robando caramelos. Enderezó la espalda con elegancia y brincó escalones abajo.

—Te estaba buscando —lo regañó Francesca—. ¿Tuviste éxito en tu cacería?

—Todo bien, gracias —respondió Clarence con sobriedad.

Encontré una vela en una repisa y la prendí, trotando escaleras abajo tras los vampiros. Me pregunté cómo serían esas *cacerías* de las que hablaban. Parecía como si Francesca se lo hubiera preguntado delante de mí adrede.

—Tus hijas están en la biblioteca, aprendiendo a leer con Jean-Pierre —dijo Francesca, volviéndose hacia mí—. Por favor, seguidme. Tenemos que hablar.

Caminé junto a Clarence, fascinada por la energía casi palpable que parecía unir a aquellas dos criaturas como una cuerda invisible. El pasillo conducía de la salida a la sala de conferencias y desde allí se bifurcaba en numerosas galerías, que llevaban a las distintas salas de El Claustro.

Llegados a la biblioteca, encontramos a mis hijas acurrucadas en un sofá, con Jean-Pierre agazapado sobre la alfombra a sus pies y sosteniendo un arcaico ejemplar de *La Metamorfosis* de Ovidio.

—¿Me podéis señalar la letra «o»? —estaba diciendo en ese mismo momento.

Ambas niñas asintieron con una amplia sonrisa, señalando las letras doradas grabadas en las cubiertas de cuero.

—*O-v-i-d-i-o*, ¡Ovidio! —exclamó Katie con orgullo, tomando una rodaja de manzana de un cuenco y restregándola por la costosa tapicería. Me estremecí solo de pensar en lo que debían de valer aquellos sillones.

—¿Un poco de lectura ligera antes del almuerzo? —pregunté riendo mientras abrazaba a las niñas.

—Estaba debatiendo con estas inteligentes señoritas cómo los dioses crearon el mundo, *ma belle*. —Jean-Pierre se puso de pie y me plantó un ruidoso beso en cada mejilla—. A sus hijas les ha encantado descubrir que la palabra *Dios* tenía formas plurales y femeninas en la época romana. Y he reservado este para usted, querida. —Me entregó otro volumen de Ovidio, con un número siete en el lomo—. Transcrito por su servidor hace mucho, mucho tiempo.

Lo abrí, preguntándome qué tendría de especial aquel libro. En su interior me esperaba un papel doblado, marcando un poema sobre Jasón y Medea:

«*Oh Noche, fidelísima a mis ritos, y oh astros dorados, que, junto con la Luna, creáis los espíritus del día; y tú, Hécate, la de las tres caras, tú que vienes, consciente de mis designios, y vosotros, encantos y artes de las hechiceras; y también tú, Madre Tierra, que provees a los brujos de potentes hierbas; vosotros, brisa y vientos, ríos y lagos, y todas vosotras, Deidades de los bosques, y todos vosotros, Dioses de la noche, asistidme hoy aquí...*»

—Vaya —dije, mirando el ajado libro con nuevos ojos—. ¡Parece un hechizo! Nunca hubiera pensado que los textos clásicos fueran tan...

—¿Heréticos? —resopló Jean-Pierre apoyando la espalda a los pies del sofá, mientras mis hijas mordisqueaban los últimos trozos de manzana—. Oh, *ma belle*, es usted una escéptica nata, ¿verdad? Mucho cálculo, pero qué poco uso de esto. —Se dio unos golpecitos sobre el corazón—. ¿Por qué cree que las obras de Ovidio fueron quemadas por la Iglesia? —Se levantó, sacudiendo la cabeza y posó sus manos en mis hombros, mientras me miraba fijamente a los ojos—. Ovidio fue un poderoso brujo. En aquella época aún había hombres capaces de usar la magia. Pero muchas cosas se perdieron entretanto; y muchas quedaron relegadas al olvido. No solo perdimos libros... Ojalá hubiera sido solo eso. Me pregunto cómo vamos a hacer de usted una bruja de verdad.

—Sabes perfectamente que Elizabeth no quiere hacer de ella una *bruja de verdad* —bufó Francesca, caminando hacia el enorme escritorio de Jean-Pierre y sirviéndose un vaso de whisky lo suficientemente grande como para noquear a tres fornidos montañeses—. Nuestra reina solo quiere una asistente resistente a la luz del día, con olor a bruja. Cuanto más inepta, mejor.

Observé a los vampiros de uno en uno, sin entender bien lo que estaba pasando. Mientras tanto, Clarence permaneció cerca de la puerta, cambiando su peso de un pie a otro y mirando al suelo con fingido interés. Estaba claro que no quería participar en la conversación.

—No te preocupes, Clarence, Elizabeth ha salido —dijo Francesca con apatía, sorbiendo su whisky—. Dos de nuestras empresas en Sudamérica han sido suspendidas por el gobierno, por abandono administrativo. Ha tenido que volar urgentemente hasta allí, aunque dudo que pueda hacer mucho, aparte de despedirse de ellas. —A continuación, clavó en mí sus ojos imposiblemente azules—. En cuanto a ti —dijo—, ¿te han seguido últimamente?

«Oh, déjame pensar. ¿Te refieres a esos matones que intentaron darme una paliza hace una semana, o al exmarido loco al que le encantaría verme muerta? ¿O tal vez al cuervo sobreprotector que hoy se pasó dos horas revoloteando sobre mi cabeza?»

—No estoy segura —respondí, sintiéndome incómoda ante aquella versión gélida de Francesca—. Ahora que lo dices, sí, me han pasado cosas un poco raras.

—Clarence nos habló de esos dos hombres que te atacaron cerca de tu casa. Sospechamos que podría haber alguien más interesado en tus servicios.

—¿Mis servicios? —pregunté confundida—. ¿Por qué iban a quererme justo *a mí*? —En las últimas semanas me habían rechazado en más de seis entrevistas de trabajo. La idea de que hubiera gente siguiéndome para ofrecerme otro trabajo era más que descabellada.

—Eres una bruja extraviada —explicó Francesca, como si fuera una niña pequeña—. Hay mucha gente que podría utilizar tu ignorancia mágica en su propio beneficio. ¿No lo entiendes?

Me encogí de hombros y volví a centrarme en el libro abierto, donde alguien había subrayado un pasaje sorprendentemente pagano:

«Y así, disipo los vientos y los elevo; y rompo fauces de serpiente con mis palabras y hechizos».

Oh, sabía de un par de *serpientes* que se habrían merecido tal tratamiento.

—¿Cuál es el propósito de esta reunión, si se puede saber? —pregunté con impaciencia—. ¿Se trata de un motín contra Elizabeth? Porque, si es así, no estoy interesada. Me dan igual sus intrigas políticas, yo solo quiero sobrevivir. Necesito dinero para mantener a mis hijas y un lugar donde mantenerme a salvo del maníaco con el que me casé a los veintinueve. Ya tengo bastante con mis propios problemas...

—*¡Non, non, ma belle!* —Jean-Pierre me tomó de las manos y me sentó en uno de los elegantes sillones, mientras mis hijas hojeaban un ejemplar de los poemas eróticos de Ovidio y yo agradecía al Universo su escasa alfabetización —. Francesca y yo hemos pensado que hoy sería un buen momento para hablar con tranquilidad. Con usted y con Clarence, por supuesto, porque nuestra reina lo ha designado como su guardián.

—¿Mi guardián?

—Se supone que debe mantenerte viva y mostrarte dónde está el baño — aclaró Francesca con una mirada de soslayo, y Clarence respondió con un furibundo resoplido.

—Puede que Elizabeth te dijera que viviendo en El Claustro aprenderías a usar tu magia, pero créeme, ella no quiere que lo hagas, y hará todo lo que esté en su mano para que sigas siendo una pobre extraviada de sangre apestosa, por el resto de tu vida, tal y como hizo con Julia —dijo Francesca.

—¿Y por qué?

—Porque los ignorantes son más fáciles de controlar, ¿no te parece?

—¿Entonces me vas a enseñar tú? —dije, parpadeando.

—Claro que no —espetó Francesca—. Yo no sé nada de magia. Pero Jean-Pierre está familiarizado con los clásicos y ha encontrado algunos libros que podrían ayudarte.

—En otra vida fue monje —aclaró Clarence. Cada vez que lo miraba estaba más cerca de la puerta, como si estuviera deseando escabullirse—. Sabe el diablo que, durante siglos, los textos heréticos solo estuvieron al alcance de los religiosos.

—Una profesión reveladora, sin duda —coincidió Jean-Pierre.

—La apostasía es un pecado mortal, hermano Mercier, ¿lo sabías? — comentó Clarence con los ojos entrecerrados.

—No soy un apóstata —protestó Jean-Pierre—. Solo un siervo del Señor con los horizontes ampliados.

—Bien, señores, ¿podrían discutir sus creencias religiosas por centésima vez dentro de un rato? —dijo Francesca, agitando la mano con impaciencia—. Como decía, Jean-Pierre encontró una copia de un hechizo mientras vivía en Francia. Sospechamos que se trata de un hechizo muy poderoso, transcrito directamente del desaparecido Grimorio de Alcázar. Solo debería funcionar en manos de brujas de linaje puro. Nosotros no sabemos usarlo, pero tal vez tú podrías.

—Fascinante —dije con sinceridad, desplegando el papel que había dentro del libro de Ovidio.

—No, no lo lea aquí dentro —me advirtió Jean-Pierre, con un matiz de horror en su voz—. Hágalo al aire libre, por favor. No sabemos qué puede pasar si pronuncia esas palabras, aunque solo sea en sus pensamientos.

Asentí con la cabeza, no muy convencida y volví a doblar el papel.

—A ver —resumí—, si lo he entendido bien, quieren compartir estos textos mágicos conmigo, pero Elizabeth preferiría mantenerlos ocultos. Me parece muy amable por su parte, pero en la vida nadie da nada gratis. ¿Qué sacan ustedes de esto?

—Conseguimos mantenerla aquí. Necesitamos una asistente humana para que El Claustro siga funcionando. De lo contrario, el desastre de las empresas sudamericanas podría empezar a extenderse al resto de nuestros negocios.

—Hay cientos de humanos que estarían dispuestos a trabajar aquí —dije encogiéndome de hombros—. Al menos de manera temporal.

—No todos en El Claustro pueden contenerse en presencia de mortales... No todos tenemos la férrea voluntad de nuestra dulce Francesca —dijo Jean-Pierre y sus ojos acuosos chispearon con un amenazador brillo dorado—. Especialmente por las noches.

—No, en eso estamos todos de acuerdo: necesitamos una bruja que viva aquí —murmuró Clarence con pesar—. Convivir con un sangrecaliente normal sería una pesadilla. Ningún vampiro podría tener tal autocontrol, especialmente en tiempos de escasez.

De nuevo, todo se reducía a mi apestosa sangre y a lo poco atractiva que era para los chupasangres.

—Bueno, no se preocupen, no pensaba irme a ninguna parte.

—Eso dices ahora —dijo Francesca con cansancio, ojeando su vaso vacío con añoranza—, pero por mucho que vivamos aquí confinados, somos conscientes de que los tiempos han cambiado y la información viaja mucho más rápido hoy día. Puede que te ofrezcan una oportunidad mejor en otra parte y decidas abandonarnos. Alguien te persigue, aunque no sabemos quién los envía. Y no tenemos tiempo de encontrar otra bruja. Cada vez hay menos extraviadas y podría llevarnos décadas. Podría ser nuestra ruina.

—Bueno, ¿podrías ir a Salem? Allí está a tope de brujas. O eso dicen —añadí con ironía.

—Esas brujas no están interesadas en servir a vampiros. —Francesca negó con la cabeza.

—Ya veo —dije, aunque no me convencían del todo sus argumentos—. ¿De modo que me ofrecen consejos sobre magia para que no me plantee la idea de abandonar El Claustro? ¿Es eso?

—Nos gustaría ganarnos sus favores, *ma belle*, por así decirlo —asintió Jean-Pierre.

—Con ciertos límites, por supuesto —añadió Francesca, mirando hacia Clarence.

Entretanto Clarence se había puesto a leer la etiqueta de la botella de whisky, con extrema curiosidad. Cuando Francesca dijo aquello, dejó la botella sobre la mesa y miró a la vampiresa fríamente.

—Francesca. Sé perfectamente cuáles son *los límites*. Pero permíteme recordarte que nuestras asistentes brujas son una excepción a las Cinco Reglas y que no he hecho nada que Elizabeth no me haya pedido. Y, además —hizo una pausa, midiendo sus palabras—, el marido de Alba intentó agredirla esta mañana. ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme sentado a mirar? ¿Qué habrías hecho *tú*, mi querida Francesca?

Francesca apretó los puños y sus ojos se encendieron, chispeando con un brillo sobrenatural que delataba su condición inhumana. Estaba claro que no esperaba esa respuesta y que la revelación de Clarence le había tocado una fibra sensible.

—Gracias. Lo suponía —dijo Clarence con frialdad.

—¿Te hizo daño? —me preguntó Francesca con voz tensa.

—No, estoy bien. —Suspiré, sin ganas de dar detalles.

—Una razón más para aprender a defenderse —dijo Francesca con el ceño fruncido—. Con hechizos, o como sea. Por muchos siglos que pasen, las mujeres siempre tenemos que sonreír y aguantar, ¿no es así?

Me encogí de hombros. Por supuesto que necesitaba una manera de defenderme. Para empezar, necesitaba un abogado, porque los libros esotéricos de Jean-Pierre no iban a resolver mis problemas más urgentes. Hasta el momento, Viorel el Mago no había tenido mucho que enseñarme, aparte de un par de baladas de amor medievales y los lugares favoritos de los príncipes moldavos para ir a cabalgar.

—Claro. Me encantaría —dije—. Aunque creo que me sería más útil aprender karate que magia, al menos en lo respectivo a Mark. De todos modos, sigo sin entender por qué Elizabeth se opone a que aprenda brujería. ¡Si fue idea suya! Lo mencionó el primer día, como una de las ventajas de trabajar aquí.

—Nuestra querida Elizabeth es una buena mujer —dijo Jean-Pierre, con voz tranquilizadora—, pero hay que entender que vivió en esclavitud durante décadas, torturada por sus amos. Por mucho que no lo quiera, su pasado influyó sobre su manera de ver las relaciones con los empleados. Además,

nuestra reina desconoce los rápidos cambios que se están produciendo en el mundo exterior.

Me costaba imaginar a la poderosa Elizabeth, reina de los vampiros, como una esclava. Parecía tan fuerte y segura de sí misma... Una gobernante nata. Sin embargo, había notado ya antes que vivía totalmente desconectada de la realidad.

—En realidad, si lo que quieren es que me quede aquí, lo que más necesitaría sería un hornillo para cocinar y agua caliente con la que bañar a mis hijas. Los hechizos y la magia suenan fascinantes, pero es difícil concentrarse cuando tienes el pelo grasiento y llevas días comiendo sobras de pizza.

Los tres vampiros me miraron con las cejas arqueadas, como si aquello fuera lo último que hubieran esperado escuchar.

—¿Tan terrible es? —preguntó Clarence con una media sonrisa de desconcierto.

—Tener electricidad estaría bien para empezar —dije, asintiendo—. Así podría enchufar una estufa eléctrica y un calentador de agua. Esta catacumba carece de los servicios básicos que la gente da por sentado en el mundo civilizado.

—Por supuesto, querida. Hablaremos con Elizabeth —me aseguró Jean-Pierre. Entregó a las niñas un trozo de pergamino que podría haber salido directamente de la tumba de Tutankamón y les pidió que dibujaran flores en él—. La haremos entrar en razón. No, en realidad, será Clarence el que lo haga —rectificó Jean-Pierre, señalando al vampiro de ojos granates—. Él siempre fue la niña de sus ojos, ¿verdad, *Clancy*?

Clarence gruñó y su semblante pacífico se tornó en una mirada de furia.

—No vuelvas a llamarme así —masculló.

La sonrisa de Jean-Pierre se esfumó y alzó las manos en el aire, rindiéndose.

—No te lo tomes a mal, solo era una broma. Paz, hermano.

Clarence resopló y se desquitó con un candelabro, para luego atraparlo al vuelo con sus impresionantes reflejos.

—Hablaré con Elizabeth, por supuesto —dijo, un poco más calmado—. Creo que sé cómo convencerla, pero no será fácil.

—Te lo agradeceríamos, Clarence —susurró Jean-Pierre con cautela—. Sabes que ella respeta mucho tu opinión.

Había un cierto tinte de celos en la voz de Jean-Pierre, pero sacudí la cabeza y lo ignoré. Estaba demasiado cansada después de aquel día tan

agotador. Me rugió el estómago y busqué con la mirada a mis hijas, que se habían puesto a jugar al escondite entre los estantes del fondo.

—Este lugar parece estar plagado de viejas rencillas —comenté—. Pero yo solo estoy aquí para trabajar y encontrar refugio. No me interesan las disputas que pudieran tener hace siglos, así que manténgame fuera de todo este drama, por favor.

—Una decisión inteligente —aplaudió Francesca—. Para un mortal, entrometerse en la política interna de un clan de vampiros podría ser muy tedioso. Además, sería malgastar los pocos días que te han sido dados en la tierra. Mejor dedícalos a aprender a ser bruja.

Gruñí, preguntándome qué motivos ocultos podría tener Francesca. Mantenerme a su servicio parecía una razón de peso, pero no lo suficiente. Me daba la sensación de que también quería mantenerme alejada de Clarence, aunque aún no adivinaba por qué.

—Alba y sus hijas deben de tener hambre —dijo Clarence, lanzándome una mirada interrogante.

Asentí, muerta de inanición y fui a sacar a mis hijas de su escondite.

—Por supuesto, querida Alba, no teníamos intención de retenerla durante tanto tiempo, y menos a la hora del almuerzo —se disculpó Jean-Pierre con un guiño—. Esta cabeza mía de viejo... Se me olvida que los mortales necesitan alimentarse más a menudo que nosotros.

Su cabeza me parecía totalmente funcional, pero no dije nada. Conseguí sacar a ambas niñas del armario y caminé arrastrando los pies hasta los tres vampiros.

—No se olvide del libro, *ma belle*, y cuide bien de nuestro pequeño tesoro. —Jean-Pierre comprobó que el papel doblado seguía dentro de *La Metamorfosis* de Ovidio y me lo entregó todo con reverencia—. Podemos hablar de él otro día, si lo desea.

Asentí con la cabeza. A esas horas lo único que quería era descansar. *A solas*.

—Sí, gracias. Ha sido un día agotador.

Francesca se levantó alisándose el vestido.

—En cuanto a ti, *caro mio* —le dijo a Clarence—, ¿le has enseñado ya tus cuadros?



Capítulo 18

Alba

La conmoción de mi encuentro con Mark no desapareció con el paso de los días, sino más bien lo contrario. El miedo se agudizó y acabe por dejar de salir a jugar al parque con las niñas, quedándome dentro hasta el anochecer. Estuve tentada de leer el hechizo de Jean-Pierre al menos una docena de veces, pero me contuve, recordando su advertencia de no intentar nada dentro de El Claustro.

Llegó un momento en que no pude soportar más las ganas de leer aquellas misteriosas palabras mágicas. Me armé de valor y me dije que las posibilidades de encontrarme con Mark en el rincón más oscuro del parque de Saint Anne eran casi nulas. Al anochecer salí corriendo de El Claustro, dejando a las niñas en la sala de música, mientras Francesca tocaba Chopin al piano.

Me senté en un banco cerca de las puertas del cementerio y desdoblé con cuidado el papel que me había dado Jean-Pierre. Estaba escrito con la caligrafía gótica típica de los monjes medievales, con pulcras letras cuadradas trazadas a plumín. Precediendo el texto principal había un título más grande, azul y rojo, decorado con demonios y querubines:

Fulminatio

Hechizo de las Cuatro Reinas

Para ser usado bajo la luna menguante

Después venían dos filas de calaveras de aspecto siniestro, dibujadas con tinta negra: la primera fila tenía dos y la segunda diez. Debajo había un poema en latín, que debía de ser el texto principal del hechizo. Eché un vistazo a las palabras, tratando de no leerlas todas por si algo explotaba, o mataba a algún transeúnte por error.

Al final del poema había una nota a pie en letra diminuta, que explicaba que el poder del hechizo sería directamente proporcional al número de reinas

participantes. En caso de haber solo una, la Reina de Fuego sería la candidata más adecuada para el hechizo y la Reina de Agua la menos apropiada.

No tenía ni la menor idea de quiénes podrían ser esas *reinas* y si yo contaba como una. Si así era, seguramente me tocaría ser la Reina de Agua, teniendo en cuenta mi escasa aptitud para la magia. Tampoco quedaba muy claro para qué servía el hechizo; desde luego, el término *Fulminatio* no dejaba mucho a la imaginación, pero podría haber sido una metáfora, o un título estrafalario inventado por un metafísico medieval con sentido del humor.

Vislumbré en el cielo una delgada rodaja de luna en forma de *D*: luna creciente, lo contrario de lo que se recomendaba en las instrucciones. ¿Y si lo intentaba de todos modos? *Mejor no*, dijo esa vocecilla que habitaba en mi cabeza. Volví a doblar la hoja de papel y me puse de pie, deliberando sobre la luna, las cuatro reinas y el propósito del hechizo, mientras la voz interior seguía reprendiéndome por mi ingenuidad. *Alba, por favor, tú no crees en esos cuentos de viejas, ¿verdad?*

No, no creía que los hechizos fueran reales, pero aquel texto había salido directamente de las manos de una criatura que solo debería haber existido en mi imaginación.

Deambulé por el parque desierto a esas horas, mientras daba vueltas a mis pensamientos. Saint Anne era uno de los parques más grandes de Emberbury y cerraba al caer la noche, de modo que era el lugar perfecto para pasear a solas. El antiguo cementerio, donde se escondía la entrada al Claustro, llevaba dos siglos abandonado. Ocupaba el rincón menos transitado de Saint Anne, uno en el que los jardineros no se esforzaban demasiado por mantener la vegetación a raya. Carecía de la cuidada exquisitez de la zona principal; en torno al cementerio, los arbustos crecidos y las copas irregulares de los árboles daban a los jardines el encanto de un animal salvaje o de una nube desmigada por el viento.

—¿Sabe usted la diferencia entre un jardín a la francesa y un jardín a la inglesa? —dijo Clarence, emergiendo de entre las sombras.

—¿Es un acertijo? Porque odio los acertijos.

Se rio, dejando ver sus colmillos.

—No, no es ningún acertijo —respondió, acercándose a mí tan silenciosamente que tuve que comprobar que no levitaba sobre la hojarasca—. Los jardines franceses son regulares y estructurados, como el de Versalles, por ejemplo. ¿Ha estado alguna vez allí?

Asentí lentamente, recordando el césped cortado en círculos y espirales perfectos y los árboles de geometría tan exacta, que uno tenía que tocarlos

para asegurarse de que no eran de plástico.

—Yo también —continuó— pero debo confesar que los jardines franceses me disgustan.

—Claro, siendo inglés... ¿no es eso lo que hacen siempre? ¿Meterse con los vecinos?

Ni yo misma sabía por qué estaba siendo tan cortante con él, pero lo atribuí a mi frustración por la fase de la luna y las enigmáticas cuatro reinas. Él, sin embargo, no se dejó agraviar por mi comentario.

—Oh, bueno, solo quería hablar de jardinería, pero esta discusión va a llevarnos más tiempo del que esperaba. —Me ofreció un codo con su acostumbrada caballerosidad y yo sentí de nuevo las chispas que su cercanía solía provocarme en la boca del estómago. Sacudí la cabeza y las apagué rápidamente con un extintor imaginario.

—En primer lugar —dijo—, no me interesan las etiquetas políticas. De hecho, no me considero ciudadano de ningún país. Mi pasaporte actual es estadounidense —aunque, si le soy sincero, es falso—, pero ¿quién sabe dónde estaré dentro de doscientos años y qué banderas y fronteras se inventarán los mortales mientras tanto? Con esto quiero que entienda que mi aversión por el paisajismo francés no tiene nada que ver con mi lugar de nacimiento.

—Entendido —asentí solemnemente, mientras caminábamos uno junto al otro por los senderos que rodeaban el cementerio. Una pequeña sombra oscura pasó rozando mis piernas y unos ojos violáceos me miraron fijamente. Habría jurado que se trataba del mismo gato que había frecuentado mi casa durante los últimos meses.

—¡Miss Jilly! —exclamé, estupefacta, y Clarence me miró sin entender.

—¿Perdón? —dijo.

—Ese gato negro —expliqué, señalando al animal, que se había sentado a lamerse junto al tronco de un árbol—. Tiene los ojos violetas. Llevo semanas viéndolo y me pregunto qué estará haciendo aquí. Quizá me haya seguido.

—No veo ningún gato, ni percibo ninguna bestia cerca. Suelen huir cuando me huelen. —La nariz de Clarence brincó graciosamente arriba y abajo mientras olfateaba el aire. Caminó hacia el animal y casi chocaron el uno con el otro.

—Va a pisarle la cola al... —empecé a decir, pero el gato se levantó, le dio un cariñoso empujón con el morro a Clarence y luego atravesó el tronco del árbol, volviéndose transparente. Parpadeé una vez, luego dos. Después, Miss Jilly desapareció.

—Da igual. —Sacudí la cabeza—. A lo mejor eran imaginaciones mías.

No, no me lo había imaginado, pero me negaba a aceptar lo que acababa de ver.

Demasiadas cosas raras para un solo día.

—Estaba diciendo... algo sobre jardinería —lo animé a continuar, mientras inspeccionaba el tronco del árbol donde Miss Jilly se había desvanecido, en parte para asegurarme de que era un árbol de verdad y en parte para estabilizar mis tambaleantes rodillas. El árbol parecía sólido y robusto, como cualquier árbol normal, sin embargo, no había ni una huella de pezuñas a su alrededor.

—Oh, sí, como le decía —continuó Clarence, complacido de poder seguir con su discurso—, lo que me fascina de los jardines ingleses, mi querida Isolda, es lo mismo que admiro de usted: son agrestes, inciertos e irregulares, y su belleza deriva de un aire de desaliño y desorden completamente irresistible.

—Me gustaría darle las gracias, pero no estoy segura de que eso haya sido un cumplido —murmuré con el ceño fruncido, todavía confusa tras la desaparición del gato.

Se rio tan fuerte, que me preocupó que alguien alertara a la policía de que había dos intrusos paseándose por Saint Anne, después de la hora de cierre.

—¡Por supuesto que lo era! —exclamó, deteniéndose para estudiarme con fingida inocencia, lo cual le dio un aire fastidiosamente galante.

—¿Por qué no para de coquetear conmigo, Clarence? —pregunté tras una pausa, recordando los comentarios de Francesca en la biblioteca— ¿Le ha ordenado Elizabeth que me encandile para que no me escape de El Claustro? ¿Es parte de sus obligaciones como... *mi guardián*?

—Definitivamente no —respondió él con total seriedad y luego añadió muy formal—: Le ruego que me disculpe si la he ofendido.

—No, no es eso. —No sabía explicarlo. Era difícil que Clarence me ofendiera, cuando siempre elegía sus palabras con sumo cuidado. Sin embargo, algo... algo no encajaba y no sabía exactamente qué—. Pero tengo preguntas, Clarence... y muchas. Sobre las famosas *Cinco Reglas*. Sobre Elizabeth. Sobre Francesca y aquellos cuadros que mencionó. ¿Podríamos aclarar todo eso? ¿O tengo que vivir a oscuras para siempre?

—A oscuras para siempre, dice... —cambió de tema grácilmente y se volvió hacia el camino empedrado—. Eso me recuerda por qué vine aquí en primer lugar. Quería compartir una idea con usted. Mi misión era... sí, esclarecer las cosas... o, mejor dicho, iluminarla... pero en el sentido *literal* de la palabra.

—Ilumíneme, entonces —murmuré con los ojos en blanco, siguiendo a duras penas sus rápidos pasos.

—Fíjese en esto, Andersson. —Señaló un par de arquetas y farolas junto al viejo cementerio—. ¿Cree que podría usarlas para su proyecto de electrificación, con la ayuda de su vampiro favorito?

Me quedé plantada en medio del parque, mirando confundida la trampilla metálica a mis pies.

—¿Quiere decir... si podríamos conectar El Claustro a la red eléctrica? ¿Desde aquí? —traté de recordar cómo funcionaban aquellas cosas—. Supongo que necesitaríamos un permiso... un proyecto. Tendríamos que contratar a un ingeniero, y vendrían extraños, harían preguntas, verían cosas...

—Oh, no, así no. Eso sería demasiado arriesgado. Estaba pensando en algo un poquito más... discreto. Nadie tendría que enterarse —susurró. Agitó los dedos, aludiendo a su innegable talento para robar anillos de mujeres desprevenidas—. En cuanto a ingenieros, no se lo creerá, pero... ¡ya tenemos uno! —Me señaló, triunfante—. ¡Está aquí mismo!

Me plantó las palmas abiertas sobre la cabeza y me alisó el pelo, resbalando sus manos sobre mis hombros y la parte superior de mis brazos, donde permanecieron un instante, pesadas pero agradables.

—Soy ingeniero civil, no ingeniero electrónico —refunfuñé, apartándome de él, porque su contacto mermaba mi capacidad de pensar con claridad—. Hay una diferencia enorme. Y, por favor, no me diga que está pensando en robar energía de la ciudad. Porque eso no está bien. Para nada.

—Oh, nimiedades. —Se rio—. Por algo me llaman *Robin Hood*...

—¿Que le llaman... qué? ¿Quién le llama así?

—Yo mismo me llamo así... de vez en cuando.

Dejé escapar un fuerte suspiro de exasperación, pero aun así me arrodillé a inspeccionar la trampilla.

—A ver... tendríamos que encontrar el cable principal y pinchar en un punto medio y discreto, directamente desde las catacumbas. Sería difícil. Y posiblemente mortal, porque no habría forma de desconectar la corriente mientras las obras estuvieran en marcha.

Encendí la linterna de mi teléfono y comprobé la posición de las farolas y arquetas. Estaban alineadas y eran fáciles de seguir, y tras una breve búsqueda encontré exactamente lo que buscaba: un cable subterráneo que debía de pasar a pocos metros de los techos de El Claustro. Sería relativamente fácil perforar un pequeño canal y conectar nuestra pequeña red desde ahí. En cierto modo, Clarence tenía razón: tal vez la ciudad no notara el ligero aumento en el

consumo, siempre que fuésemos austeros y no abusáramos del agua caliente. Los operarios del cableado solían revisar las arquetas, pero raramente miraban los tramos intermedios de las zanjas, a no ser que se tratara de obras de gran envergadura. Si interveníamos en un punto intermedio, las posibilidades de ser descubiertos serían bastante bajas. Y si la ciudad empezaba a hacer obras, nos daríamos cuenta con antelación y podríamos desconectarnos antes de que nos pillaran.

—Vale —dije, mientras el plan empezaba a tomar forma en mi cabeza—. Tal vez, *solo tal vez*, su idea no sea tan descabellada como pensé al principio.

Sonrió.

—¿Lo ve? Le dije que no la dejaría a oscuras. Ahora solo tengo que convencer a Elizabeth, pero creo que se puede, siempre que seamos discretos y nos olvidemos de los permisos oficiales. ¿Sabe dibujar planos eléctricos?

—Supongo que podría intentarlo. En el peor de los casos, todo El Claustro volará por los aires. Creo que el riesgo vale la pena, a cambio de una tostadora y un calentador de agua, ¿no?

—Lo que sea, mientras mantenga a nuestra apestosa ayudante satisfecha. —Me dedicó una sonrisa pícaro y sus ojos brillaron rojos en la penumbra.

—Intentaré encontrar un programa para hacer cálculos eléctricos y ejemplos de diagramas de cableado. Podríamos alquilar maquinaria para los trabajos de perforación, pero probablemente necesitaríamos un generador diésel, y suelen hacer mucho ruido.

—Tal vez sus encantadores compañeros de piso vampíricos podrían hacer uso de su fuerza sobrehumana y ahorrarle la maquinaria —dijo con suficiencia, apoyándose en una de las farolas de hierro fundido—. Cuentan que Lillian arrancó una estalagmita de un mordisco cuando se encontró a Alonso en una cueva con otra mujer. —Enarqué una ceja con incredulidad y él hizo una mueca—. Está bien, tal vez fue una *estalactita*. En cualquier caso, el vampirismo tiene como efecto secundario dientes y manos sumamente fuertes...

—¿Inventarse historias descabelladas también es un efecto secundario del vampirismo? —pregunté, mientras intentaba disipar de mi cabeza una ridícula imagen de Lillian arrancando estalagmitas a dentelladas.

—No, eso es más bien una particularidad personal.

—Lo de volar también es una gran ventaja —señalé, mientras la otra mitad de mi cerebro iba reuniendo datos para el proyecto de electrificación—. Ojalá yo también pudiera contemplar la ciudad desde arriba siempre que quisiera.

—Si no nos hiciera tan vulnerables y miserablemente fáciles de matar, estaría de acuerdo con usted. Aunque admito que es mucho más fácil localizar damas en apuros desde el aire.

—A veces es usted muy caballeroso.

—No, para beber su sangre, quise decir. Son las víctimas más fáciles.

Fruncí el ceño y me quedé quieta, dejando calar sus palabras. Di un paso atrás, creando un poco de distancia entre nosotros.

—Qué horror —dije, haciendo una mueca de disgusto mientras me alejaba de él.

—No se lo habrá creído, ¿verdad? —Soltó una carcajada—. ¿Acaso piensa que soy un monstruo? Tengo criterios mucho más estrictos para elegir mi almuerzo... —Me siguió, visiblemente entretenido por mi comportamiento huidizo—. ¡Vuelva aquí, Isolda! ¡No le voy a morder!

Para entonces, yo había llegado casi a la entrada de El Claustro.

—¡Alba! —me llamó, mientras yo luchaba por abrir el oxidado cerrojo—. Le debo una cena, ¿no se acuerda? Usted pagó la última ronda.

—No tengo hambre —mentí, abriendo las chirriantes puertas sin volverme para mirarle—. Búsqese un bocado más sabroso, Clarence.

—Vamos —dijo, materializándose a mi lado en menos de un segundo y posando una mano cautelosa sobre mi hombro—. Dijo que tenía preguntas. Acompáñame y haré lo posible por darle respuestas.



Capítulo 19

Alba

—**D**ebo confesar que me encantó eso de los gusanos que gritó el otro día —dijo Clarence, alzando los ojos del cuaderno en el que había estado dibujando con carboncillo. Sopló el polvo negro, salpicando el mantel de motitas que, a su vez, se reorganizaron en una forma de estrella sobre la mesa.

El Búho de Medianoche estaba muy lleno esa noche, por lo cual Fiadh, la camarera, aún no había tenido la oportunidad de arrojarme ningún plato. El vino era sorprendentemente bueno, aunque Clarence seguía negándose a compartirlo conmigo. Murmuró algo acerca de Tristán y la bruja y las cosas acabando siempre mal. La botella se alzaba sobre la mesa como un desafío: demasiado cara para dejarla a medias, pero demasiado grande para poder terminármela yo sola.

—Siento decepcionarle, pero eso de los gusanos no fue idea mía —dije, pinchando un trozo de mozzarella con el tenedor—. Lo leí en el diario de Julia. Un día le gritó una maldición a un extraño en la calle. Así fue como activó su magia por primera vez. Por desgracia, a mí no me funcionó.

—La patada en la entrepierna tampoco estuvo mal. —Sus ojos relucieron, traviosos—. Deberíamos pedirle a Francesca que le enseñe algunos de sus trucos. Tiene un gran talento para pulverizar a sus oponentes. Más de lo que uno esperaría en alguien de su tamaño.

Francesca. Era difícil juzgar a aquella diminuta vampiresa. Parecía frágil, pero la forma en que se comportaba y, más aún, su forma de beber barriles enteros de whisky sin inmutarse, apuntaban a lo contrario.

—Francesca... —Quería preguntar qué había entre ellos, pero me detuve a mitad, sin querer parecer demasiado entrometida.

—Francesca y yo hemos sido amigos desde hace *mucho tiempo* —terminó la frase por mí, sirviendo un poco más de vino en mi copa vacía. La llenó

menos de la mitad, como un buen sumiller. Algo en su tono me dijo que no quería hablar más del tema.

—¿Por qué le pidió que me enseñara sus cuadros? —pregunté, alzando la copa.

—Le gusta ir directamente al grano, ¿no? —Chasqueó la lengua—. En mis tiempos solíamos empezar la velada con un poco de cháchara trivial.

—No todo el mundo tiene toda una eternidad para irse por las ramas, Clarence. Y prometió responder a mis preguntas, ¿recuerda?

Suspiró.

—Por supuesto. Le enseñaré esos cuadros. Pero le advierto... —Se agachó y me miró desde debajo de sus greñas, negando con la cabeza—. Le advierto que no le van a gustar.

Me acordé de su dibujo, el que me había enseñado mientras cenábamos la primera vez, y me pregunté por qué demonios iban a disgustarme los cuadros de Clarence. Era evidente que tenía talento y todo lo que decía y hacía destilaba creatividad. Su estilo, peculiar e ingenioso, era difícil de pasar por alto.

—¿Siguiente pregunta? —dijo, sonando como un prisionero bajo interrogatorio.

Sonreí con la nariz en la copa.

—Las cinco reglas. Todo el mundo habla de ellas, pero hasta ahora nadie se ha molestado en explicármelas.

—Eso, querida, se debe a que no es un vampiro, por lo que son irrelevantes para usted —dijo Clarence, recostándose en el asiento y extendiendo sus largas piernas bajo la mesa. Sus pies empujaron mi silla, arrastrándola hacia la pared que había detrás de mí. Me sujeté al borde de la mesa y le di un puntapié como reprimenda.

—Aun así, ¿sería tan difícil decírmelas?

Exhaló con fuerza, como si yo fuera la criatura más exasperante del planeta.

—Está bien. Se trata de un conjunto de reglas ideadas para mantener nuestro clan a salvo. No estoy seguro de quién las inventó, pero supongo que debió de ser Elizabeth, o quienquiera que la precediese. Con ellas nos mantenemos invisibles a los ojos de los humanos.

Clarence se aclaró la garganta y empezó a recitar, exagerando su acento para que las palabras sonaran más solemnes:

*«No difundirás la maldición,
No pronunciarás nuestro nombre,*

*No matarás gratuitamente,
No permanecerás frente a un espejo
Y no te mezclarás con extraños».*

—Vaya —dije—, suena serio.

—Porque lo es, querida. Resumiendo, no se nos permite hacer nuevos vampiros para evitar la superpoblación, ni ir diciendo por ahí lo que somos, o relacionarnos con mortales aparte de alimentarnos y borrar sus recuerdos inmediatamente. Sospecho que lo del espejo es solo una manía de Elizabeth. Menos cuando uno sale, claro. Hay que elegir cuidadosamente los locales, para evitar ser descubierto. Aunque no suelo ir mucho a restaurantes por mi cuenta.

Miré a mi alrededor, comprobando si había algún espejo en *El Búho de Medianoche*: efectivamente, no había ninguno.

—¿Y qué pasa si alguien rompe las reglas? —pregunté, apartando de mí el plato medio vacío. Clarence esperó a que Fiadh trajera el postre y se marchase antes de responder.

—El destierro, por supuesto —dijo, sosteniendo mi mirada mientras sumergía su propia cucharilla en mi helado de vainilla y frambuesa—. Lo cual es sinónimo de muerte para un vampiro en los tiempos que corren, ya que todos los avances de la ciencia y la tecnología trabajan en nuestra contra. Ahora existen cámaras, archivos informáticos, dispositivos de reconocimiento facial... y probablemente muchas cosas más, que yo ni siquiera conozco, aun siendo el explorador de El Claustro. Cada vez es más difícil encontrar sustento sin convertirnos nosotros mismos en la presa. Nuestra vida era mucho más fácil antes.

—Parece que echa de menos los viejos tiempos —dije pensativa, removiendo las bolas de helado rojas y blancas hasta que se convirtieron en una masa rosada. Se formaron espirales rojizas en la superficie, semejantes a imágenes de galaxias lejanas. Lo encontré demasiado ácido para mi gusto, así que en su lugar tomé otro sorbo de vino, más cálido y reconfortante.

Clarence me miró desde el otro lado de la mesa, con la mano aún sosteniendo la cuchara. Había comenzado a gotear y a manchar el mantel con puntos carmesí. La dejó a un lado y sus ojos se posaron sobre la botella de vino medio vacía, quizás evaluando si estaba lo suficiente achispada para digerir su respuesta.

—Sin duda, era más fácil tomar lo que deseábamos en aquellos tiempos. Y había más gente que creía en lo paranormal. Algunos se nos ofrecían de buena gana, lo cual era muy conveniente. Incluso hoy día, algunos todavía lo hacen

cuando nos revelamos. Se sorprendería. —Me observó con los ojos entrecerrados, aunque no había malicia en su mirada, solo precaución.

Fruncí el ceño.

—A lo mejor me ha mordido ya y ni siquiera me acuerdo.

Hizo una mueca de disgusto, dejando ver las puntas de sus colmillos. Sus manos se acercaron a las mías por encima de la mesa, pero las escondí rápidamente bajo el mantel.

—Sabe que nunca haría algo así.

—¿Sí? ¿Cómo puedo saberlo con seguridad? Les diré lo mismo a todas.

—En primer lugar, rara vez comparto secretos con mi comida; el hecho de que le esté revelando todo esto, debería ser prueba suficiente. Somos aliados y debemos trabajar en equipo. Y, en segundo lugar, sabe bien que la sangre de bruja es el equivalente vampírico del aceite de hígado de bacalao. Saludable, quizás, pero poco apetecible.

—¿Cuánto tiempo atrás puede hacerles olvidar? —El helado se había derretido por completo, así que volví al vino.

Clarence sacudió la cabeza.

—No mucho. Solo los acontecimientos recientes. No puedo hacerle olvidar los traumas de la infancia, si a eso se refiere. Si pudiera hacerlo, podría ganarme bien la vida ofreciendo terapia, ¿no cree?

—Pues sí —asentí, dibujando círculos con el dedo sobre el borde de la copa y reflexionando sobre todo aquello que me gustaría poder olvidar para siempre. Había empezado a sentirme un poco mareada, embargada por una suave y agradable languidez que me facilitaba hacer preguntas directas sin sonrojarme.

—Tengo tantas cosas que preguntarle. Necesitaría años.

—Pregunte lo que desee —dijo pacientemente, volviendo a su dibujo.

—¿Cómo se mata a un vampiro?

—¡Alba! —me reprendió, escandalizado.

Me encogí en mi asiento con una sonrisa tímida.

—Lo siento. Seguro que es lo primero que todos quieren saber. ¿Dagas de plata? ¿Estacas en el corazón? ¿Luz solar? ¿Ajos? ¿Qué más?

—No, no pienso responder a eso. Es una pregunta impertinente. —Se cruzó de brazos y suspiró, ablandándose un poco—. Bueno... a ver. Las estacas y la luz del sol son horribles. La plata no me molesta, mientras no me apuñalen con ella. Y el ajo es desagradable, pero poco más. ¿Siguiente pregunta?

—De acuerdo. Francesca ha dicho que es mi guardián. ¿Eso qué quiere decir?

—Tal y como ella le explicó, mi trabajo es guiarla y aclarar todas sus dudas. *Et voilà*, aquí estoy, todo suyo y cumpliendo con mis obligaciones, como el buen vampiro que soy. Pero no se apure, siempre me encantó el turno de noche. Es cuando se conoce a las criaturas más adorables.

—*Hmm* —gruñí—. Sé que se lo he preguntado antes. Pero cuanto más tiempo pasamos juntos, menos me inclino a creer su respuesta. Por favor, sea sincero esta vez: ¿seducirme es parte de su lista de obligaciones o no?

Se rio abiertamente y se sujetó la frente con la mano, negando con la cabeza.

—Incluso si lo fuera, ¿cómo podría lograrlo sin su cooperación?

—No sé. Es muy amable conmigo. No estoy acostumbrada a que la gente sea... amable.

Quedaban apenas un par de dedos de vino y nuestras miradas se cruzaron sobre la botella en cuanto aquellas palabras salieron de mis labios. Clarence enarcó una ceja y cogió el vino, poniéndolo fuera de mi alcance.

—Es una ocurrencia desafortunada, pero espero que se vaya acostumbrando. —No estaba segura de si se refería a mi consumo excesivo de vino o a la escasa gentileza que había experimentado en mi vida—. El Sr. Andersson nunca la mereció.

—¿Está siendo amable para que acabe en su cama? —El vino habló en mi lugar y me arrepentí inmediatamente. Mi inesperada franqueza hizo que Clarence estuviera a punto de atragantarse, pero obtuve a cambio una sonrisa tan amplia que iluminó toda la sala.

—¿Querrá decir en mi ataúd? —dijo, recuperando rápidamente el control de la situación.

Arrugué la nariz, boquiabierta. No había entrado en ninguna de las habitaciones de los vampiros. A saber lo que podrían esconder en ellas.

—Por favor, no me diga que los rumores son ciertos —supliqué. Mi voz sonó un poco arrastrada, en contra de mi voluntad.

Los ojos de Clarence brillaron y me preocupó que alguno de los comensales se diera cuenta. Sus iris eran de un extraordinario tono marrón granate, con motas irregulares en un tono rojo más intenso, que a veces cobraban vida y se convertían en ámbar cereza pulido. Miré hacia otro lado, por miedo a derretirme bajo su mirada.

—Solo quería ver su reacción —su voz sonó traviesa, divertida—. No suelo dormir mucho. No nos cansamos como los mortales. Si dormimos, es

para recuperarnos de lesiones, o para sobrevivir largos periodos sin sustento. Por lo demás, no es necesario. En general usamos las camas para tumbarnos a leer, a pensar... o, bueno, para hacer *otras cosas*. Personalmente evito los ataúdes, desde que mi padre me encerró en uno y me pasé una década atrapado dentro, muriendo de hambre en la oscuridad. Fue una suerte que Elizabeth me sacara de allí antes de que me volviera loco. —Alzó los ojos y los fijó en los míos—. Sabe el diablo que intenté escapar, pero aquel ataúd era de plomo. Si lo hubiera conseguido, habría masacrado a media ciudad, empezando por los pobres enterradores. Tal vez incluso lo hice, ¿quién sabe? Seguramente, mi comportamiento en aquellos años no mejoró mucho la pobre reputación que ya tenemos los chupasangres.

Lo miré estupefacta, esperando el chiste al final de su historia.

Pero no lo hubo.

—Elizabeth me encadenó en una celda durante meses, o quizá años, quién sabe... Hasta que me apacigué un poco. Fueron tiempos espantosos, de esos que uno prefiere olvidar. —Se frotó las manos, como quitándose una suciedad imaginaria—. Bueno, y ahora ya sabe por qué no me gustan los ataúdes. Pero creo que Alonso tiene uno, si le da ilusión verlo.

—Lo que acaba de contarme es broma, ¿no? —pregunté.

Evitó mis ojos y se negó a responder.

—¿Diez años? —pestañeé, incapaz de imaginar una tortura así. Diez años encerrado en una caja bajo tierra, a oscuras y sin poder salir, sin tener siquiera la posibilidad de morir y poner fin al sufrimiento... Me dieron ganas de llorar por la criatura que una vez fue, traicionado y torturado por los suyos—. ¿Su familia le hizo eso? ¿Qué clase de monstruos le harían algo así a su propio hijo?

—Es difícil establecer quién era el monstruo en esta historia —dijo, clavando la mirada en la mesa.

—Sea lo que sea que hiciera, dudo que mereciese tal castigo.

—Pero quizás me lo merecí. —Suspiró—. En cualquier caso, no estropeemos esta maravillosa velada con historias deprimentes. Hábleme de usted. ¿Así que asistió a la universidad y ahí le enseñaron a poner cables?

Sonreí débilmente mientras los recuerdos de días mejores inundaban mi mente.

—No exactamente. Estudié para ser ingeniero civil. Nos enseñaban a construir carreteras y puentes. Mi parte favorita era el cálculo estructural: matemáticas, fórmulas... La magia de introducir números en un ordenador y

transformarlos en un puente que cruza un río. Me gradué con las mejores notas de mi promoción. Se me daba bien. Me gustaba.

—Suenas fascinante —asintió con genuina admiración, musitando «*la cuenta, por favor*» cuando la huraña camarera pasó por su lado—. Y un poco mágico, también. Me gustan los puentes.

—Sería mucho mejor si no hubiera dejado de trabajar, pero apenas terminé dos años de prácticas cuando me convertí en ama de casa. No es que me arrepienta, pero...

Pero no fue por elección propia. A Mark le encantaba la perspectiva de alejar de mí a todos los amigos y compañeros de trabajo de género masculino.

—Hizo lo mejor para sus hijas, aunque no fuera lo mejor para usted —ofreció Clarence, comprensivo—. Fue una decisión valiente.

Mirando atrás, no me parecía una elección valiente en absoluto. Más bien una decisión movida por la pasividad y el deseo de mantener la paz en casa. Pero lo que había empezado como *amor* y sobreprotección por parte de Mark, pronto se había convertido en celos obsesivos y luego en ira crónica, incluso odio. Su irritabilidad había empeorado con los años, hasta el punto de gritarnos a mí y a las niñas por las cosas más insignificantes. Durante los últimos meses había llegado a amenazarnos y golpearnos en un par de ocasiones al perder los nervios. Pero yo me había ido volviendo hueca por dentro, sobre todo después de perder a mis padres. Me había entumecido y el miedo me había impedido seguir adelante.

—Si usted lo dice... —respondí levantándome de la silla. Noté el suelo tambaleándose, pero di un par de pisotones hasta que dejó de parecer un balancín. La sonrisa de Clarence creció gradualmente mientras me observaba, pero era demasiado educado para hacer comentarios sobre mi embriaguez.

Al salir del restaurante, nos recibió una ola de aire con perfume de jazmín, mezclado con el aroma a césped recién regado. Me prometí a mí misma disfrutar del resto de la noche y olvidarme del pasado y sus habitantes, hasta el amanecer. Seguía mareada por el vino y tropecé con un obstáculo invisible. Clarence me atrapó, ágil como siempre, justo antes de que cayera de bruces. Me dio la risa tonta mientras me agarraba de su ropa, luchando con torpeza por erguirme de nuevo.

—Se lo agradezco —dije, usando su brazo como barandilla y apoyándome en su cuerpo, robusto y conveniente como una pared de ladrillos.

—A su servicio —respondió con empatía, empujándome suavemente en dirección a Saint Anne—. Puedes hablarme de tú, si lo prefieres.

Nos colamos en el parque cerrado, persiguiéndonos y riéndonos como dos adolescentes, y me burlé de sus ojos, que brillaban en la oscuridad como si tuvieran luces LED en su interior. Me despojé de todas mis preocupaciones, perdiendo la inhibición por un instante.

—¡Pero... Clarence! —Me reí, anñando la voz—. ¡Qué ojos tan grandes tienes!

—Son para verte mejor, querida —se apresuró a responder, imitando a la perfección al lobo de Caperucita.

Cuando alcanzamos las puertas del cementerio sentí que más que caminar, flotaba. Me apoyé en el árbol, el mismo en el que Miss Jilly había desaparecido aquella misma tarde. Clarence me sostuvo la mano, esperando pacientemente a que reanudara la marcha.

—Sabes... —le confíé en un susurro, sintiéndome inusualmente atrevida. Tiré de su mano para hablarle al oído—: Nunca he besado a un vampiro. Ni a nadie aparte de Mark, para ser sincera.

Sus ojos se abrieron de par en par y permaneció en silencio durante un instante. Al fin exhaló y contestó, casi regañándome:

—Una ocurrencia afortunada. —Estaba tan cerca que podía oír su respiración, lenta y pausada. Sin saber cómo, su nariz se perdió detrás de mi oreja—. Porque los vampiros suelen perder el control si los besas con demasiada avidez y pueden terminar mordiéndote... *por error*.

—Ah, pero dicen que yo soy inmune... —murmuré, mis pensamientos borrosos por el vino... y su aroma a madera y a sangre—. Huelo a aceite de hígado de bacalao, a babosas y a caracoles...

—¿Pero no decía la canción que las chicas están hechas de azúcar y especias? —Su pecho se agitó en una risa ahogada—. De todos modos, yo en tu lugar no me arriesgaría —susurró, poniéndome un mechón de pelo detrás de la oreja e inclinándose hacia atrás para abarcar mi rostro completo—. Bruja o no, eres una sangrecaliente encantadora, inteligente y divertida. La cosa podría acabar mal.

Entrelacé los dedos detrás de su nuca y cerré los ojos, mientras me balanceaba suavemente de un lado a otro. La corteza del árbol me acariciaba la espalda a través del ligero vestido y me imaginé que en vez del árbol eran sus uñas haciéndome cosquillas. El parque a mi alrededor empezó a disolverse, tornándose una masa indistinguible de verde y gris.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo —murmuré.

La punta de su nariz recorrió la curva de mi cuello y dos puntas afiladas rozaron mi piel.

Me estremecí.

Clarence dio un paso atrás y posó sus labios con prudencia en mi frente, duros y fríos como un carámbano de hielo.

—Quizás en otra ocasión, mi querida Isolda. Esta noche no —dijo, sacudiendo la cabeza con tristeza—. No quiero que mañana le echés la culpa al vino.

Cuando el helor de su casto beso se extendió desde mi frente por el resto de mi cuerpo, fue como si despertara de mi efímero ensueño. La nube en la que había flotado comenzó a desvanecerse, dando paso a la vergonzosa e incómoda certeza de mi vida real.

Entramos en El Claustro por la puerta oculta en el mausoleo de los ángeles y traté de bajar las escaleras con gracia y compostura. Estaba borracha como una cuba y fracasé estrepitosamente. Clarence tuvo que darme la mano y acompañarme en silencio hasta la puerta de mi habitación.

Francesca había estado esperándome con un libro, sentada en un sillón mientras vigilaba a las niñas ya dormidas. Salió de mi habitación sin siquiera mirarme, pero la mirada fulminante que le lanzó a Clarence no se me escapó, a pesar de mi precario estado.

Nos dejó solos durante un minuto, aunque Clarence se apresuró a salir tras encender un par de velas, para evitar que me estrellara contra los muebles.

—Buenas noches, mi querida Isolda —dijo, presionando su pulgar helado en la palma de mi mano y dejándolo allí dos segundos más de lo necesario—. Dulces sueños.

Después cerró la puerta, dejándome sola con mis hijas y mi insufrible mortificación.



Capítulo 20

Alba

—¿Es eso... un hechizo? —susurré, inclinándome con curiosidad sobre la mesa de la biblioteca. Jean-Pierre había colocado en ella una variopinta selección de ingredientes y estaba vertiendo un líquido color menta en dos vasos de fondo grueso.

El exmonje benedictino me guiñó un ojo y puso una cuchara de plata sobre cada uno de los vasos. Me había invitado a la biblioteca justo después del desayuno, con un brillo sospechoso en sus ojos azules y la intrigante promesa de enseñarme algo interesante.

Jean-Pierre sacó un par de terrones de azúcar de un cajón y los colocó sobre las cucharas. Con la habilidad propia de décadas de práctica, vertió la bebida sobre el azúcar, dejando que se disolviera y goteara lentamente en los vasos. Luego prendió fuego al azúcar con la ayuda de un candelabro de latón, mientras murmuraba un conjuro en latín. Una suave llama iluminó la semioscuridad cobriza de la biblioteca, llenando la habitación con un brillo azulado y el dulce aroma del caramelo fundido.

—Un hechizo —repitió con una sonrisa traviesa—. Sí. La *Invocación de Artemisia*. Un portal al trance místico.

—¿Artemisia es la diosa griega de la Luna? —pregunté, pasando un dedo por la llama moribunda, con reverencia. Pensaba que me había llamado para hablar sobre aquel hechizo del grimorio de Alcázar; no me había esperado una lección práctica de brujería.

—No, esa es otra. Le hablo de *Artemisia Absinthium*. —Se rio abiertamente y se bebió el líquido verde de un ruidoso trago—. La diosa favorita de Edgar Allan Poe, ¿lo sabía?

—¿Poe? Creía que era ateo —dije. Cada vez entendía menos.

—*Absinthe, ma belle. La Fée Verte*. Todo el mundo creía en El Hada Verde por aquel entonces. Es una portadora de visiones. No son chanzas sin sentido,

por mucho que digan las malas lenguas. —Entornó los ojos, notando mi sonrisa desdeñosa—. Magia de hadas, de la más poderosa: mezclada con licor, hierbas e invocaciones. Beba y descubra qué secretos puede desvelarle.

Jean-Pierre se relamió con un gruñido de satisfacción y me entregó el otro vaso. Lo olfateé con cautela, notando el fuerte aroma a alcohol. Se me revolvió el estómago, todavía indispuesta por el vino de la noche anterior, y le ordené a mi desayuno se quedase donde estaba. Me vinieron a la mente vagos recuerdos de artistas dementes; genios enloquecidos por abusar de la absenta. Decidí que todavía no estaba lista para unirme a sus filas.

—*Hmm* —gruñí, devolviéndole el vaso—. Gracias, pero no. No me interesan los trances chamánicos.

—¡Oh, *quel dommage!* ¿Está segura, *ma belle*? Sería un auténtico desperdicio. —Asentí, y él tomó mi vaso. Se lo bebió de un sorbo, sacudiéndose después como un perro mojado—. Ah, sí. Ya puedo sentirla —dijo con satisfacción—. Sabe, Alba, empiezo a entender por qué el señor Auberon le tiene tanto cariño. Son ustedes almas gemelas, sin duda.

—Ahora diga lo mismo pero en un idioma que yo entienda, por favor. —Me senté en uno de los sillones de terciopelo y dejé mis papeles sobre la mesa, tratando de disimular mi ávido interés por cualquier información que pudiera desvelarme sobre Clarence.

—Solo quise decir que no es el mejor compañero para ir de copas, si no lo ha notado todavía. —Jean-Pierre me estudió con detenimiento, como si no estuviera seguro de cuánto podía contarme—. Y usted tampoco, aparentemente.

—Me he dado cuenta, sí. Pero no sé por qué... ¿Supongo que no le gusta mucho? Me imagino que prefiere otros fluidos más oscuros y espesos.

Jean-Pierre soltó una carcajada.

—Eso sin duda —dijo, evadiendo mi pregunta—. Pero ¿está segura de que no quiere manifestar al Hada Verde? Sería tan hermoso oírla hablar a través de tus labios...

¡Así que era eso! Estaba tratando de emborracharme para sacarme información. *De eso nada*. No iba a cometer el mismo error dos veces. Y menos aún tras la catástrofe de la noche anterior.

—Es usted un vampiro muy astuto, ¿se lo han dicho alguna vez, *hermano Mercier*?

—Siempre a su disposición, *ma belle*. Es un placer serle de ayuda.

—¿Y cómo me ayuda si intenta emborracharme para sonsacarme información?

—No pretendía sonsacarle nada. Pero debemos discutir ciertos asuntos de importancia. El hechizo *Fulminatio* puede esperar. Primero, pongamos las cartas sobre la mesa y dejemos claro a qué juego estamos jugando. Vamos a compartir techo durante mucho tiempo, *ma belle*.

—¿De qué está hablando, Mercier? —Parpadeé, tratando de disipar la migraña que me torturaba desde que había sonado el despertador.

—Acompáñeme. —Me ofreció una mano y la tomé con cierta aprensión. Estaba fría y flácida y me recordó a un pez muerto.

—¿A dónde vamos? —le pregunté, siguiéndolo fuera de la biblioteca.

—A nuestra galería de arte. —Me dedicó una sonrisa ladina—. Porque, diga lo que diga, Clarence no piensa llevarla allí en un futuro próximo. Alguien tendrá que poner fin a su juego del escondite.

Caminamos por el pasillo lleno de velas hasta llegar a un portón negro. Lo abrió, iluminando el espacio con su candelabro.

—No es que yo necesite más luz —explicó encogiéndose de hombros—, pero así apreciará mejor los detalles. Esos cuadros son bastante... *oscuros*.

Jean-Pierre me entregó otro pesado candelabro de latón y me hizo pasar a la amplia galería. El lugar era el equivalente vampírico de una cueva pirata repleta de obras de arte y tesoros: había incluso un enorme cofre de madera con todo el aspecto de albergar monedas de oro y collares de perlas. Docenas de esculturas de piedra y metal se agolpaban en el centro del espacio, apoyadas unas contra otras como herramientas en un cobertizo de jardín. Lienzos de todos los tamaños descansaban contra las paredes, la mayoría cubiertos con sábanas blancas, aunque los menos afortunados yacían al descubierto y acumulando polvo como chancas sin valor.

—Esto parece una reproducción de Picasso —dije, señalando un cuadro con audaces líneas geométricas.

—Efectivamente. —Jean-Pierre asintió con satisfacción—. Solo que no es una reproducción. Es el original. *Le pigeon aux petits pois*. Elizabeth movió cielo y tierra para hacerse con él. Aunque no lo parezca, Elizabeth es una romántica. —Me guiñó el ojo—. Y es incapaz de resistirse ante una buena inversión, aunque tenga que adquirirla por medios discutiblemente honestos.

Jean-Pierre desapareció bajo un montón de sábanas de lino que olían a fantasmas y mansiones encantadas.

—¡Aquí están! —exclamó, saliendo del laberinto de lonas y telas—. *Voilà* —añadió con sorna, tirando de una sábana para revelar los cuadros que estaban bajo ella—. Eche un vistazo y verá qué hermosura.



VISIONES DE PESADILLA me devolvieron la mirada desde los lienzos, en su mayoría más altos que yo. Los retratos representaban cuerpos en descomposición y restos humanos desmembrados, rodeados de criaturas inhumanas en posturas obscenas, con los ojos blancos o inyectados en sangre. Aquellas imágenes destilaban tal horror y odio que no pude evitar un grito ahogado. Los trazos eran ásperos y contundentes, trazados con ira en tonos negros y rojizos. Si hubiera creído en el infierno, me lo habría imaginado exactamente así, o quizá un poco *menos* cruento. Los dibujos eran profesionales y bien terminados, con el inequívoco toque de Clarence burbujeando bajo la superficie; sin embargo, a diferencia de los que había visto hasta entonces, estos rezumaban maldad y lascivia y parecían estar perturbadoramente *vivos*.

—Es sorprendente lo que esconde el alma del hombre de aspecto más inocente, ¿verdad? —dijo Jean-Pierre con suficiencia, trazando con desprecio los labios de una cara putrefacta. Su voz sonaba distorsionada y sospeché que la absenta había empezado a hacer su efecto—. O, mejor dicho, su pasado.

Los gigantescos lienzos me escrutaban y me esforcé sin éxito por encontrar una relación entre aquellas horrendas visiones y el hombre con el que había cenado un día antes.

—La verdad es que son... —titubeé, sintiendo la boca seca—, son espantosos.

Los hombros de Jean-Pierre vibraron con una risa silenciosa y la sombra del candelabro tembló en la pared mientras el vampiro daba vueltas a mi alrededor.

—Más aún porque se inspiró en la realidad. No se imaginó estas escenas. Las vio. Las *vivió*. Por eso se sienten tan reales.

Me estremecí, mareada por el olor a polvo y pintura.

—Muchas personas expresan sus frustraciones a través del arte. ¿No es eso lo que hacen los artistas? Dudo que haya nada malo en ello.

Quería creer lo que estaba diciendo, pero no estaba del todo segura. Había visto todo tipo de arte y leído numerosas novelas de terror, pero había algo en esos cuadros que los hacía mucho más perturbadores. Esas pinturas eran la representación más cercana del mal y la depravación que había visto en mi vida.

Jean-Pierre inhaló profundamente y me lanzó una mirada larga y anhelante.

—Por supuesto —dijo con ironía—. Son totalmente normales y equilibradas. El pan nuestro de cada día.

—Me habló del ataúd de plomo —musité.

—Es una forma segura de volver loco a un vampiro —asintió Jean-Pierre asintió—. Aunque algunos de estos fueron pintados por un hombre mortal. Uno que no quería vivir y que no se parecía en nada al hombre a quien cree que conoce.

—¿Qué está intentando decirme? —grité, cruzándome de brazos—. ¿Que Clarence no es de fiar? ¿Que realmente vio... o llevó a cabo... esas mismas cosas que pintó? —Observé a Jean-Pierre, esperando una confirmación, pero tenía la mirada perdida y su cuerpo se balanceaba sin ton ni son—. ¿Qué sentido tiene mostrarme todo esto? —Podía sentir mis dientes rechinar de frustración—. Yo no soy más que una asistente. Estoy aquí para trabajar, no para ser su psiquiatra de guardia. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

—No es usted *solo una asistente*. Es una criatura escasa y difícil de encontrar, y por eso nos preocupamos por su bienestar, especialmente Francesca y yo. Hemos visto muchas cosas en esta vida y queremos que se dé cuenta de lo profundas que pueden ser las corrientes en las aguas más tranquilas. Antes de que se ahogue en ellas, *ma belle*.

—Bueno, gracias por su preocupación, pero no soy coleccionista de arte. Véndale sus cuadros a otra persona.

Disimulando mi turbación lo mejor que pude, di la espalda a los horripilantes lienzos y salí de la galería tan rápido como mis pies me llevaron. Oí girar la llave en la cerradura y Jean-Pierre apareció a mi lado en el pasillo, rápido como la luz.

—No hay vampiros inocentes —dijo Jean-Pierre, rodeando mi cintura con un brazo helado. Intenté quitármelo de encima, pero era más fuerte de lo que su modesto físico sugería—. No se engañe.

—Ya se lo he dicho —me tembló la voz al hablar—, estoy aquí por el trabajo. Nada más.

—Pero... ¿es eso cierto? Dígame, *ma belle*, ¿qué pasó anoche? ¿Por qué Clarence abandonó El Claustro a trompicones, muerto de sed, justo después de pasar un par de horas con usted? Acababa de regresar de su última cacería, si bien recuerdo. —Su voz era cautivadora y se contoneaba como una serpiente encantada.

—¡No lo sé! ¿Por qué no se lo pregunta a él?

Me colé en la biblioteca y coloqué mi candelabro en una repisa. Jean-Pierre me siguió.

—Porque está demasiado preocupado por mantener su falsa apariencia de benignidad. Y porque nunca lo admitiría. Cuidado con Robin Hood, el

príncipe de los ladrones. ¿O debería decir *el príncipe de los muertos vivientes*? Clarence, siempre tan compasivo, ¿verdad? Siempre superior a los demás. El eterno favorito de nuestra reina.

—No tengo ni idea —le espeté, preguntándome por qué no me había quedado en mi habitación en lugar de desperdiciar la mañana debatiendo con un vampiro francés borracho—. Dígamelo usted.

Jean-Pierre se llevó las manos al corazón en un teatral gesto de agravio.

—Si le pregunta, le explicará que se alimenta exclusivamente de víctimas que lo merecen. —Puso los ojos en blanco—. Ya sabe: criminales, violadores, pedófilos... Suenan muy caballeroso, ¿verdad? ¿Es eso lo que le ha contado?

—No me ha contado nada. Solo hablamos de negocios. —No era del todo cierto, pero no pensaba darle detalles a Jean-Pierre, sobre todo cuando estaba de un humor tan conflictivo.

—Pero, *ma belle* —continuó, ignorando mi respuesta—, ¿quiénes somos nosotros para juzgar quién merece un castigo y quién no? ¿No es un poco arrogante compararnos al guardián de las puertas del cielo? ¿No debería ser ese el trabajo de San Pedro, y no el de un miserable chupasangre?

Jean-Pierre prendió fuego a otro terrón de azúcar sobre la absenta y el dulce y embriagador aroma volvió a impregnar la biblioteca. Se acercó a mí, con su aliento cargado de alcohol. Su comportamiento estaba empezando a asustarme.

—Porque, mientras tanto... —Se lamió los labios—. Algunos humanos anhelan ser mordidos por los nuestros. ¿Por qué privarles de un placer tan sibarita?

Tragué saliva y me incliné hacia atrás. Clarence había dicho que los vampiros eran resistentes a la intoxicación por alcohol. ¿Podría Jean-Pierre estar realmente bajo un hechizo? Fuera lo que fuera, se estaba volviendo más audaz a cada segundo, con el *Hada Verde* o sin ella.

—Pero, Jean-Pierre... ¿qué le pasa? —dije, apartándolo de mí.

—Tengo la sensación de que es usted uno de ellos y se siente frustrada por haber sido maldita con ese hedor a bruja. Una maldición y una bendición, todo a un tiempo. La mantiene viva entre nosotros, pero le priva del placer que tanto codicia. ¿Acaso me equivoco? —Tenía los ojos llorosos, con venas rojas rompiendo su superficie azul claro—. ¿No se muere por probar, *ma belle*? ¿No es eso lo que la atrae de él? Clarence parece tan... inofensivo, ¿verdad?

—Yo... no, por supuesto que no —tartamudeé—. Ni siquiera me lo había planteado.

Vale. Quizás lo había hecho. Pero solo durante la madrugada, cuando debería haber estado durmiendo y no dando vueltas en la cama, alternando entre interminables preocupaciones y licenciosas fantasías vampíricas.

—¿Está segura de que no? —Su voz se tornó ronca y busqué con los ojos la salida. Estaba cerca, pero Jean-Pierre era más rápido que yo. Si así lo quería, podría impedirme alcanzarla con tan solo alargar un dedo. Y, a juzgar por sus palabras arrastradas, no parecía controlar del todo sus acciones.

—Le estoy ofreciendo mi asistencia. —Jean-Pierre sonrió y noté sus colmillos brillar bajo sus ojos delirantes.

—Jean-Pierre —dije, tratando de mantener la calma, aunque por dentro temblaba como una hoja—. Pare. Ese no es usted.

Sus ojos azules destellaron con esa luz sobrenatural que ya había observado en otros vampiros cuando se enfadaban o excitaban.

Parecía intoxicado y las cosas no pintaban prometedoras para mí. *Para nada.*

—Déjeme hacerlo. No me disgusta el olor a bruja. La marcaré como mía y él la dejará en paz. Porque, oh, *ma belle*, si lo hace él en mi lugar, acabará como uno de esos cuadros. Son *reales*. No son fruto de su imaginación. Y no podemos permitir que eso ocurra.

La absenta impregnaba su aliento, haciéndolo más valiente que de costumbre. Una gota de sudor me resbaló por la nuca.

—Eh... gracias por la advertencia... yo... lo tendré en cuenta.

—Querida niña, somos lo que somos. Si no abrazamos nuestra verdadera naturaleza, la vida no vale la pena. Deje que la proteja.

—Jean-Pierre, usted no está en sus cabales. Me voy.

Apilé mis libros rápidamente, temiendo apartar la mirada de Jean-Pierre por si me saltaba al cuello.

—Ni se le ocurra seguirme —le advertí con voz ronca.

Jean-Pierre se levantó y me puso las manos sobre los hombros, deslizándolas hasta mi cintura, de una manera impropia para un antiguo eclesiástico.

—El Hada Verde tiene un mensaje —su voz sonó demoniaca, mientras sus ojos giraban en las cuencas y se quedaban en blanco—. El Hada Verde quiere que sepa que Clarence Auberon será su muerte y su perdición.

Un zumbido macabro nació del fondo de su pecho y su rostro se distorsionó.

—Deje que beba de su sangre ahora, y él no se atreverá a tocarla. Los vampiros respetan las posesiones ajenas. Espere un poco más... y su destino

quedará sellado para siempre. ¿Qué le parece, *ma belle*? —Me siguió y me alejé de un salto—. El reloj no se detiene. —Me alcanzó, mostrando sus colmillos. Su barba blanca me pinchó la mejilla.

—¿Jean-Pierre? —Agité la mano frente a su rostro, en un último y desesperado esfuerzo por despertarlo de aquel trance. Su cuerpo parecía poseído por una fuerza superior, como la de los antiguos oráculos.

—¡Despierte, Mercier! —Di una palmada delante de su cara, haciéndolo retroceder y parpadear—. Como no pare de una vez me iré de El Claustro para siempre, ¿entendido?

Jean-Pierre sacudió la cabeza y respiró profundamente. Apreté los dientes, me armé de valor y le di una fuerte bofetada, rezando para que no se volviera contra mí. Podría haberme matado, pero dudaba que tuviera interés.

La bofetada me dolió más a mí que a él, pero pareció inyectar algo de claridad en su confusa mente. Sujetándose la mejilla, el viejo vampiro retrocedió a tropezones, chocando con la mesa y derribando todos los objetos sobre ella. La botella de absenta se hizo añicos en el suelo y él se quedó quieto, observando cómo el líquido empapaba la alfombra. Aproveché su retirada y hui hacia la salida.

—Por favor, no se vaya —gimió. Su voz y sus ojos se habían vuelto normales de nuevo—. El Hada Verde... me dejé llevar por sus malvados trucos. —Suspiró y se dejó caer en un sofá, frotándose la cara como si acabara de despertar de una pesadilla—. Es una consejera astuta, como todas las de su especie. Tenga cuidado con el pueblo feérico, querida. No son de fiar.

Lo estudié atentamente, decidiéndome entre correr o quedarme a escucharle. El velo acuoso que cubría sus ojos por fin se había desvanecido y parecía comportarse de nuevo con normalidad.

—¿Qué demonios fue eso, Mercier?

—¡Se lo dije! Era un hechizo. No era yo quien hablaba, sino *ella*.

Apreté los labios, dudando si creerle o no.

—Lo juro por el todopoderoso Júpiter —dijo.

No parecía un juramento muy convincente.

—Vale. Da igual. —Respiré hondo varias veces—. Fuera lo que fuese, no me gustó nada y ahora necesito que me prometa algo, Jean-Pierre.

—Los vampiros no hacen promesas — gimió, masajeándose las sienes—. Vivimos demasiado para eso. Pero podríamos llegar a un acuerdo.

—Llámelo como quiera. Pero si quiere que yo o mis hijas volvamos a poner un pie en esta biblioteca, tiene que prometerme que nunca, nunca, *jamás*

volverá a proponerme algo así. Porque fue muy desagradable. Y totalmente aterrador. ¿Está claro?

Me puse los libros frente al pecho, usándolos como escudo. Quizás pareciese valiente por fuera, pero me estaba derrumbando por dentro. Jean-Pierre sonrió débilmente y esta vez escondió los colmillos.

—De acuerdo —dijo débilmente—. Pero solo si me jura no contarle jamás a Auberón lo que ha pasado hoy aquí. Fue culpa del Hada Verde, no mía, pero Clarence podría enojarse si se entera.

—Trato hecho —dije, frunciendo el ceño. Me costaba creerme esa historia del hada, pero era un alivio tener de vuelta al Jean-Pierre de antes.

—Supongo que tendré que guardarme mis invocaciones a Artemisia para mí solo, como he estado haciendo durante los dos últimos siglos.

Se miró las puntas de los zapatos, apesadumbrado.

—Sí, por favor —asentí con fervor y me serví agua en uno de los vasos que se habían salvado.



UNA VEZ QUE MI RESPIRACIÓN volvió a la normalidad y Jean-Pierre me juró que el Hada Verde se había ido para siempre, pudimos por fin tratar el asunto que me había llevado a la biblioteca.

—Si pudiéramos echarle una ojeada al hechizo *Fulminatio* —dije, arrastrando una silla hasta la mesa. Jean-Pierre se había sentado al otro lado, de nuevo afable y beatífico con su corta barba blanca. No quedaba ni rastro de aquellos ojos en blanco, ni de los afilados colmillos.

—Anoche revisé el texto, pero me abstuve de leerlo en voz alta —le expliqué—. Si bien entiendo, el hechizo solo funciona cuando hay luna menguante. Pone también algo de unas reinas. No sé quién o qué pueden ser, pero creo que es importante.

Jean-Pierre tomó el papel y lo leyó atentamente, asintiendo con la cabeza. Me estremecí, pero él se limitó a negar con la cabeza.

—No se preocupe. No podría llevar a cabo este hechizo aunque me rociase con polvo de hadas. Lo he leído y copiado docenas de veces y hasta ahora no he fulminado a nadie. —Sonrió, travieso—. En cuanto a las reinas, sí, tengo una hipótesis sobre ellas. Espere un segundo...

Desapareció en el fondo de la biblioteca y se puso a rebuscar en un oscuro armario con rejas de hierro forjado en las puertas. Al cabo de un rato, volvió con una caja de madera tallada y la puso sobre la mesa, junto a uno de esos candelabros de cinco brazos que abundaban en El Claustro.

—Ábrala —me indicó.

Me levanté y estudié la caja, que tenía un cierre dorado y estaba extrañamente cálida bajo mis dedos. En su interior se escondía un bulto de seda que desenvolví con cuidado bajo la atenta mirada de Jean-Pierre. Entre las telas hallé una baraja de cartas con olor a humedad, posiblemente una versión antigua de las baraja portuguesa o *cartas de jogar* que había conocido durante mis años en territorio lusitano.

—¿Una baraja de cartas? —pregunté, sosteniendo el sencillo mazo, con decepción.

—No es una baraja cualquiera, sino *Le Tarot de Marseille*. —Tomó el mazo y lo barajó con la profesionalidad de un croupier de Las Vegas—. Fíjese.

Jean-Pierre extendió las cartas boca arriba sobre el pañuelo en el que habían estado envueltas. Creó una forma de herradura y eligió cuatro, poniéndolas en el centro para que yo las viera.

—He aquí Sus Majestades, las Reinas del Tarot de Marsella —dijo con una reverencia, como si fuera un paje real.

Las cartas representaban a cuatro mujeres con corona sentadas en sus tronos. Los nombres estaban escritos en francés antiguo: *Reyne de Deniers*, *Reyne de Coupe*, *Reyne de Baton* y *Reyne d' Epée*. Ninguna de las ilustraciones era especialmente bonita, ni tampoco tenían aspecto de ser objetos mágicos.

—¿Y qué tienen que ver *Sus Majestades* con mi hechizo? ¿Sostengo las cartas en la mano mientras lo leo?

—Ah, ojalá fuera tan fácil.

—Nunca lo es, ¿eh?

Lo había supuesto.

—Las reinas son arquetipos. La mayoría de las personas pertenecen a uno u otro. Las mujeres adultas suelen estar representadas por reinas en el Tarot, según sus rasgos físicos y su personalidad. Necesitaría una de cada tipo para lanzar este hechizo con toda su potencia, pero con una sola reina podría funcionar también. Las copas son agua; las espadas, aire; los oros, tierra y los bastos, fuego. Son los cuatro elementos, que se usan comúnmente en la brujería. Si no fuera una bruja extraviada, seguramente lo sabría.

—Interesante —dije. Mis conocimientos sobre el Tarot se limitaban a los videntes de aspecto estafalario que anunciaban sus líneas telefónicas en la televisión nocturna. Nunca me los había tomado en serio, pero decidí descartar mis prejuicios si podía serme útil—. Entonces, ¿cuál de las reinas soy yo y dónde puedo encontrar a las otras tres que faltan, para poder usar el hechizo correctamente?

—Esa es una pregunta que no puedo responder —dijo misteriosamente Jean-Pierre, recogiendo las cartas y envolviéndolas de nuevo.

Casi esperaba que me diera otro libro más para añadir a mi larga lista de lectura, cuando se abrió la puerta de la biblioteca y entró Elizabeth como una tromba, con su figura morena y voluptuosa encorsetada en un sensual vestido largo de color verde oliva.

—¡Ha llegado a mis oídos que pretendes instalar quinqués dieléctricos en El Claustro! —clamó, entre indignada y curiosa.

—¿Qué? —Parpadeé. *¿Quinqués?*

—¡No finjas que no sabes nada al respecto! —gritó, señalándome con un dedo extremadamente afilado que recordaba a una garra de ave—. ¡Clarence acaba de salir de mi despacho y me ha presionado hasta que he accedido a esta locura!

—Oh, así que ya ha vuelto —dijo Jean-Pierre con desgana—. Muy rápido me parece. Me pregunto qué habrá cazado esta vez.

—¿Significa esto que tengo permiso para empezar a trabajar en el proyecto de electrificación? —pregunté, reprimiendo un brinco de alegría. Vivir en El Claustro no estaba tan mal, pero... *¡agua caliente!* Casi podía sentirla correr por mi espalda, después de todas aquellas duchas frías. Necesitaba urgentemente un baño normal.

Elizabeth gruñó como una pantera, pero asintió con lentitud.

—Espero que entiendas que, si tu proyecto atrae la atención de los forasteros hacia El Claustro, te romperé el cuello con mis propias manos y lo colgaré como una guirnalda sobre las puertas del cementerio, sangre de bruja o no.

Un suave golpe en la puerta anunció la llegada de Clarence y mi corazón dio un vuelco mientras intentaba decidir si me sentía alegre o mortificada de volver a verlo después de mi intento fallido de besarle.

—¡Oh, guiraldas! —exclamó con una amplia sonrisa—. Veo que ya estáis celebrando la llegada de la electricidad. ¡Excelente!

Con su corte de pelo anticuado me recordó a un personaje de Jane Austen. Lo cual era terrible, porque siempre me había encantado Jane Austen y ahora estaba atrapada en una catacumba con Mister Darcy. O, más bien, con su amigo Bingley.

—Buenos días —me saludó, ajeno a mis cavilaciones. Sus ojos se entrecerraron y me estudió con precisión de rayos X. Después de una breve deliberación, apoyó su mano en mi espalda y me dirigió con suavidad hacia la salida—. ¿Nos vamos a comprar taladros y cables, señora Andersson?



Capítulo 21

Clarence

A lba llevaba un par de días comportándose de una manera inusual y ni siquiera necesitaba mis agudos sentidos vampíricos para darme cuenta de ello.

Al principio lo había atribuido al abrupto final de nuestra última cena, cuando el vino había nublado su juicio: final en el que había intentado no pensar más, en un fallido intento por mantener la cordura. Pero más tarde noté que no era la única que me evitaba en nuestra pequeña comunidad clandestina.

El hermano Mercier se había mantenido cuestionablemente ocupado: rara ocurrencia para alguien que no tenía asuntos más urgentes que resolver aparte de alimentarse una vez por semana y memorizar textos clásicos *ad eternum*. Y había dos cosas que sabía con certeza acerca mi viejo y sórdido amigo: la primera era que nunca, bajo ninguna condición, rechazaría la oportunidad de hablarle de Ovidio a cualquier víctima con tímpanos operativos; la segunda, que tenía debilidad por las sangrecaliente de cabello largo y cintura estrecha, y de pronto teníamos a una paseándose por El Claustro noche y día. Sangreapestosa o no, era lo suficientemente hermosa y estaba al alcance de la mano.

—Antes de que digas nada, no. No quiero saber lo que estás leyendo y ni se te ocurra empezar a citar filósofos romanos o te estrangularé —le advertí a Jean-Pierre en cuanto crucé las puertas de la biblioteca. Estaba sentado con un libro en el regazo, aparentando ser el monje inocente que nunca fue, y vi que su dedo subrayaba con entusiasmo un párrafo, las palabras a punto de salir de sus labios—. Lo digo muy serio. No estoy de humor para rimas pusilánimes en latín.

—No insultes a los que superan tu inteligencia, Auberón. —Su voz temblaba con la admiración orgásmica que solían provocarle los clásicos—. Es como si Ovidio hubiera escrito esto pensando en un *crapuloso* como tú. —Hice caso omiso del insulto, en parte porque se lo había enseñado yo mismo

en un arrebato de creatividad—. Escucha esto, *mon cher crétin*: «*Siempre nos esforzamos por conseguir lo que está prohibido y codiciamos lo que se nos niega*» —recitó, leyendo de su libro maloliente mientras me miraba por debajo de unas peludas cejas de búho.

Después de convivir con alguien durante cientos de años, uno aprendía a detectar sus mentiras, o al menos sus omisiones. Y este viejo monje chupasangre, sin duda me estaba ocultando algo por debajo de su irritante prosa latina.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? —dijo en un tono sensiblero—. Solo no termino de decidir *qué es lo que* más codicias, *mon camarade*. —No se me escapó el brillo lascivo en sus ojos. Ni siquiera creí que fuera involuntario.

—En primer lugar, reserva eso de *camarada* para tus compañeros revolucionarios. Y, en segundo lugar, lo único que ansío en este momento es una respuesta directa. Me preguntaba qué me has estado ocultando, desde la última vez que dejé a la señora Andersson a solas contigo durante más de tres segundos. Y, por favor, que no sea lo que estoy pensando, porque no tengo ganas de asesinarte.

Jean-Pierre cerró su libro, cosa rara donde las hubiere, y se levantó con las manos en la cadera, entrecerrando los ojos mientras hablaba.

—¿De qué estás hablando?

—No lo sé. Sospecho que le hiciste algo a ella... ¿con ella? No lo sé. Siento la energía fluyendo entre vosotros, pero no puedo descifrarla. Llevas días sin torturarme con versos obscenos del *Ars Amatoria* y eso es extraño. Algo irregular está ocurriendo, puedo sentirlo.

—Apuesto a que sí, y ella también. Pero permíteme que te tranquilice y te asegure que no le he puesto una garra encima. Eso sí: le encantaron tus cuadros; ¿te lo mencionó?

Me quedé totalmente inmóvil. Todo este tiempo había sabido que las posibilidades de que Jean-Pierre se apropiase de Alba eran escasas. Podía ser un tipo de moralidad cuestionable, pero era mi amigo, si es que las criaturas como nosotros podíamos ser *amigos*. Pero lo de los cuadros ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Me quedé boquiabierto al comprender lo que había hecho aquel traidor francés y respiré hondo para disipar las ganas de hundir mis colmillos en su cuello peludo y teñir de rojo carmín aquella ridícula barba.

—Espléndido. Así que ahora piensa que soy un demente peligroso.

No pareció arrepentido en lo más mínimo, mientras se servía una copa de vino y me ofrecía un brindis.

—Ah, pero... ¿no lo eres?

—No más que tú, *fil a putain*.

—Si vas a blasfemar, Auberón, al menos aprende a pronunciar bien el francés. ¿O, sabes qué? Mejor, no lo hagas. Arruina esa fachada tuya tan galante: te hace parecer casi... *varonil*.

Le di un puñetazo sin pensar, porque sus palabras hicieron eco de las de mi padre en el pasado.

—La pobre mujer tenía derecho a saberlo —gruñó Jean-Pierre. Sabía que no me devolvería el golpe. A lo mejor yo era un afeminado según mi progenitor, pero Jean-Pierre tampoco era más que un escuálido ratón de biblioteca con patas de araña.

—Tenía derecho a decírselo yo mismo —dije, saliendo furioso de la biblioteca y preguntándome cómo demonios iba a explicarle aquellas pinturas a la mujer que había atormentado mis noches insomnes desde que la vislumbé por primera vez desde las alturas.



LOS DÍAS PASARON Y Alba se mantuvo ocupada con su proyecto de electrificación. Yo me pasé la mayor parte del tiempo leyendo y debatiendo con Jean-Pierre sobre teología, mientras esperaba secretamente que la bruja acudiera a pedirme ayuda. Me daba igual para qué: solo necesitaba una excusa para hablar con ella.

Cuando por fin apareció en la biblioteca, emocionada y con los ojos como platos, lo último que esperaba era que me pidiera que la acompañara a un centro comercial.

En mis doscientos y pico años de vida, había hecho todo lo posible por evitar todo establecimiento mundano repleto de mortales; las tiendas de bricolaje no eran una excepción. Probablemente nunca habría puesto pie en una de aquellas abominaciones de construcción modular en un par de siglos más, si no hubiera sido por aquella bruja extraviada que finalmente había decidido que yo volvía a merecer sus palabras.

—Nos saltaremos la sección de baños —me prometió, batiendo sus absurdamente largas pestañas y fingiendo que no me había ignorado durante tres días— y cualquier sección que tenga espejos.

Solo el diablo sabía lo poco que me apetecía encerrarme en un espacio restringido y abarrotado de tentadores y peligrosos mortales. Pero no quería negarle mi ayuda después de haber prometido colaborar en su proyecto. Se había pasado los días anteriores en alguna cafetería sorbiendo té Earl Grey barato, a juzgar por su olor. Allí, a diferencia de en El Claustro, tenían

enchufes donde conectar su ordenador, su teléfono móvil y todos esos brillantes artilugios que solía llevar a cuestras en ese glorificado saco de Papá Noel suyo. Supuse que por fin había ideado un plan para conectar El Claustro a la red, porque estaba de un humor exultante cuando finalmente vino a buscarme.

Me alimenté lo suficiente la noche anterior, para evitar problemas innecesarios, y cogimos un taxi tras la puesta del sol, de camino a un centro comercial de las afueras. En cuanto el vehículo se detuvo, el olor a palomitas y perfumes artificiales casi me hizo vomitar la cena de la noche anterior. Por suerte, conseguí mantener el suelo limpio de bilis; para ayudarme le olí el pelo, lo cual llenó mis fosas nasales de aromas mucho más agradables.

—Vamos ahí —dijo, señalando un edificio blanco y rojo que me recordó a una caja de zapatos gigante, de metal corrugado—. Puedo ir sola a buscar los materiales, pero necesitaré ayuda para transportar las cajas. ¿Prefieres esperar fuera?

Sacudí la cabeza y la seguí al interior de la tienda, luchando contra el fuerte zumbido de los cables eléctricos y la extrema mezcla de olores que me atacaba desde todas las direcciones. Madera, asfalto, pies y axilas sudados, humo de vehículos y al menos setenta marcas diferentes de perfume: desde luego no era la mezcla de olores más agradable para la aguda nariz de un vampiro. Pero le había prometido a Elizabeth ayudar a Alba y, para mi profundo disgusto, había echado mucho de menos su compañía —y su sentido del humor— durante los pocos días que me había ignorado.

Mientras batallaba contra mis abrumados sentidos, intenté pasar desapercibido y la observé navegar por la tienda con asombrosa facilidad. Me sorprendió confirmar cómo todo el mundo en aquel lugar parecía estar buscando algo: no solo eso, empujaban sus carritos como si supieran perfectamente donde encontrarlo. Los servicios de venta al por menor habían cambiado sobremanera desde la última vez que yo había sido cliente habitual. En aquel momento me sentía como el proverbial pez fuera del agua.

—¿Sabe dónde puedo conseguir esto? —le preguntó Alba a un dependiente. Era atlético, de piel aceitunada, y llevaba un chaleco reflectante con su nombre en una etiqueta de plástico: *Diego*.

Las pupilas de Diego se dilataron hasta alcanzar el tamaño de la Catedral de Liverpool cuando ella le sonrió y señaló una línea de su larga lista de suministros.

—Por supuesto, sígueme —dijo el dependiente—. Vaya lista más larga tenéis, tu marido y tú, ¿eh? ¿Construyendo una casa nueva?

Alba se sonrojó y apretó el papel contra su pecho.

—¡Oh no, no es mi marido! —tartamudeó, ajena a los motivos ocultos tras la pregunta de *Diego Etiqueta de Plástico*—. Solo es un compañero de trabajo. Estamos haciendo reformas en nuestro... edificio de oficinas.

A continuación, Alba y Diego Etiqueta de Plástico se enzarzaron en una larga conversación sobre interruptores básicos y múltiples, fueran lo que fuesen. Yo empecé a impacientarme, porque él se le acercaba cada vez más según iba pasando el tiempo; le iba dando crípticas cajas negras con componentes eléctricos y entretanto, sus dedos se rozaban casualmente. Llegué a un punto en el que barajé volver solo a la hora de cerrar para convertir a Diego en mi cena; fue justo entonces cuando se le acercó otro cliente y tuvo que excusarse para seguir trabajando.

—¿Sabes qué? —dijo Diego, lanzándole a Alba una sonrisa de devoción—. Te voy a dar mi número de teléfono privado. Si tienes alguna duda sobre la instalación, llámame. ¡Soy electricista, así que puedes fiarte de mí!

Y yo soy vampiro, así que mejor no te fíes.

—Bueno, pues... ¡muchas gracias! —Alba tomó la tarjeta de visita y la metió en el bolsillo de sus vaqueros. Luego se dio la vuelta y siguió empujando su carrito, tan feliz, por el pasillo.

—¿Tenemos todo lo que necesitamos? —le pregunté, escudriñando la zona en busca de espejos.

Alba asintió.

—Sí, vamos a pagar. Necesitaré un par de cosas más, pero encargará que las envíen a la casa de Westside Avenue.

Había una amplia pared de espejos justo delante de la zona de cajas y fruncí el ceño. Era poco probable que alguien se fijara en que no tenía reflejo, pero lo último que quería era atraer miradas curiosas en un lugar tan concurrido.

—Disculpa, Alba, creo que no debería quedarme aquí —le dije, señalando los espejos—. ¿Te importa si espero fuera?

—No te preocupes. —Hizo un gesto indiferente con la mano y yo me dirigí a la salida—. Estaré contigo enseguida.

Mientras yo estaba fuera, dos señoras pasaron por mi lado y su olor a bruja me incomodó. Me miraron de reojo y entraron directamente en la tienda, fingiendo no haberme visto. Con Salem a unas millas de distancia, no era tan raro cruzarse con brujas de aquelarre. Pero, aun así, estas me parecieron diferentes.

A primera vista, eran tan solo dos mujeres de mediana edad vestidas con camisetas promocionales y faldas anticuadas; pero el resto de su aspecto decía a gritos que no eran humanas corrientes, ni tampoco brujas extraviadas. Podía sentir la energía típica de las hechiceras bien entrenadas irradiando de su piel, visible a mis ojos como una armadura de luz gris: una energía que nuestra Alba no poseía. Mientras desaparecían en el edificio, capté un par de palabras en un idioma extranjero y decidí montar guardia junto a las puertas giratorias. No, definitivamente no eran brujas normales de Salem.

Las puertas giratorias se bloquearon en cuanto ellas pasaron, atrapando a un par de sorprendidos clientes en medio y obligándome a permanecer fuera. Los guardias de seguridad corrieron hacia la salida y trataron de calmar a los clientes, haciendo llamadas telefónicas y presionando los botones que accionaban el mecanismo de la puerta. Aquella *casual* avería apestaba a brujería y empecé a preocuparme.

Mientras duraba la conmoción, las brujas fueron directas a Alba y empezaron a hablar con ella. Yo estaba atrapado fuera del edificio, a menos que quisiera provocar una escena, de modo que me concentré en las tres mujeres e intenté escuchar su conversación a través de las puertas de cristal. Solo conseguí distinguir algunas palabras:

«*Peligro*».

«*Queremos ayudarte*».

«*Puerta trasera*».

Diablos... la había dejado ahí dentro, sola con esas brujas, y no había nada que pudiera hacer sin llamar la atención sobre ambos. Cada vez me preocupaba más la situación.

En la tienda, Alba colocó su carrito entre ella y las mujeres, frunciendo el ceño mientras estas hablaban. Para mi alivio, no parecía asustada, solo dudosa.

Sopesé la posibilidad de buscar la puerta trasera y enfrentarme a las brujas o quedarme donde estaba y observar. Si hubiera querido, podría haber roto la puerta de cristal prácticamente sin esfuerzo, pero había demasiados espectadores.

Estaba seguro de que esas brujas apestosas habían venido a convencer a Alba para que huyera con ellas. Y la sola idea de que nos dejara —de que me dejara *a mí*— me daba ganas de demoler el edificio entero. Pero eso solo habría servido para terminar como un ratón de laboratorio en manos de los mortales.

Apreté los puños y aparté las visiones que se empeñaban en nublar me la mente.

Tienes que confiar en ella, Clarence.

Es lo suficientemente capaz; se las arreglará.

Tomará la decisión correcta.

Con un gruñido, me coloqué al otro lado del cristal y esperé, preguntándome si realmente éramos la mejor opción para ella.

Lo quisiera o no, muy pronto sabría la respuesta.



Capítulo 22

Alba

Cuando las dos mujeres se acercaron a mí, yo ya tenía preparada la respuesta estándar que solía dar a todo vendedor que llamaba a mi puerta.

—Lo siento, no tengo tiempo, llego tarde a un sacrificio humano —les dije con cara circunspecta. Hasta ahora, siempre había funcionado bien, sobre todo con misioneros y religiosos.

—¿En serio? —La más alta tenía gafas y llevaba el pelo atado en un moño gris y desordenado. La otra era más delgada, aunque iba tan desaliñada como su amiga—. Porque nos encantaría participar.

—Me parece que lo decía en broma —dijo la otra, mirando de reojo hacia la salida, donde la gente había empezado a congregarse debido a una avería en la puerta. Hablaban con un acento suave y melódico, parecido al de Francesca—. Pero lo que venimos a contarte es sumamente serio.

Me agarró del brazo y yo me la quité de encima de una sacudida.

—Disculpa —le dije, tratando de localizar a Clarence entre el creciente mar de cabezas que se estaba formando en el exterior. No lo veía por ninguna parte. A lo mejor estaba en el aparcamiento—. Ni siquiera sé quiénes sois.

—Somos tus amigas —dijo la primera—, y vinimos porque nos han informado de que estás en peligro. Sabemos que has sido capturada por un clan de... —bajó la voz y se acercó a mi oído—...*vampiros*. Criaturas peligrosas que te usan como esclava. ¿Es eso cierto?

Se me escapó una risita nerviosa ante su descripción. Me aferré al carrito y lo empujé hacia delante, formando una barrera entre las mujeres y yo. Por un segundo, las imágenes de los cuadros de Clarence cruzaron mi mente, pero las deseché. Me preocupaba más descubrir cómo me habían localizado esas dos mujeres y por qué sabían tanto de mí.

—No tengo ni idea de qué me estáis contando, pero si no me dejáis en paz avisaré a seguridad.

—Los guardias de seguridad están demasiado ocupados arreglando la puerta —dijo la otra—, pero no necesitas llamarlos. No hemos venido a hacerte daño, sino a salvarte de un peligro inminente. Ven con nosotras, salgamos por la puerta trasera. Podemos ayudarte, hermana.

—Yo no soy vuestra *hermana* —protesté, huyendo de la caja sin el carro.

Sentí una punzada de remordimiento al dejar atrás toda mi compra. La mujer volvió a aferrarme el brazo y esta vez sentí una especie de descarga eléctrica. Grité, pero nadie me oyó entre el tumulto. Estaban todos apelotonados en torno a las puertas giratorias, vociferando para oírse los unos a los otros. Estaba atrapada en aquella tienda.

—Es cierto, no eres nuestra hermana: no eres más que una pobre extraviada. Pero eso se puede arreglar —dijo una de las mujeres—. Siento que tienes poder, pero está aún latente. Ven con nosotras y deja que te mostremos un mundo nuevo: ¡un mundo de magia y maravillas! Ven, Alba, ¡aún podemos salvarte!

—No necesito que nadie me *salve*. No tengo ningún problema, ni soy la *esclava* de nadie. ¡Ahora dejadme en paz de una vez!

—Pobrecita. No sabes absolutamente nada, ¿verdad?

—¡He dicho que me dejéis en paz! —grité, aprovechando el creciente caos para evadirme.

La dulzura de las mujeres se evaporó en cuanto me zafé de ellas. Me puse a gatas y me colé entre las piernas de un hombre más grande que un tanque, dejando atrás a esas dos locas. La puerta principal seguía atascada y los desgraciados que se habían quedado en su interior golpeaban el cristal y gritaban pidiendo ayuda.

Corrí en zigzag, sin saber dónde esconderme. Finalmente, localicé los baños, entré a toda prisa y me encerré en uno.

Los pasos se acercaron, ahora más lentos. Las mujeres me habían visto y sabían que estaba atrapada. Ya no necesitaban darse prisa.

Encerrarme en aquel cubículo era una de las mayores estupideces que había hecho en las últimas semanas... y eso que había hecho muchas.

Alguien tiró de la cadena en la cabina de al lado. Oí a una chica lavándose las manos. Al menos no estaba sola en los baños y mis perseguidoras no harían nada sospechoso hasta que todo el mundo se fuese. Localicé una ventana detrás de mí. Me subí a la taza del váter para verla mejor: era una abertura fija de cristal opaco, sin manilla para abrirla.

Para mi desgracia, la ocupante de la otra cabina se marchó y me quedé sola con las brujas.

—No nos crees, ¿verdad? —Una de ellas llamó suavemente a mi puerta—. ¿Por qué no les preguntas a tus chupasangres sobre su anterior sirvienta bruja? ¿Sabes lo que le pasó?

Guardé silencio. No, no lo sabía, pero me habían dado el diario de Julia. Podía leerlo y averiguarlo.

Escarbé entre la pared y el marco de la ventana, pero estaba firmemente atornillada.

—Pobrecita. Deben de haberte lavado el cerebro. Vas a venir con nosotras y además, nos vas a revelar la ubicación de su nido. Por las buenas o por las malas. —Comenzaron a golpear la endeble puerta de madera—. Dejarte aquí sería una irresponsabilidad por nuestra parte. Algún día nos lo agradecerás.

La puerta se tambaleó y un brazo rollizo se coló por debajo, entre la puerta y el suelo. Le di un pisotón y desapareció de mi vista con un chillido.

Desesperada, empecé a rebuscar en mi bolso. Necesitaba algo para defenderme. Saqué mi teléfono, pensando en alertar a Clarence. Maldije en voz alta al recordar que aquellos estúpidos vampiros eran demasiado importantes para usar teléfonos móviles como todo el mundo.

Las yemas de mis dedos palparon un papel doblado: el hechizo *Fulminatio* de Jean-Pierre. Lo abrí con manos temblorosas y comencé a leerlo en voz baja.

—¿Qué está haciendo? —murmuró una de las mujeres.

Siguieron golpeando la puerta, intentando derribarla. Una de las bisagras cedió. A ese paso las tendría dentro en menos dos minutos.

—¡Por la antorcha de Hécate! —gritó la otra—. ¡Espero que no esté intentando hacer magia en un lugar público!

Seguí recitando el hechizo y me di cuenta de que me había saltado un párrafo entero.

—¡Mierda! ¡Mierda! —gemí. *¡Malditas palabras enrevesadas en latín!*

Volví a leer la parte omitida y continué por donde iba. Aquello era un desastre, pero no me daba tiempo a empezar de nuevo.

—¡Por los Dioses del Olimpo! ¡Está recitando el *Fulminatio*! —aulló una de las brujas, con voz histérica—. ¡Esta mujer es un peligro público!

Al pronunciar la última palabra, una corriente de electricidad me atravesó el brazo. Sin saber muy bien lo que hacía, agité la mano y señalé la ventana cerrada.

Lo que sucedió a continuación fue lo más asombroso que había visto en mi vida.

El cristal explotó frente a mí, deshaciéndose en afilados fragmentos que se desparramaron por el baño. Salté de la taza del váter al alféizar de la ventana y permanecí ahí un segundo. La calle estaba dos o tres metros más abajo. Entrecerré los ojos, aterrada. Las brujas gritaban. Me deslicé por la pared hasta notar el cálido asfalto y caí con un suave golpe, sin hacerme daño.

Vale. Estaba fuera.

Me apoyé en la fachada, recuperando el aliento.

Un momento.

¿Acababa de hacer estallar una ventana con... *magia*?

Un hilillo de sangre me nubló la vista y me lo limpié con la mano. Seguramente un añico me había golpeado al estallar la ventana.

Las brujas vociferaban, dispuestas a saltar y seguirme.

—¡Ahí está, Gianna! —gritó una.

Había caído en un extremo del aparcamiento. Miré a mi alrededor, buscando una vía de huida.

Las mujeres se subieron a la ventana. Corrí hacia la carretera, sorteando los coches aparcados. Un Jeep enorme me bloqueó el paso. Una familia con tres hijos abrochaba a sus niños con parsimonia. *Despacio. Muy despacio.*

Estaba a punto de saltar por encima del capó del todoterreno cuando un fuerte brazo me agarró por la cintura y Clarence me arrojó sobre su hombro como si fuera un saco de harina.

—Eres más peligrosa de lo que pensaba —refunfuñó, esquivando dos coches de un brinco mientras me cargaba a cuestas.

Le clavé las uñas en los hombros, duros como piedras. Si no hubiera tenido tanto miedo de caerme, habría soltado un exabrupto.

—¡Clarence! ¡Puedo andar sola! —rugí.

Dejamos atrás el aparcamiento y salió a la carretera que llevaba al centro comercial, mientras los transeúntes nos lanzaban miradas divertidas.

—Ya sé que *puedes* —dijo, soltándome por fin en la zona verde junto a la calzada—. Pero siempre acabas metiéndote en problemas.



Capítulo 23

Alba

Caminamos a oscuras junto a la carretera, resguardándonos de los raudos vehículos tras los arbustos. Clarence me preguntó por lo menos veinte veces si estaba bien. Al final lo convencí de que no me pasaba nada, pero siguió mirándome con preocupación, como si se sintiera culpable por lo ocurrido.

—¿Por qué no podemos llamar a un taxi como las personas normales? —farfullé. Me estaba cansando de andar y aún faltaba un buen trecho—. ¿Es que los vampiros tienen prohibido ir en coche?

Ya había pasado la hora de la cena; estaba cansada, tenía hambre y... aunque no quisiera admitirlo, me dolía todo. Se me había vuelto a abrir la brecha sobre la ceja y sentí la sangre chorrear lentamente sobre un ojo. Me apreté un pañuelo de papel contra la frente. Esperaba no necesitar puntos de sutura.

—Los vampiros podemos usar vehículos como el resto de la gente. Pero tienes la cara y la ropa empapadas de sangre y no quiero que el taxista llame a la policía —respondió Clarence con pesar, deteniendo la marcha para observarme por enésima vez.

Me toqué la frente y la noté magullada y pegajosa.

—¿Seguro que no te duele? —preguntó, apartando la mirada de la sangre fresca.

—No mucho. Es solo un rasguño. —Cogí otro pañuelo y me froté un poco—. ¿Mejor ahora?

Entrecerró los ojos.

—Sigue pareciendo que te han dado una paliza, pero ya no pareces una superviviente del apocalipsis zombi, si eso te consuela.

Refunfuñé un poco, reprimiendo la risa.

—¿Es verdad que los vampiros pueden curar heridas? —pregunté con cautela, sentándome a descansar en la hierba seca. De vez en cuando pasaba un coche y sus faros nos iluminaban por un instante.

Clarence suspiró y se agitó un poco, como si mi pregunta lo incomodase.

—Es cierto. En parte.

—Entonces, ¿por qué no haces esa magia tuya para que podamos llamar a un taxi y ahorrarnos dos horas de caminata? Si me pongo la chaqueta no se verán las manchas de debajo.

—Para eso preferiría llevarte a cuestas —dijo, cruzándose de brazos con obstinación.

Ese día llevaba puestos unos pantalones y una camisa normales y hasta podría haber pasado por un mortal bajo la luz de la luna.

—De eso nada. El Paleolítico ya pasó, Clarence.

Se rio suavemente, pero negó con la cabeza. Desalentada, tiré de los mechones que se habían escapado de mi cola de caballo, remetiéndolos distraídamente en la goma elástica.

—Sigo sin entender por qué no puedes curarme el corte.

Frunció el ceño y tomó asiento a mi lado, apoyando los brazos en las rodillas.

—Porque sería incómodo para ambos.

Algo en su tono me dijo que no quería dar más explicaciones.

Recordé el día en que aquellos hombres me habían atacado en la calle y cómo había murmurado unas palabras mágicas para hacerles olvidar. ¿Por qué no podía hacer lo mismo con mi herida?

Y entonces se me ocurrió.

—Oh —exclamé. Sus ojos habían empezado a brillar con aquella luz roja extraña y un tanto feroz—. Esto no funciona con palabras mágicas, ¿verdad?

—No.

Su voz sonaba ronca y él seguía evitando mi mirada.

—Vale, da igual.

Recordé cómo me había rechazado la última vez en el parque y me dejé caer hacia atrás, sin fuerzas. Tal vez fuese mejor callar. De todos modos, el mundo entero se había empeñado en advertirme en su contra, aunque él nunca hubiera corroborado aquellas macabras historias con sus actos.

—Caminaré —dije—. No pasa nada.

Me sujetó con la mano cuando empecé a incorporarme.

—Espera —susurró, tomándome del brazo—. Lo haré. Pero quédate completamente quieta. No te muevas ni una pulgada, ¿entendido?

Asentí con la cabeza y contuve la respiración. Clarence se me acercó, con la actitud distante de un médico a punto de auscultarme. Me puso las manos en las sienes y me atrajo hacia él mientras me sentaba delicadamente en la hierba.

—Cierra los ojos. Y no te muevas. *Nada. En absoluto* —dijo en un tono autoritario.

Obedecí, mareada por su cercanía y su olor a bosque. Sus labios gélidos comenzaron a recorrer mi frente y su lengua rozó mis cejas. Me sentí desfallecer. El olor a sangre empapó el aire y sospeché que no era solo la mía. Su piel me hizo cosquillas, deslizándose por la línea de mi cabello hasta mis sienes y de ahí hasta la comisura de mis labios.

El tiempo se detuvo.

Sentí que la brecha de mi frente ardía por un instante y de pronto el dolor se desvaneció, sustituido por una irresistible ola de placer.

Recordé sus órdenes de permanecer quieta y luché contra el impulso de retorcerme entera bajo su roce. Una oleada de escalofríos reprimidos comenzó a acumularse en el fondo de mi pecho, como una bocanada de vapor atrapado.

Cuando abrí los ojos, me estaba mirando con anhelo, sus colmillos claramente visibles bajo la luz de la luna. Mi sangre aún manchaba sus labios. Retrocedí de un brinco, asustada por su expresión y los puntos rojos que brillaban en su mirada.

Clarence bajó la vista y se levantó de la hierba. Con una exhalación irregular y profunda, se apartó de mí y me dio la espalda.



—¿QUÉ FUE LO QUE PASÓ en la tienda? —me preguntó Clarence.

Le di un bocado al falafel que había comprado en un puesto libanés cerca de Saint Anne. Acabábamos de bajar del taxi e íbamos de camino al cementerio, mientras yo me terminaba mi cena para llevar.

—Leí en voz alta el hechizo que me dio Jean-Pierre e hice volar por los aires una ventana —dije, limpiándome un churretón de salsa con una servilleta de papel—. Fue... increíble. ¡Y eso que lo leí mal! ¿Te imaginas? ¡Pero funcionó de todos modos!

—Impresionante —dijo, sumido en sus pensamientos—. ¿Y esas mujeres? ¿Qué querían de ti?

—No lo sé. —Ladeé la cabeza, intentando adivinar cuánto habría averiguado Clarence por su cuenta—. Creo que eran brujas. De las de verdad, no como yo. —Me reí—. No me dijeron mucho, pero querían que me fuera con ellas. También querían que les dijese dónde está El Claustro.

—Justo lo que temía —murmuró, metiéndose las manos en los bolsillos de sus pantalones grises.

Pensé en preguntarle por Julia, como habían sugerido las brujas, pero al final decidí no hacerlo. Primero leería su diario; a lo mejor podía averiguar por mi cuenta lo que le había sucedido realmente.

—Dime, cuando estuviste con Jean-Pierre... —dijo Clarence, girándose para mirarme a los ojos—, ¿te dijo algo más? ¿Algo... interesante?

Lo miré con desconfianza.

—¿Acerca de tus cuadros?

Bajó la mirada y asintió.

Me quedé callada.

—¿Estás muy cansada? —dijo de pronto.

—La verdad es que no. Me siento mejor ahora que he cenado. Y la frente ya no me duele.

Intenté no sonrojarme, pero nada más decir aquello sentí el rubor en las mejillas.

Clarence sonrió. *Se había dado cuenta.*

—Excelente —dijo—. Porque me gustaría mostrarte algo.



SUBIMOS A OTRO TAXI y esta vez, Clarence le dio al conductor una dirección en el centro histórico. Este asintió y se puso en marcha. Nos sentamos juntos detrás, nuestras piernas casi tocándose. Fingí que no me importaba cada vez que su rodilla rozaba la mía con cada curva de la carretera.

El coche se encaramó por un camino sinuoso que conducía a la cima de Magdalene Hill, un pequeño montículo que se elevaba sobre los edificios más antiguos de Emberbury. En la cumbre se encontraba la iglesia de Santa María Magdalena, una construcción neogótica que dominaba el barrio histórico. Hordas de turistas se agolpaban para admirarla cada verano, pero en todos mis años en Emberbury, nunca había encontrado tiempo para visitarla por dentro.

—¿Me llevas a una iglesia? —pregunté, enarcando una ceja—. ¿A una iglesia católica?

Lo último que había esperado para terminar la noche era asistir a la Misa del Gallo con un vampiro de orígenes protestantes.

—Sígueme, Isolda —dijo, guiñando un ojo mientras me tomaba de la mano.

Volvía a estar de buen humor, lo cual era un alivio. Después de aquella última cena en El Búho de Medianoche, había estado muy raro y yo me había pasado días evitándolo. En parte por las revelaciones de Jean-Pierre y

Francesca, pero sobre todo a causa del proyecto de electrificación, que había absorbido la mayor parte de mi tiempo.

Clarence llamó suavemente a la puerta de la sacristía. Al cabo de un rato se oyeron unos pasos pesados procedentes del interior. Un hombre corpulento, posiblemente el ujier, abrió la puerta con expresión de aburrimiento. Su rostro se tornó en una sonrisa en cuanto reconoció a Clarence.

—¡Pero si está aquí mi viejo amigo! ¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo, haciéndonos pasar.

—Buenas noches, Quasimodo —dijo Clarence, depositando una generosa propina en la mano del hombre al estrecharla—. ¿Podrías abrirnos el campanario, por favor? Estamos estudiando las aves nocturnas de la ciudad y necesitamos una vista mejor.

Ambos se rieron por lo bajo y yo me quedé mirándolos como un pasmarote.

—¿Con compañía esta vez? Esto es nuevo... pero bueno, al menos tienes buen gusto para elegir tus... *objetos de estudio*. —Quasimodo nos hizo seguirle hasta una estrecha escalera de caracol. Sacó una llave de su riñonera y se la dio a Clarence—. A partir de aquí seguís solos. Estaba viendo un partido. Deja las llaves en el altar cuando os vayáis, ¿vale?

—Por supuesto —dijo Clarence, dándole una palmadita en la espalda.

—Y tú cuídate, chica —murmuró el ujier al pasar por mi lado, evitando que Clarence lo oyera. Una mirada de advertencia pasó fugaz por su rostro y al momento desapareció por una portezuela, al otro lado de la iglesia. Clarence me guio de vuelta a la nave central, en dirección al altar.

—Santa María Magdalena —dijo, señalando una hermosa representación de la Virgen, situada en el centro del ábside—. ¿Conoces la historia?

Sacudí la cabeza.

—Mis padres no eran muy religiosos, si te soy sincera.

—Dicen que, cuando Jesús la conoció, tenía siete demonios dentro —explicó, estudiando el cuadro con afección. Este mostraba a María Magdalena como una joven delicada, con el pelo rubio y vaporoso. En torno a su cabeza flotaba un delicado halo de estrellas. En la mano sostenía una exquisita copa dorada.

—Y dicen que Jesús estaba enamorado de ella —añadí, más que nada porque era la única parte que me sabía.

Clarence sonrió y me observó con repentina calidez.

—Eso dicen —musitó sin dejar de mirarme.

—Siete demonios son muchas criaturas para llevarlas a cuestras —añadí—. Yo solo tengo dos y siempre termino agotada.

—*Hmm* —murmuró, ignorando mi broma y agarrándome del brazo—. Vamos al campanario. Podemos hablar de nuestros demonios arriba.

En cuanto empezamos a subir los escalones, constaté que debía de haber *cientos* de ellos. Tras los primeros veinte, tomé nota mental de que necesitaba desesperadamente empezar a hacer ejercicio. Llegó un momento en el que no pude más. Me apoyé en las paredes de piedra y traté de distraer a Clarence charlando, para ver si reducía el ritmo.

—¿Quasimodo? —dije, observando que él seguía fresco como una rosa—. No me creo que se llame así de verdad.

—En realidad no... —concedió—. Pero... ¿no sería magnífico?

Rio y me arrastró escaleras arriba, ignorando mis gruñidos de protesta.

Cuando llegamos al final, yo jadeaba como un caballo de carreras. Clarence ni siquiera respiraba y sentí una profunda punzada de envidia.

Ante nosotros apareció una pequeña sala octogonal con cuatro ventanas en forma de flor. Una enorme campana de bronce colgaba sobre nuestras cabezas.

—Por aquí —dijo, señalando la ventana más cercana.

Me incliné sobre el alféizar, calculando mentalmente la altura y cuántos segundos me llevaría estrellarme contra el suelo de hormigón. *La raíz cuadrada de 60 metros dividida por la fuerza de gravedad...* probablemente no mucho tiempo.

Al otro lado de la ventana había un tejado inclinado de chapa metálica, que terminaba abruptamente a unos metros de nosotros.

—Venga, subamos al tejado —dijo Clarence, metiendo la cabeza por la abertura, que no tenía cristal.

—Ya he saltado por la ventana de un baño esta noche, así que paso, gracias. No me apetece romperme el cuello paseándome por esa chapa resbaladiza.

Me pregunté si todo aquello era un plan malvado para chuparme la sangre y matarme. Si parecía un accidente, no contaría como un asesinato en las estadísticas de Elizabeth.

—Alba, he estado aquí cientos de veces y aún sigo vivo. —Sacudió la cabeza—. Está bien, tal vez no exactamente *vivo*, pero sabes a qué me refiero.

Me mordí el labio, tratando de convencer a mis reacias articulaciones para que saltasen por *otra* ventana.

—Si me muero, por favor, asegúrate de encontrar algún pariente lejano que cuide de mis hijas. No me gustaría que se quedasen con Mark para

siempre...

—Olvídate de Mark —murmuró Clarence, mientras se escurría con elegancia por la ventana y me esperaba sobre el tejado. Me tendió la mano y la tomé. Temblando, pasé primero una pierna y luego la otra.

Por el momento todo iba bien.

Más o menos.

Estaba de pie en el tejado de una maldita iglesia y mis piernas acababan de convertirse en hormigón armado. Por mucho que intentara dar un paso, se negaban a obedecerme.

—Ese es mi sitio favorito —dijo Clarence, señalando el borde del techo y saltando hacia este como un gigantesco palomo—. Vamos, sígueme.

Suspiré.

—Ni loca.

—Vamos, dame la mano.

—Vale. A la mierda todo —mascullé, ordenando a mis pies que se movieran. La ceja arqueada de Clarence me dijo que debía de haberme oído, pero ya no me importaba lo que pensara de mis modales; en los próximos dos minutos iba a resbalarme y morir. Al menos, mi cuerpo descansaría automáticamente en tierra sagrada. No todo eran desventajas.

—Se me olvidó decirte que tengo un poco de miedo a las alturas —dije, aferrándome a su ropa como a un salvavidas.

—¿No decías que querías volar sobre la ciudad como un cuervo? —Mis manos se habían vuelto escurridizas del sudor, pero él me sujetó con fuerza—. *Lo de los pájaros*, como tú lo llamas.

Sí, pero no esperaba que me arrastraras a un tejado para hacerme una demostración.

—Sí, bueno, pero una descripción verbal me habría servido también...

—No se puede divisar el mundo desde arriba y tener miedo a las alturas al mismo tiempo. No es compatible. —Me miró a los ojos, apretando mi cuerpo contra el suyo mientras pasaba un brazo por mi cintura y me abrazaba contra sí—. Confía en mí, Alba. Estás a salvo conmigo.

Pues todos me dicen lo contrario.

Clarence avanzó por el tejado metálico, calculando meticulosamente cada paso, ahora que me guiaba a mí también. Intenté pisar justo donde él lo hacía, aunque mi único deseo en ese momento habría sido tumbarme y llorar.

Por fin llegamos al borde y me ayudó a sentarme, con los pies colgando como helechos sobre la ciudad.

—Los sitios altos... —Respiré hondo y tragué saliva, luchando contra mi instinto, que me urgía a arrastrarme de vuelta al campanario—. Siempre me mareo. Me gusta sentir la tierra firme bajo los pies.

—Despegar siempre es un poco intimidante —dijo mientras asentía—, pero una vez que estás en el aire, todos los problemas se ven mucho más pequeños. —Pasó un brazo por encima de mis hombros, sosteniendo mis manos con el otro. Estaba frío, pero agradecí el contraste con el bochorno veraniego—. Ahora dile a tu cerebro de ingeniero que deje de calcular la altura y límitate a contemplar las maravillas que tienes delante.

Resoplé. ¿Me había leído la mente? Señaló las luces de la ciudad brillando como cientos de pequeños diamantes.

—Si fueras un pájaro, ¿cuál serías? —me preguntó con voz soñadora.

—Un avestruz, supongo —gruñí.

Clarence se rio tan fuerte que temí que nos arrastrara a ambos al abismo.

—Me gusta tu sentido del humor, Andersson. Me hace olvidar mi propia miseria.

Sonreí. La vista era impresionante, con un cielo nocturno asombrosamente despejado que me permitía ver hasta mi antigua casa, donde había vivido con mi abuela en las afueras de la ciudad.

—Cuando vivíamos en Europa —musité, recordando mi infancia en Portugal—, mis padres me llevaron a muchas iglesias antiguas. Algunas tenían más de mil años. Me gustaba mirar las cúpulas gigantescas y preguntarme cómo se las arreglaron para construirlas sin las máquinas que tenemos hoy.

—Tenían tiempo —dijo encogiéndose de hombros—. Un recurso escaso hoy en día.

Asentí con la cabeza y nos quedamos en silencio durante un rato, disfrutando de la recluida paz de Magdalene Hill.

—Esta vista es preciosa —dije, tomando una respiración profunda—. Gracias por traerme.

Clarence agachó la cabeza y me escrutó con detenimiento.

—En realidad, no te traje aquí para enseñarte las vistas, sino el retablo del altar.

—Ah, sí, también era muy bonito. María Magdalena. No sabía que fueras creyente.

—Lo era, pero ya no lo soy. —Bajó los ojos y estudió mis dedos, trenzándolos con gentileza—. Pero esa imagen en concreto es especial. Era mi madre.

Sonreí con sarcasmo, enarcando una ceja.

—¿María Magdalena era tu madre?

—No. —Sacudió la cabeza con total seriedad—. Yo pinté ese retrato. La modelo fue mi madre, Rose.

—De entre todos tus cuadros, ese es sin duda mi favorito —dije sinceramente—. Es... es extraordinario.

Aquel retablo no mostraba rastro alguno de la desesperanza y la tristeza que mostraban los de la galería de El Claustro. Los colores eran suaves y etéreos y María Magdalena parecía un ángel terrenal, con su largo cabello dorado y sus tiernos ojos azules.

Clarence continuó en voz tan baja que me pregunté si hablaba solo para sí.

—Era fiel a su nombre: Rose. La mujer más hermosa que he conocido. Cariñosa, apacible... pero tan delicada también. Mi padre la quebrantó por completo. Y luego yo... —su voz vaciló—, yo terminé de romperle el corazón.

Me apoyé en su costado, sintiendo que temblaba suavemente.

—Lo siento, Clarence.

—Fue culpa mía. Todo fue culpa mía...

—¿Fue antes de que tú...?

—¿Antes de que me convirtieran? —Se pasó los dedos por su oscuro y largo cabello—. No. Empezó antes. Ella murió después. Para entonces ya lo sabía.

—Lo siento mucho —repetí, falta de palabras.

Nos quedamos sentados, abrazados, mientras las luces de los coches se difuminaban en líneas rojas y amarillas en la distancia. Quería reconfortarle, decirle que no había sido culpa suya. Pero sabía demasiado poco. Así que me quedé a su lado y guardé silencio hasta que su cuerpo se aflojó y se desplomó suavemente contra el mío.

—Cuando estoy volando —murmuró, acariciando mis manos con sus largos dedos—, todavía puedo ver el sol. Puedo admirar todas las cosas bellas, pero no puedo tocar ninguna. Ya no formo parte de ese mundo.

—Tranquilo, no te pierdes mucho. —Le di un suave codazo.

—¿Tú crees?

—Ajá. —Asentí con la cabeza—. *La hierba siempre es más verde en otro jardín...*

—Pero es que *es* más verde —protestó y una leve sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios mientras me observaba fijamente—. Y más cálida. Y mucho más... —Me rozó la coronilla con la punta de la nariz— cautivadora.

Me sonrojé y desvié la mirada.

—Dicen que los vampiros pueden hechizar a las mujeres con sus encantos.

—¿Sí? —dijo con voz ronca—. Nunca he oído hablar de eso. Pero se rumorea que las brujas saben preparar pociones de amor.

—Pues no seré yo.

—Entonces debe de ser otra cosa —murmuró y sus labios se deslizaron por mi pelo, mordisqueándome suavemente la oreja.

Sentí sus colmillos deslizándose hasta el pliegue de mi cuello y me estremecí cuando sentí la afilada punta punzando mi piel. Él notó mi sobresalto y se inclinó levemente hacia atrás, apoyando su mejilla contra la mía, expectante. Sus misteriosos ojos granates me hipnotizaron, mientras una corriente eléctrica me recorría desde el pecho hasta la punta de los pies.

—Sí. Debe de ser otra cosa —susurré casi sin aliento y lo atraje contra mí.

Nuestros labios chocaron y sus colmillos me acariciaron la punta de la lengua. Un torrente de energía recorrió mi cuerpo y Clarence gruñó con una necesidad imposible de contener por más tiempo.

Puede que me hubieran besado antes, pero aquel primer beso con Clarence se convertiría en el verdadero primer beso de mi vida. Jamás sentí tal euforia como en el momento en que por fin cedimos a aquel impulso que nos consumía por dentro, rindiéndonos ante él, mientras la ciudad se rendía a nuestros pies.

Extasiada y aturdida, me abandoné a la simple felicidad de solo *ser*, mientras mis labios se fundían con los suyos y nos disolvíamos en aquella unión lánguida y apasionada sobre los tejados de Emberbury.



Capítulo 24

Alba

La semana siguiente se esfumó sin darme cuenta, mientras me dedicaba al papeleo de Elizabeth y daba los últimos toques a los planos eléctricos de El Claustro. La ayuda de Clarence y Jean-Pierre resultó inestimable para el proyecto. Clarence me ayudó a medir las laberínticas catacumbas y puso en práctica sus dotes artísticas, dibujando docenas de planos con tinta y plumín. Jean-Pierre resultó ser un matemático sorprendentemente bueno, capaz de resolver de cabeza multiplicaciones de cinco dígitos y recitar cualquier texto de física desde Galileo hasta Einstein.

Los tres nos pasamos los días en la biblioteca, planeando y calculando. El comportamiento de Jean-Pierre no volvió a mostrar rastro alguno del percance con el Hada Verde. Había vuelto a ser el bibliotecario satisfecho que yo conocía y lo único que consumió delante de mí fue vino, por lo cual le estuve agradecida.

En cuanto a Clarence, siguió tan amable y cortés como siempre, pero no volvió a mencionar nuestro beso en lo alto de la iglesia de Santa María Magdalena. Al cabo de unos días, la distancia entre nosotros creció tanto, que solo nos quedaron las conversaciones profesionales y empecé a preguntarme si aquella velada sobre los tejados de la ciudad habría sido producto de mi imaginación.

Sin embargo, la forma en que se estremecía con cada uno de nuestros roces accidentales alimentaba mis sospechas de que él, al igual que yo, aún no había olvidado aquella noche. Cada vez que cerraba los ojos revivía aquel momento y me quedaba embelesada, mirando al vacío hasta que alguien venía a sacarme de mis ensoñaciones.

Encargué la mayoría de los suministros eléctricos a la casa de Westside Avenue y, según el proyecto se acercaba a su conclusión, sentí que mi vida por

fin tenía un propósito. Quizás, después de todo, no tendría una lápida en blanco. Ahora mis herederos podrían grabar algo en ella, como por ejemplo:

«Aquí yace la mujer que llevó una conexión eléctrica ilegal a un nido de vampiros que ni siquiera la necesitaban».

No sonaba muy heroico, pero al menos era original.

Lillian y Alonso, los miembros más esquivos del clan, eran los que menos entusiasmados parecían. Se quejaron un par de veces del innecesario riesgo de ser descubiertos, pero una vez que Elizabeth me dio su bendición —sobre todo tras enseñarle a leer libros electrónicos y hacer transferencias bancarias por Internet—, se mantuvieron al margen y observaron el proceso, con respetuosa indiferencia. Francesca siguió tan estafalaria como de costumbre, con su particular mezcla entre rígida maestra de escuela y vampiresa caprichosa, pero se desvivía por entretener a mis hijas y enseñarles cosas útiles, desde música hasta ajedrez e incluso algunas palabras en italiano. Muchas veces compartíamos la biblioteca, lo que me permitía pasar tiempo con las niñas y trabajar al mismo tiempo.

Una vez que terminamos con los dibujos y los cálculos, llegó la parte más emocionante. Informé a mi pequeño equipo de que había llegado el momento de perforar un estrecho túnel bajo el parque de Saint Anne, entre las catacumbas y las zanjas de alumbrado. Los vampiros se volcaron con devoción a los trabajos de excavación y tras un par de noches y varios intentos, consiguieron acertar y terminar nuestro túnel en el lugar adecuado, sin dañar la red pública.

—Solo falta un pequeño detalle —les dije, atormentada por cierta complicación que no era capaz de resolver—. No hay forma de desconectar la corriente en la línea principal, así que no tengo ni idea de cómo vamos a conectar nuestros cables a ella.

—No lo entiendo. ¿Cuál es el problema? —preguntó Jean-Pierre, quitándose restos de tierra de su pálida frente. Clarence y él se habían pasado toda la noche trabajando en el túnel, pero ninguno parecía cansado en lo más mínimo.

—¿Lo preguntas en serio?

Trepé a una escalerilla y me asomé a la estrecha abertura circular que habían excavado, sintiéndome el peor ingeniero de la historia. Clarence se apresuró a sujetar la escalera y yo sonreí ante su incansable caballerosidad, que a veces llegaba a ser un poco irrisoria.

—No sé, tú redactaste el proyecto —dijo Jean-Pierre— ¿No se te ocurrió antes?

Me daba demasiada vergüenza admitir ante Jean-Pierre que jamás me había parado a resolver esa cuestión.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —preguntó Clarence con el ceño fruncido, ofreciéndome una mano para bajar y causando aquel típico hormigueo allá donde sus dedos me rozaron.

De algún modo, había esperado que el problema se resolviera mágicamente.

—Pueden pasar muchas cosas y ninguna es buena. Podríamos causar un apagón en media ciudad. O una enorme explosión. O, en el peor de los casos, alguien podría acabar muerto.

—Define «muerto». —Jean-Pierre hizo una mueca, mostrando sus blancos y brillantes colmillos—. Me llevo bien con la Muerte, en general.

Me sacudí el polvo de los pantalones de chándal.

—Si tocas un cable de alta tensión, la corriente te atravesará el cuerpo y te dará una descarga que a su vez hará que se te pare el corazón —expliqué, tratando de no sonar agorera.

—Me recuerda a cuando alcancé la iluminación espiritual en el Monte Athos, tras seis meses de ayuno y oración. Solo que más rápido —dijo Jean-Pierre con despreocupación—. No hay problema, me ofrezco voluntario, solo dame instrucciones.

Me crucé de brazos, dudando sobre la forma de proceder.

—No estoy segura. Tal vez deberíamos dejarlo por el momento y buscar otra solución.

Hojeé mis apuntes, investigando cómo conectarnos a la red sin hacer volar media ciudad y a nosotros con ella.

Mientras tanto, sonó mi teléfono, con un número oculto, y me excusé en un rincón oscuro de los pasillos para atender la llamada.

—¿Diga? —Tenía las manos llenas de polvo, y dejé marcas blancas por todo el teléfono.

—¿Dónde coño estás y por qué no me coges el teléfono?

—Oh, hola, Mark, yo también me alegro de hablar contigo —dije, poniendo los ojos en blanco y maldiciéndome por haber respondido a un número oculto.

—Los papeles del divorcio están esperando. ¿Cuándo piensas traer tu culo hasta aquí y firmarlos?

—Te lo dije. El uno de julio. La semana que viene, ¿de acuerdo?

—Trae a las niñas. Se quedan conmigo hasta nuevo aviso. ¿Entendido?

Permanecí en silencio, sin saber qué decir. Probablemente no tenía ningún derecho legal a mantener a las niñas escondidas indefinidamente, pero no tenía ningún deseo de entregárselas a Mark para que hiciera lo que quisiera con ellas.

—Pensé que tenías mucho trabajo. ¿Cuándo vas a ocuparte de ellas? ¿Cuándo vuelvas a casa, a las diez de la noche?

—Eso no es tu problema.

—No, en realidad *es* mi problema. Me gustaría asegurarme de que están bien atendidas. No pueden estar solas durante la mayor parte del día o, peor aún, a la merced de un loco que se vuelve violento cuando se enfada.

—¿Me estás acusando de lo que yo creo? —gruñó Mark.

—No sé. Pensé que eras tú el experto en terminología legal.

De repente, contestarle a Mark con asertividad se había vuelto un poco más fácil. Estar lejos de él y sentirme útil por primera vez en años parecía tener buen efecto sobre mis estresados nervios.

—Disfruta de los últimos días de tus vacaciones, *cariño* —siseó, repitiendo su amenaza—, porque la próxima vez que veas a esas niñas va a ser en sus fotos de graduación.

Y luego colgó.

Maldita sea. Todavía le tenía terror a Mark, pero no pensaba dejar que sus amenazas me estropearan el resto del día. Cerré los ojos y esperé a que los latidos de mi corazón se normalizaran antes de volver con los vampiros.

Un fuerte golpe llamó mi atención y me di cuenta —demasiado tarde— de que Jean-Pierre se había subido a la escalerilla con unos alicates y los bolsillos repletos de componentes eléctricos. Se había atado un trozo de alambre al tobillo y lo había fijado a las paredes de roca del túnel, para utilizarlo como una especie de toma a tierra improvisada. Clarence esperaba abajo, sujetándole la escalera con una mano y animándole con la otra.

—¡Esperad! —chillé, corriendo hacia ellos—. ¿Qué hacéis? ¿Os habéis vuelto locos?

Clarence me guiñó un ojo y Jean-Pierre directamente me ignoró. Metió una mano en la zanja por encima de su cabeza y se volvió hacia Clarence.

—¿Listo? —gritó Jean-Pierre desde arriba.

—¡No! —Agité los brazos como un señalero de aeropuerto, en un intento inútil de detenerlos.

—¡Siempre listo y a su disposición, hermano Mercier! —respondió Clarence, agitando el puño—. ¡A por ellos!

—¡No, ni se os ocurra! —vociferé, a punto de morir de ansiedad. Un pesado destornillador eléctrico se le cayó a Jean-Pierre de las manos y logró saltar hacia atrás justo antes de que me golpeara en la cabeza.

—Uy, lo siento —se disculpó Jean-Pierre.

—¡Un poco más de cuidado, Mercier! —protestó Clarence, mientras le lanzaba de vuelta el destornillador y me frotaba los hombros con cariño—. ¡No aniquiles a mi mortal favorita! ¡Voy a seguir necesiéndola cuando terminemos!

Jean-Pierre introdujo ambas manos en el agujero de encima y palpó las paredes del túnel con los ojos cerrados.

—No te preocupes, Isolda —dijo Clarence en tono tranquilizador—. Jean-Pierre se leía todos tus documentos por las noches mientras dormías. Dice que las probabilidades de fallar son solo del treinta por ciento.

—¿Un treinta por ciento? —exclamé, estirándome del pelo con desesperación— ¡Eso es una barbaridad!

—Dejemos los pequeños detalles estadísticos para luego —dijo Jean-Pierre—. Estoy a punto de hincarle el diente. Pinchando la serpiente en: tres, dos, uno...

El vampiro de pelo blanco empezó a agitarse salvajemente, haciendo tambalear la escalera. Su cuerpo se contorsionó y la cabeza se le cayó hacia atrás. Los dientes le rechinaron con tanta fuerza que pensé que se le convertirían en polvo.

Cuando por fin dejó de temblar, su voz sonaba como si fuera montado en un tren desvencijado por un camino lleno de baches.

—¡Hecho! —Aplaudió, mientras el cómico temblor de su voz se iba desvaneciendo—. ¡Estamos oficialmente conectados a la red!



NUNCA LLEGUÉ A SABER cómo se las arregló Jean-Pierre para conectar nuestro cable sin provocar el peor cortocircuito de la historia de Emberbury, pero aquello nos permitió continuar con la distribución necesaria para llevar la luz a los espacios principales de El Claustro. Los tres trabajamos en equipo, perforando, midiendo y atornillando luminarias y enchufes a los muros de piedra. Terminamos de tender los cables rápidamente y sin mucho esfuerzo. Aquellos fueron días dichosos y emocionantes, y me pillé a mí misma sonriendo más a menudo de lo habitual. Seguramente fueron los mejores que había vivido en muchos, muchos años.

Un día, después de desayunar, cuando casi habíamos terminado de instalar las tomas de corriente y las luminarias y acababan de entregarnos las últimas

cajas de bombillas, dejé a mis hijas cosiendo sombreros de bruja con Francesca y fui a reunirme con Clarence en la sala de conferencias.

Lo encontré en medio del pasillo, con un destornillador amarillo en la mano. Parecía que estaba a punto de utilizarlo como varita mágica para sacar un conejo de su chistera.

—¿Por qué demonios te has puesto un sombrero de copa para ir a atornillar enchufes? —pregunté, estudiando con desaprobación su elección de atuendo.

—¡Porque hoy es el gran día! —exclamó alborozado. Se había puesto hasta un corbatín, pero, curiosamente, se le había olvidado abrocharse el botón superior de la camisa—. ¿No era hoy cuando probábamos la instalación?

—Sí, buena idea —dije, sacudiéndome un poco para dejar de pensar en ese inquietante botón desabrochado, que mostraba parte de su pecho perfectamente esculpido y entorpecía mi pensamiento—. ¿Por dónde empezamos?

—Por el interruptor principal, ¿no? —dijo, pestañeando.

Por supuesto, por dónde si no.

Habíamos instalado la caja de fusibles en la sala de conferencias, detrás de un cuadro de Sansón y Dalila. Cuando entramos, el lugar estaba silencioso y vacío. Jean-Pierre había salido de caza y aún no había regresado y tampoco había rastro de los demás vampiros, que debían de haberse retirado a sus habitaciones para que pudiéramos trabajar en paz.

Elizabeth me había permitido derrochar en una gigantesca lámpara de araña para la sala principal de El Claustro; una maravilla de cristal tallado a mano, con ocho brazos y cientos de cuentas facetadas, que colgaban en elegantes cascadas sobre la mesa de conferencias. Pero hasta aquel momento, todavía no habíamos podido encenderla, de modo que parecía una triste araña negra pegada al techo, proyectando tenues sombras sobre los humildes candelabros.

Puse la mano sobre el interruptor de la luz y Clarence me hizo una señal para que esperara. Se puso a mi lado, me apretó la mano con cariño y apagó todas las velas, dejándonos a oscuras.

—¿Harás los honores, Isolda? —susurró, mientras su brazo encontraba mi cintura y me apretaba contra él en la oscuridad absoluta.

Nerviosa, inspiré y pulsé el botón.

Y, por supuesto, no pasó nada.

—No funciona —suspiré con decepción—. La historia de mi vida.

—Creo que se nos ha olvidado darle al interruptor principal —dijo Clarence, aclarándose la garganta.

Caminó hasta el otro extremo de la habitación y trasteó con el cuadro eléctrico. Seguramente podía ver a oscuras mucho mejor que yo.

—Prueba ahora —dijo, volviendo a mi lado y posando una mano en mi hombro.

Un fuerte estallido me sobresaltó y todas las bombillas de la lámpara de araña comenzaron a brillar al unísono, zumbando con un delicioso rumor eléctrico.

—¡Sí! —Aplaudí y lo abracé para celebrarlo, bailando alegremente por la habitación mientras las cuentas de cristal bañaban las paredes con cientos de arcoíris. Su sombrero salió volando, pero no pareció importarle.

—¡Hágase la luz! —dijo Clarence, mirándome con ojos llenos de orgullo.

—*Y la luz se hizo* —terminé, radiante de felicidad.

—Y fue como magia —añadió, besándome la coronilla—. Tienes mucho talento, querida.

—¡Gracias! —respondí, hundiendo mi barbilla en su pecho y manteniendo nuestro abrazo celebratorio durante más tiempo del necesario. Vacilante, esperé a que fuera él quien lo rompiera. Pero en lugar de dejarme ir, hizo que nuestras caderas se juntaran, empujándome suavemente hacia sí con un hábil movimiento de rodilla. Para entonces, todo mi cuerpo se estremecía por su proximidad.

Mis manos buscaron su nuca, como guiadas por una fuerza exterior, y rastrillé con urgencia su pelo azabache salpicado de plata. Me perdí en su aroma a óxido y pinos. Inspiró una sola vez y su espalda creció, sólida y fuerte bajo mis brazos, tan amplia que las puntas de mis dedos no se tocaban al abrazarlo. Nuestras piernas se entrelazaron, como dos ramas de hiedra creciendo juntas. Cada parte de nuestros cuerpos parecía encajar a la perfección en un rincón del otro y mis labios se cerraron finalmente sobre los suyos.

Clarence me levantó en brazos sin esfuerzo y yo jadeé cuando mis pies se separaron del suelo. Era como volar.

—Mi encantadora Isolda, creo que tu poción ha funcionado —susurró con voz áspera, lloviendo besos sobre mi cuello.

Mi cuerpo se balanceó en señal de confirmación, demasiado mareada para responder. Él inclinó la cabeza y buscó mis ojos, respirando con dificultad mientras sus besos se convertían en suaves mordiscos.

—Ven a mi suite —murmuró—. Deja que te haga el amor. Si quieres.

Asentí con fervor, manteniendo los ojos cerrados para disipar mi aturdimiento.

Mi falda se hinchó como la de una bailarina mientras me sacaba de la habitación girando sobre sí mismo y no estoy segura de cuál de nosotros musitó:

—Pensé que nunca volvería a ver la luz.



NAVEGAMOS POR LOS PASILLOS, Clarence sosteniéndome en sus robustos brazos sin dejar de besarme. Se inclinó para abrir la puerta de su habitación con el codo y mi cabeza dio contra el marco de la puerta, por accidente.

—¡Au! —me quejé, frotándome la coronilla—. Esto no pasa en las películas.

Enarcó las cejas, turbado y me dio un beso en el pelo, sus ojos granates encendidos de pasión.

—Lo siento mucho. He perdido la práctica.

—¿En serio? —pregunté con incredulidad, faltándome la voz. Su mirada se endureció durante un segundo, pero enseguida me distrajo con más besos, usando su mano libre para acariciarme el cuello con reverencia.

Nunca había estado en la suite de Clarence y lo que vi me dejó sin aliento. El espacio era amplio, misterioso e inquietantemente siniestro. Decenas de velas ardían en apliques de latón y las paredes estaban cubiertas de estanterías negras de nogal cargadas de libros. Eran tantos, que había comenzado a apilarlos en filas horizontales y verticales, con el típico caos de los artistas, que los óleos de las paredes solo acentuaban. Las pinturas eran oscuras e inquietantes, aunque no tanto como las que había visto en la galería. Una mesa de dibujo ocupaba el rincón más alejado de la habitación, oculta bajo hojas de pergamino y cartulina, bocetos macabros a medio terminar y utensilios de dibujo de todo tipo, incluyendo acuarelas, óleos y pasteles.

Y luego estaba la cama: una colosal creación en ébano con dosel, semioculta tras pesadas cortinas de terciopelo negro. Las sábanas eran negras y satinadas, ribeteadas con hilo de oro. En torno al dosel, pinturas alargadas decoraban las paredes, salpicadas de tétricas escenas de los pecadores en el infierno.

Tragué saliva, tratando de regresar al presente. Clarence me tumbó con gentileza sobre las sábanas de seda y me cubrió el cuerpo entero con un manto de ligerísimos besos. Suspiré, fundiéndome en un escalofrío de placer y desasosiego. Lo observé con los párpados entrecerrados mientras se

desabrochaba la camisa con urgencia y se aflojaba el corbatín escarlata, mirándome fijamente con aquellos ojos rojos y encendidos.

—¿Quién eres en realidad? —pregunté, agarrándome con desesperación a su cintura. Por más que me esforzaba, no podía conciliar aquel sombrío espacio con la personalidad del hombre que creía conocer.

Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa inocente y se arrodilló sobre la cama junto a mí.

—Lo olvidé hace mucho tiempo. —Me olió el pelo con avidez—. Recuérdame, Alba.

Exhalé, mientras una densa niebla impregnaba mi mente. Lo atraje hacia mí, besando sus labios helados. Se zarandeó en mis brazos cuando mi lengua dibujó el contorno de sus afilados colmillos.

Y después se quedó quieto.

Estático, por un instante.

Sus manos encontraron los botones de mi blusa y empezaron a desabrocharlos con cuidado, como si fueran pétalos de rosa y tuviera miedo de romperlos... *de romperme*. Se movía con gentileza y desesperación a la vez, con el sigilo de un felino.

Me mecí, mientras una brisa invisible me empujaba a izquierda y derecha, como un barco a la deriva. Cerré los ojos, dejándome llevar.

Clarence llegó al último botón y sus labios se detuvieron sobre mi ombligo, haciéndome cosquillas, lamiendo, haciendo todo mi cuerpo estremecer. Sus manos jugaron con el elástico de mi falda, deteniéndose un momento sobre la cicatriz de mi cesárea.

Recordé cuánto la odiaba Mark.

Y al hacerlo, me volví de piedra.

De repente, ya no pude ver a Clarence. Solo quedó aquel inquietante espacio a la tenue luz de las velas, donde aún resonaban los ecos de las doncellas perfectas de su pasado. Me pregunté a cuántas habría llevado allí antes que a mí: cuántas habrían yacido sobre ese mismo lecho aterciopelado durante sus más de dos siglos de vida. Mujeres hermosas y jóvenes, mujeres *sin hijos*. Criaturas impecables, de porcelana, bellezas como Francesca, esbeltas, sin cicatrices, sin escotes arruinados por la lactancia como el mío; seres angelicales que solo habían oído hablar de estrías y caderas sobreabundantes en los cuentos de hadas.

Y luego estaban aquellas manos que acariciaban mi cuerpo... Las mismas manos que habían producido las obras de arte más infernales que el mundo vería jamás.

Quise ignorar el entorno, pero la oscuridad me abrumó. Era demasiado.

«No te dejes engañar por su fachada jovial. Clarence Auberon tiene un lado oscuro que muy poca gente conoce».

«Clarence Auberon será tu muerte y tu perdición».

«¿Por qué no les preguntas por su anterior sirviente bruja? ¿Sabes lo que le pasó?»

Me sentí entumecida. Ciega, muda. No pude soportarlo más. A pesar de mi desesperada necesidad por sentir su cuerpo junto al mío, me aparté. Desgarrada, miserable, asustada.

—No puedo hacerlo —dije, cubriendo mi pecho desnudo con las lustrosas sábanas negras. Deseé poder teletransportarme a un lugar muy, muy lejano—. Lo siento.

Clarence me miró con una mezcla de sorpresa y decepción, pero asintió con la cabeza y retrocedió de inmediato. Cogió su camisa y se la echó por encima con premura.

—No hay nada por lo que disculparse. ¿Te encuentras bien? —preguntó, confuso. Se pasó un dedo por las puntas de los colmillos—. ¿Te he asustado? ¿Te he hecho daño?

Lo miré fijamente, sin poder formar una respuesta coherente. Me abrumaban mis defectos, mi miedo, la sensación de no ser suficiente.

—Por favor, perdóname —susurró con los ojos entrecerrados, claramente incapaz de adivinar los pensamientos que me atormentaban—, si te he molestado de alguna manera.

Sacudí la cabeza.

—No. No eres tú —murmuré—. Pero tengo que irme. —Se levantó, dispuesto a acompañarme, pero extendí la palma de la mano, deteniéndolo, mientras usaba la otra mano para cubrirme con la sábana—. No. Sola.

Clarence hundió los hombros, pero asintió y me pasó mi blusa sin decir palabra. Se puso de espaldas mientras me vestía y yo deseé poder transformarme en cuervo y salir volando de allí, como hacía él a veces.

Abandoné la habitación dejándolo petrificado, sentado en la cama con los codos sobre las rodillas y la camisa a medio abrochar sobre los hombros encorvados. No intentó seguirme.

Mientras cerraba la puerta tras de mí, intenté frenéticamente arreglarme el pelo y alisar las arrugas de mi falda. Debía de parecer una náufraga.

Por supuesto, tuve que toparme con Lillian y Alonso, que salían justo en ese momento de su habitación.

—¿Qué te dije? —se rio Alonso, dándole a Lillian un jugueteón pellizco en la cadera.

—Otra que muerde el polvo —dijo Lillian, evitando una palmada de Alonso con grácil elegancia. Apareció milagrosamente al otro lado de su compañero y comenzó a acariciarle el pecho con exageradas muecas, en un exitoso esfuerzo por molestarme.

—Pobrecita mortal —añadió Alonso con desdén, mientras ofrecía su clavícula a Lillian y ella le mordía con un mohín. Me miró y continuó—: No esperes que él siga siendo tan amable contigo a partir de ahora.

—No se puede comparar con Francesca, ¿verdad? —se mofó Lillian, apoyándose maliciosamente en Alonso. Luego se volvió hacia mí, con sangre en los labios—. Pero claro, somos tan pocos aquí y nos sobra tanto tiempo...

Me cubrí el rostro y corrí a mi habitación, esperando que aquellos dos horribles vampiros no me oyeran cuando rompí a llorar.



Capítulo 25

Alba

Cuando irrumpí en mi habitación, Francesca me miró de reojo y olfateó el aire con sofisticada reprobación. Enderezó sus delicados hombros y tomó un caballo negro de ajedrez entre sus diminutos dedos, después lo alzó y aplastó con él a un pequeño peón blanco, eliminándolo del tablero con un ominoso golpe.

—Ya veo —dijo crípticamente, en vez de saludarme. Levantó a Iris y la retiró de su regazo,

—¿Ya ves *qué*? —le espeté, dando un portazo tan fuerte que hizo parpadear las llamas de las velas.

—Que es hora de que me vaya. —Se encogió de hombros y se levantó, acariciando las cabezas de mis hijas, que había adornado con largos lazos de raso—. Fue un placer conocerlos, mis queridas niñas.

—¿Qué demonios? No nos vamos a ninguna parte.

Francesca parpadeó.

—Por supuesto que no —añadió con voz dulce y ligeramente ofendida, luego miró a las niñas y añadió en voz baja—: Y por favor. Aquí no decimos palabrotas, Alba.

—*Demonios* no es una palabrota. Son criaturas bíblicas —le solté.

—Yo prefiero considerarlos un estado de conciencia, pero quizás sea una manía mía. —Salió al pasillo, su falda barriendo el suelo empedrado tras ella—. Por cierto, Elizabeth vuelve mañana.



DESPUÉS DE QUE SE MARCHARA, agarré a mis hijas y las arrastré fuera de El Claustro. Pasamos el resto del día en la ciudad, evitando la zona de los juzgados donde trabajaba Mark. Comimos pizza y helado y fuimos al cine a ver una película de dibujos animados. Las niñas estaban encantadas con el inesperado día de fiesta y no paraban de cantar, hacer preguntas y alabar a

Francesca. Yo sonreí y traté de pensar solo en aquellas dos pequeñajas que no paraban de brincar a mi alrededor, ajenas a mis preocupaciones.

Tuve cuidado de no regresar hasta después de la puesta de sol, de modo que no nos encontráramos con ningún vampiro en los pasillos; no estaba de humor para lidiar con ninguno de ellos. Una vez que las niñas cayeron rendidas en la cama, satisfechas después de tanta diversión, me acomodé en mi sillón de felpa y comí unas sobras de pizza en silencio. Me puse a leer el diario de Julia, arrullada por el suave sonido de la respiración de mis dos preciosas hijas.

Abrí el cuaderno de Julia por la última página que había leído: la había marcado con la nota de Clarence, aquella con la que me invitó a cenar un día. Suspiré y lancé el marcapáginas sobre la cama, concentrándome en la elaborada caligrafía de Julia. El siguiente pasaje debió de haberlo escrito cuando llevaba ya unos años en El Claustro:

30 de octubre de 1960

Se acerca la noche de las brujas y siento la energía corriendo por mis brazos. Diría que no es nada preocupante ni relacionado con mi salud. No me molesta y, además, también lo sentí el año pasado por estas fechas. Igual que aquella vez con la luminiscencia verde, que nunca logré repetir.

La gente normal solo habla de Kennedy y Nixon, pero a mí eso no me interesa e intento buscar refugio en la librería de Stan Sheen. Él es el único que no habla de política. El otro día tuvimos una interesante discusión sobre una mujer rusa que había visto en la televisión, que aparentemente es capaz de mover objetos sin tocarlos. «Telequinesis», lo llaman.

Después de que me lo dijera, empecé a practicar por mi cuenta y estoy casi segura de que conseguí mover un pelo y un grano de arroz solo con la mente.

Debo practicar un poco más para estar segura. Informaré sobre los resultados.

Interesante, pensé sintiendo una punzada de excitación. Inmediatamente me arranqué un pelo de la cabeza y lo puse sobre la mesa, observándolo atentamente y esperando a que empezara a moverse. Después de diez minutos intentando hipnotizar al pelo, mis esperanzas comenzaron a decaer y se me secaron los ojos de no parpadear. Me encogí de hombros, decepcionada, y seguí leyendo.

Las siguientes entradas del diario eran bastante aburridas, así que hojeé el texto sin prestar mucha atención. Al cabo de unas cuantas páginas, un párrafo

llamó mi atención. La letra diferente, débil e irregular. Al leerlo, me inundó un mal presagio.

1 de enero de 1962

Quiero marcharme de aquí.

Ayer los vampiros me invitaron a su fiesta de Nochevieja y, por primera vez en años, acepté. Lillian y Alonso no dejaban de insistir en que bebiera con ellos mientras jugábamos a juegos de mesa. Fue divertido. Todos estaban extrañamente alegres. Clarence, Jean-Pierre y Francesca se unieron a nosotros después de un rato, e incluso Elizabeth parecía estar disfrutando.

Pero en cierto momento perdí el conocimiento, y no puedo recordar la segunda mitad de la noche.

Me desperté desnuda y cubierta por una sábana, con Clarence a mi lado. Estaba sentado en mi cama, mirando al techo, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en el cabecero. En cuanto abrí los ojos, salió de la habitación sin decir una palabra.

Solo sé que la almohada estaba empapada de sangre y también su camisa. Me encontré marcas de mordiscos en el cuello y los pechos. Ni siquiera se molestaron en hacerlos desaparecer. Tengo moretones por todo el cuerpo. Todo me duele. Literalmente todo.

Creo que Clarence manipuló mis recuerdos, pero, por supuesto, no hay manera de saberlo con seguridad.

Solo tengo ganas de llorar.

Me siento humillada, pero no tengo pruebas de nada ni contra nadie. Tampoco es que a nadie aquí le importe.

Oh, Ludovic, te extraño tanto... Ojalá estuvieras aquí conmigo.

Me pasé los dedos por el pelo una y otra vez mientras leía y releía aquel texto.

«No», grité en mi cabeza.

No, por favor, que no sea cierto.

La idea me provocó náuseas y tuve que tirar los restos de la pizza en la papelerera de cobre de debajo de mi escritorio.

«¿Por qué, Clarence?» me pregunté, conteniendo las lágrimas.

¿Era esto lo que todos me habían advertido?

Deduje del texto que se había aprovechado de Julia mientras ella estaba bebida y luego le había borrado los recuerdos para no dejar rastro.

Despreciable.

Asqueroso.

Pero real como la vida misma.

Comportamiento de depredadores. La ley de la selva.

Había sido una idiota metiéndome en un nido de vampiros y creyendo que eran personas normales, solo un poco más extravagantes.

«*Los espejos no pueden reflejar la imagen de una criatura sin alma*», me había dicho una vez.

Por aquel entonces, yo todavía creía que todos los seres vivos debían tener alma.

En aquel momento, ya no estaba tan segura.

Mi desesperación por escapar de Mark me había hecho hacer oídos sordos a las repetidas advertencias de todo el mundo: desde las monstruosas pinturas de Clarence hasta los turbios negocios de Elizabeth, pasando por los inapropiados avances de Jean-Pierre.

Me pregunté de qué habría muerto Julia, realmente. Empecé a dudar de la historia de que había sido una muerte natural. Las brujas de la tienda habían insinuado lo contrario. ¿Habría sido Elizabeth? ¿Habría sido... Clarence? ¿Cómo saberlo?

Pero una cosa era segura: no iba a quedarme allí para experimentar su destino en mis propias carnes.



—DESPERTAD, NIÑAS, NOS vamos a ver a papá —canturreé, sacudiendo suavemente a Katie e Iris.

Era de madrugada. Decidí marcharme para siempre, sin avisar a nadie. Recordaba que Clarence me había dicho que ningún humano podía abandonar El Claustro con sus recuerdos intactos. Sabía que no eran capaces de borrar recuerdos lejanos, pero no iba a quedarme a averiguarlo. La sola idea de que me hicieran olvidarlo todo me causaba pavor.

Elizabeth se pondría furiosa cuando descubriera que me había ido sin previo aviso. No quería ser una imbécil total, así que le escribí una carta de dimisión, deseándole que encontrasen un nuevo asistente muy pronto. Sospechaba que no les sería fácil. Por suerte, nunca llegó a redactar nuestro contrato y mencioné casualmente aquel detalle en mi nota, dado que Elizabeth era tan experta en asuntos legales como mi queridísimo marido.

A quien, por desgracia, iba a volver a ver muy pronto.

Todo lo que había construido, todo lo que había logrado, todo se había convertido en cenizas en una sola noche. Me tocaba volver a la casilla de salida, no se me ocurría nada mejor. Además, los papeles de divorcio de Mark estaban esperándome.

Arrastré mi equipaje y a mis hijas por las escaleras y salí de las catacumbas. Cuando la trampilla bajo el mausoleo se cerró con un bandazo, se me encogió el corazón; posiblemente fuera la última vez que atravesara esa puerta. Los ángeles negros de mármol me miraron con apatía y escuché la risita burlona de Lillian en mi mente.

El trayecto en taxi pasó como un borrón, con las niñas hablando sin parar de ajedrez, de Drácula y de Francesca. Mi mente seguía vagando por lugares a los que no quería volver. Lugares con doseles de terciopelo negro y cuadros de las almas ardiendo en el infierno; lugares donde el mismísimo diablo había venerado mi cuerpo desnudo con la devoción de María Magdalena.

Por muy desesperada que estuviera en mi huida, no estaba tan loca como para lanzarme directamente a los brazos de Mark, sobre todo después de su comportamiento durante nuestro último encuentro. Marqué el número de mi vecina desde el taxi y crucé los dedos para que estuviera en casa.

—Oh, Alba, ¿eres tú? —dijo May somnolienta. La escuché dar una calada a su cigarrillo, señal inequívoca de que su marido acababa de salir a trabajar—. Me preguntaba dónde estarías; no has respondido a ninguno de mis mensajes. La gente ha empezado a contar chismes sobre ti, ¿sabes?

—¿Chismes acerca de qué? —pregunté con cautela.

May exhaló con fuerza, como si no quisiera decírmelo.

—Son las otras madres del gimnasio. Dicen que te largaste y abandonaste a Mark.

—No está lejos de la verdad. —Suspiré—. Puede que te sorprenda —continué con los ojos cerrados—, pero hace tiempo que Mark y yo no nos llevamos bien. Decidimos separarnos y las cosas han ido de mal en peor.

No quise contarle más que lo indispensable, porque sabía que cualquier cosa que dijera iría directa al SSMO: *Servicio Secreto de las Madres Ociosas*. Además, tenía a dos niñas y un taxista escuchando cada una de mis palabras.

—¡Por Dios, Alba! ¿Por qué no me lo dijiste? —exclamó May y casi pude ver su expresión de exagerada sorpresa—. Sospechaba que algo raro pasaba, pero no imaginaba que fuera tan grave.

—Sí, ha sido bastante duro. Me fui de vacaciones con las niñas, pero vuelvo hoy para firmar los papeles de Mark. Pero necesito pedirte un favor... —dudé. May no era mi amiga, ni mucho menos. Teníamos la clásica relación vecinal de «hola-adiós-quieres-galletas». Aparte de eso, nos encontrábamos en el bar del gimnasio de vez en cuando y hablábamos de la maternidad y de lo insulsas que eran nuestras vidas. Pero no tenía a nadie más, así que me tragué mi orgullo y continué—: Últimamente Mark no se ha portado muy bien

conmigo, si sabes a qué me refiero... si pudiéramos quedarnos en tu casa una temporada, te lo agradecería inmensamente... ¿Crees que sería posible?

Por favor, di que sí.

Aquella mujer era una cotilla profesional, pero no se me ocurría nadie más a quien pedir ayuda en toda la ciudad... En todo *el mundo*.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —El miedo en su voz era tangible. Le aterrorizaba que me afincara en su sofá con mi prole durante años, entre el cartel de «*En esta casa damos abrazos*» y la cómoda de pintura a la tiza. Nuestra presencia arruinaría por completo su decoración *nórdica-farmhouse*.

—Solo una semana. Necesito encontrar un apartamento y espero que Mark y yo podamos llegar a un acuerdo para entonces. Y seguro que el pequeño Andy estará encantado de tener niños con quien jugar, ¿no?

May tenía un hijo de cuatro años, así que la propuesta no era completamente inverosímil.

—Sí, vale, Alba, no te preocupes —respondió tras una brevísima pausa—. Ven cuando quieras.



ANTES DE BAJAR DEL taxi, les expliqué a las niñas que no debían hablarle a nadie acerca de nuestras vacaciones secretas en El Claustro. Tras los primeros minutos de conversación recordé que conseguir que los niños pequeños mintieran de forma convincente nunca fue tarea fácil. Cambié mi estrategia y recurrí a métodos de distorsión de la realidad:

—Podéis contarles a papá y a May que nos alojamos en un hotel súper bonito, ¿vale? Por ejemplo, que había una claraboya en el techo y que la niñera Francesca os enseñó cosas la mar de divertidas.

Pero mejor no digáis nada de Drácula y de los paseos por el cementerio.

—También podéis hablarle a papá del bonito *jardín con esculturas* donde jugábamos —añadí por si acaso, avistando la casa de May Yang por la ventanilla. Me preparé mentalmente para una avalancha de besos al aire y abrazos sin tocarse.

—Os he preparado la habitación de invitados —dijo May, mostrándonos un dormitorio rosa con cortinas de volantes, lo cual desencadenó un torrente de «*aahhs*» y «*oohhs*» por parte de las niñas. Ojalá fuera tan fácil complacer a los adultos... Ojalá pudiera mejorar mi vida al instante con tan solo comprar unas cortinas de encaje.

—May, no sabes cuánto te lo agradezco —dije con sinceridad, dejando mis maletas junto a la cama. Ella me abrazó de nuevo, dejando escapar un teatral suspiro.

—Estamos juntas en esto. ¡Somos un equipo! —Me chocó los cinco—. Sabes... —se paseó por la habitación, vaciando algunos cajones para hacer espacio para nuestras cosas—, Han y yo también tenemos problemas... como bien dicen, yo te rasco la espalda a ti, y tú me la rascas a mí.

—Ahora mismo no tengo nada con lo que rascarte la espalda, pero espero que Mark y yo encontremos una solución y pueda ayudarte también —dije con tristeza. *Aunque puedo pedirle a Jean-Pierre que te rasque con sus garras, si quieres.*

—¿Cuándo vas a ver a Mark? —preguntó May, dejando unas toallas limpias sobre la cama.

—Ahora —respondí y la abracé una vez más antes de salir de la casa con mis hijas.



Capítulo 26

Alba

El coche de Mark estaba aparcado fuera, pero la casa estaba tan oscura que, por un segundo, me pregunté si tenía vampiros de visita. En el interior, todas las cortinas estaban corridas, bloqueando el sol abrasador. Solo se apreciaba el parpadeo de la pantalla del televisor, en el que estaba viendo una película violenta cuando entramos. Mi aún marido estaba tumbado en el sofá en una postura muy poco refinada, junto a lo que yo llamaba *El Altar de Mark*: una colección de trofeos de fútbol y fotos de sus diversos logros que adornaban la repisa de la chimenea. Aquellos objetos no tenían nada que ver con la decoración; su única misión era proclamar al mundo que el hombre de la casa era un ganador nato, que jamás añadiría la palabra *derrota* a su pulido vocabulario.

Mark no nos esperaba hasta un par de días más tarde y yo no le avisé de nuestra llegada, a propósito. Después de todo, aquella aún era mi casa y no tenía que pedirle permiso; además, no quería perder la pequeña ventaja de pillarlo desprevenido.

—Hola, Mark —murmuré, tratando de disimular mi miedo.

Me acerqué a él por detrás y esperé junto al televisor, con cuidado de no obstruir su visión. Años de convivencia me habían enseñado a evitar batallas innecesarias y me aterraba su reacción al verme.

Mark se sobresaltó y brincó en el asiento al darse cuenta de que ya no estaba solo. Agarró el mando y apagó la televisión. Iris y Katie lo saludaron con entusiasmo, pero él se limitó a quitárselas de encima y mirarme fijamente.

Era extraño encontrarlo en casa a las once de la mañana en un día laborable. Me pregunté si estaba enfermo, porque llevaba pantalones de chándal y una barba de varios días. Al ver su aspecto desaliñado, sentí una repentina punzada de culpabilidad. ¿Era culpa mía que se hubiera dejado de tal manera? ¿Tanto daño le había causado mi partida?

—¿Estás bien? —pregunté tímidamente, manteniendo la distancia entre nosotros. Las niñas subieron corriendo a su habitación, felices de reencontrarse con sus viejos juguetes, y nos dejaron solos en el salón.

Mark ignoró la pregunta y se levantó, caminando en mi dirección. La tensión entre nosotros se sentía como una niebla espesa.

—¿Dónde has estado? —gruñó.

Su cara casi chocó con la mía cuando saltó sobre mí y trató de rodear mi espalda con sus brazos.

Di un paso atrás, esquivándolo, y tragué saliva.

—Te dije que nos fuimos de vacaciones. Necesitaba tiempo para pensar. Pero he vuelto, tal y como te prometí.

—¿Me has echado de menos? —dijo, relamiéndose los labios. Le sostuve la mirada sin responder—. Estabas con ese tipo, ¿no? El que te puso un ojo morado. —Retrocedí unos pasos más y me choqué con la mesa del comedor—. Un tío romántico por lo que veo. ¿Es bueno en la cama?

—¡Mark! —grité, agraviada, mientras me escabullía hacia la puerta—. ¡Eso no es asunto tuyo!

—No estoy de acuerdo, pero vale. —Sus ojos se estrecharon y brillaron con secretos mal escondidos—. Tienes los papeles en la mesa de la cocina —dijo. Su imponente figura se cernió sobre mí como un mal presagio, bloqueando la puerta—. Léetelos si quieres y luego haré que te los envíen por correo certificado. Me lo firmas todo y te dejo en paz. ¿Contenta?

Sonaba tentador.

No más gritos. No más horas llorando en la despensa. No más mirar atrás aterrorizada cuando caminase por la calle.

Solo una firma y todos mis problemas se esfumarían para siempre.

—Bien. Pero no voy a firmar nada sin leerlo antes. —Exhalé lentamente, tratando de calmar mi agitada respiración.

—Es solo un maldito acuerdo de divorcio, por el amor de Dios —me espetó—. Ni que me estuvieras vendiendo tu alma.

No, porque eso ya te lo di gratis.

Se hizo a un lado y me dejó entrar en la cocina, donde me esperaba una pila de papeles en una carpeta con el logotipo de su despacho. Sobre la encimera había una jarra de café frío y me serví una taza llena antes de empezar a leer.

—Dios mío —jadeé, estudiando con incredulidad su absurda petición de divorcio. La larga lista de alegaciones contra mí incluía acusaciones de abandono y maltrato, de descuidar a las niñas, de comportarme de forma

desequilibrada y... lo mejor de todo, de adulterio continuo y repetido durante nuestro matrimonio. El acuerdo le permitía quedarse con las niñas y la casa, a cambio de pasar por alto todos mis supuestos delitos.

Sosteniendo aquel montón de mentiras en mis manos, no pude evitar preguntarme cómo había podido considerar a ese mismo hombre mi pilar más estable, mi compañero de vida y mi único aliado. ¿Quién era ese desconocido que estaba de pie frente a mí?

—Esto es una sarta de mentiras —murmuré, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Le di un sorbo al horrible brebaje rancio y lo escupí de nuevo en la taza.

Había sido lo suficientemente generoso como para dejarme un pequeño apartamento que teníamos en Boston, aunque actualmente estaba alquilado por unos inquilinos en quiebra que no habían pagado ni un céntimo en los últimos seis meses y que, además, se negaban a abandonar el inmueble. Mark podría haberlos echado en cinco días si hubiera querido, pero nunca tuvo tiempo de hacerlo. Parecía ser su última y definitiva broma: me dejaría prácticamente sin techo, pero seguiría teniendo una casa en los papeles. Después de todos esos años, se había esforzado por arruinar mi vida por completo, no solo quitándome a mis hijas, sino incluso el techo sobre mi cabeza.

Viendo mi reacción, se limitó a sonreír con fingida inocencia.

—Mark, no puedo firmar esto. ¿Descuido de las menores? ¿Adulterio? ¿Has perdido la cabeza? —No sabía si llorar o reír histéricamente.

—No tienes que firmar ahora, solo espera a que lo envíe, ¿quieres? Solo quería ver tu cara... porque, ya sabes... hay cosas que no tienen precio.

—*Nunca* voy a firmar esto. —Le estampé los papeles contra el pecho, pero él los puso de nuevo en la mesa y los empujó hacia mí.

—Lo harás, querida —dijo en tono amenazante—. Ya verás. —Ahora sonreía, como si tuviera el control total de la situación.

Haciendo uso de la última pizca de valentía que llevaba dentro, tiré los papeles al fregadero y vertí sobre ellos el horrible café frío, mascullando entre dientes y conteniendo las lágrimas.

—¿Demasiado amargo para tu gusto? —dijo, apoyándose en la encimera de la cocina y observándome con suficiencia.

Salí lanzando los brazos al aire en señal de rendición. Subí las escaleras, decidida a encerrarme en el cuarto de baño y a darme un largo baño caliente que me ayudara a olvidarme de todo y de todos.

Un olor a lavanda flotaba en el aire cuando entré en el dormitorio y las almohadas estaban tan cuidadosamente dispuestas sobre el edredón que la casa parecía salida de una revista de diseño de interiores. Mark debía de haber contratado personal de limpieza, porque, que yo supiera, ni siquiera era capaz de doblar su propio pijama.

Abrí el armario junto al lavabo y miré dentro. Había olvidado qué buscaba.

Espuma de afeitar.

Crema de manos.

Jabón.

Pintalabios rojo.

Espera, ¿qué?

Hacía años que no me maquillaba y jamás había usado pintalabios rojo. Esa *cosa* definitivamente no era mía.

Sintiéndome paranoica, respiré profundamente y me puse a rebuscar en el cubo de la basura.

Pañuelos.

Hilo dental.

Envolturas de preservativos.

Por Dios, qué asco.

Traté de no vomitar mientras recogía las repugnantes pruebas con las puntas de los dedos. Cogí también el lápiz de labios y lo metí todo en una bolsa de plástico.



NO TENÍA NI IDEA DE qué hacer con el material que acababa de encontrar, pero lo guardé con la esperanza de que acabara siendo útil. Mark me había acusado de adulterio en su demanda de divorcio —cómo, cuándo y con quién, no tenía ni idea—, y no iba a quedarme de brazos cruzados y permitir que me arruinara la vida mientras pudiera hacer algo al respecto.

Necesitaba pensar y decidí que un paseo al aire libre me ayudaría. Ese baño caliente podía esperar.

Seguí el camino que llevaba al río desde nuestro exclusivo barrio residencial. El aire era sofocante e incluso con mi ligero vestido de lino, empecé a sudar copiosamente bajo el sol del mediodía. Al parecer, ni siquiera hacía falta ser un vampiro para arder vivo en Emberbury.

Me paseé a lo largo del camino, buscando la sombra. Me acordé de mi lugar favorito junto al río: un rincón bajo un arce rojo, cerca del viejo puente

de madera. Todavía no había decidido si estaba furiosa, triste o simplemente ya no sentía nada.

Negligencia. Malos tratos. Adulterio.

¿Hablabas en serio?

¿Tenía algún plan para demostrar todas esas acusaciones, o iba a chantajearme para que firmara usando alguna treta?

Las orillas del río estaban desiertas a esas horas y la hierba estaba amarilla y yerma. El nivel del agua era muy bajo, incluso para esta época del año, y me recordó a un paseo que di por esa misma orilla muchos años atrás. Había sido un glorioso día de primavera, cuando aún estaba embarazada de mi primera hija. Me había paseado con despreocupación, llena de esperanzas y sueños que nunca se harían realidad. Una mariposa monarca se había posado en mi vientre. En aquel momento lo había tomado como una señal de buena suerte y esperanza.

Ahora no quedaban mariposas, ni mucho menos esperanzas. La mera supervivencia parecía de repente una opción muy atractiva.

Un fuerte crujido me sacó de mi ensoñación: se me había atorado el pie en un agujero del camino. Maldije, preguntándome por qué me había puesto las sandalias romanas más complejas del planeta antes de salir de El Claustro. Intenté desenredar el tacón, pero no tenía arreglo. Con un suspiro, dejé ahí el tacón, me di la vuelta y comencé el camino de regreso a casa.

No me entusiasmaba la idea de andar descalza por la abrasadora acera, así que me até la sandalia al pie y fui arrastrándolo a velocidad de caracol. El asfalto se había reblandecido y creaba espejismos ante mis ojos.

Tardé casi una hora en regresar y cuando llegué, el coche de Mark ya no estaba aparcado en la entrada.

Contuve la respiración, sintiendo al instante que algo iba mal, muy mal.

Cuando no pude meter la llave en la cerradura, me di cuenta de que Mark no solo se había marchado, sino que también había conseguido dejarme fuera de mi propia casa. Ese canalla incapaz de cambiar un rollo de papel higiénico se las había arreglado para instalar una nueva cerradura en el tiempo que había durado mi paseo. Llamé a las ventanas, pero nadie respondió. Se debía de haber llevado a las niñas en el coche, solo Dios sabía a dónde.

Y todas esas hazañas en el tiempo que había tardado en ir al río y volver.

Alucinante.

Si no hubiera estado tan enojada, lo habría felicitado por sus recién descubiertas destrezas.

Se me escapó un gruñido de desesperación y me deslicé contra el marco de la puerta, resguardada bajo la sombra de nuestro encantador porche delantero.

Y entonces me di cuenta de la magnitud de sus actos.

Se había llevado a mis hijas.

A mis dulces niñas.

Lo único que aún me quedaba.

La calle estaba vacía. Todos estaban encerrados en sus casas, disfrutando del aire acondicionado. Sabiendo que nadie me vería, oculté la cara en las palmas de las manos.

Y allí mismo, sobre el suelo de madera, me permití venirme abajo y llorar por todas las cosas que perdí y por las que nunca logré; y especialmente, por las hijas a las que ni siquiera había podido dar un beso de despedida.



Capítulo 27

Clarence

— **N**o lo hagas —dijo Jean-Pierre.
Fiadh, la camarera irlandesa, yacía inerte en mis brazos, a un par de mordiscos de la paz eterna. No recordaba cómo había acabado en aquel montículo de hierba. No recordaba haberla atraído hasta allí. Tal vez fue ella quien me atrajo a mí primero, mientras deambulaba desesperado por Saint Anne, en la aturdida agonía que me embargó una vez que Elizabeth dio su veredicto tras leer la nota de despedida de Alba.

Alba no había mencionado sus razones. Sin embargo, no eran difíciles de adivinar después de la forma en que me había mirado antes de huir de mi suite. El horror que había visto en esos ojos me perseguiría para siempre como prueba de lo que otros veían realmente en mí.

Decir que estaba devastado después de mi conversación con Elizabeth habría sido un eufemismo. Elizabeth había perdido la paciencia. Me exigió que borrara sus recuerdos.

Sus recuerdos de El Claustro.

De todo lo que habíamos pasado juntos.

Sus recuerdos... *de mí.*

Y si no lo conseguía, la pena de muerte era el castigo habitual para los humanos que sabían demasiado.

Le debía mi segunda oportunidad en la vida a Elizabeth.

Una vida que nunca había deseado.

Al igual que había enviado a Rose Auberon a la muerte, mi presencia se había convertido de nuevo en el beso de la muerte para otra inocente. Todo lo que amaba estaba maldito. Debería haber dejado a Alba en paz, en lugar de sucumbir a la tentación y condenar a otra criatura sin culpa. Si yo me hubiera mantenido estoico, ella todavía estaría allí, paseándose por los pasillos de El Claustro con su tímida sonrisa y su pelo revuelto.

Pero ahora se había ido para siempre, y solo la idea de perderla era suficiente para enviarme al pozo sin fondo de la locura.

En cuanto comprendí el alcance de mis faltas, la bestia que llevaba dentro se hizo con el control. Esta vez se lo había permitido, observándola como un mero espectador.

Las manos que estaban a punto de acabar con la vida de aquella mujer ya no eran las mías: eran las de la bestia.

—¿Por qué no habría de hacerlo, Jean-Pierre? —Me giré para mirar al monje, que había aparecido de la nada. Debía de haberme seguido—. Somos monstruos y eso es lo que hacen los monstruos.

—Porque puedes ser mejor que eso.

—Tú y yo hemos matado suficientes humanos en el pasado como para ganarnos el pasaje al infierno cien veces. Dime, hermano Mercier, ¿quién eres tú para moralizar?

—Soy tu amigo.

Gruñí, soltando a la camarera inconsciente. Caí a cuatro patas sobre el suelo. Jean-Pierre se mantuvo a mi lado con los brazos cruzados, expectante.

—No eres mejor que yo —le espeté, dejando que la hierba me arañase la frente.

Jean-Pierre tomó el pulso a la camarera y exhaló con alivio. Luego se la echó al hombro y comenzó a alejarse.

—Pero yo nunca quise ser Robin Hood —dijo con voz queda—. Ese era tu sueño, no el mío. Y todavía está a tu alcance.



Capítulo 28

Alba

Pasaba de la hora del almuerzo cuando finalmente me limpié la nariz con la manga y reuní el valor para ir a buscar refugio —y comida— a casa de los Yang.

May salió a abrirme, con un vestido de encaje que le habría cabido a las Barbie de mis hijas, sosteniendo en la mano un vaso de limonada que también podría haber sido un cóctel margarita. Se quedó en el vestíbulo bloqueándome el paso, y algo en su actitud recelosa me dijo que Mark había encontrado tiempo para hacerle una visita antes de su partida.

—Laura está fregando el suelo —me espetó, lo cual en el argot de las amas de casa significaba: «*ni se te ocurra pisar hasta que se seque*».

—Dejé mi teléfono cargando en tu habitación de invitados —aventuré. No había ni rastro de baldosas mojadas.

—Ahora te lo traigo —dijo May, terminándose su sospechosa limonada de un trago—. Espera aquí.

Me cerró la puerta en las narices.

Un gato negro saltó sobre la mecedora de mimbre del porche y empezó a ronronear sobre los cojines de rayas verdes y blancas.

—¡Hola! —lo llamé, agachando la cabeza para comprobar el color de los ojos del animal. Efectivamente, los tenía entre dorados y morados—. ¡Ven aquí, gatito! ¿Eres tú, Miss Jilly?

May regresó en ese momento, con mi teléfono balanceándose del cargador como un ratón muerto colgando del rabo. También me trajo una bolsa de papel grasiento decorada con caracteres chinos, y todo mi equipaje.

—¿Por qué hablas con la mecedora? —me preguntó, perpleja, mientras me entregaba el teléfono.

—No, estoy hablando con ese gato. Era el gato de mis hijas.

—Alba... ahí no hay ningún gato... pero Mark me dijo lo de la bebida... si necesitas ayuda...

—¿Qué? No. —Hice una mueca y me acerqué a la mecedora, decidida a coger al gato y plantárselo en la cara a May si era necesario. Pero Miss Jilly saltó contra la pared y la atravesó como si fuera una cortina de agua.

Parpadeé.

—Vaya. Se ha ido.

May frunció los labios, con cara de preocupación.

—Pensé que tendrías hambre, así que te he traído judías a la Sichuan. Sin ajo, como a ti te gustan —dijo, empujando la bolsa de papel contra mi pecho, pero evitando mis ojos—. Y tengo una mala noticia... mi madre acaba de llamar. Se va a quedar con nosotros una temporada, así que necesitaré la habitación de invitados. Como comprenderás, no podía decirle que no.

—Claro, claro, lo entiendo, no pasa nada. —No podía creer que aquello estuviera sucediendo. Este cambio repentino en la actitud de May apestaba a la interferencia de Mark.

May dejó el equipaje a mis pies, dejando claro que a partir de ese momento me había convertido en *persona non grata* en su casa.

—¿Cuándo has visto a Mark? —le pregunté.

Ese imbécil no había perdido ni un segundo.

Incluso había conseguido advertir a los vecinos contra mí.

May abrió la boca y la volvió a cerrar, lo que la hizo parecer un pez asfixiándose.

—¿Mark? —dijo ella, con fingido candor—. Hace *semanas* que no lo veo. No suele venir por aquí.

—¿Te llamó, entonces?

May guardó silencio.

—Sea lo que sea que te haya dicho, probablemente *no lo hice* —dije con un suspiro, doblando la bolsa de comida china. Mis esperanzas de conseguir un aliado y un lugar donde dormir acababan de evaporarse.

—Claro, tranquila —dijo ella. Pero no se esforzó por negar mis acusaciones.

—¿Te dijo a dónde se llevaba a las niñas?

May me miró, dudosa, y habría jurado que se le iban a saltar las lágrimas.

—No sé nada. Te lo juro.

—Vale, ya me voy. Saluda a tu madre de mi parte. —Me di la vuelta, cargando todas las bolsas al hombro. No se me escapó su expresión de sorpresa ante la mención de su madre, que obviamente no iba a quedarse allí.

—Gracias, lo haré —respondió ella, recomponiéndose rápidamente—.
Cuídate, Alba.



Capítulo 29

Alba

Los relámpagos dispersaron una bandada de alondras como migajas en el cielo. Busqué cuervos entre ellos, pero no había ninguno. Las tormentas de verano siempre habían sido uno de mis fenómenos meteorológicos favoritos, pero eso era cuando aún tenía un hogar. Ahora que era una sin techo, ya no me parecían tan atractivas.

Corrí hasta el porche de mi antigua casa cuando las primeras gotas comenzaban a tintinear y lancé todas mis bolsas frente a la puerta cerrada. Un segundo después, las oscuras nubes se agruparon en una amenazante masa negra y explotaron en un sonoro trueno. El agua borboteó a chorros por los canalones, llenando el aire con un refrescante aroma a hierba mojada y barro.

Decidí sentarme en el banco de la entrada y esperar a que pasara la tormenta. El diario de Julia seguía en mi bolso, así que lo saqué y seguí leyendo.



16 de agosto de 1972

No se me va el dolor en el pecho. Fui al médico y este me ha mandado hacerme más pruebas. La enfermera me dio ánimos y me dijo que no me preocupase, porque soy demasiado joven para que sea nada grave.

Esperemos que tenga razón.

He comprado todos los libros que he podido encontrar sobre brujería y vampirismo. Hasta ahora, aparte de aquel éxito menor con el manual de Kodrinova, solo he encontrado historias de ficción. Estoy empezando a perder la fe. Con suerte, encontraré un grimorio en el mercadillo de las pulgas antes de que sea demasiado vieja para leer sin lupa.

3 de noviembre de 1972

Mi corazón no está bien y el doctor McKenzie me ha recomendado guardar reposo. Mencionó una operación, pero me da miedo, así que lo

convencí de posponerla. Elizabeth va a usar sus contactos para conseguirme una segunda opinión.

Lo bueno es que tendré mucho tiempo libre para leer todos mis hallazgos de las tiendas de antigüedades.

26 de marzo de 1973

Me siento mucho mejor ahora que ha vuelto la primavera. Ha sido un invierno duro. Me he levantado de la cama y estoy retomando mis tareas laborales. Parece que la nueva medicación está funcionando y el doctor McKenzie me aseguró que voy a vivir para conocer a los hijos de mis nietos. Me hizo reír con su comentario. Pero no era una risa alegre.

17 de mayo de 1977

Ayer encontré una colección de diarios sumamente interesante en un anticuario. Me la habían guardado bajo el mostrador, porque me conocen como «la señora que siempre anda buscando manuscritos esotéricos».

21 de junio de 1980

El reposo en cama se está volviendo tedioso. Echo de menos salir de casa, y ni siquiera tengo fuerzas para abrir la claraboya. Estoy atrapada a oscuras día y noche, porque ninguno de los vampiros puede hacerlo por mí, tampoco.

Si doy un par de pasos, me canso tanto que me entran mareos y eso que me tomo diecisiete pastillas diferentes cada mañana.

Tengo la sensación de que mis días en esta tierra están contados y me siento fracasada por no haber podido estar a la altura de la herencia mágica que supuestamente corre por mis venas.

Puede que mi sangre huela a agrio y sea repugnante para mis compañeros vampiros, pero la magia de verdad me ha eludido casi toda mi vida. Ahora ni siquiera puedo caminar por el pasillo sin jadear. Dudo que llegue a desvelar el misterio.

3 de febrero de 1981

Francesca ha empezado a visitarme todas las tardes, lo que me alegra un poco los días. Es sorprendentemente cariñosa y se ocupa de mí como la más cariñosa de las enfermeras.

No quiero morir sola en un hospital y estos vampiros son lo único que me queda en el mundo.

Extraño a Ludovic. Lo echo mucho de menos. Me pregunto dónde estará y por qué nunca me respondió.

Siento que soy demasiado joven para morir; pero los huesudos dedos de la Muerte ya me señalan. Francesca se ha ofrecido a organizar un hermoso funeral para mí. Ha prometido asegurarse de que mi tumba tenga siempre

flores frescas. Por la forma en que habla de la muerte, parece que casi la anhela. Me dijo que no puedo descansar en Saint Anne, así que estoy destinada a pasar el resto de la eternidad junto a Gabriel, en Saint Emery del Mar.

LEVANTÉ LOS OJOS DEL diario de Julia, repentinamente desconcertada. ¿Quién era Ludovic, y quién era Gabriel? Había supuesto que Ludovic era el difunto marido de Julia. Las cosas se estaban enrevesando y yo ya no tenía a nadie a quien preguntar.



28 de febrero de 1981

Francesca es tan cariñosa... A veces la siento como una madre, a pesar de su apariencia engañosamente joven.

Esta noche admitió que me envidiaba. Dijo que desearía haber vivido una vida plena y haberse ganado una muerte tranquila. Dice que debería estar agradecida, porque pronto me reuniré con el amor de mi vida. Entonces lloré. No por mi vida consumida, sino por el amor que nunca tuve.

Y cuando salió de mi habitación, el cosquilleo en mis brazos se hizo tan fuerte que pude verlo, iluminando la habitación con un brillo verde. Todavía llorando, me di cuenta de lo que había estado haciendo mal todos estos años. La respuesta había estado ahí todo el tiempo, pero yo había estado ciega a ella...

UN FUERTE MAULLIDO me interrumpió justo cuando estaba a punto de pasar la página.

—Miss Jilly —susurré.

El escurridizo gato estaba sentado en la hierba bajo la lluvia torrencial, maullando hacia mí. Sus ojos brillaban como espejos dorados y púrpuras en la tarde nublada, reflejando los lejanos relámpagos. Lo más raro era que su pelaje estaba completamente seco y las gotas de lluvia lo atravesaban como si no estuviera allí.

—Eres un gato muy raro, ¿lo sabías?

Miss Jilly soltó un gemido largo y urgente y comenzó a alejarse, agitando su brillante cola negra como una bandera.

—Estás loca si crees que te voy a seguir en medio de este chaparrón —añadí con los ojos entrecerrados.

Miss Jilly volvió a maullar y me lanzó una mirada tan inteligente y humana, que por un segundo pensé que iba a hablarme. No lo hizo, pero aun así me dio un susto. Cerré de golpe el diario de Julia, preguntándome si estaba al borde de la locura.

—Bien, vale. De todos modos, no tengo ningún sitio mejor a donde ir.

Volví a meter el cuaderno en mi bolsa, dejé atrás el porche y me sumergí en la lluvia torrencial.



TRAS PERSEGUIR AL MALDITO gato bajo el diluvio durante no más que un par de minutos, parecía una participante descalificada de un concurso de camisetas mojadas. No ayudaba que mi vestido fuera fino y de color amarillo claro —ahora también transparente— y que caminase a velocidad de tortuga porque sólo tenía una sandalia operativa. ¿Por qué no me había cambiado de zapatos antes de salir del porche?

Miss Jilly saltó sobre los charcos sin salpicar, deteniéndose de vez en cuando para mirar atrás y comprobar si yo seguía ahí. Finalmente, se detuvo junto a una parada de autobús y me esperó en el banco metálico. En cuanto me metí bajo la marquesina, se desvaneció en el aire.

—Me estoy volviendo loca —suspiré. Las travesuras de aquel gato fantasma iban a costarme la cordura.

Me senté bajo el tejadillo de la parada de autobús y esperé a que cesara la tormenta. Mientras tanto, inspeccioné mi bolso y noté con consternación que todo lo que había dentro se había empapado, incluido el diario de Julia.

Abrí el cuaderno, con mucho cuidado de no romper las páginas húmedas, pero la tinta ya había empezado a correrse. Con cuidado, hojeé hasta la última página leída, justo donde Miss Jilly me había interrumpido y continué:

...he estado sacando mi energía del odio y la ira y he conseguido pequeños resultados, pero nunca los grandes logros que siempre soñé.

Sin embargo, la vida tiene un cruel sentido del humor: ahora que por fin he descubierto en qué me equivoqué, estoy a punto de ser engullida por la oscuridad.

Espero que este diario ayude a quien tome el relevo después de mí, ahora que este descubrimiento ya no puede ayudarme.

Así terminaba el diario de Julia.

Cerré el cuaderno y reflexioné sobre las palabras de mi predecesora. Si había entendido bien, había conseguido despertar su magia en un ataque de rabia. Yo también había sentido esa energía un par de veces: una vez al enfrentarme a Mark; la otra en aquella tienda de bricolaje. En ambas ocasiones, había sido relativamente fácil dejar que el miedo y el odio fluyeran y se materializaran en chispas ardientes. Sin embargo, lo que ella insinuaba parecía mucho más difícil de conseguir. Sobre todo, en la situación actual.

—Julia —dije en voz alta, mientras la lluvia caía como lágrimas de ángeles sobre la parada de cristal—, dondequiera que estés, te lo ruego, ayúdame. No me queda nada en el mundo. Mark me ha quitado la casa, las niñas y hasta el acceso a nuestra cuenta bancaria. No sé adónde ir ni qué hacer. Si puedes oírme, por favor, dame una señal, porque si no, creo que me voy a trastornar... Si no lo he hecho ya.

La lluvia seguía cayendo sin piedad. Al cabo de un rato me olvidé de mi desesperada súplica. En la parada del autobús empezaba a hacer frío y yo solo quería volver a casa, si hubiera tenido una.

Las luces de un autobús interurbano acercándose convirtieron la lluvia en gotas doradas de fuego. El largo vehículo apareció inesperadamente por detrás de una hilera de casas y se detuvo en un semáforo en rojo, dándome el tiempo justo para descifrar el gran cartel rectangular de la parte delantera. Su destino final estaba escrito en letras cuadradas y verdosas y era Saint Emery del Mar.

Conocía ese pueblo; era un lugar pequeño a un par de horas de distancia. Algo me dijo que tenía que haber algo significativo acerca de él, algo importante que se me estaba escapando.

El diario húmedo se volvió más pesado en mis manos y recordé las palabras de Julia justo cuando el vehículo pasaba por la parada sin detenerse:

«Estoy destinada a pasar el resto de la eternidad junto a Gabriel, en Saint Emery del Mar».

Aquello no podía ser una coincidencia.

Me levanté y corrí, agitando los brazos hacia el conductor del autobús.

—¡Espere! ¡Pare! —grité.

El vehículo dio una sacudida y se detuvo bruscamente, a un par de metros de mí. Las puertas se abrieron con un profundo silbido que sonó como el quejido de un mamut.

—Vaya asco de día, ¿eh? —dijo el conductor mientras yo subía al autobús vacío.

—No tiene ni idea. —Saqué un dólar mojado de mi cartera—. El peor de mi vida.



HABÍA ESTADO EN SAINT Emery con mi abuela y aún recordaba perfectamente dónde estaba la única iglesia del pueblo. Era un pequeño edificio blanco con el tejado azul y un campanario puntiagudo, de aspecto siniestro y decrepito bajo la tormenta. El cementerio estaba justo detrás, protegido por una verja de hierro.

Cuando llegué, tras dos horas de viaje, las puertas ya estaban cerradas y tuve que quedarme fuera, enfrente del cartel con el horario. Iba medio descalza y los mechones de pelo empapados se me pegaban a las mejillas. Presentarme allí sin un plan no había sido una decisión especialmente inteligente. Todavía no había recibido mi primera paga, y sacrificar parte de mi limitado presupuesto para pagarme un hotel sonaba a sacrilegio.

Sin embargo, algo en mi corazón me repetía que era imperativo que visitara el lugar de descanso de Julia lo antes posible.

Me paseé alrededor de la valla, preguntándome si los cementerios de los pueblos pequeños tenían videovigilancia. Con el tiempo que hacía, no había nadie en los alrededores; aun así, saltar la verja de un cementerio en plena noche no estaba precisamente en mi lista de deseos. Si me pillaba la policía, Mark iba a quedarse extasiado de tener una prueba más para usar en mi contra en los tribunales.

La puerta era negra, de hierro forjado; la rodeé con cautela y estudié sus formas intrincadas y onduladas. Tenía que haber una manera de entrar discretamente, sin dejar huellas. El punto más bajo y accesible resultó estar al lado de un árbol y tomé la feliz coincidencia como una señal. Debajo del árbol había un banco de madera y me subí primero a él y luego a una rama. Pasé una pierna por encima de la valla y luego la otra, hasta que me quedé con ambos pies colgando en el aire y sin nada de lo que agarrarme al otro lado. Para colmo, la espalda de encaje de mi vestido se enganchó en las puntas de lanza que adornaban la parte superior de la valla metálica.

—¡Maldita sea! —mascullé, luchando por desenredar mi ropa de las lanzas. Mientras tanto, se me cayó el bolso, chocando en su caída con una lápida de granito negro con forma de ramo de rosas. Su contenido se desparramó por la hierba húmeda.

En cuestión de segundos, me había convertido en un pincho moruno humano que colgaba de la valla del cementerio. No solo eso, todas mis pertenencias estaban esparcidas por el suelo, unos metros más abajo.

Mi plan de entrar discretamente y sin dejar rastro estaba yendo genial.

Y las cosas empeoraban por momentos.

Para una noche *perfecta*, solo necesitaba que apareciera la policía.

Tiré de la tela para soltarme de la verja y el vestido se desgarró. Al mismo tiempo, se me resbalaron los barros de las manos y caí de bruces en el cementerio, junto a mi bolso. Mi cuerpo tocó el suelo de hierba con una leve sacudida y rodé sobre mí misma hasta sentir la fría superficie de una lápida en

el hombro. Me quedé allí en posición fetal, sujetándome las rodillas con los brazos, mientras evaluaba el estado de mis huesos.

Bien. No tenía nada roto.

Excepto el corazón, tal vez, pero qué se podía esperar de la única persona viva de todo el cementerio, yaciendo sobre una lápida diez minutos antes de la medianoche. Y bajo una lluvia torrencial.

No oí el batir de alas, pero la espesa nube blanca fue suficiente para sacarme de mi oscuro trance de autocompasión.

—Tenía el presentimiento de que te encontraría aquí —dijo la voz de Francesca. Estaba de pie junto a mí, cubierta con una capa negra. Su pelo empapado asomaba desordenadamente por debajo de la capucha.

—Francesca.

Me arrastré por la lápida y me detuve a sus pies. Llevaba un pequeño ramo de peonías y parecía la novia de Drácula.

—No deberías pisar eso —me riñó con una mueca de dolor, señalando los nombres grabados en la piedra negra:

Gabriel Reighton 1918-1944

Julia Reighton 1923-1981

—La tumba de Julia —murmuré y Francesca asintió.

¡La había encontrado!

En silencio, agaché la cabeza e hice una breve reverencia ante mi predecesora.

—¿Por qué has venido? —le pregunté a la hermosa vampiresa.

—Me gusta este lugar. —Olfateó las peonías con los ojos cerrados. Realmente parecía *pertenecer* a ese lugar—. Y, además, he venido a buscarte.

—¿Por qué?

Me puse de pie y traté de reacomodar mi vestido, para que al menos me tapara el sujetador.

—Porque esos vampiros quisquillosos me están poniendo de los nervios y... no hay suficiente whisky en Emberbury para amortiguar el irritante sonido de sus gemidos.

Se me escapó una risa lánguida.

—¿Se enfadó Elizabeth cuando se enteró de que me había ido?

Francesca levantó la cara de las flores y sus ojos brillaron con incredulidad.

—¿Enfadarse? ¡Está furiosa! Y has sido desterrada de El Claustro para siempre, por cierto.

—¿Desterrada? —Parpadeé—. Quieres decir... ¿que no puedo volver nunca más?

—No, quiero decir que ha mandado a Clarence que borre todos tus recuerdos o te aniquile si no puede hacerlo.

Mi corazón dejó de latir por un instante y me quedé mirando a Francesca, muda.

—Lo sé —dijo ella, impasible—, yo tampoco creo que sea capaz de hacerlo. Tus recuerdos van demasiado lejos en el pasado para que él pueda borrarlos. Es lo mismo que una sentencia de muerte, en mi opinión.

—Oh, Dios mío. —Me tapé la boca, horrorizada.

Francesca se encogió de hombros, dejando caer la capucha sobre su espalda y revelando sus exóticos rasgos medio eslavos, medio mediterráneos.

—Entonces, bruja, ¿qué vas a hacer?

La lluvia había empezado a amainar y una bocanada de aire envió un escalofrío por mi empapada columna vertebral.

—No lo sé —dije, tratando de no sollozar—. Todo se está desmoronando a mi alrededor. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Estás aquí porque no quieres rendirte. Y porque realmente no querías marcharte, ¿no es cierto? Nosotros te necesitamos y tú nos necesitas también. ¿Por qué demonios pensaste que escabullirte así sería una buena idea? ¿Es que la gente ha perdido totalmente los modales en el siglo veintiuno?

—¡No! —Apoyé la frente en las manos—. Quiero decir, no lo sé. Estaba asustada. Y confusa.

—Fue por Clarence, ¿verdad?

Me miró con expresión de *«te lo dije»*.

—Descubrí que abusó de Julia. —Sollocé, sentándome junto a Francesca en la hierba mojada—. Lo leí en su diario.

—Lo dudo mucho —dijo Francesca, entrecerrando los ojos—. Somos vampiros, sí, de modo que todos cargamos con algún crimen que otro sobre nuestras espaldas. —Su tono era distante, altivo—. Pero ciertas cosas están fuera de los límites de El Claustro. Dudo que Clarence jamás le pusiera una mano encima a Julia y mucho menos que le hiciera daño a propósito. Especialmente a *Julia*, conociendo su historia. —Señaló con la barbilla la tumba a sus pies—. De todos modos, deberías discutir esto con él, no conmigo. Debe de haber una razón por la que eso te preocupa tanto, y más ahora que Julia está muerta.

Francesca se arrodilló sobre la lápida y su capa se extendió detrás de ella. Colocó las flores encima y murmuró una oración en italiano.

—¿Cómo era ella? —pregunté, trazando los nombres grabados en la piedra con la punta de los dedos. Una gota de agua recorrió las estrechas crestas de la letra J, recordándome a los juegos de laberintos de mi infancia.

—Era como tú —dijo Francesca con una sonrisa melancólica, que de alguna manera suavizó su expresión altiva.

—¿Como yo?

—Sus ojos eran como los tuyos.

—¿Una mezcla entre marrón fangoso y verde renacuajo?

Ignoró mi autoironía y continuó con la mayor seriedad, mirándome tan profundamente a los ojos que tuve que echar hacia atrás.

—Los vampiros no podemos mirarnos en un espejo, pero nuestro reflejo es claramente visible en los iris de una bruja. Verlo de nuevo nos hace sentir un poco más humanos. —Definitivamente, Francesca no parecía muy humana esa noche, con su palidez de inframundo que la hacía mimetizarse con las estatuas del cementerio—. Algunos de nosotros disfrutamos de esa sensación y otros... bueno, no tanto. Pero, por lo general, a las brujas corrientes no les entusiasma que los vampiros se les acerquen lo suficiente como para admirar sus bonitos reflejos en sus ojos.

—No lo sabía —concedí.

—No, por supuesto que no. Y estoy segura de que Clarence encuentra esa ocurrencia tan fascinante como yo: verse a sí mismo en un espejo debió de ser como viajar en el tiempo. —Se rio—. Al menos, así es para mí. Pero una bella imagen no basta para curar un alma rota, y hasta el improbable día en que se enfrente a toda su porquería del pasado, ese hombre va a seguir siendo demasiado volátil para su propio bien. Y para el tuyo.

—Lo siento, no estoy segura de entender...

—No. Probablemente por eso Lillian te vio huir de la suite de Clarence llorando —dijo Francesca, arqueando una ceja y sentí un odio repentino por todas las vampiresas del mundo.

—Eso debió de ser el mismo día en que me informó amablemente de que vosotros dos fuisteis pareja —dije con recelo—. Perdona que te lo pregunte, pero... ya que estás dispuesta a aconsejarme, ¿acaso a ti no te da miedo su... *volatilidad*? —pregunté, transformando mi dolor en arrojito.

Francesca sonrió.

—Oh, puedo cuidarme sola, no lo dudes. —La lluvia había cesado y el cementerio se había quedado en silencio, de repente. Francesca bajó la voz—. Y, además, los hombres no suelen ser mi primera elección.

Miré a la hermosa vampiresa que tenía delante y asentí en señal de comprensión, sintiéndome aliviada por su revelación. Un chorro de agua de lluvia cayó por el techo de un pequeño mausoleo detrás de nosotras y sonó como el suspiro de un espíritu acuático.

—Sin embargo —continuó con cautela, agitando el dedo índice en el aire—, no veo ninguna razón para mentirte solo para que te sientas mejor. Lillian tenía razón: Clarence y yo nos hemos reconfortado mutuamente en algunas ocasiones, a lo largo de las décadas. La fidelidad y la monogamia no son una obligación en el mundo de los vampiros, ¿sabes? —Batió las pestañas con picardía—. Y el tiempo pasa muy lentamente cuando tienes demasiado a tu disposición.

—Ya veo. —Sentí que me hundía en la miseria, aunque no tenía ningún derecho, ni motivo, para sentir celos.

—Eres como un libro abierto. —Una media sonrisa torció los labios carmesíes de Francesca—. Los mortales son compañeros tan entretenidos, especialmente cuando no sientes la necesidad de comértelos. Realmente no le culpo por encapricharse contigo.

—Sí. Estoy segura de que todo te parece la mar de entretenido. —Me levanté y puse los brazos en jarras. No es que yo fuera muy alta, pero mucho más que Francesca—. ¿Por eso has venido? ¿Para burlarte de mí, como Lillian? ¿Para burlarte de la estúpida humana que se asustó y salió huyendo?

—No. He venido a ayudarte —respondió ella, sin inmutarse—. No quedan muchas brujas extraviadas, y menos aún brujas dispuestas a enterrarse en El Claustro y ayudar a Elizabeth a mantener sus negocios millonarios a flote. Y odio que Elizabeth pierda dinero, porque se vuelve insoportable.

—De acuerdo, entonces —dije—. Si has venido a ayudarme, hazlo. ¿Qué hago ahora?

—Bueno, déjame ver. —Francesca miró al cielo, como buscando respuestas—. Elizabeth está molesta contigo. La has afrentado, has abusado de su hospitalidad y has salido al mundo con conocimientos prohibidos de nuestra especie. Eso estuvo muy, muy mal. —Chasqueó la lengua—. Pero también le tiene un extraño cariño a Clarence y... —Hizo una mueca—. Por algún motivo, siempre respeta su opinión. Él puede convencerla de que te perdone y te acepte de nuevo.

—No me siento muy cómoda hablando con alguien cuya misión es borrar mis recuerdos o matarme.

—Encuétralo antes de que él te encuentre a ti. Enfrentate a él en un lugar abierto, a plena luz del día. Mañana por la mañana, o tan pronto como puedas.

Como cuervos, somos débiles y cualquier herida tarda en curarse. No te digo que le hagas daño, por supuesto, pero eso te dará ventaja sobre él. No podrá usar el olvido en ti ni evitar que huyas. —Acarició mi mejilla maternalmente—. Eso es lo que *yo* haría, pero también es cierto que ya no le tengo mucho apego a este plano de la existencia.

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Sabes dónde está?

—Podría estar detrás de ese arbusto o buscando nuevas brujas extraviadas en Nueva Zelanda. Es un explorador y eso lo vuelve un poco difícil de localizar. A veces se va y no lo vemos durante semanas. Y estaba un poco angustiado cuando te marchaste, así que podría haber ido a buscar consuelo en los brazos y la sangre de alguna bella damisela... o caballero.

Ella se rio, pero yo no.

—Por favor, ahórrame los detalles —le imploré.

Una linterna parpadeó al otro lado del cementerio y recordé que todas mis pertenencias seguían desparramadas sobre la hierba. Me puse de rodillas y empecé a recogerlas frenéticamente, metiéndolo todo en mi bolso empapado mientras el sonido de unos pasos se acercaba.

—Me está entrando sed —dijo Francesca, relamiéndose los labios y limpiando el barro del borde de su capa—. Nos vemos en El Claustro... o tal vez no.

Y tras decir esto, desapareció en una nube de humo blanco, dejándome sola junto a la tumba de Julia.

La linterna se acercaba y la ancha figura de un hombre encorvado se volvió clara sobre el fondo oscuro. Debía de ser el vigilante del cementerio, haciendo una ronda nocturna. Salté detrás de la tumba de Julia y lo observé, esperando que no se diera cuenta de mi presencia.

Un jadeo me alertó de que el hombre no estaba solo. Para mi consternación, llevaba un perro. Y no solo un perro, sino un monstruoso pastor alemán, con una boca del tamaño de una cesta de picnic y la inquietud de un lobo en busca de una víctima para la cena.

—¿Quién anda ahí? —gritó el hombre.

El perro resopló y olfateó la hierba como un loco, lanzándose hacia donde yo estaba. Cuando encontró el ramo de peonías de Francesca, empezó a masticarlas sin piedad, haciendo pedazos los pétalos y esparciéndolos por toda la lápida. Mientras tanto, el guardia se acercó e iluminó la tumba de Julia.

Me quedé quieta, conteniendo la respiración.

El hombre se agachó y recogió un objeto caído del suelo: ¡mi cartera!

No, por favor, no te la lleves.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? Abrió el bolsillo más grande y sus ojos brillaron de codicia al ver el fajo de billetes que Elizabeth me había dado para comprar libros—. ¡Mira qué agradable sorpresa!

Un pequeño cuervo, que solo podía ser Francesca, chilló en el cielo, haciendo que el hombre mirase hacia arriba. El pájaro se lanzó en picado y comenzó a atacar al perro con su pico, mordiendo y picando hasta que el animal soltó las peonías. Después recogió las flores restantes con sus garras y planeó amenazadoramente sobre el hombre y su perro, obligándolos a alejarse de la tumba de Julia.

—Ese bicho estaba poseído por el diablo —dijo el conserje, cogiendo todo el dinero de mi cartera y volviendo al lugar de donde había salido—. Vamos, Toby, volvamos. Hace una noche espeluznante.



Capítulo 30

Alba

Salir del cementerio cerrado fue más fácil de lo que esperaba, incluso descalza y parcialmente desnuda.

Comprobando el contenido de mi bolso, caminé de puntillas pegada a la valla del cementerio, rezando por no toparme con nadie en ese estado de desaliño. Había perdido la bolsa de plástico que contenía mis pocas pruebas contra Mark, pero de ninguna manera pensaba volver a saltar esa valla.

Vi a dos mujeres apoyadas en la pared unos metros más adelante. Crucé a la acera opuesta para evitar encontrarme con ellas. Pero en cuanto se dieron cuenta de que había cambiado de lado, me imitaron. Su aspecto era inquietante, más que nada porque llevaban grandes báculos de madera con el mango hecho de cristales y serpientes doradas enroscadas en torno a estos. Si a eso le sumábamos la sensación de desasosiego que me causaron, era bastante probable que fuesen brujas. *De las de verdad, no como yo.*

Me di la vuelta, decidida a huir, solo para encontrarme con dos personas más pisándome los talones. Venían del lado opuesto.

—Disculpe, señora —dijo uno de ellos. Era un policía. Su voz era ronca y autoritaria. Unos pasos detrás de él, una mujer policía lo seguía, con la mano derecha discretamente apoyada en la culata de su pistola.

Maldita sea. A lo mejor me habían visto saltar la valla del cementerio y mi desaliñado atuendo tampoco jugaba a mi favor. Si me pillaban, la cosa iba a acabar mal. Sin pensar, comencé a andar más rápido.

—¡Policía! Deténgase —me gritó el hombre.

La idea de ser arrestada, especialmente con Mark en busca pruebas que usar en mi contra en el juzgado, fue suficiente para convertir mis pies en alas. No tenía elección: necesitaba huir.

Giré hacia una hilera de casas y traté de escapar de las cuatro personas que me seguían: las brujas a la izquierda; la policía a la derecha.

—¡Deténgase inmediatamente! —gritó de nuevo la mujer policía.

Antes de que tuviera tiempo de decidirme, disparó al aire. Tal vez solo trataba de asustarme, pero funcionó. Me tiré de rodillas y levanté las manos.

—Por favor, no soy peligrosa —les aseguré mientras se acercaban.

—Espósalas —dijo ella y el policía obedeció. Las esposas estaban frías y se clavaron en los huesos de mis muñecas.

—¿Por qué ha seguido corriendo, señora? —me preguntó el hombre, obligándome a entrar en un coche patrulla—. ¿Sabe que eso se considera evasión?

—Había dos... dos *mujeres* siguiéndome. Me asusté. —Señalé hacia el cementerio.

—¿Se coló en el cementerio porque la perseguían dos señoras? Una decisión un poco rara, ¿no? —El policía enarcó una ceja—. ¿Puede describir a las asaltantes? No vimos a nadie más. ¿Le atacaron?

Me mordí el labio.

—No me hicieron nada. Solo estaban apoyadas en esa pared y llevaban unos báculos de madera...

—¿Báculos? —El policía entrecerró los ojos—. ¿A qué se refiere?

—Ya sabe... como esos que tienen los magos... con serpientes doradas y cristales brillantes...

—Wendy, que le hagan una prueba de drogas al llegar a comisaría —dijo el hombre, volviéndose hacia su compañera. Después cerró la puerta del coche, con un resoplido irritado.



—POR AQUÍ —DIJO LA MUJER policía, empujándome a través de las puertas de cristal de la comisaría.

Aquello no podía estar ocurriendo.

—Allanamiento de propiedad, resistencia a las fuerzas del orden...

El otro policía estaba hablando con alguien detrás de mí, enumerando mis delitos y su voz me sonó lejana, como si estuviera dentro de una lata.

—Espere aquí —me dijeron.

Me fueron arrastrando de aquí para allá y yo me limité a obedecer con sumisión. No había hecho nada ilegal en toda mi vida y no podía haber elegido un momento peor para ser arrestada.

—¿Cuándo podré volver a casa? —le pregunté a la mujer policía, que me miraba de forma amable, más allá de su máscara de formalidad. Me hizo sentarme en un banco y frunció el ceño.

—Depende —susurró, como si no quisiera que sus compañeros la oyeran—. Espero que pronto, si no tienes antecedentes. De momento quédate aquí hasta que alguien venga a buscarte.

Me dejó en una habitación vacía. Giró la llave y desapareció por la puerta. El reloj de la pared confirmó mis sospechas de que era más de medianoche.

Cuando la mujer policía volvió a entrar, ya me había mordido todas las uñas de las manos y me estaba planteando empezar con las de los pies. Tenía frío con aquel vestido mojado y desgarrado, pero también estaba exhausta y tan nerviosa, que mi ansiedad podría haber producido suficiente electricidad para iluminar todo El Claustro.

Me llevó a un mostrador, detrás del cual un hombre con profundas ojeras me miró con el hastío de quien ya lo ha visto todo. Permaneció impasible cuando la mujer policía le resumió cómo me habían encontrado invadiendo un cementerio y yo había intentado resistirme a las autoridades.

—¿Fecha de nacimiento? —preguntó con voz monótona, aunque tenía mi documento de identidad delante de su nariz y era evidente.

En cuanto se la dije, me di cuenta de que era mi cumpleaños. Lo había olvidado por completo.

—Vaya... ¿feliz cumpleaños? —dijo, arrugando la frente.

—¿Cumpleaños? ¿De quién? —Un apuesto policía rubio apareció en la sala de interrogatorios, silbando alegremente.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lombardi? ¿No deberías estar en Emberbury? A diferencia de ti, algunos tenemos que trabajar y levantar el país.

Mi entrevistador no parecía contento de ver al otro hombre, ni menos aún de trabajar en el turno de noche.

—Me encantan las fiestas. Odio perdérmelas —respondió el otro con una amplia sonrisa.

—Lárgate, Lombardi —le espetó el hombre frente a mí.

—¿Puedo hablar con la *asaltacementerios* un minuto? Siempre me han fascinado los nigromantes.

—No soy nigromante —protesté.

—Te he dicho que te vayas, Carlo —repitió el otro policía y el recién llegado se marchó, encogiéndose de hombros.

—Siento que tenga que estar aquí en su cumpleaños —se disculpó el hombre del mostrador—, pero fue una tontería salir corriendo cuando la policía intentó detenerla. Lo sabe, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Es que... no lo pensé.

Rellenó unos formularios y me hizo firmarlos.

—Eso es todo. La fianza es de 500 dólares —dijo con cansancio. Una red de venas rojas ensuciaba el blanco de sus ojos.

—No llevo tanto dinero encima. Un hombre con un perro se llevó todo lo que tenía en la cartera. Y el dinero ni siquiera era mío.

El hombre bostezó.

—A ver, aclaremos el asunto. Primero, resulta que dos magos... dos brujas... lo que sea, la siguieron. Y ahora me dice que un hombre con un perro le robó. No solo eso, le robó un dinero que no era suyo. Por favor, señora, ¿por qué me hace esto? ¿Es que no quiere irse a casa? A mí me encantaría, echo de menos mi cama. Y a mi mujer. Dígame solo quién va a pagar su fianza, ¿de acuerdo?

Me desplomé en una silla y cerré los ojos, demasiado agotada para discutir. Debía de estar a punto de amanecer y no se me ocurría ni una sola persona dispuesta a conducir hasta Saint Emery para sacarme de la cárcel. Mark estaba claramente descartado; ese canalla me dejaría pudrirme allí para siempre si pudiera y además lo disfrutaría enormemente. Mis padres habían fallecido y los amigos de la universidad... hacía diez años que no llamaba a ninguno de ellos, así que habría sido un poco raro. Por último, Francesca era una vampiresa, solo respondía al correo postal y, por lo que yo sabía, no podía caminar bajo el sol y venir a sacarme de allí.

Tras aquel recuento, mis opciones quedaron reducidas a una sola persona, aunque sabía de antemano que no iba a alegrarse de mi llamada.

—De acuerdo... —Suspiré—. Por favor, llame a la señora May Yang.



MAY YANG PUSO LOS OJOS en blanco al menos diez veces seguidas cuando se abrió la puerta de mi celda y me encontró sentada en una silla de plástico, tratando de sujetar lo que quedaba de mi vestido con un broche de ámbar color cereza. Llevaba puesta una bata de seda, que le daba el aspecto de acabar de salir de la cama. Me condujo fuera de la comisaría bajo las atentas miradas de los pocos policías que quedaban, todos atentos a ver si la bata se abría lo suficiente para vislumbrar sus perfectos muslos. Había aparcado su flamante todoterreno blanco junto a la entrada. Me abrió la puerta, probablemente para evitar que mis dedos grasientos entraran en contacto con el prístino metal color nieve.

—Debo de estar loca —dijo, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad sin siquiera mirarme—. No sé cómo me has convencido.

Me quedé mirando el suelo, sintiéndome la perdedora más perdedora del mundo. Hubiera querido meter la cabeza en un agujero y quedarme allí para siempre, como un gran avestruz sin plumas.

—Cuando Mark dijo que se te había ido la olla y que estabas bebiendo demasiado, andando con amantes y descuidando a las niñas, no me lo creí. Es decir, tenía la sensación de que era una verdad a medias, pero pensé que estaba exagerando. —May se cambió de carril con pericia y salió a la autopista.

—Pero ahora te lo crees, ¿no? —terminé la frase por ella, mirando con anhelo su cálida rebeca de lana—. ¿Y si te dijera que todo esto es un malentendido?

—Estarás de acuerdo en que tu aspecto lo hace difícil de creer —dijo, señalando mis rodillas sucias y mis fríos pies descalzos—. Para empezar, acabo de pagar un pastón para sacarte *de la cárcel*.

Asentí con la cabeza. Entendía que dudase de mis palabras.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Ayer estuve tomando café en el gimnasio —dijo despreocupadamente— y Renée me dijo que había visto a Mark mientras tú no estabas.

—Y no estaba solo —aventuré.

—¿Lo sabías? —May pareció sorprendida. Cogió una galleta de chocolate de una bolsa que había en el asiento trasero y luego me la ofreció. Estaban un poco rancias, pero masticarlas me resultó reconfortante.

—Me enteré ayer —dije—. Pero no me importa. De todos modos, estamos casi divorciados. Si te soy sincera, me da pena la pobre chica, sea quien sea.

—Aquello me hizo darme cuenta de que, si fuera yo, no me gustaría que Han se paseara por el barrio alardeando de su nueva amante y diciendo cosas tan desagradables sobre mí a todo el mundo —dijo May, limpiándose las migas de la cara con el dorso de la mano—. Si me pasara algo así, me gustaría que alguien me escuchara. Que me dieran al menos el beneficio de la duda. Pensé que merecías que alguien escuchase tu parte de la historia.

—Gracias, May. —Cerré los ojos y cedí por fin al cansancio del día anterior. Los trozos de chocolate se derritieron en mi boca y me recordaron a la cocina de mi abuela, donde siempre había algo horneándose.

—Siento haberte echado de mi casa —dijo May, dándome una palmada amistosa en la rodilla—. No sé por qué me creí todo lo que Mark me contó sin darle más vueltas.

—No pasa nada. Gracias por conducir hasta aquí para sacarme de ese agujero. Casi me congeló en esa celda, ¿sabes? El aire acondicionado estaba a

mil.

—Hay algo más que descubrí ayer —dijo, mordiéndose el labio como dudando. La miré, expectante—. A las chicas del gimnasio... se les da bien espiar, como habrás notado. —*Ah, sí. Esas mujeres eran más agudas que los servicios secretos*—. Me dijeron que Mark y su nueva novia pretenden volar con tus hijas a Costa Rica. Se van a quedar allí con su novia hasta que consiga la custodia. Y ahora mismo están en casa de los padres de Mark. Estarán allí un par de días. También va diciendo por ahí que no tendrás ninguna posibilidad de defenderte de sus acusaciones, porque... —hizo una pausa— porque eres tan... —May me dedicó una sonrisa de disculpa y dejó la frase sin terminar.

—¿Tonta? —ofrecí—. Porque soy tonta, ¿verdad?

May se encogió de hombros.

—Lo siento.

El sol estaba alto en el cielo cuando por fin apareció la salida que conducía a Emberbury.

—Vamos directamente a mi casa para que puedas ducharte y quitarte de una vez por todas esa *cosa* que llevas puesta —dijo May—. Te prestaré algo mío.

Genial, a lo mejor podía atarme las coletas con sus pantalones talla treinta y dos. Aun así, la oferta de una ducha sonaba tentadora. Pero había un lugar que tenía que visitar antes.

—Sé que esto va a sonar muy raro, pero... —Me mordí el labio—. ¿Te importaría llevarme primero al cementerio de Saint Anne?



Capítulo 31

Alba

Cuando escuchó mi petición, May pisó el freno con tanta fuerza que casi salimos volando por la luna delantera.

—Será broma, ¿no? —gritó, llevándose un dedo a la sien en un gesto muy descriptivo—. ¿Otro cementerio? ¿Tienes un fetiche con los muertos o qué? —Entrecerró los ojos y se inclinó hacia mí, sin soltar el volante—. ¿Eres una de esas pervertidas que les pone echar polvos encima de las tumbas?

Se me escapó una risa ante su descripción.

—¡No, para nada! —Lo correcto habría sido decir *debajo* de las tumbas—. Es difícil de explicar. —Revelarle la existencia de El Claustro la habría metido en problemas y, además, no me habría creído—. Tengo que resolver un asunto importante. Es urgente. Después volveré a tu casa, ¿vale?

May paró el coche cerca del parque de Saint Anne y me agarró de la muñeca antes de dejarme bajar.

—Prométeme que buscarás ayuda profesional una vez que se termine lo de tu divorcio, ¿de acuerdo?

—No te preocupes por mí. —Asentí, tratando de sonar convincente—. Nos vemos en un rato.

Cruzando el parque, llegué a las puertas del cementerio de Saint Anne. Estaban cerradas, como siempre, y yo ya no tenía la llave. Rodeé la verja y me pregunté cómo de loco tenía que estar uno para asaltar dos cementerios en menos de veinticuatro horas.

Bastante, probablemente, pero yo había superado el límite hacía mucho tiempo.

Me agarré a la verja con las manos, metí la cara entre los barrotes y grité a pleno pulmón:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Clarence, sal! Tenemos que hablar.

Nadie respondió.

—¡Elizabeth! —grité—. ¡Sé que estás enfadada, pero puedo explicártelo!

Una bandada de gorriones pio entre las copas de los árboles. Aparte de los pájaros, el cementerio permaneció en silencio. Los vampiros no parecían tomarse las órdenes de destierro a la ligera.

—¡Vale! ¡Pues me voy! —gruñí, dándome por vencida. No había forma de obligar a un vampiro a salir y enfrentarse a mí en contra de su voluntad.

Pasaron dos guardias de seguridad. Esperé a que desaparecieran entre los árboles y garabateé una nota en un trocito de papel. Luego, con la esperanza de atraer a cierto cuervo amante de las cosas brillantes, le quité dos cuentas de ámbar rojo a mi broche y las dejé junto al mensaje.

Después me alejé y crucé los dedos por que lo encontrara.



ME PASÉ LA MAYOR PARTE de la mañana caminando de vuelta a los suburbios. Cuando llegué, en lugar de molestar a May otra vez, decidí irrumpir en mi casa como un ladrón. Cogí un pedrusco y rompí el cristal de la puerta de la cocina, metí la mano por el agujero y giré la manilla. La alarma se disparó, pero Mark no había cambiado la contraseña, así que pude apagarla. Mark se había ido y las niñas también, pero al menos tendría un lugar donde quedarme hasta su regreso.

Me di una deliciosa ducha con agua caliente. Fue sorprendente descubrir la cantidad de mugre que uno podía acumular tras un día revolcándose en barro de cementerio. Después, me puse unos vaqueros cómodos y una blusa de color melocotón y me dispuse a celebrar debidamente lo que quedaba de mi cumpleaños, aunque estuviera sola.

Fui al sótano y escogí la botella de champán más cara de la bodega de Mark. Luego me serví una copa y me senté en el porche, observando la puesta de sol mientras trataba de trazar un plan. Había empezado a lloviznar de nuevo y cerré los ojos para disfrutar del suave goteo y el aroma de la lluvia, consciente de que aquello no era más que la calma que precedería a la tormenta.

Por lo que sabía, Mark se había llevado a las niñas a casa de sus difuntos padres mientras esperaba el vuelo a Costa Rica. La casa estaba situada en una lujosa zona residencial al oeste de Filadelfia, a cinco horas en coche de Emberbury. El transporte público era una opción muy lenta, pero las posibilidades de que May quisiera llevarme tan lejos eran prácticamente nulas. Lo único que se me ocurrió fue convencer a mi vecina de que me prestara su coche durante un par de días para ir allí yo sola.

Sí. Se lo preguntaría. Y cuanto antes, mejor.

Claro que primero tendría que deshacerme de la copa de champán, no me fuera a tomar por una de esas personas que conducen bebidas. Ya era bastante malo que me considerara una necrófila.

Vertí el champán en una jardinera, sintiendo un placer malsano al derramar el cava más exclusivo de Mark sobre los macizos de flores.

—Vas a estropear esos pobres lirios —dijo una voz tras el magnolio. Segundos después, un hombre con capa apareció a mi lado con un revuelo de paños y mi corazón dio un vuelco al verlo.



Capítulo 32

Clarence

«Encuéntrame antes de que el tiempo lo haga», decía la nota.

« La había firmado como *Isolda*. Dos cuentas de ámbar rojo, arrancadas de su broche Art Nouveau, yacían en el suelo junto al papel, como gotas de sangre fresca sobre la hierba. Alba había dejado su mensaje bajo aquel árbol donde casi la besé, en una noche hermosa con un final agridulce, que ahora parecía tan lejana. Me metí las cuentas de ámbar en el bolsillo del chaleco y seguí el rastro dejado por su aroma, que aún perduraba entre el follaje como un hilo invisible que conducía a ella.

Llegué hasta su casa y me escondí detrás del magnolio, debatiendo qué hacer a continuación. Me invadió una sensación de finalidad y necesité todo mi valor para dirigirme a ella, consciente de lo inexorable de nuestro encuentro.

—¿Eres el fantasma de la ópera o hay alguna razón de peso por la que necesitas una capa en el mes de julio? —dijo al verme. Ocultó bien el miedo de su rostro, pero la delataron los fuertes latidos de su corazón.

—Está lloviendo, ¿no? —respondí, arremolinando mi capa bajo la llovizna, con la única intención de divertirla. Era imposible aprovechar cualquier oportunidad de prender aquella sonrisa, aunque sabía que esta vez sería efímera. Sus hombros encorvados, junto con el temblor en su voz, me indicaron que conocía el verdadero motivo de mi visita.

—Y, además, este fantasma no ha olvidado su promesa de llevarte a la ópera algún día —añadí, en un intento inútil de romper el hielo.

—¿Y qué más dará eso una vez que borres todos mis recuerdos de ti? —preguntó con voz amarga.

Se me acercó lentamente, como si fuera una bestia peligrosa. Técnicamente, lo era.

—Oh, Alba. — Sacudí la cabeza y pateé un objeto invisible en el suelo—. ¿Por qué tuviste que marcharte así? Elizabeth se indignó tanto al leer tu carta...

—Lo sé —dijo, y una greña de pelo indómito cayó sobre sus ojos. Luché contra la necesidad de apartarla tras su oreja. El deseo reprimido de tocarla era tan fuerte que dolía—. Entonces, ¿has venido a eso? ¿Cómo funciona? ¿Nos despedimos primero o vamos directamente al grano? —Su voz era inestable—. ¿Igual debería decir una oración por si la magia no funciona y tienes que matarme? No conozco las costumbres.

Extendió sus manos y tomó las mías. Luego me miró, desafiante, con los ojos vidriosos llenos de lágrimas atrapadas.

—Elizabeth es mi reina —le dije, mientras una vena empezaba a palpar en mi sien—. Le debo mi vida y mi obediencia. Ella solo quiere mantenernos a salvo y eso me deja pocas opciones.

—¿Me matarías? ¿Sin más? —Parpadeó para quitarse las lágrimas y me estudió como si acabara de conocerme—. ¿Así es como termina esta historia? Después de todo lo que hemos pasado, harás lo que te diga Elizabeth. Mucho decir que yo era la luz al final de tu túnel, pero eran todo mentiras...

—¡Por el amor de Dios, Alba! —grité, sacudiéndome sus manos de las mías—. Sabes que nunca haría algo así. Pero... ¿y si esas brujas te encuentran de nuevo cuando yo no esté cerca y descubren El Claustro? Podría ser fatal para todos nosotros. No puedes andar por ahí sabiendo cosas que no deberías; es demasiado peligroso para todos los implicados.

—Pero me da miedo olvidar. Incluso más que morir —susurró, apoyándose en la barandilla del porche.

—¿Crees que es fácil para mí? —Le di una patada al suelo para desquitarme y todo el porche se estremeció, haciéndola temblar a ella también—. No sé cómo voy a seguir adelante, una vez que desaparezca de tu memoria. Una vez que te hayas ido para siempre y yo ya no exista en tu pasado.

Era duro para mí también.

Condenadamente duro.

Ya había matado antes, no pocas veces. Pero, por mucho que Elizabeth me hubiera ordenado acabar con la bruja si el olvido no funcionaba —y no funcionaría, después de tantas semanas—, nunca sería capaz de apagar la luz de Alba Andersson. Preferiría acabar con mi propia vida si era necesario. No podía creer que ella lo dudase.

Era demasiado egoísta para hacer que Alba me olvidara. Para intentarlo siquiera.

No había ido hasta allí para acatar las órdenes de la reina, sino para permitir que aquella bruja me hiciera desobedecer con sus encantos.

—Los mortales no pueden andar por ahí sabiendo de nosotros —dije, haciéndome eco de las palabras de Elizabeth—. Es demasiado arriesgado. Así que dime, Alba, ¿qué se supone que debo hacer? —pregunté con desesperación.

—No lo sé —dijo ella, sentándose en el suelo de madera—. ¿Tal vez confiar en mí, para empezar?



Capítulo 33

Alba

— Necesito mis recuerdos —dije con firmeza—. Necesito recordar cómo llevé la luz al Claustro, porque es la única cosa útil que he hecho en años. La única hazaña capaz de recordarme mi propia valía cuando tenga que enfrentarme a Mark. Sin eso, solo soy una víctima, una perdedora que nunca logró nada importante en la vida. Y no quiero ser esa persona. Quiero seguir recordando que lograr mis sueños es posible.

Clarence estaba de pie frente a mí, con sus ojos granates brillando con ferocidad y la pesada capa ondeando en la brisa.

Había necesitado la mitad de mi autocontrol para no correr directamente a sus brazos y la otra mitad para no huir de ellos.

—Maldita sea, Alba —dijo, sujetándose la cabeza con los dedos crispados—. Sabes que no puedo hacerlo. ¡No puedo, maldita sea!

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—¡Espera! ¿A dónde vas? —le grité, siguiéndolo a zancadas.

Clarence se volvió a mirarme, plantado en medio de mi césped.

—Confiaré en ti —dijo—. Le diré a Elizabeth que mi trabajo está hecho, que te has olvidado de nosotros. Querías dejar El Claustro. Está bien, vete. Finge que nunca nos conocimos. Finge que no recuerdas nada. Pero si rompes tu promesa y llega a sus oídos, mi cabeza será la primera en rodar.

—Seguida de la mía —señalé.

—Eso sería una pena. Te favorece más sobre los hombros.

Resoplé con amargura y di un paso cauteloso hacia él, sosteniendo su mirada.

—Intentemos mantener nuestras cabezas en su sitio, ¿de acuerdo?



—TENGO QUE ENCONTRAR a Mark antes de que se vaya a Costa Rica con las niñas —le dije, tragando saliva—. Quiere dejarlas allí con su novia, solo para que yo no pueda estar con ellas. Es absurdo.

—Permíteme que te acompañe —dijo inesperadamente, ofreciéndome su mano.

Lo miré fijamente, aún insegura de sus intenciones.

—¿Hay truco? —pregunté, muriéndome de ganas de abrazarlo, pero temiendo que fuera a traicionarme.

—No hay ningún truco. Solo te ofrezco mi... ayuda amistosa.

—¿Ayuda amistosa con o sin borrado de memoria? —Entrecerré los ojos con desconfianza.

—Definitivamente, *sin*. —Sonrió—. Al menos por esta noche.

—Trato hecho. ¿Sabes conducir? —pregunté.

—Más o menos —contestó con una media sonrisa.

—Está bien. Espera aquí.



MAY NO PARECIÓ ENTUSIASMADA de tener que prestarme su nuevo y reluciente todoterreno blanco. Lo habría estado aún menos si hubiera sabido que me había atizado dos copas de champán un rato antes y que la última vez que me había sentado al volante los dinosaurios aún caminaban sobre la faz de la Tierra. O casi.

Tiró el cigarrillo al suelo y me hizo sentarme en el asiento del conductor, metiendo la cabeza por la ventanilla, con expresión preocupada.

—Te las arreglarás, ¿verdad? —Sus nudillos se veían blancos contra la ventanilla bajada.

—Todo bajo control —mentí y pisé el acelerador tan fuerte que el motor se caló—. Necesito familiarizarme con este modelo, eso es todo. Por cierto, ¿cómo se cambia de marcha?

May me miró con horror.

—Es un automático, por el amor de Dios. ¿Dónde diablos aprendiste a conducir?

—Pues... en Alemania —dije con una mueca de disculpa—. El coche con el que aprendí tenía caja de cambios... Esos tienen más pedales, ¿sabes?

No mencioné que no había vuelto a usar uno desde entonces.

Mi pobre vecina me dijo adiós desde la acera mientras me alejaba, con la cara retorcida de pánico mientras yo iba apretando botones para ver si podía encender los faros.

Me detuve brevemente frente a mi casa y esperé a que se abriera la puerta del pasajero. Clarence se sentó a mi lado y sonrió como si nada pudiera salir mal.

—¿A dónde vamos exactamente?

—A patearle el culo a Mark —dije, pisando el acelerador mientras salía hacia la autopista.

—Creo que voy a disfrutar de este viaje —dijo, y sus colmillos de marfil resplandecieron bajo las farolas.



NUESTRO DESTINO, EN Filadelfia, estaba todavía a horas de distancia, y se me estaban pegando los ojos después de dos noches casi sin dormir. El navegador mostraba que faltaban más de cien millas y ni siquiera el apuesto vampiro sentado en el asiento del copiloto —y sus entretenidos comentarios— iban a ser suficientes para mantenerme alerta mucho más tiempo.

—Necesito que conduzcas tú —le dije, escudriñando la carretera en busca de un lugar para detenerme. Los carriles habían empezado a volverse borrosos, hasta el punto de que no estaba segura si había tres o cuatro. Clarence asintió con la cabeza y nos cambiamos de asiento en una gasolinera.

—Puedes mover el asiento hacia atrás, pero probablemente lo sabes, ¿no? —le pregunté, observando cómo estrujaba las rodillas contra el volante.

—Desde luego —dijo sin convicción, levantando tanto el asiento que su cabeza chocó con el techo del coche.

—Clarence, no quiero parecer sarcástica ni nada, pero... ¿había coches en tus tiempos? —pregunté, ajustándome el cinturón de seguridad lo más tenso posible.

—Eso es totalmente irrelevante. —Parecía ofendido, pero estaba girando el volante a derecha e izquierda con el motor apagado. Pulsé el botón de arranque por él, empezando a sentirme preocupada.

—Vale... has conducido un coche antes, ¿no? —pregunté nerviosa. Nos incorporamos de nuevo a la autopista con un par de sacudidas bruscas, y agradecí a todos los dioses y diosas que nuestro carril estuviera vacío.

—Pero si es muy fácil, querida: solo relájate y disfruta del viaje. —Casi se estrelló contra una señal de velocidad mientras hablaba—. Veo gente conduciendo coches todo el tiempo.

—¿Los ves? —exclamé, retorciéndome las manos mientras un camión tocaba el claxon y ponía los cuatro intermitentes en protesta por nuestro brusco cambio de carril—. Creo que verlos no es suficiente. ¿Quizás deberíamos parar y dormir en un hotel?

Se volvió hacia mí, afrentado, y le empujé la cara hacia la carretera.

—¿De qué te sirve un vampiro si no le permites hacer cosas por ti por la noche? —Por la forma en que lo dijo, podría haberse referido a todo tipo de *cosas*—. Vamos, todo irá bien. ¿No dijiste que teníamos prisa?

Intentó cogerme la mano, pero se la volví a poner en el volante.

El todoterreno blanco aceleró, dando bandazos de un lado a otro de la autopista, y yo recé todas las oraciones que me sabía en al menos tres idiomas diferentes. Puede que yo fuera mala conductora, pero Clarence era sin duda el peor chófer que el mundo había visto jamás. Aun así, existía la posibilidad de que Mark y las niñas partieran hacia el aeropuerto a la mañana siguiente y una vez que aterrizaran en Costa Rica, las perspectivas de volver a encontrarlos serían mucho menores.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Clarence—. ¿Qué vas a hacer una vez que llegemos allí?

—No lo sé todavía. Había pensado intentar razonar con Mark primero. Si no funciona, haré lo que sea necesario para que pierdan el vuelo.

—No quisiera ser agorero, pero tu plan no suena muy efectivo.

El coche estuvo a punto de salirse en una curva de la carretera —algo que jamás creí posible en una autopista— y chillé tan fuerte que Clarence soltó el volante para taparse los oídos.

—¿Intentas estrellar el coche a propósito solo para librarte de mí, como quería Elizabeth? —grité, dirigiendo el volante yo misma para enderezar el vehículo.

—Por supuesto que no, solo ha sido un lapsus. Cierra los ojos y échate una siesta, ¿quieres? —Los ojos de Clarence estaban fijos en el asfalto y brillaban con un hipnotizante resplandor rojo. Se le veía tan excitado como un niño jugando a los coches de choque y habría jurado que se lo estaba pasando bomba—. Deja esto en mis manos, mi encantadora Alba.

—Estaría genial, pero yo no soy inmortal, por si lo has olvidado —dije, agarrándome a la manilla sobre la puerta como si fuera un salvavidas. Cerré los ojos para no ver el tráfico—. ¿Puedo preguntar quién te enseñó a conducir? Porque vaya mierda de profesor...

Reflexionó antes de responder.

—Bueno... tú, supongo —dijo con una sonrisa de inocencia.

Alguien nos adelantó por el lado derecho. Clarence se las había arreglado para serpentear hasta el carril izquierdo mientras yo tenía los ojos cerrados, e iba circulando por él a paso de caracol.

Oh, Dios mío.

Iba a morir esa noche.



Capítulo 34

Alba

4 :30 AM.
Todavía viva.

Todavía sin ser detenidos por la policía de carreteras.

Un amplio bulevar flanqueado por hileras de gigantescos arcos anunció nuestra llegada a uno de los suburbios más elegantes de Filadelfia, donde mis suegros habían construido su extravagante villa familiar hacía un par de décadas. El padre de Mark, arquitecto, había muerto en los años noventa justo después de terminar su obra maestra. Su mujer había vivido en aquella casa hasta su reciente fallecimiento, cuidando bien de no cambiar ni un solo detalle de la elegante residencia. Actualmente, la casa estaba desocupada, mientras Mark intentaba reunir el valor para venderla en contra de los últimos deseos de su difunta madre.

Clarence redujo la velocidad y yo suspiré con alivio mientras dejábamos atrás la autopista. No podía creer que hubiéramos sobrevivido a aquel azaroso trayecto. En su defensa, su técnica había mejorado un poco tras un par de horas de práctica, lo cual había reducido un poco mis niveles de estrés.

El bulevar estaba casi vacío a esa hora y por fin me atreví a soltar la manija de la puerta. Me froté los dedos, que se me habían quedado agarrotados después de agarrar aquella asa de plástico durante horas, y se me escapó un pequeño bostezo. Clarence me lanzó una mirada y las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa afectuosa. Poder conducir por primera vez en su larga vida le había puesto de un humor fantástico, pero estaba segura de que su alegría se desvanecería en cuanto tuviéramos tiempo de discutir unos cuantos asuntos importantes que no habíamos tocado durante el viaje: por ejemplo, la situación con Elizabeth y los misteriosos sucesos entre él y Julia en la víspera de 1962.

Había querido preguntárselo por el camino, pero había estado demasiado ocupada tratando de sobrevivir a su conducción.

—¿Giro o sigo recto? —preguntó Clarence al acercarnos a una intersección.

—Recto —dije, reprimiendo otro bostezo y tratando de recordar cómo llegar a la casa—. Faltará una milla, más o menos hasta...

Un estruendo ensordecedor me interrumpió a mitad de frase, mientras los airbags nos estallaban en la cara.

Algo me golpeó en los riñones por el lado de la puerta y grité. El todoterreno blanco empezó a girar sobre sí mismo en medio del cruce.

Mientras daba vueltas, el vehículo se estrelló contra un poste y luego contra una señal. Cuando finalmente se detuvo, el abrupto silencio fue ensordecedor.

El conductor que nos había golpeado, probablemente borracho, se había saltado un stop con su deportivo rojo. De algún modo consiguió huir del lugar antes de que nuestro coche se detuviese.

Me palpé la cara y la espalda, temiendo lo que pudiera encontrarme. Para mi sorpresa, estaba ilesa y podía mover todas mis extremidades. Me sentía dolorida, pero no tenía sangre ni me había roto nada. El coche de May, en cambio, no había salido tan bien parado.

—¿Estás bien? —preguntó Clarence con voz entrecortada. Cuando asentí, exhalé y dejé caer la cabeza contra el volante, murmurando algo que no pude entender.

—Intenta arrancar —le dije, señalando un botón a su derecha. Lo pulsó, pero el coche no respondió—. De acuerdo. Salgamos de aquí. —Traté de abrir mi puerta, pero estaba atascada—. Tendré que salir por tu lado. —Me incliné sobre sus piernas y alcancé la manija del otro lado—. Bueno, al menos esta funciona.

Se levantó y me ofreció una mano para ayudarme a salir. Una vez fuera del vehículo, los dos nos quedamos de pie sobre la calzada, cogidos de la mano en la penumbra, mientras contemplábamos consternados los restos del coche nuevo de May. La parte trasera y el lado izquierdo estaban completamente abollados. Si el otro coche nos hubiera golpeado en un ángulo ligeramente diferente, habría sido mi cuerpo y no el chasis del coche el que hubiera amortiguado el choque. Por suerte para el otro conductor, él solo pasó rozándonos, en vez de chocar frontalmente con mi puerta. En cualquier caso, los golpes contra los postes habían terminado de destrozar el coche de May.

Lo que cinco minutos atrás había sido un todoterreno completamente nuevo, se había convertido en un montón de chatarra en cuestión de segundos.

—May me va a matar —musité, pasándome una mano por el pelo.

—Pues dile que se ponga a la cola —dijo Clarence con una débil sonrisa. Sacudió la cabeza y suspiró con los ojos cerrados—. Disculpa. No tiene gracia.

—En realidad es un poco gracioso —concedí, apretando su mano con fuerza—. Deprimente, pero gracioso.

— Lamento mucho que esto haya sucedido. No debería haber insistido en conducir. Fue una idea terrible y podría haber terminado mucho peor.

—No fue culpa tuya —dije. Realmente, aquel accidente no lo había sido—. Ven, la casa no está lejos. Media hora andando, como mucho. —Señalé un centro comercial cerrado al otro lado de la carretera—. Sígueme. Hay un atajo.

Dejamos el coche de May junto a la acera, allá donde había aterrizado. Cogí mi bolso del asiento trasero, cerré las puertas y nos marchamos. Habría que resolver aquello más tarde. No quería perder tiempo hablando con la policía otra vez y estaba segura de que Clarence menos aún.

El aire se volvió fresco al acercarse el amanecer y Clarence me pasó el brazo por los hombros, cubriéndonos a ambos con su capa. De repente, su disfraz de Drácula ya no parecía tan absurdo.

—Me está empezando a gustar esta cosa —dije, tirando de su aterciopelada capa mientras cruzábamos la entrada desierta del centro comercial.

—Quizá algún día también te guste el dueño —respondió con una leve sonrisa.

—Mi problema nunca fue encontrar motivos para que me gustase —repliqué lentamente, examinando sus ojos burdeos en busca de pistas.

Clarence dejó de caminar y me miró sorprendido, inclinándose contra la fachada de cristal del edificio vecino.

—¿No? —preguntó, perplejo—. Entonces, ¿por qué te escapaste y le dijiste a Elizabeth que no pensabas volver? ¿No fue por mí?

Los recuerdos del diario de Julia regresaron en tropel, junto con las palabras hirientes de Lillian y Alonso. Por mucho que las dudas me corroyeran, no podía reunir el valor para preguntarle. No en ese momento y no con Mark esperándome al final de ese camino.

Sacudí la cabeza.

—No fue eso —dije, agachando la cabeza para escabullirme de su capa, en la que empezaba a sentirme asfixiada.

—Si me dijeras qué fue lo que te molestó, sería de gran ayuda. —Se cruzó de brazos, descontento al ver que me separaba de él—. Sería mucho más fácil resolver el problema.

Me mordí los labios, dudando. Aunque lo negara todo, ¿le creería? Julia estaba muerta y la verdad había muerto con ella.

—Ahora no —dije. Agarré su antebrazo y empecé a caminar de nuevo—. Hoy es mi cumpleaños. Ya he tenido suficiente por un día.

Cuando me di la vuelta para estudiar su reacción, me fijé en dos reflejos en la fachada de cristal que teníamos al lado. Me detuve bruscamente y me di cuenta de que él también estaba mirando el cristal. Nuestras miradas se encontraron con un grito ahogado.

—Esto no puede ser cierto —susurró, dando golpecitos sobre su imagen en la pared de cristal.

Asombrada, apreté su mano y luego la solté.

Su reflejo desapareció inmediatamente, como si nunca hubiera estado allí.

—Hazlo de nuevo —dijo, extendiendo su brazo para que lo tomara.

Tan pronto como lo agarré, el reflejo apareció de nuevo.

—Magia —murmuró con incredulidad.

—Dijiste que los espejos no pueden reflejar a una criatura sin alma —dije, recitando sus propias palabras—. Supongo que esto debe demostrar... algo.

—Nunca he visto nada así —se movió frente al cristal, estudiando su rostro con desconcierto—. Ha pasado tanto tiempo... esto es... —se le quebró la voz. Apartó la mirada y permaneció en silencio durante unos segundos.

—Parece que acabamos de presenciar un milagro —dije, mirándolo fijamente. Era como si pudiera encender y apagar su reflejo solo con tocarlo. No tenía ni idea de lo que eso podía significar, pero era prodigioso.

—*Tú* eres el milagro, Isolda mía.

Me abrazó; el abrazo tímido y distante de alguien que no desea ser rechazado una vez más.

Apreté sus brazos alrededor de mi cintura, dándole permiso tácito para abrazarme debidamente. Sus ojos ardieron en los míos al avivarse su fuego interior. La electricidad entre nosotros era irresistible, más poderosa que cualquier temor o duda que pudiera tener. Me hizo olvidar a Julia, a Mark, a Elizabeth y a todas las cosas y personas que me habían quitado el sueño durante los últimos días.

Le rodeé el cuello con mis brazos y mis labios buscaron los suyos con desesperación, anhelando su frescura. Mi cuerpo había echado tanto de menos la fuerza de su robusto abrazo. Podía sentir su gélido aliento sobre mi cuello y

su proximidad me hizo temblar. Me retorcí y me dejé llevar por el presente, dejando de lado lo que había sido y lo que estuviera por pasar.

—Feliz cumpleaños —murmuró, inclinándose hacia atrás para mirarme—, hechicera mía.

El primer rayo de sol irrumpió detrás de los edificios y centelleó sobre la gran superficie de cristal junto a nosotros. Los iris de Clarence parpadearon, con una mezcla de consternación y desesperación hirviendo en su interior. Sus dedos se apartaron de mi espalda, acompañados de un suave gruñido.

Una nube de niebla gris apareció donde había estado un segundo antes y, sin más, Clarence desapareció.



Capítulo 35

Alba

El cuervo negro surcó el aire y aleteó, furioso, subiendo y bajando con evidente frustración. Sus afiladas garras se posaron con tanta delicadeza en mi hombro que no dejaron rastro en la tela de mi blusa. Clarence frotó las suaves plumas de su cabeza contra mi mejilla, dejando un casto e insatisfecho beso que nos transportó a ambos de vuelta a ese mágico instante previo al amanecer.

Después emprendió el vuelo de nuevo, sobrevolando los edificios de cristal que me rodeaban. Me sentí terriblemente sola y aborrecí la descarada e inoportuna salida del sol.

Pero, con suerte, habría resuelto el asunto con Mark para cuando cayera el crepúsculo.

Seguí caminando, acompañada por Clarence desde las alturas, hasta que aparecieron ante mí los cuidados jardines de Eastern Hemlock Road. Para cuando llegué a la casa de los Andersson, estaba agotada y tenía el cuerpo entero entumecido. Mark y las niñas debían de estar durmiendo, lo que me daría la ventaja de poder sorprenderles. Si era preciso, me encadenaría al capó del coche de Mark para que no se las llevase, o los seguiría al aeropuerto y montaría una escena. Solo una cosa era segura: después de todo lo que había hecho y después de todas esas acusaciones falsas, no iba a dejar que se saliera con la suya.

La casa de los Andersson tenía una imponente escalera doble en la parte delantera, bordeada por una balaustrada de mármol nacarado. Los escalones curvados conducían desde el balcón del primer piso de la mansión hasta la planta baja, dibujando una forma de U invertida en la fachada, sobre la entrada principal. La casa destacaba entre las demás con su masa de mármol blanco y acero ubicada entre majestuosos setos floridos; la casa de ensueño de un talentoso diseñador que murió demasiado joven para disfrutarla. Un hombre

tan inteligente como su hijo; lástima que Mark Andersson Jr. hubiera focalizado todo su talento innato en arruinar mi vida.

La elegante silueta del sedán negro de Mark asomaba bajo una pérgola rodeada de rosales. Suspiré con alivio al constatar que aún no se habían ido.

Me imaginé a Katie y a Iris metidas en sus camitas, abrazadas a un oso de peluche y durmiendo plácidamente, sin saber que mamá estaba justo al otro lado de su ventana. ¿Les habrían leído un cuento antes de dormir? ¿Las trataba bien la nueva novia de Mark? Y, peor aún: ¿qué les había contado Mark sobre mí durante mi ausencia?

En cuanto puse pie en el porche de los Andersson saltó la alarma antirrobo, despertándome de mi ensoñación. No solo me espabiló a mí: probablemente todos los ocupantes de la casa se levantaron de un salto con el escándalo.

La puerta corredera de un balcón se abrió en el primer piso. Mark salió sin camisa, frotándose los ojos y bostezando mientras miraba hacia la calle. Cuando vio que solo era yo, tecleó algo en su teléfono y silenció la alarma.

—Lárgate de aquí. Esto es una propiedad privada —me espetó, molesto, haciendo un gesto con la mano para que me fuera. El tono de su voz dejó claro que negociar conmigo no era parte de su lista de tareas.

Le sostuve la mirada y empecé a subir las escaleras curvas.

—Me encanta que siempre encuentres una forma amable de saludarme —dije. La sombra de un cuervo oscureció los escalones de mármol y Clarence se posó en un árbol cercano, como dándome ánimos—. Solo he venido a ver a mis hijas. Espero no haber llegado demasiado temprano. Fue difícil programar una hora de llegada más apropiada, porque me dejaste fuera de la casa y cancelaste todas mis tarjetas de crédito.

—Katie e Iris están durmiendo. —Mark resopló con fastidio—. Y, de todos modos, he estado hablando con ellas y no quieren verte.

Llegué al primer piso y me detuve frente a su balcón.

—Esperaré a que se despierten. ¿Me haces un café mientras tanto?

Mark bufó.

—Eres más molesta que un grano en el culo, pero siempre me gustó tu sentido del humor.

—¿Eso es un sí? —Lo miré pestañeando y me senté en el último escalón con los brazos cruzados.

—No están interesadas en ti, por si no me has entendido. Ahora vete de aquí. Estás invadiendo una propiedad ajena. *Otra vez.*

Sacudí la cabeza, confundida.

—¿Cómo que *otra vez*?

—¿Qué? —continuó—. ¿De verdad creías que no iba a enterarme? Tengo contactos en todas partes y nada se me escapa, cariño. Aunque tengo mucha curiosidad por saber por qué decidiste saltar la valla de un cementerio a cientos de millas de casa. ¡Como si no tuviéramos suficientes muertos en Emberbury!

Exhalé, furiosa.

—Si estabas tan bien informado, ¿por qué no viniste a sacarme de allí?

—¡Porque fue un alivio saber que por fin estabas donde te correspondía! Cuanto más te conozco, más claro lo veo.

—A veces me dan ganas de asesinarte, en serio —dije, girando un dedo contra la sien—. Tal vez debería hacerlo y terminar con este sufrimiento.

Mark sonrió con entusiasmo.

—Me encanta que hayas dicho eso. Sonríe, ¡las cámaras te están grabando! —Señaló una de ellas que apuntaba hacia mí. Un pequeño punto rojo de luz brillaba sobre la lente, ominoso—. Otra prueba más para mi creciente lista. ¡Fantástico!

Mierda. Y, encima, yo había perdido la única prueba que tenía contra él.

La voz somnolienta de una mujer salió del dormitorio. Tenía ese acento elegante que era común en los círculos legales de Mark.

—¿Está todo bien, Marky?

Mark se dio la vuelta y corrió la cortina de gasa para asomarse al interior.

—Vuelve a la cama, Minnie. Un animal salvaje se metió en el jardín y activó la alarma.

Mark salió de nuevo y cerró la puerta de cristal tras de sí.

—Increíble —jadeé, poniéndome de pie para enfrentarme a él. Sentí que iba a salirme espuma por la boca de lo furiosa que estaba—. Ahora soy también un animal salvaje. ¿No te parece un poco grosero, *Marky*? —Pronuncié su apodo como si fuera una palabrota y no le pasó desapercibido.

—¡Escucha, mujer loca! Me gustaría seguir durmiendo. No me hagas llamar a la policía.

—¿La policía? —Esta vez fui yo quien se rio—. ¿Y qué les vas a decir? ¿Que tu esposa te despertó demasiado temprano?

—Podría decirles que me amenazó con matarme —dijo, sacando una luz solar de una jardinera. Era un farolillo de inspiración retro, con una larga estaca puntiaguda en la parte inferior—. Está todo grabado —añadió en tono de suficiencia. Empezó a quitar la tierra del extremo de la estaca, ignorando mi indignación.

Mark me apuntó con la punta afilada del palo y me obligó a retroceder hacia las escaleras.

—Ahora, vete al carajo.

Me tocó con la estaca y la punta me manchó la blusa de barro. Me aparté de un brinco, sobresaltada.

—¿Has perdido la cabeza? Perdona que te lo recuerde, pero esto también quedará grabado —Señalé las cámaras y él asintió con aprobación.

—Chica lista —dijo, apagándolas con su teléfono móvil—. Vale. Mejor así. —Me volvió a pinchar con su palo—. Ahora, ¡largo!

—Mark, te lo ruego, no te lleves a las niñas al extranjero —le supliqué. Si no podía por las malas, quizás consiguiera ablandarlo con palabras amables—. Sé lo que planeas y no me parece bien. ¿Por qué no podemos compartirlas de forma civilizada? Deberías haberme preguntado antes.

—Eso es exactamente lo que hiciste tú, cuando te las llevaste de vacaciones con tu amante —gruñó.

Toda mi buena voluntad se evaporó.

—¡Golpeaste a Katie delante de mí y la llamaste mocosa malcriada! ¿Cómo iba a dejar que se quedaran en la misma casa que tú? ¡Solo quería que estuvieran a salvo!

—¿Con una niñera que les leía historias de terror mientras te tirabas a tu amigo?

—¡Eso solo pasó una vez! —grité sin pensar.

—No eres mejor que yo —dijo con suficiencia, apoyándose en la pared de la casa.

Miré a mi alrededor y vi otro farolillo cerca. Lo agarré y lo apunté hacia él como una lanza.

—Yo también puedo jugar sucio. —Dirigí la afilada estaca hacia su pecho desnudo y su sonrisa desapareció—. Déjame entrar —dije con firmeza—. O al menos, promete que las traerás a casa. Cancela el viaje. Compartamos la casa, dormiré en el garaje si quieres. Pero no confío en ti a solas con ellas. Eres un lunático violento.

—Jamás conseguirás la custodia después de trabajar como prostituta en un burdel durante las últimas semanas. ¿Cómo te fue? ¿Lo disfrutaste? ¡Por fin un trabajo digno de tu desperdiciada educación!

—¿Qué demonios? —grité, boquiabierta. Un nervioso batir de alas resonó en el fondo, imbuyéndome de renovado valor.

—Pensé que sería un detalle divertido y lo añadí a tu historial —rio Mark—. A lo mejor algún amigo me ayudó a fabricar pruebas, quién sabe.

Si estaba tratando de provocarme, había funcionado a la perfección.

—¡Estás loco! ¡Te odio! —grité, con las manos temblando mientras sostenía el palo frente a mí.

—Eres tan fácil de chingar. —Sus hombros se agitaron con diversión mal contenida.

Gruñendo de furia, traté de recordar las palabras del hechizo *Fulminatio* para usarlo contra él. Pero aquellas retorcidas palabras en latín no eran más que un vago y nebuloso recuerdo en mi mente.

—*Finis omnium...* —murmuré en voz baja, esperando volver a sentir el característico cosquilleo en mis brazos. Había tanta rabia hirviendo dentro de mí, que si hubiera conseguido canalizarla, Mark habría salido volando directo a su despacho en Emberbury.

—*Internitionem...* —Era la última palabra que recordaba. Mis manos siguieron frías y aletargadas, sin rastro de magia. Solté un aullido de frustración, mientras Mark se sujetaba la barriga y reía histéricamente.

—¿Y luego dices que *yo* estoy loco? —dijo, enjugándose los ojos.

Una hermosa mujer apareció detrás de una ventana llevando un picardías transparente, al otro lado de la mansión. Me miró fijamente y a diferencia de Mark, no pareció divertida en absoluto.

—¿Qué fue eso, Marky? —preguntó. Era tan atractiva que podría haber salido de la portada de una revista, excepto por el ceño fruncido que estropeaba su rostro de estrella de cine.

—Vuelve dentro, Minnie —ordenó Mark, haciéndole señas—. Mi exmujer, que ha estado tomando clases de latín en su tiempo libre.

—Sonaba a magia negra —dijo la mujer, estrechando los ojos—. No es que sepa nada de brujería, pero me lo pareció.

Minnie desapareció de nuevo en la casa y volví a quedarme a solas con Mark. La rabia seguía bullendo en mi interior, pero era incapaz de materializarla.

—¿Has visto a esa chica? —dijo Mark, apuntando hacia la ventana con el pulgar—. No solo está mucho más buena que tú. También tiene un título de Harvard y sabe chupar pollas como debe ser. Y ahora va a ser la nueva mamá de tus hijas. Impresionante, ¿no?

Algo estalló dentro de mí.

Me abalancé contra Mark, ciega de furia, pero no conseguí moverlo ni un milímetro. Él siguió plantado en la terraza del primer piso con su sonrisa divertida, más fuerte y más grande que yo, disfrutando de su superioridad

física. Con un resoplido burlón, me dio una palmada en el trasero y me empujó, haciéndome tropezar con los escalones.

—En marcha, perra. Es hora de perderse para siempre.

En cuanto Mark me golpeó, el cuervo apareció en el cielo y se lanzó en picado contra Mark. Salió de la nada, atacando el cuello y los brazos de Mark con una precisión impasible. Mark agitó los brazos, tratando de deshacerse del pájaro, pero Clarence era implacable y lo hizo sangrar con docenas de picaduras. Aun así, noté que evitaba dañarle los ojos; podría haber causado mucho más daño, si hubiera querido.

—¿Qué demonios? —gritó Mark, rabioso.

Recuperado del shock, se agachó y recogió el farolillo del suelo. Lo sujetó con ambas manos y dirigió la punta hacia el cuervo, que seguía cargando contra él con esferas rojas llameantes en lugar de ojos.

Me quedé paralizada, observando la escena como si fuera una película. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente había volado a kilómetros de distancia, observando de lejos al hombre y al pájaro enredados en una sangrienta pelea.

Mark escondió un brazo tras la espalda y esperó a que Clarence se acercara. Cuando el cuervo cargó contra él, Mark clavó la afilada estaca en el pecho de su oponente con un único y preciso movimiento.

El pájaro soltó un chillido agudo y se precipitó hacia el suelo, desapareciendo entre los arbustos del jardín con un débil revoloteo de plumas.

Me cubrí la cara con las manos, dejando escapar un grito de horror. Después se produjo un silencio sepulcral.

El ruido de una motocicleta.

Un soplo de viento cálido meciendo las delicadas cortinas de tul.

Y luego, la nada.

—¿Qué le pasaba a ese pájaro? —escupió Mark, dando un puntapié a una pluma negra que había quedado sobre la terraza.

La pluma cayó suavemente, dando vueltas en espiral antes de caer sin ruido contra la hierba, unos metros más abajo.

Clarence me había dicho una vez que los vampiros eran difíciles de matar, pero los cuervos no tanto.

Y entonces, mi cerebro se desconectó por completo de mi cuerpo.

No solo estaba *enfadada*. Me había convertido en una masa informe de rabia, mezclada con una oleada de algo que todavía no era capaz de definir, pero que se parecía demasiado a la pena de perder a un ser querido.

Sin pensarlo, me arrojé sobre Mark, decidiendo hacerle todo el daño posible y hacerle pagar todo el sufrimiento que me había causado.

Mark bloqueó mi ataque con un solo brazo. Volvió a reírse a carcajadas, mofándose de mí. Me empujó contra la barandilla y me abrazó con tanta fuerza que pensé que estaban a punto de salirse los pulmones por la boca.

Sus labios se posaron en mi oído y me dijo en un susurro:

—Escucha, criatura inútil. Nadie juega con Mark Andersson. Deberías haber aprendido eso, después de todo este tiempo. No he perdido un caso en una década. ¿De verdad crees que voy a perder el mío?

Me soltó con una mueca de asco y se me saltaron las lágrimas. Me odié a mí misma por llorar delante de él y darle el placer de verme así. Mark ganaba la partida. Ya no se me ocurría nada más que hacer.

Dejé que las lágrimas rodaran por mis mejillas, aceptando mi nueva realidad.

Justo entonces, la pluma negra se alzó del suelo, ascendiendo en suaves ondas, y aterrizó a mis pies como un silencioso mensaje de esperanza. La recogí y la apreté contra mi pecho, ignorando la mirada denigrante de Mark.

De repente, la turbia energía que invadía mi pecho se disipó, dejando paso a algo más grande. Era como una burbuja, suave, lisa y sin aristas.

Empezó a crecer dentro de mí como la marea.

Era imparable.

La electricidad volvió a recorrer mis brazos, haciendo que las puntas de mis dedos zumbaran.

“Me di cuenta de lo que había estado haciendo mal todos estos años. La respuesta había estado ahí todo el tiempo, pero yo había estado ciega a ella...”

Sí, Julia lo había estado haciendo mal, y yo también.

La clave para activar la magia no era canalizar la ira.

Lo supe con certeza cuando sentí aquella energía creciendo dentro de mí. La gratitud y la pena se acumularon, poderosos nubarrones de una tormenta inminente.

Pero este poder no provenía del odio, sino del amor.

Amor por el hombre que se había sacrificado por mí.

Amor por las dos niñas que dormían en sus diminutas camas, incapaces de defenderse de ese monstruo que tenía delante.

Un amor más grande que yo y superior a todos los que había conocido hasta entonces.

Un rayo de luz blanca y pura pasó a través de mis dedos y se volvió púrpura al alcanzar a Mark en el centro del pecho.

Los ojos de Mark se abrieron de par en par y jadeó.

El rayo lo lanzó contra la barandilla del balcón.

Cuando volví a agitar los brazos, perdió el equilibrio y su torso quedó colgando sobre la balaustrada de mármol.

Salí de mi trance, dándome cuenta de que Mark estaba a punto de caer. Por mucho que lo odiara, yo no era una asesina. Me di cuenta, quizás demasiado tarde, de que no podría vivir con tal culpa a costas.

Usando toda mi fuerza, intenté tirar de él para volver a meterlo en el balcón.

Le había dado una lección.

Era suficiente.

Intentó deshacerse de mí, pero eso le hizo perder el equilibrio. Su cuerpo se inclinó más aún, y quedó colgando precariamente sobre la barandilla.

—Si yo caigo, tú caes conmigo —aulló y me agarró del brazo antes de perder pie.

Caímos juntos en picado hacia el abismo con una grotesca voltereta y mi cuerpo golpeó el suelo primero, aplastada bajo el peso de Mark.

Sentí un sabor a sangre en la boca.

Después, solo quedó la oscuridad.



Capítulo 36

Alba

Debía de estar muerta.
¿Cómo si no, podría explicar aquel gato negro y traslúcido que estaba intentando hablar conmigo?

Las sirenas de las ambulancias sonaron a lo lejos.

—Lo has hecho muy bien —me elogió el gato—, casi pensé que no lo descubrirías a tiempo.

El gato me lamió la cara, el cuello y el pecho. Su lengua no era áspera como la de los gatos normales. Era como un rayo de luz cálida y me provocó una sensación parecida al cosquilleo que se siente tras tumbarse al sol durante un rato. Después sopló en mi boca y mis constreñidos pulmones volvieron a llenarse de aire.

Tenía tantas cosas que preguntarle, pero era incapaz de hablar. El gato me lamió un poco más la cabeza y algo en mi interior hizo clic, liberando mis cuerdas vocales de lo que fuera que las había mantenido inmóviles.

—Te recuperarás —dijo el gato, arqueando la espalda con elegancia—. Y él también.

—¿Cuál de ellos?

—Los dos —dijo el gato misteriosamente.

La ambulancia debía estar ya muy cerca. Escuché cómo aparcaba y las puertas traseras se abrían con un golpe metálico. Varias voces nerviosas dieron órdenes, mientras alguien arrastraba una camilla hacia la casa.

—¿Estoy muerta? —murmuré.

—No, pero a menos que tomes el asunto en tus propias manos, lo estarás pronto. Mark es el menor de tus problemas, créeme. Fuerzas mucho más oscuras te persiguen. ¿No las has visto acechar en las sombras? Si quieres sobrevivir, tendrás que convertirte en la bruja que siempre debiste ser.

—Pero yo no sé cómo convertirme en bruja —lloriqueé—. No soy más que una persona normal.

—Lo eres, y no lo eres. Puedes ser la Reina del Agua, pero te falta mucho por aprender.

—¿Y quién me enseñará todo eso?

—Yo puedo enseñarte todo lo que sé. Una vez que te recuperes, búscame.

El gato saltó hacia los arbustos cercanos y agitó su cola semitransparente en despedida.

—¡Espera! —Mi voz sonó como un fino hilo de seda a punto de romperse—. No te vayas todavía. Hay muchas cosas que necesito preguntarte. ¿Dónde puedo encontrarte? Ni siquiera sé tu nombre.

El gato sonrió.

Aunque los gatos no deberían poder sonreír.

Nada tenía sentido.

—Ah, creía que lo sabías —dijo el animal, alejándose de un salto, un segundo antes de que llegaran los paramédicos—. Me llamo Julia. Julia Belak.



Capítulo 37

Alba

Cables.
Cables por todas partes.

Había tantos, que al principio creí que estaba de vuelta en El Claustro, instalando el cableado y probando enchufes, mientras escuchaba las inofensivas bromas de Clarence y Jean-Pierre.

Pero entonces me di cuenta de que alguien me había pinchado el dorso de la mano con una aguja y la había dejado allí, haciendo que me doliera todo el brazo si intentaba moverlo.

Para ser sincera, no quedaba ninguna parte de mi cuerpo que pudiera mover sin que me diesen ganas de aullar.

—¿Dónde estoy?

La pregunta era redundante. Era evidente que estaba en una habitación de hospital. El espacio estaba a oscuras, aparte de los monitores que pitaban, negros y verdes, llenos de números y gráficos que no entendía.

—*Shhh* —susurró alguien con voz tranquilizadora, acariciándome el pelo.

Clarence estaba sentado en el borde de la cama. Uno de sus brazos descansaba sin fuerzas sobre su regazo y el otro sostenía un viejo y andrajoso cuaderno. Lo dejó sobre la sábana de color verde menta.

—Ya sé que no debería estar aquí —dijo, mirando nervioso hacia la puerta. La ventana estaba entreabierta y la miró con aprensión, como si fuera a saltar en cualquier momento—. Pero necesitaba verte.

—¿Estoy soñando? —pregunté. Apreté los ojos y los volví a abrir, pero Clarence no desapareció—. Porque... oí a un gato hablar.

Clarence se rio, confundido, y me acarició la cabeza, con las cejas enarcadas.

—Podríamos argumentar que la vida es sueño, pero ahora mismo diría que estás despierta. Aunque no estoy seguro de lo del gato parlante...

—No sabes cuánto me alegro de verte. Pensé que Mark... —Hice una pausa, dudando sobre el término correcto—. Pensé que te había matado —dije finalmente, poniendo mi mano sobre la suya y haciendo una mueca de dolor cuando la aguja se me clavó aún más.

—Te dije que éramos difíciles de matar. —Se encogió de hombros—. Solo me hirió en el hombro y perdí el conocimiento.

—¿Es grave? —me tembló un poco la voz—. Lo de tu hombro.

—Se puede arreglar. —Inclinó la cabeza y me miró con cariño.

Me recosté sobre la almohada, aliviada.

—¿Qué pasó con Mark? —pregunté, mientras los recuerdos iban regresando poco a poco.

—Mark está bien. —Sus ojos relampaguearon—. Amortiguaste muy bien su caída, así que salió casi ileso. Le dieron el alta ayer.

—Es rarísimo que yo sobreviviese, ¿no te parece? ¿Tuvo algo que ver contigo?

Negó con la cabeza.

—Desgraciadamente, no.

—Pensé que a lo mejor usaste ese truco tuyo para curar heridas.

—Ojalá. —Sonrió, casi disculpándose—. Puedo curar heridas abiertas. Mordiscos. No huesos rotos. No puedo arreglar lo que va por dentro.

Me quedé mirando el techo, que estaba hecho de paneles blancos y cuadrados.

—Habría sido demasiado bueno para ser cierto, supongo.

—Pero si te interesa intercambiar sangre, se puede arreglar. —Su tono se animó y dejó ver sus colmillos por un instante fugaz.

—*Hmm*, gracias por el momento. No hace falta.

Intenté erguirme en la cama, porque hablar con Clarence desde una posición horizontal empezaba a ser incómodo. Él me mulló la almohada y me ayudó a sentarme.

—También tengo buenas noticias. He hablado con Elizabeth. Le conté todo lo que pasó y ha reconsiderado su orden de destierro. Te ofrece una segunda oportunidad. —Se retorció las manos, expectante—. ¿La aceptarías?

—Tendría que pensarlo.

—Me haría muy feliz si lo hicieras.

—¿Qué la hizo cambiar de opinión?

—Está intrigada por esa magia errática tuya. —Guiñó un ojo, pero enseguida se puso serio de nuevo—. Sabes, Elizabeth no suele dar segundas oportunidades. Creo que es la primera vez en su vida que lo hace.

—Me lo puedo imaginar. Pero hay algo que necesito averiguar primero.
Algo relacionado con él.

Clarence pasó las páginas del diario de Julia y luego lo puso sobre mi regazo, señalando un pasaje.

—Creo que he descubierto lo que es —susurró—: *Uno de enero de 1962...*
—leyó con voz áspera y sus ojos navegaron vacilantes del papel a los míos antes de continuar—: *Quiero marcharme de aquí...*

—¿Hablaste con Francesca? —lo interrumpí, y asintió con la cabeza—.
¿Así que no sabías que Julia había escrito sobre esa noche? Sobre lo que pasó entre vosotros.

—Técnicamente, jamás hubo nada entre nosotros —dijo, ladeando la cabeza.

Evité su mirada. Podría haber recitado aquel texto de memoria. Había resonado en mi mente durante días. Siguió leyendo en voz alta.

Me desperté desnuda y cubierta por una sábana, con Clarence a mi lado. Estaba sentado en mi cama, mirando al techo, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en el cabecero. En cuanto abrí los ojos, salió de la habitación sin decir una palabra.

Solo sé que la almohada estaba empapada de sangre...

Me estremecí y levanté una mano para que parase de leer.

—Ya sé lo que pone. Lo que me gustaría saber es tu versión de la historia.

—Lillian y Alonso se pasaron de la raya aquella noche —dijo con cansancio—. Me di cuenta demasiado tarde para evitarlo y nunca me lo perdonaré. Cuando entré en la habitación, alertado por los gritos, ya se habían marchado. Julia estaba inconsciente, así que me quedé a su lado hasta el amanecer, para asegurarme de que no volvieran.

Lo estudié con detenimiento. Parecía estar diciendo la verdad.

—Supongo que tendré que creerte. —Me encogí de hombros débilmente.

—Dime, Alba —dijo con los ojos entrecerrados—, ¿alguna vez hice algo que te diera motivos para dudar de mí?

—No... —Mi voz vaciló—. Pero todo el mundo me advirtió contra ti: Francesca, Jean-Pierre, incluso gente que ni siquiera conozco. Y después, cuando vi aquellos cuadros... No sé. Simplemente... me entró el pánico.

Cerró el diario con una exhalación y tamborileó sobre la cubierta ornamentada.

—No te culpo.

—Estarás de acuerdo en que esos lienzos son espeluznantes.

—Hay oscuridad dentro de todos nosotros, pero cada uno se enfrenta a ella de forma diferente —dijo, trazando espirales con sus dedos sobre el dorso de mi mano.

—Te puedo asegurar que yo no tengo ningún lado oscuro. Soy lo que ves —respondí dócilmente.

Entonces recordé la rabia que casi me había consumido al enfrentarme a Mark; una rabia alimentada por el miedo a no ser suficiente y a perder todo lo que más amaba. Una rabia que casi me hizo matar al padre de mis hijas.

Sonrió y asintió.

—Por supuesto.

Gruñí, sintiéndome expuesta.

—Por favor, vuelve a El Claustro —susurró, inclinándose hacia mí y tomando mis manos entre las suyas—, te echaría mucho de menos si no lo hicieras. Y, además, te prometí llevarte a la ópera. No quisiera permanecer endeudado por el resto de la eternidad.

—Estaría bien entender por fin la historia de esa tal Isolda —concedí, devolviéndole la sonrisa.

Unos pasos se acercaron por el pasillo del hospital y Clarence se levantó tan rápido que mis ojos no fueron capaces de seguirlo. Rozó mi frente con sus labios y se precipitó hacia la ventana abierta.

—Ya sabes de qué va —musitó—. Trata de dos personas que se enamoraron, aunque no deberían haberlo hecho.

—Ocurre más a menudo de lo que pensamos —murmuré, pero él ya se había ido y tras él solo quedaron las cortinas danzando.

El enfermero entró en mi habitación llevando una bandeja con analgésicos y un termómetro.

—Estás mejor esta noche, ¿verdad? —me dijo, dándome un vaso de agua para que me tragara las pastillas.

—Mucho mejor —dije, cerrando los ojos y regresando con placidez al mundo de los sueños.



Epílogo

Alba

—¡Felicidades, Sra. Lumin!
Clarence alzó al aire su copa de champán y fingió tomar un sorbo. Se la arrebaté de las manos, evitándole el espectáculo, y me la bebí de un trago.

Bajo la claraboya, escuché cómo la lluvia de verano tocaba una sinfonía desafinada contra el cristal. Estaba de vuelta en El Claustro, saboreando mi primera noche de libertad tras llegar a un prodigioso acuerdo con Mark.

—No puedo creer que Elizabeth lograra refutar las acusaciones de Mark y me consiguiera un trato tan ventajoso —dije con agradecimiento.

La reina de los vampiros había hecho todo lo posible para ayudarme a ganar el caso, utilizando sus amplios conocimientos de la ley y ayudándose de sus contactos para ayudar a limpiar mi nombre y demostrar que las acusaciones y demandas de Mark eran inventadas... y ridículas.

También se las había arreglado para encontrar pruebas sobre Minnie, que podría haber estado con Mark durante al menos un año antes de que él me solicitara el divorcio. Lo había aderezado todo con la mención de las tendencias violentas de Mark.

Katie e Iris se quedarían conmigo de lunes a viernes y lo visitarían durante los fines de semana. Y si se atrevía a hacer alguna estupidez de nuevo, también podría perder esos derechos.

Estaba radiante... y soltera de nuevo.

Y había recuperado mi antiguo trabajo.

Era de noche y mis hijas, junto con el resto del clan, habían desaparecido en la sala de música para escuchar a Francesca tocar Bach al piano. Habían cenado y se habían dado un baño caliente, gracias a nuestra nueva caldera eléctrica, escondida bajo una lápida y financiada por las empresas de Madame Elizabeth Swamp.

El diario de Julia yacía sobre mi buró de caoba. Lo abrí con cuidado, lamentando los irreparables daños causados por la lluvia, que había borrado para siempre el contenido de algunas páginas. Si hubiera sido la historia de mi vida, no me habría importado que algunos capítulos desaparecieran para siempre. Pero era la de Julia y eso hacía la pérdida mucho más lamentable.

Di una palmadita sobre el colchón y Clarence se sentó a mi lado, expectante. Llevándome un dedo a los labios, le pedí que guardara silencio mientras leía en voz alta:

...he estado sacando mi energía del odio y la ira y he conseguido pequeños resultados, pero nunca los grandes logros que siempre soñé.

Sin embargo, la vida tiene un cruel sentido del humor: ahora que por fin he descubierto en qué me equivoqué, estoy a punto de ser engullida por la oscuridad.

—Fue una criatura inspiradora —dijo Clarence y sus ojos se perdieron en recuerdos de los que yo nunca formaría parte—. Como tú.

—El día del hospital no pude decírtelo porque estaba demasiado aturdida —dije, sintiendo un frío repentino y echándome una rebeca sobre los hombros—, pero la vi. Después de caerme por el balcón.

Clarence enarcó las cejas, confuso.

—Eso no puede ser. Julia falleció. Francesca estaba con ella esa noche.

—Se me apareció con forma de gato. Un gato negro con ojos morados. El gato de mis hijas, en realidad.

—Te diste un buen golpe en la cabeza —dijo, tomando mi brazo y besándome el dorso de la mano.

—No. No fueron alucinaciones. Lo juro, era real. Real como tú y yo, aquí y ahora.

—Yo soy real, ciertamente —dijo con una sonrisa traviesa y dejó el diario a buen recaudo sobre la mesita de noche—. Y si no lo crees, puedo demostrártelo.

La criatura nocturna se abalanzó sobre mi pecho, haciéndome caer de espaldas sobre las almohadas con una risita. Una misteriosa corriente de aire apagó todas las velas y por fin fuimos bendecidos con un momento a solas, al amparo de la noche y la luz de las estrellas.



CUANDO FRANCESCA TRAJÓ a Katie e Iris de vuelta a mi habitación, Clarence estaba jugando al ajedrez consigo mismo y yo me estaba duchando. Las niñas estaban tan emocionadas que su felicidad era tangible.

—Francesca nos va a enseñar a tocar el piano como ella —exclamó Katie, tirando de la manga de tul de la vampiresa rubia—. ¿Verdad, Francesca?

—Si tengo tiempo... —respondió Francesca, con una risa casi inaudible.

Necesitaba preguntarle algo urgentemente, así que me envolví en una toalla y salí chorreando de la ducha. Cuando la alcancé, ya iba de camino por el pasillo.

—Francesca —la llamé—, ¿tú sabes dónde está Julia?

Se detuvo en seco, sorprendida.

—Viste su tumba. No entiendo la pregunta.

—Se me apareció como un gato negro —susurré—. Me dijo que estaba en peligro y que debía encontrarla.

Francesca parecía incómoda. Sentí que sabía más de lo que callaba, pero algo la retenía.

—Cuando fui a San Emery, unas mujeres me siguieron de nuevo. Llevaban báculos altos con serpientes doradas enroscadas. La policía pensó que me lo estaba inventando, pero te juro que las vi. Creo que eran brujas. Pero diferentes. No como las de la tienda.

—Serpientes enroscadas, dices... —Francesca parecía absorta en sus propios pensamientos—. ¿Estás segura?

—Totalmente.

Miró la llama de una vela como hipnotizada.

—Puede que sepa algo —declaró escuetamente.

—¿Y me lo vas a contar?

—Tal vez.

Era raro abrazarla, pero me sentí tan aliviada que no pude evitarlo. Rodeé con mis brazos su cuerpo grácil y diminuto, maravillada por la suavidad de su piel y su pelo.

—Gracias, Francesca —dije, mientras ella permanecía rígida en mis brazos.

—Espero que estés preparada para abrir la Caja de Pandora —fue lo último que dijo.

Y después, sus livianos pasos se desvanecieron por los oscuros pasillos empedrados de El Claustro.

Fin

Continúa en la segunda parte: [Espejo de Bruja](#)

ESPEJO de BRUJA

Libro 2 de *Los Vampiros de Emberbury*. Consíguelo [AQUÍ](#).

TRABAJAR PARA LOS VAMPIROS no es fácil. Especialmente cuando insisten en firmar contratos con tu sangre.

Alba, la bruja extraviada, está a punto de desafiar las reglas de una reina vampiro para emprender un viaje a Italia en busca de sus antepasadas brujas, mientras que Clarence padece de un misterioso problema vampírico que no quiere compartir con nadie...

La búsqueda de Alba podría abrir una caja de Pandora que amenaza la vida de los que más ama, pero también podría guardar secretos sobre la magia, el amor y las muchas cosas que se pueden hacer con un espejo.

Embárcate en un viaje mágico al Lago de Como, sumérgete en el pasado de Clarence en el Londres victoriano, conoce a un aquelarre de brujas italianas y pasa una noche mágica con un fantasma... o dos.



Sobre la autora

Me llamo Eva y siempre he vivido en un mundo de magia. Los cuentos de fantasía y hechicería me persiguen desde que era una niña, por lo cual siempre termino tropezando con mis propios pies mientras camino absorta en mi próxima historia.

www.evaalton.com

SUSCRÍBETE **AQUÍ** para enterarte de los nuevos lanzamientos o escanea el código para recibir noticias exclusivas:





Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a todos los que me ayudaron a lo largo del proceso de escritura, corrección y edición de este libro. En particular a mis lectores de prueba, que llegaron a conocer tan bien a Alba y Clarence, que hasta me sorprendieron con sus acertados comentarios.

Un fuerte abrazo a Margot, por su honestidad y las largas conversaciones telefónicas.

Gracias también a Nikole, Toni y Ksenija, que se tomaron la molestia de aportar sus comentarios detallados durante las primeras fases de esta historia. Y gracias a Anja y Nina por leer el primer manuscrito y animarme a seguir adelante.

También a Elizabeth y a Ana, por editar la versión final del relato y darme su valiosa opinión.

Gracias también a los miembros de El Bar de los Escritores, que con su ejemplo me inspiraron para traducir estas novelas y hacerlas llegar al público de habla castellana.

Y, por supuesto, gracias a ti, que estás leyendo este libro, por ayudarme a sacar a la luz la historia de Alba y Clarence.